

WARCRAFT

LA GUERRA DE LOS ANCESTROS
TRILOGÍA



LIBRO TRES

EL CATACLISMO

RICHARD A. KNAAK

Richard A. Knaak

LA HORA FINAL SE ACERCA..

Los valientes elfos de la noche están destrozados por la pérdida de su amado general. El dragón Negro Neltharion ha reclamado el Alma Demoníaca y ha dispersado a los poderosos dragones. Y por si todo esto fuera poco, el señor de los demonios, Archimonde, ha llevado a la Legión Ardiente al borde mismo de la victoria sobre Kalimdor. A medida que la tierra y sus habitantes sufren este mal imparabile, un terror sin medida se acerca cada vez más desde las profundidades del Pozo de la Eternidad...

WARCRAFT

En el apocalíptico capítulo final de esta épica trilogía, el dragón mago Krasus y el joven druida Malfurion deberán arriesgarlo todo para salvar a Azeroth de la destrucción total. Uniéndose a los enanos, los tauren y los fúrbolgs, nuestros héroes esperan crear una alianza capaz de oponerse a la fuerza de la Legión Ardiente. Porque si el Alma Demoníaca cae en manos de la Legión, se perderá toda esperanza para el mundo. Por tanto, ha llegado la hora... ¡donde se cruzan el pasado y el futuro!

EL CATACLISMO

Tercera y última novela de esta trilogía original repleta de magia, guerra y heroísmo, basada en el videojuego superventas y galardonado con múltiples premios creado por Blizzard Entertainment.



El Cataclismo

Por encima del centro del Pozo de la Eternidad, el Alma Demoníaca refulgía intensamente.

Dentro del abismo formado por el hechizo de Sargerass, las fuerzas puestas en marcha, tanto por el Alma como por el Pozo, se agitaban y construían poco a poco un portal estable. Desde su monstruoso reino, el Señor de la Legión se preparaba para entrar en ese mundo que sería su próximo premio. Pronto, muy pronto, erradicaría toda vida, toda existencia, en ese lugar... y después iría al siguiente mundo maduro.

Pero había otros que también aguardaban con una expectación cada vez mayor, otros con sueños más funestos y mucho más antiguos que los del señor demoníaco. Llevaban mucho tiempo esperando conseguir una vía de escape, un modo de reclamar lo que antaño había sido suyo. Cada paso hacia el éxito que daba Sargerass a la hora de reforzar el portal, era un paso hacia el éxito para ellos también. Gracias al Pozo, al Alma Demoníaca y al poder del Señor de la Legión, abrirían una ventana en su prisión eterna.

Y una vez abierta, ya no se podría volver a sellar.

Los dioses antiguos esperaban. Llevaban aguardando mucho tiempo, así que podían esperar un poco más.

Pero solo un poco...

Richard A. Knaak

WARCRAFT

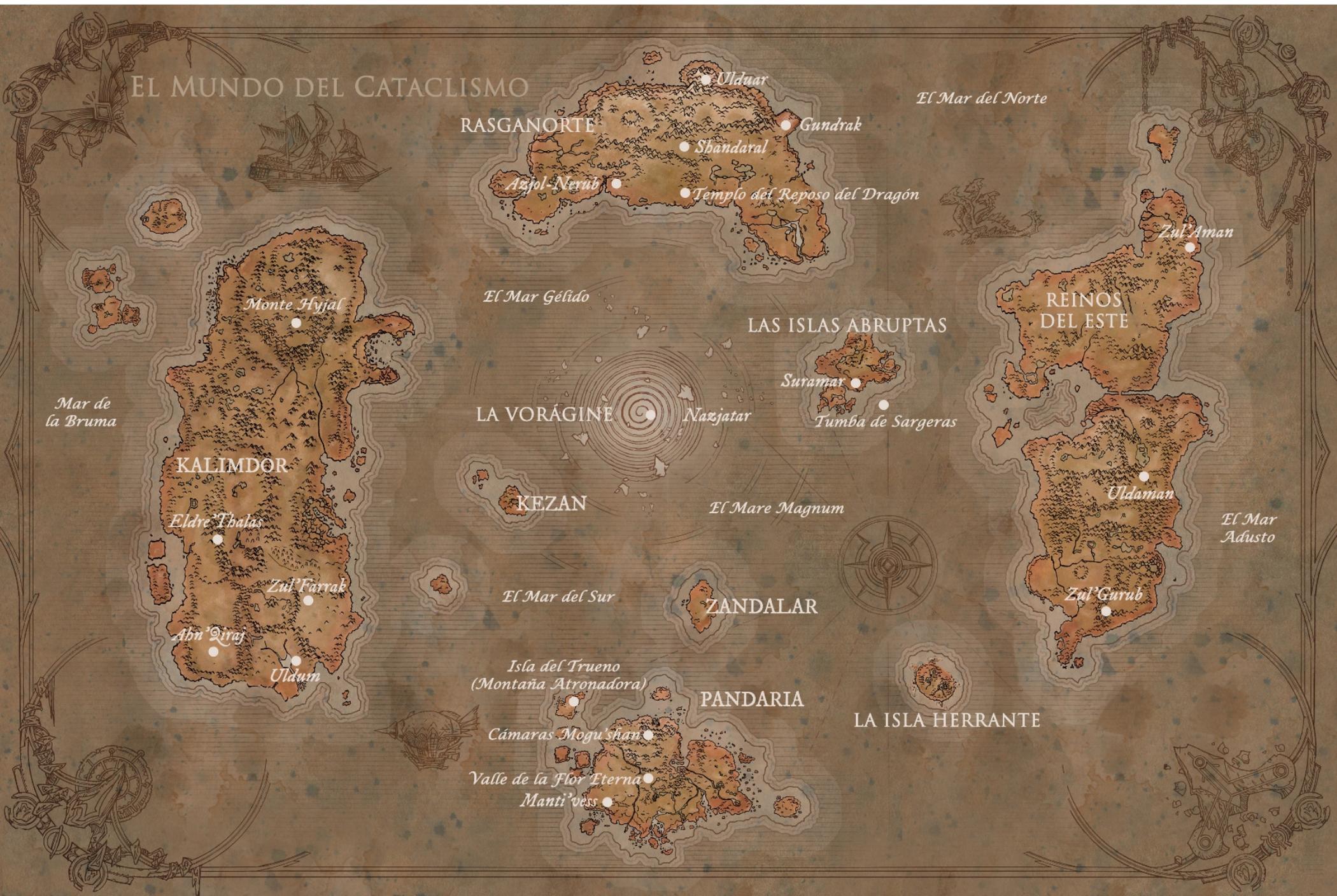
LA GUERRA DE LOS ANCESTROS
TRILOGÍA

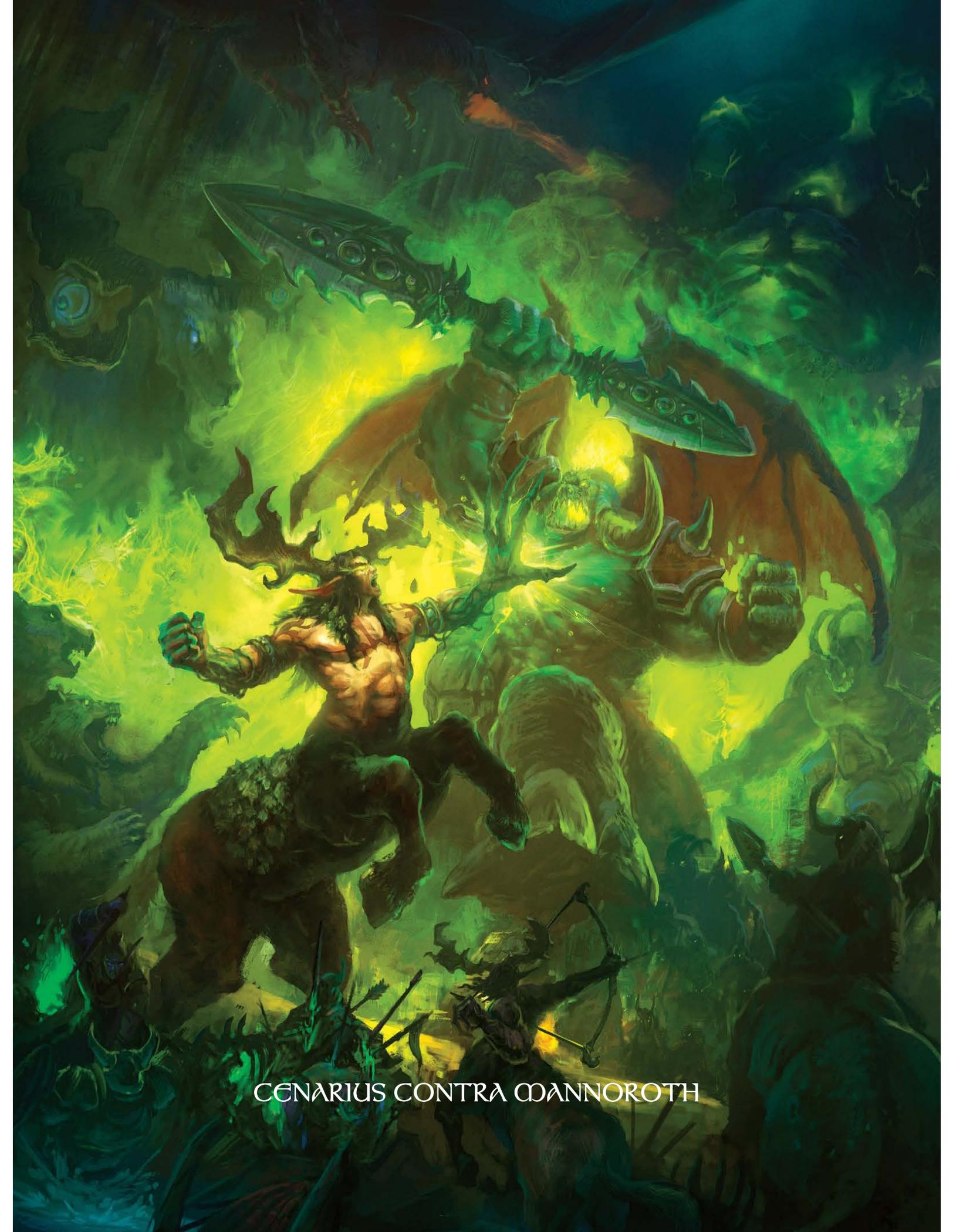
LIBRO TRES

EL CATACLISMO

RICHARD A. KNAAK

El Cataclismo





CENARIUS CONTRA MANNOROTH

AGRADECIMIENTO

Un sincero agradecimiento a Marvin por la excelente edición de este libro.

Visítanos en www.traduciendoablizzard.com para descargar más novelas y cómics de los juegos de Blizzard.

Richard A. Knaak

EL CATACLISMO



PRÓLOGO

Una furia primigenia lo dominaba, lo desgarraba de manera implacable. El fuego, el agua, la tierra y el aire giraban desaforadamente a su alrededor, imbuidos por una magia pura y descontrolada. A pesar de que el gran esfuerzo que le suponía permanecer inmóvil amenazaba con despedazarlo, resistió. Era lo menos que podía hacer.

Más allá de su mirada, sobrevolaban infinidad de escenas, infinidad de objetos. Una desquiciada e infinita panorámica de la corriente temporal había tomado al asalto sus sentidos. Se desplegaban paisajes, batallas y criaturas que ni siquiera él era capaz de nombrar. Oyó las voces de todo ser que había vivido, vivía y viviría jamás. Todo ruido jamás generado atronó en sus oídos. Unos colores increíbles lo cegaron.

Y lo más perturbador de todo fue que se vio a sí mismo, a sí mismo en cada momento de la existencia, desde prácticamente el instante del nacimiento del tiempo hasta más allá de la muerte de este. Tal vez hubiera podido hallar consuelo en esa visión, de no ser porque cada una de sus presencias aparecía tan contorsionada como él mismo. Todas sus personificaciones de la corriente temporal luchaban no solo por salvar a su mundo, sino a toda la realidad, de sumirse en el caos.

Nozdormu sacudió la cabeza y rugió, presa de la agonía y la frustración.

Había adoptado forma de dragón; de un leviatán colosal de color bronce dorado del que las mismas arenas del tiempo parecían formar parte tanto como las escamas de su piel. Sus ojos eran unas gemas relucientes del color del sol. Sus garras unos diamantes brillantes. Era el Aspecto del Tiempo, una de las cinco grandes entidades que velaban por el mundo de Azeroth, o mantenían en equilibrio y lo protegían de los peligros tanto internos como externos. Aquellos que habían dado forma al mundo los habían creado a él y a sus homólogos y a Nozdormu le habían concedido unos poderes muy peculiares, podía ver la miríada de senderos del futuro e indagar en los laberintos del pasado. Navegaba por el río del tiempo como otros volaban por el aire.

Aun así, Nozdormu a duras penas lograba contener el desastre, a pesar de que contaba con la ayuda de sus otras encarnaciones, cuyo número era infinito.

¿Dónde se encuentra?, se preguntó a sí mismo el Aspecto, y no por primera vez. *¿Dónde se halla la causa?* Pese a que tenía una idea general de dónde podía estar, no tenía aún nada concreto. En cuanto Nozdormu había percibido que la realidad se estaba desmoronando,

había venido a este lugar a investigar, pero lo único que había descubierto era que había llegado por muy poco a tiempo de evitar la destrucción de todo. Sin embargo, en cuanto se puso manos a la obra, el Aspecto se dio cuenta de que él solo no podía hacer nada más.

Por esa razón, el coloso había recurrido a la ayuda de alguien cuyo poder era mil veces inferior al suyo, pero cuyo ingenio y dedicación le habían demostrado que era capaz como cualquiera de los cinco grandes Aspectos. Nozdormu se había puesto en contacto con Korialstrasz, el dragón Rojo, Rojo consorte de Alexstrasza, Aspecto de la Vida, mediante una visión fragmentaria. Había conseguido enviar al otro leviatán, que portaba un disfraz con el que se hacía pasar por el mago Krasus, para investigar uno de los síntomas más claros de la creciente catástrofe, con el fin de encontrar la manera de revertir la terrible situación.

Pero la anomalía que Korialstrasz y Rhonin, su protegido humano, habían ido a buscar en las montañas del este los había acabado engullendo. Al percibir su repentina cercanía, Nozdormu los había arrojado a una época en la que sospechaba que se hallaba la causa. Lo único que sabía era que habían sobrevivido, pero aparte de eso, daba la impresión de que no habían logrado nada apenas.

De ese modo, mientras el Aspecto esperaba que pudieran completar su misión con éxito, seguía buscando el origen de la perturbación de la mejor manera posible. El descomunal dragón ponía al límite sus poderes para continuar con la persecución de todas las manifestaciones del caos. Se abrió paso violentamente a través de turbulentas visiones en las que los orcos lo arrasaban todo, en las que reinos se alzaban y caían, en las que estallaban violentas erupciones volcánicas, pero seguía sin encontrar ninguna pista...

¡No! Por fin, daba con algo distinto..., algo que parecía ser el origen de esa demencia. Un poder que emanaba de un nexo situado muy, muy lejos de él. Nozdormu siguió ese tenue rastro como un tiburón perseguiría a una presa, mientras sus percepciones se sumergían en la monstruosa vorágine del tiempo. Aunque en más de una ocasión creyó haberlo perdido, de algún modo lograba encontrarlo de nuevo.

Entonces, lentamente, una fuerza difusa cobró forma delante de él. Le resultaba en cierto modo familiar, tanto que estuvo a punto de rechazar la verdad cuando esta por fin se reveló. Nozdormu titubeó, pues estaba seguro de que tenía que estar equivocado. La fuente de la perturbación no podía ser eso. ¡Tal cosa era imposible!

Nozdormu tenía ante sí una visión del Pozo de la Eternidad.

El lago negro se agitaba con la misma virulencia que el resto del entorno del Aspecto. Unos fogonazos violentos de pura energía refulgían al batallar sobre sus oscuras aguas.

Entonces, oyó unos susurros.

Al principio, Nozdormu creyó que se trataba de voces de demonios, de las voces de la Legión Ardiente, pero como las conocía muy bien, tuvo que desechar rápidamente esa conclusión. No, el mal que se desprendía de aquellos susurros era más antiguo, más malévolo...

A pesar de que las fuerzas primordiales continuaban desgarrando su mismo ser, Nozdormu ignoró el dolor, pues lo que acababa de descubrir lo tenía absorto. Nozdormu creía que ahí, al fin, se hallaba la clave de la catástrofe. Aunque ignoraba si sería capaz de hacer algo al respecto, al menos si fuera capaz de descubrir la verdad, tal vez Korialstrasz aún tendría alguna posibilidad de tener éxito en su misión.

Nozdormu sondeó el lago más en profundidad. Era más consciente que la mayoría de que lo que parecía una mera extensión de agua era de hecho, mucho más. Las criaturas mortales no podían asimilar por entero lo que era. Probablemente incluso sus compañeros Aspectos no alcanzaban a comprender esas aguas tan bien como a Nozdormu, quien era consciente de que también le escondían algunos secretos a él.

A simple vista, parecía estar sobrevolando unas profundidades negras. Sin embargo, en realidad, la mente de Nozdormu percibía un reino distinto. Batallaba contra un laberinto de fuerzas entrelazadas que protegían el núcleo de aquello a lo que se denominaba el Pozo, con el fin de ocultarlo. Casi como si las propias aguas estuvieran vivas o como si algo se hubiera sumergido tanto en el Pozo que hubiera pasado a formar parte de él.

Una vez más, Nozdormu pensó en demonios, en la Legión Ardiente, ya que deseaban utilizar el poder del Pozo de la Eternidad para abrirse camino a Azeroth y erradicar toda la vida de ese mundo. Aun así, esto superaba su inteligencia con mucho..., incluso la de Sargeras, su amo.

Una sensación de intranquilidad fue creciendo en su fuero interno mientras avanzaba serpenteando. En varias ocasiones, estuvo a punto de quedar atrapado. Había senderos falsos, rastros que pretendían engañarlo, todo ello diseñado para unirlo por siempre al Pozo y devorar su poder, su esencia. Nozdormu avanzaba con suma cautela, ya que, quedar atrapado, no solo supondría su muerte, sino tal vez también el fin de *todas* las cosas.

Se sumergió aún más. La intensidad de las fuerzas que conformaban el Pozo de la Eternidad lo sorprendió, el poder que el dragón percibió

le hizo recordar a los creadores, cuya ancestral gloria dejaba a Nozdormu por comparación a la altura de un gusano que se arrastra sobre el barro. ¿Acaso estaban relacionados de algún modo con los secretos del Pozo?

La imagen de que planeaba simplemente por encima de una superficie envuelta en sombras se mantenía. Únicamente él y el Pozo tenían alguna estabilidad en este lugar situado más allá del plano mortal. Las aguas flotaban en el espacio, de tal manera que el lago carecía de fondo y se extendía a través de los mundos.

Se acercó aún más a la superficie turbulenta. En el plano mortal, debería haber reflejado su imagen al menos, pero lo único que vio Nozdormu fue negrura. Expandió su mente aún más profundamente, penetraba y se aproximaba así al centro... y a la verdad.

Entonces, unos tentáculos de agua negra surgieron del lago y lo agarraron de las alas, las extremidades y el cuello.

El Aspecto apenas tuvo tiempo de evitar que lo arrastraran hacia abajo. Se resistió a esos tentáculos acuosos, pero estos lo agarraban con fuerza. Tenía las cuatro extremidades inmovilizadas y, entonces, el tentáculo que se le había enredado alrededor de la garganta apretó y le cortó la respiración. Si bien Nozdormu comprendía que esas percepciones eran una mera ilusión, eran muy poderosas y representaban la verdad. Su mente había caído en las garras de aquellos que acechaba dentro del Pozo. Si no se liberaba con rapidez, acabaría igual de muerto que si esas ilusiones fueran reales.

Nozdormu exhaló..., y una lluvia de arena transformó el Pozo en un mar reluciente. Los tentáculos se agitaron y aflojaron la presión. Se marchitaron, pues la magia que los había creado se había disipado.

El Cataclismo

Pero mientras se desplomaban, otros surgieron a gran velocidad. Como se lo esperaba, Nozdormu aleteó con fuerza y se elevó con suma rapidez. Cuatro extremidades negras hendieron el vacío de un modo fútil y, acto seguido, se hundieron.

No obstante, el dragón se estremeció súbitamente, ya que un tentáculo lo había agarrado por detrás. Mientras Nozdormu intentaba zafarse de él, brotaron muchos más de las aguas. Se elevaron en todas direcciones; esta vez, eran tantos que el Aspecto no pudo evitarlos todos.

Apartó de un golpe a uno de ellos, luego otro y después otro... pero entonces acabó atrapado por más de una decena, que lo sujetaban con una fuerza monstruosa. El dragón fue arrastrado inexorablemente hacia el Pozo turbulento.

Una vorágine cobró forma por debajo de él. Nozdormu percibió su horrible succión incluso desde arriba. El espacio que separaba al Aspecto de las aguas se redujo. De repente, la vorágine cambió. Las olas que recorrían con rapidez sus bordes crecieron de una manera abrupta y se solidificaron. Pese a que el centro se tornó más profundo, de él brotó lo que en un principio parecía ser otro tentáculo, aunque era distinto. Era largo, nervudo y, mientras se alzaba hacia él, su extremo se abrió para mostrar tres puntas afiladas. Era una boca.

A Nozdormu se le desorbitaron los ojos dorados. Se retorció con aún más ferocidad.

Las fauces demoníacas se abrieron con voracidad, al mismo tiempo que los tentáculos lo acercaban hacia ellas. La «lengua» le golpeó en el hocico y el mero roce le abrasó terriblemente la piel.

Los susurros que procedían del interior del Pozo se volvieron más virulentos, más ansiosos. El Aspecto oyó unas voces peculiares que le recorriera un escalofrío. En efecto, no eran meros demonios...

Una vez más, exhaló las arenas del tiempo los tentáculos, pero en esta ocasión cayeron en cascada sobre las extremidades negras como si fuera mero polvo. Nozdormu se retorció, para intentar quitarse de encima aunque solo fuera uno de esos tentáculos, pero estos permanecieron aferrados a él con una pasión vampírica.

Esto no le sentó nada bien al Aspecto. Como era la esencia del Tiempo, sus creadores le habían concedido el conocimiento de su propia muerte lo cual se lo había revelado a modo de lección, para que nunca creyera que su poder era tan grande y terrible que no tenía que responder ante nadie. Nozdormu sabía exactamente cómo y cuándo perecería..., y este no era el momento.

Sin embargo, no era capaz de liberarse.

La «lengua» se le enrolló alrededor del hocico, apretaba tanto que Nozdormu tuvo la sensación de que la mandíbula se le estaba rompiendo. Una vez más, se recordó a sí mismo que todo aquello era una ilusión, pero ser consciente de ello no acabó ni con la agonía ni con la ansiedad que sentía. Una ansiedad que lo reconcomía por dentro como jamás lo había hecho antes.

Ya casi rozaba esas fauces, cuyos dientes rechinaron; en parte, claramente, para perturbarlo..., lo cual lograron. Además, la tensión de tener que mantener en pie los cimientos de la realidad añadió aún más estrés a sus pensamientos. Qué sencillo sería dejar que el Pozo lo arrastrase y acabar con tanto esfuerzo...

¡No!, pensó Nozdormu de un modo súbito. Se le ocurrió una idea, una muy desesperada. No sabía si tenía el poder necesario para llevarla a cabo, pero no le quedaba otra salida.

El cuerpo del Aspecto brilló y pareció retirarse dentro de su propio ser.

La escena fue hacia atrás. Todo movimiento que se había hecho se revirtió. La «lengua» se le desenrolló del hocico. Inhaló las arenas, los tentáculos se deshicieron y volvieron a sumergirse en las aguas negras...

En el preciso instante en que eso ocurrió, Nozdormu detuvo la reversión y, de inmediato, apartó su mente del Pozo.

Una vez más, se hallaba flotando en el río del tiempo, mientras se esforzaba por mantener la realidad en pie. El titánico esfuerzo le pasaba aún más factura ahora, tras agotarse en su desastrosa búsqueda, pero de alguna manera el Aspecto reunió fuerzas para continuar. Había logrado rozar ese mal que corrompía el Pozo y sabía ahora mejor que nunca que el fracaso traería consigo algo mucho peor que la mera destrucción.

Nozdormu al fin sabía qué era. Incluso la horrenda furia de toda Legión Ardiente palidecía en comparación.

El Aspecto no podía hacer nada para frustrar sus planes. Apenas era capaz de mantener a raya el caos. Ya no poseía la fuerza de voluntad necesaria para entrar en contacto con los demás, suponiendo que fuera capaz de conseguirlo

Richard A. Knaak

Entonces, no había esperanza. Salvo la misma de siempre, que parecía tan poca cosa ahora, tan insignificante, que Nozdormu apenas podía confiar en ella.

Todo depende de ellos..., pensó mientras las fuerzas puras lo desgarraban. *Todo depende de Korialstrasz y ese humano...*



CAPÍTULO UNO

Podían oler el hedor desde la lejanía y era difícil saber cuál era más intenso, si el humo punzante que se alzaba sobre el paisaje en llamas o el incesante y casi dulce aroma de los muertos que lentamente se descomponían y yacían tirados a centenares a través de él.

Si bien los elfos de la noche se las habían ingeniado para contener el último asalto de la Legión Ardiente, habían vuelto a ceder terreno. Lord Desdel Ojo de Estrella proclamó que se trataba de una maniobra que permitiría a la hueste ahorrar esfuerzos y evaluar mejor las debilidades de la Legión, pero Malfurion Tempestira y sus amigos conocían la verdad. Ojo de Estrella era un aristócrata que desconocía los rudimentos de la estrategia y que, además, se rodeaba de gente de la misma calaña.

Tras el asesinato de lord Cresta Cuervo, nadie se había mostrado dispuesto a enfrentarse con el esbelto e influyente noble. Aparte de

Cresta Cuervo, muy pocos elfos de la noche tenían experiencia de verdad en el arte de la guerra y, su recientemente desaparecido comandante era el último de su estirpe, por lo que su dinastía carecía de candidato que lo sustituyera. Aunque no cabía duda de que Ojo de Estrella era ambicioso, su ineptitud acabaría con sus ambiciones, así como con su pueblo, si no sucedía algo.

No obstante, a Malfurion no le preocupaba únicamente el futuro de la hueste. Había otro asunto aún más apremiante que provocaba que mirara en dirección hacia la distante Zin-Azshari, antaño la reluciente capital del reino de los elfos de la noche. Mientras la tenue luz del este presagiaba que las nubes cubrirían el cielo ese día, repasó mentalmente una y otra vez sus fracasos.

Pensaba sin descanso en la pérdida de los dos seres que más le habían importado: la bella Tyrande e Illidan, su hermano gemelo.

Los elfos de la noche envejecen muy lentamente, pero el joven Malfurion parecía tener mucha más edad que la que realmente tenía, pues solo había unas pocas décadas. Seguía mostrándose erguido, como era habitual en esos seres tan altos (media unos dos metros diez) y, poseía una constitución esbelta y una piel de color púrpura oscuro. Sin embargo, sus ojos rasgados y plateados, unos ojos que carecían de pupilas, reflejaban una madurez y amargura que de las que la mayoría de los elfos de la noche carecían incluso a pesar de ser una raza tan diversa. Los rasgos de Malfurion también eran más lupinos que los de la mayoría y solo se parecían a los de su hermano.

Aunque más llamativa aún era su melena, que le llegaba hasta los hombros y era de una tonalidad verde oscura única; ni siquiera era azul oscuro como el pelo de su gemelo. La gente siempre se fijaba en su pelo como antaño siempre se había fijado en los sencillos atuendos

por los que siempre había optado. Como estudiante de las artes druídicas que era, Malfurion no vestía esas prendas ostentosas y llamativas que se consideraban la vestimenta normal de su raza, si no que prefería vestir una túnica sencilla de tela, un jubón y unos pantalones de cuero sobrios, y unas botas que le llegaban hasta las rodillas también de cuero. La extravagante indumentaria que vestían sus congéneres había sido un claro síntoma de que vivían unas existencias dominadas por el hastío y por su innata arrogancia, lo cual iba en contra de la idiosincrasia de Malfurion. Aunque ahora, claro está, la mayoría de los elfos de la noche, salvo Lord Ojo de Estrella y los de su ralea, vagaban como unos refugiados andrajosos, ataviadas con ropas cubiertas de barro y empapadas en sangre.

Es más, en vez de mirar por encima del hombro a ese joven erudito tan peculiar, ahora contemplaban al druida de pelo verde con una apremiante esperanza, pues eran conscientes de que la mayoría de ellos seguían vivos gracias a sus actos.

Pero ¿hacia dónde le llevaban a él dichos actos? No hacia el éxito, al menos de momento. Aunque lo peor de todo, y ciertamente lo más desconcertante, era que Malfurion había descubierto que, al haber ahondado en los poderes naturales del mundo de los seres vivos, se había iniciado en él un proceso de cambio físico.

Se frotó la parte superior de la cabeza, donde una de las dos diminutas protuberancias que le habían salido se hallaba escondida bajo su pelo. Si bien le habían brotado hacía solo unos días, ya habían duplicado su tamaño. Los pequeños cuernos le provocaban escalofríos, ya que le recordaban demasiado a los de un sátiro. Y a su vez, le recordaban a Xavius, el consejero de la reina que volvió de entre los muertos y, antes de que Malfurion consiguiera despacharlo para siempre, empujó a Tyrande a las garras de los amos de la Legión Ardiente.

—Tienes que dejar de pensar en ella —le instó alguien que se acercaba por detrás a él.

Malfurion dirigió la mirada hacia su compañero sin inmutarse, a pesar de que la mayoría de los miembros de la hueste se habrían quedado mirando aún más fijamente al recién llegado que al druida, puesto que no había ninguna criatura en todo Kalimdor parecida a Rhonin.

La figura encapuchada que vestía una túnica azul oscura, bajo la cual podían atisbarse una camisa y unos pantalones de un color similar, era más de una cabeza más bajo que Malfurion, a pesar de ir calzado con botas. Pero no era ni su altura ni su atuendo lo que provocaba comentarios y atraía las miradas. Era más bien la melena roja como el fuego que le llegaba hasta los hombros y le sobresalía de la capucha, así como sus facciones redondas y muy pálidas, especialmente la nariz ligeramente torcida, lo que tanto perturbaba a los demás elfos de la noche. Tenía unos ojos aún más desconcertantes, pues eran de un color verde esmeralda brillante con unas pupilas totalmente negras.

A pesar de ser más bajo que Malfurion, Rhonin poseía constitución más fuerte que este. Paree, más que capaz de arreglárselas sólo en combate, lo cual era cierto; una habilidad nada habitual en alguien que había demostrado su habilidad para las artes mágicas Rhonin afirmaba ser un «humano»; una raza de la que nadie había oído hablar. Pero si el viajero de melena carmesí era realmente un miembro de esa raza, Malfurion desearía que la hueste contara con un millar más de ellos. Mientras que la hechicería de su pueblo solía fallar ahora muy a menudo, ya que dependía en demasía del Pozo de la Eternidad, Rhonin utilizaba su propio poder como si fuera el vástago de un semidiós.

— ¿Cómo puedo dejar de hacerlo? ¿Cómo osar siquiera? —inquirió Malfurion, quien de repente se enfureció con alguien que sabía que no se merecía que lo tratara con tal malicia—. ¡Hace mucho tiempo que Tyrande es su prisionera y he fracasado una y otra vez siempre que he intentado ver qué ocurre dentro de los muros de palacio!

En el pasado, Malfurion se había valido de las enseñanzas que había recibido de su mentor, el semidiós Cenarius, para caminar por el reino llamado el Sueño Esmeralda. El Sueño Esmeralda era un lugar donde el mundo era tal como lo habría sido si no hubiera surgido la civilización o no hubiera existido siquiera la fauna. a través de él, uno podía desplazarse rápidamente en su forma onírica a lo largo y ancho del mundo, lo cual le había permitido atravesar las barreras mágicas que rodeaban la ciudadela de la reina Azshara y espiar a los Altonato, así como a los comandantes de la Legión Ardiente. Se había valido de esa capacidad para frustrar los planes de Xavius, el concejero de la reina y, tras pasar un horroroso periodo de encarcelado, logró destruir temporalmente el portal, así como la torre donde este se hallaba.

Ahora, sin embargo, el gran demonio, Archimonde, había reforzado esas barreras, de tal modo que ni siquiera podía cruzar a través del Sueño Esmeralda. Malfurion había continuado con sus intentos de atravesar esas barreras, pero le había dado lo mismo si se hubiera golpeado físicamente contra una pared de verdad.

Tampoco ayudaba el hecho de que el druida, además de saber que Tyrande estaba dentro, sospechaba que Illidan también podría estar ahí.

—Elune velara por ella —replicó Rhonin de manera rotunda—. Parece ser que la Madre Luna la considera una de sus favoritas.

Malfurion no podía rebatir ese razonamiento. Poco tiempo atrás Tyrande había sido una joven novicia al servicio de la diosa lunar, en la que la llegada de la Legión parecía haber precipitado una transformación tan grande como la que había sufrido él, si no aún mayor. Sus poderes habían crecido y, para su inmensa sorpresa, cuando la suma sacerdotisa resultó herida mortalmente en la batalla, esta la eligió como sucesora por encima de muchas hermanas con más experiencia y de mayor rango. Lamentablemente, por culpa de su nuevo cargo, había acabado siendo secuestrada por un transformado Xavius y sus sátiros. Al final, Xavius había pagado muy caro lo que había hecho, pero eso no había salvado a Tyrande.

— ¿Acaso ni siquiera Elune puede plantar cara a las tinieblas de Sargeraz?

Rhonin arqueó una densa ceja.

—Hablar así no sirve de nada, Malfurion... —Miró hacia atrás—. Y te agradecería especialmente que no hablaras de ese modo delante de nuestros nuevos amigos.

Por un momento, el druida se olvidó de sus tribulaciones mientras unas formas envueltas en sombras se alzaban en la dirección de la que el mago había venido. De inmediato, quedó claro que pertenecían a más de una raza, puesto que algunos superaban en altura y anchura al elfo de la noche, mientras que otros eran pequeños incluso comparados con Rhonin. Aun así, todos ellos se acercaban hacia ambos con una fortaleza y una determinación que Malfurion debía admitir que su propio pueblo empezaba ahora a descubrir.

Un olor a almizcle le llegó arrastrado por el viento hasta la nariz e, inmediatamente, se tensó. Una figura cubierta de pelaje y vestida con

un taparrabos, que sostenía una lanza colossal, se detuvo para contemplar al elfo de la noche. El gigante respiraba con fuertes bufidos, lo que provocaba que el anillo que le atravesaba la nariz tintineara ligeramente. Tenía un hocico de más de treinta centímetros y dos ojos negros muy hundidos en el cráneo que ardían con determinación. Sobre frente arrugada y áspera, sobresalían un par de cuernos de aspecto traicionero que llegaban más lejos que el hocico.

Era un tauren.

—Este es... —comenzó Rhonin.

—Debes saber que Huln Monte Alto se halla ante ti, elfo de la noche —bramó la criatura peluda con cabeza de toro—. ¡Huln de la Lanza del Águila! —Alzó entonces el arma y mostró as, el extremo afilado y curvo, forjado para que se asemejara al pico de esa ave rapaz Desde la parte inferior de la punta metálica hasta el extremo posterior del mango, la lanza estaba envuelta en una piel tirante, sobre la que se habían escrito algunos símbolos en el idioma del pueblo de Huln. Malfurion sabía suficiente tauren como para comprender que ahí estaba escrita la historia del arma, desde su forja hasta las hazañas épicas de sus dueños—. Huln, quien habla por todas las tribus reunidas.

El toro asintió bruscamente con la cabeza, enfatizando así sus palabras con los gestos. En su pelaje, había más de dos docenas de trenzas, la mayoría de ellas pendían por debajo de su mandíbula. Cada una de ellas representaba a un enemigo que había matado en batalla.

La figura achaparrada, pero musculosa, que se encontraba bajo el brazo derecho del tauren resopló. Se parecía vagamente a Rhonin, al menos en las facciones. Sin embargo, ahí terminaba toda semejanza. Por su constitución; daba la impresión de que una fuerza poderosa, tal

vez la del tauren o la bestia osuna que tenía detrás, hubiera golpeado al personaje de espesa barba con un martillo de guerra hasta reducirlo a la mínima expresión.

Lo más asombroso de todo: estaba hecho de piedra y no de carne. Su piel labrada toscamente parecía estar hecha de un granito gris y sus ojos rasgados, de unos diamantes relucientes. La barba, era en realidad, un conjunto de intrincadas protuberancias minerales que hacían que diera la sensación de que esa figura le estaba encaneciendo con el paso del tiempo.

El enano, pues ese era el nombre con el Malfurion conocía a los de su especie, metió una mano en una de las muchas faltriqueras que llevaba atadas al cinturón y sacó una pipa de barro y una canta de yesca. Mientras encendía la pipa, el fuego iluminó brevemente el rostro canoso, sobre todo, su gigantesca y redonda nariz. Independientemente de si el tono «gris» de la barba indicaba o no una edad avanzada, no parecía sufrir ninguna dolencia ni ningún achaque. A pesar de estar hecho de piedra, el enano vestía un atuendo con capucha y unas botas anchas y planas, así como los pantalones y la camisa que habría podido llevar un minero. A la espalda, llevaba un hacha casi tan grande como él y con un filo extremadamente afilado.

—Dungard Cortahierro, quien habla en nombre de los clanes Terráneos —fue lo único que dijo, puesto que los enanos no son proclives a entablar conversación.

Terráneos. Malfurion hizo el esfuerzo de memorizar esa última palabra. «Enano» era una palabra de los elfos de la noche, y con connotaciones despectivas.

La criatura con aspecto de oso que se hallaba detrás de Dungard gruñó de improviso. A pesar de que ni el enano ni el tauren prestaron mucha atención a ese gemido temible, Malfurion retrocedió un paso de manera instintiva.

La criatura avanzó pesadamente. Aunque se parecía a un oso, se movía más como un hombre. En cierto sentido, le recordó a Malfurion a los dioses gemelos. Ursoc y Ursol, pero sin duda alguna se trataba de una criatura primitiva. Vestía un taparrabos marrón desvaído y un collar hecho de garras. Ese hombre bestia con tres dedos en cada pie alzó el garrote que sostenía en una mano de cuatro dedos y cerró el otro puño.

La criatura rugió de nuevo, con un tono levemente distinto a la primera vez.

—El fúrbolg Unng Ak dice que habla en nombre de las manadas — tradujo al instante Rhonin.

Pese a que había otros detrás de ellos, estos optaron por no dar un paso al frente esta vez. Malfurion contempló a esos variopintos seres ahí reunidos y miró a Rhonin con cierta admiración

—Los haz convencido a todos para que vinieran...

—Brox y yo hemos ayudado, pero el mérito es de Krasus en gran parte.

Malfurion recorrió con la mirada esa multitud de criaturas, pero no vio al mentor de Rhonin. A simple vista, la alta figura encapuchada, ataviada con una túnica gris, era la que más se parecía a un elfo de la noche de todos los forasteros. Ciertamente, mucho más que Brox, el colosal guerrero de piel verde que afirmaba ser un orco. Sí, Krasus

podía haberse hecho pasar por un elfo de la noche..., pero uno muerto hace tiempo, puesto que tenía una piel muy, pero que muy pálida y gran parte de su pelo era de un color plateado y brillante. Las facciones del mago también eran más aguileñas que las de cualquier congénere de Malfurion. Asimismo, sus ojos se parecían en cierto modo a los de Rhonin, pero eran más largos y estrechos y, en sus oscuras pupilas, ardía el mego de una sabiduría antigua.

La sabiduría antigua de un ser que, en verdad, era un dragón.

Una figura se aproximó sigilosamente hacia ellos. No se trataba de Krasus, sino de Brox. El orco parecía cansado pero desafiante, como siempre, Brox era un guerrero que había batallado toda la vida. El orco provisto de colmillos tenía cicatrices por doquier. Rivalizaba con el tauren en musculatura. Con desdén, Lord Ojo de Estrella consideraba a Brox una mera bestia, no mucho mejor que Huln o el fúrbolg. Aún así, todo el mundo respetaba al orco, sobre todo cuando blandía el hacha encantada de madera que Cenarius y Malfurion habían forjado para él.

El druida siguió buscando a Krasus, pero este no aparecía por ninguna parte. A Malfurion eso lo inquietó.

—¿Dónde está?

Frunciendo los labios Rhonin respondió:

—Dijo que tenía otro asunto del que ocuparse inmediatamente, sin importar las consecuencias

— ¿Y eso qué significa?

—No tengo ni idea Malfurion. En muchas cuestiones, Krasus únicamente confía en sí mismo.

—Lo necesitamos... Yo lo necesito. Rhonin agarró del hombro al elfo de la noche. —Te prometo que... la rescataremos.

Malfurion no estaba tan convencido, al igual que seguía sin estar convencido de que lord Ojo de Estrella fuera a aceptar a unos aliados como esos. A pesar de que la misión en la que Rhonin y sus compañeros se habían embarcado no había recibido el visto bueno del comandante de la hueste, Krasus se había convencido de que en cuanto el noble se encontrara delante de tal ayuda, atendería a razones. No obstante, persuadir a Desdel Ojo de Estrella sería una gesta mucho más difícil que hacer entrar en razón a unos fúrbolgs.

Por fin, el druida se rindió ante la evidencia de que no se iba a llevar a cabo ningún nuevo intento de rescate a Tyrande de manera inmediata. En verdad, ya habían hecho todo lo posible al respecto, al menos por el momento. Aun así, mientras volvía a centrarse en el asunto de los recién llegados, la mente de Malfurion seguía intentando dar con alguna manera de salvar a su amiga de la infancia... y, al mismo tiempo, descubrir la verdad sobre el destino de Illidan.

El impasible enano dio una calada a la pila, mientras Huln aguardaba con una paciencia impropia de su brutal aspecto. Unng Ak olfateó el aire, percibía así los diferentes aromas a la vez que agarraba con fuerza el garrote.

Rhonin, al contemplar a sus posibles aliados, aseveró:

—Por supuesto que yo también preferiría que Krasus se hallara aquí ahora mismo, maldita sea. Me muero de ganas de ver qué cara pone Ojo de Estrella cuando tenga a este grupo delante...

El noble se quedó boquiabierto. Se le desorbitaron los ojos tanto como era posible a la especie que pertenecía. El pellizco de rapé que estaba a punto de introducirse en la fosa nasal cayó al suelo de la tienda como si fuera ceniza mientras movía nerviosamente los dedos.

— ¿Qué han traído qué a nuestras filas?

Rhonin se mantuvo impertérrito.

—La única oportunidad que nos queda de evitar más bajas y tal vez incluso vencer.

Un furioso lord Ojo de Estrella arrojó su capa suntuosamente bordada. Una ráfaga en la que se mezclaron los colores verdes, naranjas y morados señaló su caída. En contraste, su armadura era de un verde grisáceo apagado muy habitual entre los elfos de la noche, aunque su coraza estaba decorada en su parte central con el símbolo de su dinastía: una multitud de diminutas estrellas, que en realidad eran unas gemas incrustadas en las que se había engastado un orbe dorado en el medio. Sobre una mesa que se utilizaba para planear las estrategias se encontraba su yelmo, que estaba ornamentado de un modo similar.

El altivo elfo de la noche clavó su mirada en su larga y puntiaguda nariz.

— ¡Has desobedecido una orden directa! Ordenaré que te coloquen unos grilletes...

—Y yo los disolveré antes de que los puedan cerrar. Después, abandonaré la hueste, como sospecho que harán algunos de mis amigos.

Aunque no habló con un tono de amenaza, todos entendieron perfectamente lo que llevaban implícitas esas palabras. Ojo de Estrella miró fijamente a los otros tres nobles que habían estado con él cuando Rhonin y Malfurion se habían presentado para anunciar que unos aliados habían llegado. Le devolvieron una mirada vacía. Ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad de instar al comandante a deshacerse de los combatientes más prominentes de sus fuerzas.

El proecto elfo de la noche sonrió de repente. Malfurion tuvo que reprimir un estremecimiento al ver esa sonrisa.

— ¡Perdóneme, maestro Rhonin! ¡He hablado sin pensar, sí, sin pensar! Ciertamente, no pretendía ofenderte ni a ti ni a tus... —metió la mano en la bolsa y sacó algo más de ese polvo blanco, que inhaló por una fosa nasal—. Todos somos gente razonable, así que afrontaremos esto de un modo razonable, a pesar de que sea una circunstancia que se nos ha impuesto a algunos de manera injusta. — Señalo con desdén hacia la entrada de la tienda—. Por supuesto dejen que esos... dejen que entren.

Rhonin se acercó a la entrada y los llamó a gritos. Dos soldados entraron, seguidos por un oficial que le resultaba muy familiar a Malfurion. Jarod Cantosombrío había sido capitán del Cuerpo de Centinelas de Suramar y había tenido la mala fortuna de hacer prisionero a Krasus. Posteriormente, tras una serie de acontecimientos, había pasado a formar parte a regañadientes del grupo de Rhonin y compañía, e incluso el difunto Cresta Cuervo le había encomendado la misión de velar por ellos. Ojo de Estrella había mantenido a Jarod en ese cargo, a pesar de que hacía tiempo que había quedado claro que nadie podía lograr que ese grupo se quedara quieto en un sitio, sobre todo en el caso del viejo mago.

Tras Jarod, entró Huln, el fúrbolg, y Dungard. Detrás de ese trío, entraron con premura una decena más de soldados, que rápidamente se colocaron en posiciones estratégicas para poder proteger a su comandante.

Ojo de Estrella frunció la nariz. Apenas disimuló su desprecio. Huln permaneció en pie como si fuera una roca. Unng Ak sonreía de oreja a oreja, mostrando una gran cantidad de dientes afilados.

Dungard fumaba en pipa.

—Preferiría que apagaras ese artilugio —le comentó el noble.

El enano dio otra calada a modo de respuesta.

— ¡Insolente! ¿Acaso no ves con qué clase de bestias y escoria pretendes que nos aliemos? —gruñó Ojo de Estrella, olvidando de inmediato lo que poco antes le había dicho a Rhonin—. ¡Nuestro pueblo jamás lo aceptará!

—Como su comandante, debes lograr que lo comprendan —replicó con suma calma el mago—. Tal y como estos tres y todos los demás que representan a las otras razas tuvieron que hacer para persuadir a sus congéneres.

—Los melindrosos elfos de la noche necesita gente que sepa luchar cito —mascullo de un modo abrupto Dungard, todavía con la pipa en la comisura de su labio—. Alguien que les ensene a pelear de ver...

Unng Ak lanzó un potente ladrido. A Malfurion le costó un rato darse cuenta de que el fúrbolg se acababa de reír.

—Nosotros, al menos comprendemos las complejidades de la civilización —le espetó otro noble—. Como bañarse y asearse —Quizá los demonios los dejen vivir para que sean sus criadas.

El elfo de la noche desenvainó su espada y, al instante, sus compañeros lo imitaron. Dungard sacó su hacha con tal rapidez que el movimiento fue un mero borrón. Huln agarró fuertemente su lanza y resopló. Unng Ak blandió su garrote de un modo desafiante.

Un fogonazo azul estalló abruptamente en el centro de la tienda. Ambos bandos se olvidaron de su disputa e intentaron taparse los ojos. Malfurion se giró para protegerse y en lo único que se fijó fue en que todo aquello no afectaba para nada a Rhonin. El humano se colocó en medio de ambas facciones.

— ¡Ya basta! El destino de Kalimdor, de sus seres queridos... — Vaciló un momento, con la mirada perdida—. De sus seres queridos... ¡depende de que superen sus patéticos prejuicios!

Rhonin miró primero a Huln y sus compañeros y luego a los nobles de Ojo de Estrella. Ningún bando parecía dispuesto a que tuviera que repetir esa cegadora exhibición de poder. El mago asintió con vehemencia.

— ¡Muy bien! Como ya nos hemos entendido, creo que ha llegado el momento de hablar...

Con un golpe sordo, Krasus se estrelló dolorosamente contra el suelo de la helada caverna.

Se quedó tumbado en el suelo, jadeando. El hechizo que lo había transportado hasta ahí había sido muy arriesgado, sobre todo teniendo en cuenta su estado. La caverna se hallaba muy, pero lejos de donde se encontraba la hueste elfa; casi a medio mundo de distancia. Aun así, se había atrevido a correr ese riesgo, a pesar de que era consciente no solo de cómo podría acabar por culpa del hechizo, sino de que también podría ser demasiado tarde para llevar a cabo lo que deseaba hacer.

Ni siquiera se había atrevido a contarle a Rhonin qué era lo que pretendía, ya que, cuando menos, el mago le habría exigido que le permitiera acompañarlo, y eso no era posible, ya que uno de los dos tenía que quedarse para cerciorarse de que se mantuviera una cierta estabilidad en las relaciones de los elfos de la noche con sus posibles aliados. Krasus tenía mucha fe en el humano, quien había demostrado ser capaz de adaptarse mejor a las circunstancias y ser más digno de confianza que prácticamente cualquier otro ser que el dragón hubiera conocido durante su larga, larguísima vida.

Una vez recuperó el resuello, Krasus se incorporó. En la gélida caverna, su aliento pasaba a ser unas estrechas nubes que se alzaban lentamente hacia ese techo alto y repleto de protuberancias, donde las estalactitas rivalizaban con formaciones irregulares de hielo. Asimismo, el suelo rocoso estaba cubierto de escarcha.

Si bien el mago sondeó mentalmente la zona circundante, no detectó ni el más mínimo rastro de ninguna otra presencia. Ese descubrimiento no animó precisamente a Krasus, pero tampoco lo sorprendió. Había acudido ahí para ser testigo presencial de la catástrofe, de la plasmación en la realidad de esa visión, que tenía grabada a fuego en su memoria, en la que Neltharion, el Guardián de la Tierra (el gran dragón Negro), presa de la locura, atacaba a su raza.

Aunque todos y cada uno de los otros cuatro vuelos habían sufrido también, los moradores de esa caverna habían pagado más caro que nadie el hecho de haber plantado cara.

Los hijos de Malygos habían sido masacrados y su señor había sido enviado muy lejos. Y todo por culpa del poder de la traicionera creación del Guardián de la Tierra, a la que los mismos dragones habían dotado de poder. El Alma de Dragón... a la que conocía mejor con el nombre del Alma Demoníaca.

—Malygos... —gritó Krasus de tal modo que el nombre retumbó por toda esa cámara reluciente. Antaño, a pesar de su gelidez, había sido un lugar de alegría, ya que el Vuelo Azul eran unas criaturas de pura magia que gozaban con ella. Que vacía, qué muerta parecía ahora la caverna.

Cuando ya había esperado suficiente como para que el gran Aspecto respondiera, Krasus caminó con cautela por ese suelo resbaladizo y desnivelado. Aunque él también era un dragón, pertenecía al Vuelo Rojo de Alexstrasza, la Madre de la Vida. A pesar de que nunca había habido animosidad entre los dragones azules y rojos, prefería no correr ningún riesgo. En caso de que Malygos morara en algún lugar más profundo de esas cavernas, no había manera de saber cómo iba a reaccionar el anciano guardián. La conmoción de ver a su especie diezmada lo empujaría hasta el abismo de la locura del que tardaría siglos en salir.

Todo esto lo sabía Krasus porque había vivido esos siglos futuros. Había tenido que sobrevivir a la traición de Neltharion, quien más tarde sería llamado (de un modo más adecuado) Alamuerte. Había sido testigo de cómo los dragones habían entrado en declive, cómo sus filas habían menguado y cómo los de su propia especie, incluida

su reina, acabaron siendo esclavizados como bestias por los orcos durante décadas.

El mago dragón sondeó una vez con sus sentidos más elevados, entrándose cada vez más y más profundamente en las cavernas. Por todas partes donde buscaba, Krasus solo hallaba vacío, un vacío que recordaba demasiado a una vasta tumba. Su búsqueda no dio con ningún aura de vida importante y la desesperación se fue adueñando de él, al estar cada vez más convencido de que la repentina necesidad que lo había empujado a venir hasta este lugar no había servido para nada.

Entonces..., en las entrañas más, más profundas del santuario de Malygos, percibió una tenue fuerza vital. Era tan débil que a Krasus se le estaba a punto de pasar por alto, pues creía que era producto de su imaginación y sus deseos, pero entonces detectó otra presencia cercana a la primera.

La figura encapuchada avanzaba por esos pasajes traicioneros y oscuros. En varias ocasiones, a Krasus poco le faltó para perder el equilibrio, ya que el sendero se volvía muy peligroso e inestable. En este reino moraban unas criaturas cien veces más grandes que el tamaño que él tenía en esos momentos y cuyas descomunales garras les permitían asirse con facilidad a las grietas y barrancos por los que tenía que trepar.

Si hubiera podido, Krasus se habría transformado, pero en esa época eso no era una opción. Tanto él como una versión más joven de él mismo existían ahí simultáneamente, lo cual había permitido a ambos lograr grandes cosas al colaborar para luchar contra la Legión Ardiente, pero eso también tenía sus desventajas: ninguno de ellos podía abandonar la forma que portaba ahora y, hasta hace poco,

ambos se habían sentido terriblemente débiles cuando se hallaban lejos uno del otro; si bien ese último problema se había resuelto (en gran parte), Krasus estaba condenado a permanecer dentro de su cuerpo mortal.

De repente, oyó un chillido por encima de él que hizo que se pegara a la pared. Una silueta enorme y coriácea pasó aleteando; un murciélago del tamaño de un lobo con rostro felino, un pelaje grueso y unos incisivos tan largos como un dedo. La criatura se giró para abalanzarse por segunda vez sobre el mago, pero Krasus ya había levantado una mano. Una bola de fuego impactó contra la bestia en pleno vuelo. El murciélago voló directamente hacia ella.

La esfera ígnea se hinchó y, entonces, implosionó con rapidez.

Una lluvia de cenizas (los únicos restos que quedaban de la criatura) cayó brevemente sobre Krasus. El hecho de que no hubiera sido capaz de detectar la presencia del murciélago lo dejó perplejo. Cogió un puñado de esas cenizas y las escrutó con sus sentidos. Descubrió que la bestia era una mera creación, no un verdadero ser vivo. Un centinela, entonces, del Amo de la Magia.

Tras limpiarse de las manos los restos del murciélago, Krasus prosiguió caminando arduamente. Había pagado muy caro tener que transportarse mediante un hechizo hasta un lugar tan lejano, pero en esta misión tenía que poner toda la carne en el asador.

Entonces, para su sorpresa, súbitamente un cierto calor por delante de él. Este creció mientras continuaba avanzando, pero no hasta el nivel que el mago dragón habría esperado. Un ceño, aún más fruncido, se dibujó en sus facciones mientras se acercaba a lo que parecía ser una

segunda caverna principal. Según sus cálculos, el nivel del calor debería haber sido varias veces más intenso de lo que era.

Un leve fulgor azul procedente de la caverna iluminó el último tramo del pasaje. Krasus parpadeó una sola vez para que se le acostumbrara la vista y, acto seguido, entró.

Había huevos por doquier. Centenares de huevos blanquiazules de diversos tamaños, desde algunos tan pequeños como su puño a otros tan grandes como él. Profirió un grito ahogado de un modo involuntario, pues no esperaba hallar tal recompensa.

No obstante, en cuanto las llamas de la esperanza se avivaron en Krasus, se volvieron a apagar de repente. Tras realizar un examen más detallado descubrió la espantosa verdad. Aunque muchos de ellos mostraban unas grietas terribles, eso no era una señal de que fueran a eclosionar, sino de que se estaban descomponiendo. Krasus palpó con una mano enguantada la parte superior de uno de los huevos más grandes y no percibió ningún movimiento en su interior.

Fue de una nidada a otra y, mientras hacía esto, la amargura fue apoderándose cada vez más y más del dragón. Daba la impresión de que la historia estaba destinada a repetirse, a pesar de que había es tomado la decisión de desafiarla de manera flagrante. Ante él, se encontraba el futuro del Vuelo del Dragón Azul, pero se trataba de un futuro carente de esperanzas, como el original. En la línea temporal que a Krasus le resultaba tan familiar. Malygos había sido incapaz de despertarse del estado catatónico en que Neltharion lo había sumido antes de que la magia que mantenía la cámara de huevos (una magia unida al gran aspecto) fallara. Como se quedaron sin protección ante el frío, los huevos habían perecido y, con ellos, toda esperanza. En un futuro lejano, Alexstrasza se había ofrecido a ayudar a Malygos a

reconstruir poco a poco su vuelo, pero incluso en el momento en que Krasus había viajado al pasado, ese plan acababa de ponerse en marcha.

Ahora, a pesar de todos los sermones que en un principio le había echado a Rhonin, Krasus había intentado realizar tal vez un cambio muy arriesgado para el futuro de su mundo. Había albergado la esperanza de salvar las nidadas de huevos y llevarlas hasta un lugar seguro, pero las constantes batallas contra los demonios y la necesidad de obligar a los necios elfos de la noche a forjar alianzas, por mucho que se negaran, lo habían demorado en demasía.

¿O no? Un esperanzado Krasus se detuvo ante un huevo a medio desarrollar. La vida aún crecía en él un tanto lentamente, pero lo bastante bien como para que el mago se sintiera seguro de que ese nuevo calor conseguiría que continuara su incubación.

Examinó otro y descubrió que también era un candidato viable. Si bien Krasus siguió avanzando empujado por la ansiedad, los siguientes huevos no poseían ningún aura. Rechinando los dientes, la figura ataviada con una túnica corrió hacia la siguiente nidada.

Ahí descubrió cuatro huevos salvables más. Con un dedo, dejó marcado cada uno de ellos, así como los que había descubierto antes, con un fulgor dorado y, a continuación, prosiguió el escrutinio.

Al final, Krasus halló menos huevos de lo que esperaba encontrar, pero más de los que se merecía. El mago dragón contempló los que estaban marcados, cuyo resplandor hacía que destacaran allá donde estuvieran en esa vasta cámara. Sabía con absoluta certeza que no había más. Aunque ahora lo más importante era evitar que los pocos escogidos perecieran como el resto.

Seguía sin poder percibir a los demás dragones, incluso a su amada Alexstrasza, con ninguno de sus sentidos. La única conclusión posible era que se habían aislado en algún lugar para intentar recuperarse del ataque del horrendo poder del Alma Demoníaca. Sus recuerdos acerca de esta época eran fragmentarios, como consecuencia del viaje que había hecho y las heridas que había recibido. Al final, los demás vuelos regresarían a la batalla, pero para entonces sería demasiado tarde para la raza de Malygos. Ni siquiera era capaz de contactar con su yo joven. Korialstrasz, que se había llevado una terrible paliza mientras intentaba distraer a Neltharion de un modo heroico, se había marchado para averiguar qué les había ocurrido a los demás leviatanes.

Así que quedó en manos de Krasus decidir qué hacer. Incluso antes de partir hacia la guarida de Malygos, había intentado pensar en un lugar que pudiera considerar lo bastante seguro como para guardar ahí unos huevos de dragón. Pero nada le satisfacía. Incluso la arboleda de Cenarius, el semidiós, era indigna a sus ojos. Si bien era cierto que la deidad cornuda era el leal mentor de Malfurion Tempestira y podría ser perfectamente el hijo de Ysera, la dragona, Krasus sabía que Cenarius tenía ya demasiados frentes a los que atender en esos momentos

—Entonces, que así sea —murmuró el taumaturgo encapuchado. Con un dedo enguantado, Krasus dibujó un círculo en el aire. Unas chispas doradas destacaron el recorrido que trazaba con el dedo. El círculo era perfecto y daba la impresión de que había sido tallado en el mismo aire.

El Cataclismo

Al tocar con las yemas de los dedos el centro del mismo, el mago dragón lo eliminó. Un agujero blanco quedó flotando ante él, uno que iba más allá del plano mortal.

Krasus masculló algo en voz muy baja y el contorno del círculo brilló con un color rojo. Se oyó un gemido que procedía de su interior y unas pequeñas piedras sueltas rodaron hacia el agujero. Krasus musitó algo más y, aunque esa fuerza succionadora se tornó más intensa, las piedras se frenaron hasta detenerse. Entonces, fueron los huevos los que empezaron a temblar ligeramente, como si incluso en los fríos, en aquellos que ya no albergaban vida, algo se moviera.

Pero no era así. De improviso, uno de los huevos viables más próximos a la creación de Krasus, se elevó y flotó de un modo sereno hacia el pequeño agujero. Un segundo huevo marcado hizo lo mismo y, acto seguido, el resto lo siguió. Aunque los huevos muertos siguieron estremeciéndose, permanecieron donde estaban.

Mientras observaba, el futuro del vuelo de Malygos volaba en fila ante el agujero, por el que se empezaron a meter.

De un modo curioso, mientras cada huevo se aproximaba, este parecía encogerse lo suficiente como para poder caber por la abertura. Uno a uno, sucesivamente, los valiosos hallazgos de Krasus fueron desapareciendo por el agujero.

Cuando el último se desvaneció, el taumaturgo encapuchado selló la abertura. Se produjo un fugaz chispazo dorado y, entonces, todo rastro del agujero se esfumó.

—Con esto bastará para que sobrevivan, pero no bastará para que prosperen —murmuró Krasus. Los dragones azules tardarían siglos

en ser suficientes como para que su supervivencia quedara garantizada. Aun suponiendo que todos los huevos eclosionaran, no habría muchos dragones azules ni siquiera en la época de la que él había venido.

Aun así, eso era mejor que nada.

Una repentina oleada de náuseas y agotamiento recorrió por entero a Krasus, quien a duras penas logró evitar caerse. A pesar de haber resuelto gran parte del rompecabezas que había supuesto la enfermedad que lo había afligido cuando había entrado en el pasado (la respuesta al enigma era que tanto él como su yo joven tenían que compartir su fuerza vital), aún no se hallaba en plenas facultades.

Pero no podía descansar. Los huevos se encontraban a salvo, metidos en un universo de bolsillo donde el tiempo avanzaba tan despacio que apenas transcurría, lo cual le permitiría poder entregárselos más adelante a alguien en que pudiera confiar..., siempre dando por sentado que sobreviviera a la guerra.

Al pensar en esa guerra, Krasus sacó fuerzas de flaqueza. Por mucho que confiara en Rhonin y Malfurion, aún había demasiados interrogantes sobre quién vencería en esa contienda bélica. La línea temporal había sido alterada para siempre; era posible que la Legión Ardiente, que originalmente había perdido esta batalla, triunfara.

Por mucho que él mismo hubiera modificado la corriente temporal, Krasus era perfectamente consciente de que ahora tendría que hacer todo lo posible para ayudar a los elfos de la noche y el resto. Lo único que importaba ahora era que tenía que haber un futuro.

El Cataclismo

Mientras iniciaba el sortilegio que lo llevaría de vuelta con la hueste, Krasus contempló las decenas y decenas de huevos muertos. También habría un futuro sí los demonios ganaban. Y sería este. Uno frío, oscuro y carente de vida. Una eternidad vacía.

El mago dragón siseó de manera vehemente y se esfumó.



CAPÍTULO DOS

Zin-Azshari. Antaño el glorioso culmen de la civilización de los elfos de la noche. Una ciudad en continuo crecimiento, situada junto al Pozo, la base del poder de los elfos de la noche. El hogar de la venerada reina Azshara, en cuyo honor sus devotos súbditos habían bautizado la capital.

Zin-Azshari... Ahora un cementerio en ruinas, el punto de lanzamiento de la invasión de la Legión Ardiente.

Unas bestias viles lupinas olisqueaban los escombros, buscando siempre el inconfundible olor de la vida y la magia. Unos tentáculos gemelos, que les brotaban cerca de la zona donde se hallaban sus peludos hombros, se movían rápidamente de aquí para allá como si tuvieran mente propia. Las ventosas repletas de dientes situadas en el extremo de cada uno de ellos se abrían y cerraban hambrientas. Aunque a las bestias viles les encantaba absorberle la vida y el poder

a un hechicero hasta dejarlo vacío, esas hileras de dientes afilados que se veían en las bocas de esos monstruos escamosos eran una advertencia de que la carne también era para ellos un bocadito sabroso.

Dos canes demoníacos, que hurgaban entre las ruinas derruidas de lo que había sido en su día una casa arbórea de cinco plantas, alzaron rápidamente la vista al oír unas pisadas de un grupo que avanzaba y el estruendo de las armas y las armaduras. Una hilera tras otra de feroces guerreros pasó por ahí en tropel, su destino era dar alcance a los elfos de la noche que se hallaban a días de distancia. La Guardia Vil conformaba la columna vertebral de la fuerza invasora, pues el resto de tuerzas combinadas no alcanzaban su número ni por asomo. Medían dos metros setenta y, aunque eran de hombros y pechos anchos, eran estrechamente estrechos, incluso flacos, en el vientre. Un par de enormes cuernos curvados brotaban de unas cabezas prácticamente desprovistas de carne. Con sus ojos rojos como la sangre observaban con recelo ese paisaje devastado. Aunque marchaban con gran precisión, la impaciencia reinaba entre la Guardia Vil, pues vivían únicamente para masacrar. De vez en cuando, uno de esos guerreros con colmillos daba un empujón a otro I y la anarquía amenazaba con desatarse.

No obstante, bastaba con un rápido latigazo propinado desde arriba para mantener a esos guerreros a raya. Los miembros de alas ígneas de la Guardia Apocalíptica revoloteaban por encima de las filas de todos los regimientos, vigilando por si se producía algún desorden. Eran un poco más altos que sus hermanos de allá abajo, de los que se diferenciaban muy poco, salvo por el hecho de que eran menos en número y poseían una mayor inteligencia.

Aunque ahora una espantosa niebla cubría Zin-Azshari, los monstruosos ejércitos no tenían ninguna dificultad a la hora de desplazarse a través de ella. La niebla, que formaba parte de ellos al igual que las espadas, hachas y lanzas que empuñaban, poseía una tonalidad verde pálida, la cual encajaba a la perfección con el color de las terribles llamas que irradiaban cada uno de esos demonios.

Desde las ruinas, los cráneos de los elfos de la noche contemplaban con tristeza cómo marchaba la Legión Ardiente. Ellos, e infinidad de otros como ellos, habían perecido a las primeras de cambio, traicionados por la misma reina a la que veneraban. Los únicos elfos de la noche que seguían vivos en la capital eran los Altonato, los sirvientes de la soberana. Ocupaban una sección aislada de la ciudad, rodeada de murallas gigantescas, que impedían que su delicada sensibilidad se viera afectada por la dantesca carnicería. Ataviados con los ropajes llamativos y multicolores de su elitista clase social, se ocupaban de satisfacer sus propias necesidades mientras aguardaban las órdenes de Azshara.

Los guerreros de la guardia de palacio, cuyas miradas refulgían con la furia de un fanatismo digno de la Legión, todavía ocupaban la muralla. El capitán Varo'then era su comandante (quién a pesar de su título, era más un general a esas alturas que un mero oficial) y actuaba como los ojos y la boca de su monarca cuando esta no podía ser molestada ni distraída en sus momentos de esparcimiento. Si se hubiera dado la orden, los soldados habrían combatido codo con codo con los demonios contra su propia gente. Ya habían observado con indiferencia cómo masacraban a los habitantes de la ciudad. Tal y como sucedía con todos los que se encontraban dentro del palacio, eran tanto unas criaturas de Azshara como unos siervos del Señor de la Legión Ardiente.

De Sargerás.

Alguien que no era una títere ni de la reina ni del demonio se hallaba colgada en una celda situada en las profundidades del palacio, donde intentaba acallar ese insistente miedo que le devoraba las entrañas rezando constantemente a su diosa.

Al despertarse, Tyrande Susurravientos se había encontrado viviendo una pesadilla. Lo último que podía recordar la sacerdotisa de Elune (la Madre Luna) era que se había hallado en medio de una terrible batalla. Al caer de su montura moribunda, se había golpeado en la cabeza. Malfurion la había arrastrado hasta un lugar seguro..., pero a partir de ahí, todo se volvía contuso. Tyrande recordaba vagamente algunas imágenes espantosas, algunos ruidos horrendos. Unas criaturas semejantes a una cabra con unas bocas maliciosas, que la habían agarrado con unas manos peludas provistas de garras. Los gritos desesperados de Malfurion y entonces...

Entonces, la sacerdotisa se había despertado aquí.

Con unos largos y elegantes ojos plateados, escrutó la prisión por milésima vez. Sus atractivos labios se separaron para mostrar un gesto de arrepentimiento y aceptación de la situación. Sacudió la cabeza, de tal manera que unas ondas fluyeron por su larga melena de color azul oscuro (cuyos mechones plateados destacaban más ahora que no llevaba su yelmo de combate) cada vez que la agitaba en una dirección distinta. Nada había cambiado desde la última vez que Tyrande había echado un vistazo a su alrededor ¿De verdad esperaba que algo lo hubiera hecho?

A pesar de que no le habían colocado unas cadenas en las muñecas ni en los tobillos, era como si se hallara atada por algo de esa índole. Una brillante esfera, que flotaba a unos treinta centímetros de ese suelo de piedra frío y húmedo, la rodeaba de los pies a la cabeza. Dentro de ella, se hallaba con los brazos extendidos por encima de la cabeza y las piernas muy juntas. Por mucho que lo intentara, la recientemente nombrada Suma Sacerdotisa no podía separar las extremidades. La magia del gran demonio Archimonde era demasiado poderosa en ese aspecto.

Aunque Archimonde había logrado aprisionar por completo a Tyrande, no había conseguido su objetivo definitivo. No cabía ninguna duda de que deseaba torturarla y, por tanto, someterla a su voluntad y a la de su propio amo. Archimonde contaba no solo con su terrorífica imaginación, sino con las tenebrosas habilidades de los Altonato y los sádicos sátiros.

Aun así, en cuanto el demonio había intentado hacerle daño físicamente, una tenue aura del color de la luz lunar había envuelto a la acolita de Elune. Tanto Archimonde como sus esbirros eran incapaces de penetrarla. Ante ese ataque tan maligno, la armadura de placas que protegía su flexible figura habría sido tan inútil como la fina capa plateada que le habían arrebatado en un principio; sin embargo, esa aura transparente era como un muro de hierro de kilómetro y medio de espesor. Archimonde había arremetido contra él una y otra vez, pero había sido en vano. Dominado por la ira, ese gigante tatuado había agarrado del cuello a un guardia vil desprevenido y le había aplastado la garganta sin apenas hacer esfuerzo.

Desde entonces, la habían dejado en paz, ya que la campaña para erradicar a la hueste de los elfos de la noche era más importante que

una sola sacerdotisa. Eso no quería decir que no tuvieran algo reservado para ella en un futuro, puesto que los sátiros que la habían traído a través del portal mágico ubicado en el campo de batalla habían informado a su amo de que tenía relación muy estrecha con alguien a quien Archimonde había señalado con su marca..., con Malfurion. Cuando menos, usarían a Tyrande en su contra y, ese era el fundamento de gran parte del miedo que sentía ahora. Tyrande no quería ser la causa que provocara la caída de Malfurion.

El ruido de unas pisadas la alertó de que unas nuevas visitas habían llegado a los corredores de la mazmorra. Alzó la vista con aprensión justo cuando alguien estaba abriendo la puerta. En cuanto se abrió, entró una figura a la que temía tanto al menos como a Archimonde. El oficial con el rostro desfigurado portaba una armadura de un reluciente verde esmeralda con un brillante patrón de rayos solares en el pecho. Tras él, ondeaba una capa suelta cuyo color era el mismo que el de los rayos. No parecía parpadear nunca con esos ojos rasgados y, cuando posó su mirada en ella, esta era tan intensa que Tyrande fue incapaz de mirarlo a los ojos.

—Está consciente —comentó el capitán Varo'then a alguien situado detrás de él.

—Entonces, no nos demoremos —respondió con languidez una mujer—. Veamos qué es eso que tanto valora lord Archimonde...

Tras hacer una reverencia. Varo'then se apartó a un lado para permitir el paso a quien había hablado. A pesar de que era quien esperaba. Tyrande tuvo que reprimir un grito ahogado.

La reina Azshara era tan hermosa y perfecta como describían los cuentacuentos. Su exuberante melena plateada caía en cascada por la espalda. Tenía unos ojos dorados y medio velados, unos labios llenos

y seductores. Iba ataviada con un vestido de seda del mismo color que su pelo, que, además, era tan fino que permitía vislumbrar con bastante claridad la esbelta silueta que se hallaba debajo. Llevaba un brazalete enjorjulado en cada muñeca y unos pendientes a juego, que pendían hasta casi rozarle esos exquisitos hombros desnudos. En la tiara arqueada que portaba en el pelo, había un rubí que reflejaba de un modo casi cegador la luz mortecina de la antorcha que un guardia portaba.

Detrás de ella había otra mujer, una que también habría sido considerada bastante hermosa, si no fuera porque su belleza palidecía en comparación con la de Azshara. La sirvienta vestía un atuendo similar al de su señora, salvo por el hecho de que era una de calidad un tanto inferior. También llevaba un peinado lo más parecido posible al de la reina, aunque su color plateado era, sin duda alguna, producto de los tintes y ni siquiera se acercaba a la intensa tonalidad de la melena de Azshara. En verdad lo único que destacaba de ella eran sus ojos; plateados, como los de la mayoría de los elfos de la noche, pero con un aire exótico y felino.

— ¿Esta es? —preguntó la reina con una indisimulada decepción mientras observaba detenidamente a la cautiva.

En verdad, en presencia de Azshara, Tyrande se sentía incluso más cohibida que la sirvienta. Quería limpiarse al menos la mugre y la sangre de la cara y el resto del cuerpo, pero no podía hacerlo. A pesar de que era consciente de que la reina había traicionado a su pueblo, la sacerdotisa sentía el deseo de arrodillarse ante esas sandalias, ante los esbeltos pies de Azshara, pues la soberana era así de carismática.

—No hay que subestimarla, Luz de Luces —replicó el capitán, cuyos ojos, que ardían de deseo, estaban clavados en Azshara—. Al parecer, Elune la protege.

A la reina no le pareció para nada en absoluto que eso fuera algo impresionante. Frunció su nariz perfecta y preguntó:

— ¿Qué es Elune comparada con el gran Sargerass?

—Hablas de un modo sabio, majestad".

Azshara se aproximó aún más. Daba la sensación de que incluso el más leve de sus movimientos estaba calculado para lograr el máximo impacto en quienes la contemplaban. Tyrande volvió a sentir el deseo de arrodillarse ante ella.

—Es bonita, de un modo basto —añadió la figura de las trenzas plateadas de manera displicente—. Tal vez sea digna de ser una sirvienta. ¿Eso te gustaría...? Dime otra vez como se llama, capitán.

—Tyrande —respondió el capitán Varo'then, haciendo una leve reverencia.

—Tyrande ¿te gustaría ser mi sirvienta? ¿Vivir en el palacio? ¿Ser una de mis favoritas y de mi señor? ¿Mmm?

La otra mujer se sobresaltó al oír esa sugerencia y con su mirada felina pareció desollar a la sacerdotisa. Ni siquiera intentó disimular la inmensa envidia que sentía.

Apretando los dientes, la joven elfa de la noche contestó con voz entrecortada:

—He jurado lealtad a la Madre Luna, mi vida y mi corazón le pertenecen...

La belleza de la reina se vio súbitamente arruinada por una breve expresión que rivalizaba en maldad con la del capitán Varo'then.

— ¡Ramera desagradecida! ¡Y menuda mentirosa también! Entregas tu corazón con bastante facilidad, ¿verdad? ¡Primero a un hermano y luego a otro! ¿Hay más aparte de ellos? —Al ver que Tyrande no respondía, Azshara continuó—: ¿Acaso poder manipular a los varones no es algo maravilloso? ¿Acaso no es divertido que unos amantes se peleen por ti? ¡Es tan delicioso verlos derramar sangre en tu nombre! ¡En realidad, debo elogiarte! Sobre todo si son hermanos y, además, ¡*gemelos!* Quebrar sus lazos familiares hasta que deseen arrancarse la garganta el uno al otro, deseen traicionarse mutuamente... ¡y todo por obtener tu favor!

Varo'then se rio entre dientes. La sirvienta esbozó una sonrisa siniestra. Tyrande notó que se le escapaba una lágrima y se maldijo en silencio por dejarse dominar por las emociones.

— ¡Oh, cielos! ¿Acaso he sacado a colación un tema que te afecta mucho? ¡Discúlpame! ¡Vamos, lady Vashj! ¡Vayamos a ver si se ha hecho algún avance con el portal! Quiero estar lista cuando Sargeran lo cruce... —la reina mencionó el nombre del demonio con cierto tono jactancioso—. Quiere tener el mejor aspecto posible cuando lo reciba...

Los guardias se apartaron a un lado para dejar paso al capitán Varo'then, quien acompañó a Azshara y lady Vashj hasta a puerta. Cuando acababan de salir al pasillo, la soberana de los elfos de la noche miró hacia atrás, hacia la sacerdotisa cautiva.

— ¡Realmente deberías reconsiderar mi propuesta! ¡Deberías ser mi sirvienta, mi querida muchacha! Así, podrías quedarte con *ambos*, que seguirían vivos y manipularlos a tu antojo... una vez que yo me hubiera hartado de ellos por supuesto.

La puerta de hierro se cerró estruendosamente, sellando así el fin de las esperanzas de Tyrande. Se imaginó tanto a Malfurion como a Illidan. Como Malfurion había estado presente cuando la habían secuestrado, sabía que se encontraría afligido por haber sido incapaz de protegerla. Temía que tales emociones lo empujaran a cometer alguna temeridad, lo que le convertía en un objetivo muy fácil para los demonios.

Y luego estaba Illidan. Justo antes de la última batalla, este hermano había descubierto a quién quería realmente la sacerdotisa y no se lo había tomado nada bien. Aunque los comentarios que había hecho Azshara buscaban, sin lugar a dudas, minar su moral, Tyrande no pudo evitar ver que había cierta verdad en ellos. Conocía muy bien a Illidan y sabía que podría perder la cabeza. ¿Acaso esa forma de ser, así como la frustración por haber sido rechazado, lo habían empujado a hacer algo terrible?

—Elune, Madre Luna, vela por ambos —susurró—. Aunque Tyrande no podía negar que el que más le preocupaba era Malfurion, también le seguía importando su gemelo. La sacerdotisa también era consciente de lo mal que se sentiría Malfurion si le sucediera algo a su hermano. Tras pensar en eso, Tyrande añadió—: ¡Madre Luna, cualquiera que sea mi destino, por favor, salva a Illidan, hazlo al menos por Malfurion! ¡Haz que se tengan el uno al otro! No permitas que Illidan...

En ese momento, percibió otra presencia cerca de ella, una que ciertamente se hallaba dentro de los muros del castillo, pues la notaba muy cerca, fue un encuentro muy breve, brevísimo; aún así, la sacerdotisa supo qué era lo que había percibido.

¡Era Illidan! Illidan estaba en Zin-Azshari... ¡en el palacio!

Ese descubrimiento la estremeció por entero. Se imaginó que lo habían hecho prisionero, que lo estaban torturando de un modo horrible, ya que él no contaba con el milagroso amor de Elune para protegerlo con el que sí contaba ella. Tyrande se lo imaginó chillando mientras los demonios lo desollaban vivo, ya que su magia aseguraba que permaneciera totalmente consiente a lo largo de cada uno de esos momentos plagados de agonía. Lo torturarían no solo por lo mucho que él había hecho en contra de la Legión, sino también por lo que había hecho Malfurion.

Intentó alcanzar de nuevo sus pensamientos, pero fue inútil. Aun así, mientras lo intentaba, se percató de que había habido algo en ese contacto fugaz que la inquietó. Tyrande caviló al respecto, refugiándose aún más en sí misma. Había percibido algo en las emociones de Illidan que no encajaba bien, algo realmente malo...

En cuanto se dio cuenta de lo que era, Tyrande se quedó helada de espanto. ¡No podía ser! ¡No importaba lo que hubiera ocurrido en el pasado, Illidan no sería capaz!

—Él no volvería tan... —se insistió a sí misma Tyrande—. Por ninguna razón...

Ahora comprendía parte de lo que la reina había dicho. Illidan (aunque resultara imposible de creer) había venido a Zin-Azshari por voluntad propia.

Quería *servir* al Señor de la Legión Ardiente.

La torre del palacio de Azshara situada más al sur ardía envuelta en energías mágicas; ya fuera de día o de noche, los Altonato nunca cejaban en su empeño. Los centinelas apostados cerca intentaban no mirar en dirección a esa alta estructura, pues temían que esas poderosas hechicerías pudieran sepultarlos de algún modo.

Ahí dentro, los Altonato, ataviados con unas túnicas color turquesa, provistas de capucha y de unos elegantes bordados, que cubrían sus demacradas siluetas, se hallaban en pie, alternándose entre unas siniestras figuras cornudas cuya parte inferior recordaba al cuerpo de una cabra. En el pasado, esos seres también habían sido elfos de 'a noche y a pesar de que la parte superior de su fisonomía todavía conservaba algún parecido, habían sido transformados en algo más mediante brujería y maldad. En algo que ahora formaba parte de la Legión Ardiente y no del mundo de Azeroth.

En sátiros.

Pero incluso los sátiros parecían cansados mientras se esforzaban junto a sus antiguos hermanos por llevar a cabo ese hechizo que estaban confeccionando dentro del patrón hexagonal. Encima de ese diseño, flotando a la altura de los ojos, esa masa ígnea tenía en su centro una oscuridad que parecía extenderse eternamente, lo cual reflejaba lo tremendamente lejos, más allá de su plano de existencia, que habían llegado los taumaturgos. Habían ido más allá de las

fronteras de la razón, de los límites del orden..., para adentrarse en el caos del que procedían los demonios.

El reino de Sarger, el Señor de la legión.

Una enorme sombra se cernía sobre los sudorosos taumaturgos. Esa monstruosidad alada se movía impulsada por cuatro piernas grandes como troncos. De su cara, similar a la de una rana, brotaban unos colmillos gigantes. Bajo un prominente arco superciliar, se hallaban esos orbes llameantes que eran sus ojos, con los que contemplaban con furia a esas figuras diminutas. Con la coronilla de su cabeza escamosa casi rozaba el techo.

Al mismo tiempo que agitaba adelante y atrás su descomunal cola por el suelo, Mannoroth bramó:

— ¡Manténganlo estable! ¡Les arrancaré la cabeza y me beberé la sangre que mane de sus cuellos si fracasan!

Sin embargo, a pesar de lo que acababa de decir, él estaba sudando tanto como ellos, habían intentado confeccionar un nuevo sortilegio con la esperanza de lograr que el portal fuera más grande y robusto (lo suficiente como para que el propio Sarger pudiera atravesarlo), pero en vez de eso, prácticamente habían perdido el control. Tal fracaso supondría la ejecución de algunos hechiceros, así como la muerte de un modo horrible del propio Mannoroth, Archimonde no toleraría más errores.

—Si me permites... —dijo alguien desde la entrada de la cámara.

Tras proferir un gruñido, Mannoroth dirigió su mirada hacia el diminuto elfo de la noche. A excepción hecha de sus perturbadores

ojos ambarinos, vió muy poco que llamara su atención en ese recién llegado del que recelaba llamado Illidan Tempestira. Archimonde toleraba, muy a su pesar, que esa criatura siguiera viva porque había percibido en él cierto potencial, pero Mannoroth hubiera preferido colgar a esa hormiga arrogante de unos ganchos clavados en sus ojos y luego despedazarlo lentamente, miembro a miembro. Así, se vengaría del hermano de Illidan, el druida que había provocado ese desastre, cuya responsabilidad debía asumir un avergonzado Mannoroth.

No obstante, tal diversión tendría que esperar. Por ninguna otra razón salvo tal vez ver cómo Illidan fracasaba miserablemente, Mannoroth le indicó con una extremidad enorme repleta de garras que el elfo de la noche podía proceder. Illidan, ataviado con un jubón y unos pantalones de cuero negro y con el pelo recogido en una coleta, pasó junto al gran demonio, mostrando un total desprecio por el rango de Mannoroth. Tratar con él era aún peor que tratar con Varo'then, ese soldado que era el perrito faldero de Azshara.

Illidan se detuvo en el círculo y observó detenidamente el hechizo. Después de un momento, asintió y, entonces, con un sereno movimiento de su mano, se abrió un hueco entre un sobresaltado sátiro y un Altonato.

Unas ondas se propagaron por el portal. Mannoroth tocó el suelo con sus colmillos amarillentos. Si el elfo de la noche provocaba que el portal se desmoronara, Archimonde no podría echar en cara a su segundo al mando que hubiera aplastado al culpable contra la pared.

Illidan hizo un solo gesto en dirección hacia ese agujero ardiente... y, de repente, se mantuvo estable. La inestabilidad que el demonio había

percibido se desvaneció. En todo caso, el portal era ahora más robusto que antes.

Mannoroth frunció su ceño verde. ¿Acaso esa esa criatura diminuta poseía el poder necesario para...?

Sin embargo, antes de que pudiera seguir cavilando, una presencia llenó la cámara de improviso, cuyo origen se encontraba en las profundidades más y más remotas del portal.

— ¡Arrodíllense! —rugió el cuadrúpedo.

Todos (tanto los taumaturgos como los guardias) obedecieron de Inmediato.

Todos... salvo Illidan.

Con suma calma el elfo de la noche permaneció en pie ante el portal a pesar de que era imposible que no percibiera la abrumadora presencia que emanada de él. Illidan contemplaba fijamente la negrura, de un modo expectante.

Eres el elegido..., se oyó decir a Sargeraz.

Las antorchas titilaron exageradamente. Entre las sombras danzantes que proyectaron, casi dio la impresión de que una de ellas estaba más viva que el resto. No solo se elevó hasta el techo, sino que se extendió por él y alcanzó su máximo esplendor justo por encima del agujero llameante.

Illidan reaccionó ante esa manifestación con la misma aparente indiferencia que había mostrado ante todo lo demás. Mannoroth lo consideró el mayor necio con el que jamás se había topado.

Eres el que ha logrado lo que los demás no han podido conseguir...

El elfo de la noche por fin mostró algo de cordura al agachar la cabeza ligeramente en señal de deferencia hacia esa voz.

—Consideré que era necesario actuar.

Eres fuerte..., dijo Sargerass desde el más allá. Por un momento, rompió el silencio, pero entonces..., *pero no lo bastante fuerte...*

Eso quería decir que, a pesar de todo su poder, Illidan no poseía los recursos necesarios para lograr que el portal fuera lo bastante robusto como para permitir que el Señor de la Legión pudiera llegar al plano mortal. Mannoroth unas sensaciones encontradas; por un lado se sentía frustrado ya que el camino seguía cerrado para Sargerass, por otro lado se sentía contento, ya que el elfo de la noche no poseía el poder necesario.

—Aunque tal vez conozca la manera de poner remedio a eso — comentó Illidan de un modo inesperado.

Una vez más reinó un completo silencio. La inquietud fue dominando más y más a Mannoroth a medida que este se prolongaba, puesto que Sargerass nunca había permanecido tan callado.

Entonces, al fin...

Habla.

Illidan alzó la mano izquierda con la palma hacia afuera. En ella cobró forma la imagen de un objeto, Mannoroth se estiró para poder verlo mejor y se sintió bastante decepcionado. En vez de tratarse de un amuleto intrincado o un cristal centellante, lo único que había mostrado el elfo de la noche, era un disco dorado de aspecto vulgar, cuya característica más destacable era que le cubría toda la palma de la mano. Si el objeto realmente se hubiera hallado ante él, el coloso alado lo habría pisado sin pensárselo dos veces.

Esperaba que Sargerass castigara a Illidan por hacerle perder el tiempo, pero en vez de eso el Señor de la Legión mostró un obvio interés por ese objeto.

Explícate...

Sin más preámbulos, el hechicero renegado dijo:

—Esta es la pieza clave que posee ese poder. Es el *Alma del Dragón*.

Ahora, tanto Mannoroth como todos los demás prestaron mucha más atención, pues todos ellos habían sido testigos de su furia, de su poder abrumador. Con ese objeto, el dragón Negro había masacrado tanto a demonios como elfos de la noche a centenares. Había hecho temblar la tierra a kilómetros a la redonda e incluso había enviado muy lejos a los demás dragones cuando habían intentado detenerlo.

Y todo eso lo había logrado con una pieza de aspecto tan humilde.

—Incluso desde ese lugar donde aguardas, la has visto —prosiguió Illidan—. Has percibido su glorioso poder y legítimamente ansias que sea tuya.

Sí...

—Con ella, podrías asesinar a millares valiéndote únicamente de tu mera fuerza de voluntad. Podrías aniquilar toda la vida que se te resistiera en una tierra..., toda la vida, punto.

Si...

—Pero no se te ha ocurrido que podría ser la fuente de poder que te permitiera alcanzar este mundo, ¿verdad?

Sargerass no respondió; una actitud que conllevaba implica contestación más que evidente. Mannoroth gruñó. El elfo de noche era demasiado listo para su propio bien. La Legión Ardiente codiciaba ese artefacto, pero seguía en posesión del dragón Negro. Y mientras aun tuviera que masacrar al pueblo de Illidan, los demonios no podrían contar con las fuerzas y los recursos necesarios para dar caza a esa bestia.

Sí, posee el poder necesario, afirmó al fin el Señor de la Legión. Podría abrir el camino...si fuera nuestra...

—Poseo los medios necesarios que nos permitirán dar con su localización, saber dónde la ha escondido el dragón.

Tras otra pausa muy reveladora, Sargerass contestó:

La bestia negra se ha ocultado muy bien... Incluso de mí...

Illidan asintió, con una sonrisa dibujada en la cara que, si hubiera sido cualquier otro, el Señor de la Legión se la habría arrancado (junto a toda la carne y todos los tendones unidos a ella) incluso desde el más allá.

—No se puede esconder de mí... sé cómo localizarlo... con esto.

El elfo de la noche hizo un gesto y, de repente, apareció en su mano izquierda una placa de ébano del tamaño de su cabeza. Mannoroth se inclinó hacia delante. Al principio, creyó que se trataba de un pequeño fragmento de una armadura de uno de los defensores de ese mundo, pero entonces vio que no estaba hecho de metal.

Era una escama de dragón.

La escama del dragón Negro.

—Un fragmento minúsculo, que una bestia tan enorme no echará de menos —señaló Illidan, a la vez que le daba la vuelta—. Como en el combate con la dragona roja recibió varios golpes, sabía que tenía que haber al menos alguna escama suelta por alguna parte..., así que fui en su busca a lomos de mi montura. En cuanto di con lo que buscaba, continué cabalgando hasta aquí.

Mannoroth lo fulminó con la mirada. ¿Acaso la audacia de ese hechicero no tenía límites? Como era incapaz de permanecer callado más tiempo, bramó:

— ¿Por qué no se la entregas a tus amigos? ¿A tu hermano?

El elfo de la noche miró hacia atrás.

—Porque merezco una recompensa, más poder.

El demonio aguardó a que siguiera hablando, pero Illidan ya había acabado. El hechicero volvió a mirar hacia el portal.

—Necesito tener un acceso ilimitado a las energías del Pozo. El dragón es poderoso, sobre todo gracias a ese artefacto. Pero si cuento

con el Pozo para alimentarme de poder, lo encontraré, ¡sin que importe dónde esté!

—Y, entonces, ¿se lo arrebatarás sin más, mortal? —inquirió con un tono burlón el demonio provisto de colmillos—. ¿O acaso simplemente te lo entregará?

—Se la arrebataré a esa bestia de un modo u otro —respondió Illidan con indiferencia, mientras seguía con la mirada clavada en ese abismo turbulento—. Y la traeré aquí.

Mannoroth estalló en carcajadas; de repente, dejó de reírse al notar una tremenda presión alrededor del cuello, la cual se desvaneció de un modo casi inmediato, aunque el mensaje había quedado claro. Daba igual lo que pensara al respecto el demonio alado, al Señor de la Legión le interesaban las palabras de ese facineroso.

Así que me aseguras que me traerás esa creación del dragón, ¿verdad?, le dijo Sarger a Illidan.

—Sí.

Bien, en caso de que lo logres, recibirás grandes recompensas como pago por tus esfuerzos.

El elfo de la noche agachó la cabeza.

—Nada me satisfaría más que presentarme ante ti con el Alma del Dragón en la mano.

Dio la sensación de que Sarger se reía entre dientes.

Tal lealtad se merece una marca que te señale como mi protegido, una marca que al mismo tiempo te ayudará a llevar a cabo tu gesta, elfo de la noche...

Illidan alzó la mirada. Por primera vez, un leve gesto de incertidumbre planeó por sus estrechas facciones.

—Mi señor Sargeras, tu llegada a Azeroth será un honor más que suficiente y no necesito ayuda para...

Pero... insisto.

De manera súbita, brotaron del portal dos tentáculos gemelos, hechos de unas llamas de color verde oscuro.

Mannoroth se protegió los ojos inmediatamente. Illidan (el objetivo del encantamiento de Sargeras) no tuvo esa oportunidad, aunque eso tampoco le habría servido de nada.

Las llamas se adentraron en sus ojos.

Al instante, esos tejidos blandos quedaron abrasados. El chillido de Illidan retumbó por toda la cámara y, probablemente, más allá de los muros de palacio. De su semblante se había borrado todo rastro de arrogancia, puesto que ya solo se reflejaba en él una agonía pura y dura.

Las llamas se volvieron aún más intensas. Con los brazos extendidos, Illidan se elevó del suelo. Se arqueó hacia atrás de tal modo que pareció que se iba a partir en dos. Un fuego sobrenatural continuaba anegando sus cuencas ennegrecidas, incluso mucho después de que el último resto de sus ojos se hubiera quemado.

Si bien los Altonato y los sátiros no se atrevieron a abandonar su tarea, se encogieron de miedo e intentaron mantenerse alejados lo máximo posible del elfo de la noche que seguía retorciéndose. Incluso los guardias retrocedieron un par de pasos.

Entonces, tan repentinamente como habían brotado, las llamas se retiraron.

Aunque Illidan cayó al duro suelo de piedra, logró arrojárselas para aterrizar con las manos y las rodillas por delante. Jadeaba, y cada respiración era un suplicio. Tenía la cabeza gacha y casi rozaba con ella el suelo. Permaneció así, sin que, al menos aparentemente, quedara rastro alguno de su presuntuosa actitud anterior.

La voz de Sargeraz invadió por entero la mente de todos los ahí presentes.

Alza la vista mi leal siervo...

Illidan obedeció.

No quedaba ni rastro de sus ojos. Solo se habían salvado las cuencas de los mismos, una cuencas abrasadas y desprovistas de carne, en cuyos bordes podían verse fragmentos del propio cráneo, ya que Sargeraz le había calcinado totalmente los globos oculares.

Si bien era cierto que el Señor de la Legión había dejado sin ojos al elfo de la noche, también lo era que los había sustituido por otra cosa. Dentro de las cuencas ardían dos llamas gemelas; unas bolas de fuego de la misma malévolas tonalidad que las llamas que habían desfigurado tan brutalmente el rostro del hechicero. Durante varios segundos más, esos dos fuegos ardieron intensamente... y, acto seguido, se fueron apagando hasta que parecieron ser nada más que unos restos humeantes. El humo, sin embargo, permaneció, sin menguar ni aumentar.

Tus ojos son ahora mis ojos, elfo de la noche, son unos dones que te ayudarán a servirme...

Illidan no dijo nada, pues se hallaba demasiado dominado por el dolor, sin duda alguna. De repente. Sargerass se dirigió a Mannoroth en particular.

Asegúrate de que descanse. En cuanto se recupere, partirá para demostrarme su devoción... y apoderarse del artefacto...

Mannoroth hizo un gesto y dos guardias viles se acercaron. Agarraron al tembloroso Illidan y lo sacaron a rastras de esa cámara para llevarlo a un aposento.

En el preciso instante en que el elfo de la noche se halló lo bastante lejos como para no poder oírlos, el teniente de Sargerass exclamó:

— ¡Es un error dejar que este mortal obre sin supervisión alguna, a pesar de la lección de humildad que acaba de recibir!

No viajará solo.... pues otro lo acompañará. El elfo de la noche llamado Varo'then se sumará a esta misión.

Al escuchar esa orden, el demonio flexionó sus anchos alas. Mannoroth sonrió de oreja a oreja, lo cual era algo muy macabro de contemplar, como poco.

— ¿Varo'then?

El sabueso de Azshara vigilará bien al hechicero. Si Illidan Tempestira cumple su promesa, haremos un hueco a ese hechicero entre nosotros...

A Mannoroth no le gustaba que se le pudiera encumbrar al elfo de la noche de esa manera.

El Cataclismo

— ¿Y si el hechicero resulta ser un traidor?

Entonces, Varo'then pasará a ser mi protegido, en vez del gemelo del druida... en cuanto el capitán me haya entregado esa creación del dragón..., así como el corazón aún palpitante de Tempestira...

La sonrisa de Mannoroth se tornó aún más amplia.



CAPÍTULO TRES

La Legión Ardiente reanudó su ataque con una furia que no había disminuido. Mientras que los defensores de esas tierras necesitaban comer y dormir, los demonios no tenían tales flaquezas. Luchaban día y noche matando sin parar, y únicamente se retiraban cuando el riesgo era demasiado exagerado. Incluso entonces, retrocedían haciendo que cada palmo de terreno reconquistado costara mucha sangre.

Pero ahora se enfrentaban a unos adversarios que habían recibido refuerzos. Ya no luchaban solo contra la hueste de los elfos de la noche, sino que otros la ayudaban hasta duplicar su capacidad de combate: los tauren, los enanos y otras razas habían sumado sus tuerzas a las de los defensores, quienes necesitaban su apoyo desesperadamente. Ahora, por primera vez en muchos días, era la Legión la que cedía terreno, al ser empujada a una distancia de una Suramar en ruinas que un jinete podía recorrer en una noche.

Aun así, a pesar de este triunfo, Malfurion no sintió que se reavivaran las llamas de la esperanza. No es solo que le preocupara que hubiera llegado a considerar su devastado hogar como la piedra de toque que le permitía saber si estaban más cerca de la victoria que de la derrota o viceversa, mientras el tira y afloja de la batalla proseguía bajo la atenta mirada de esa ciudad antaño hermosa sino que también le inquietaba el equilibrio de poder en el seno de la hueste. Si bien era cierto que Rhonin se las había ingeniado para obligar a lord Ojo de Estrella a aceptar a esos nuevos aliados, el prejuicioso noble había convertido lo que debería haber sido una causa común por la que luchar en una tregua sellada a regañadientes. Los elfos de la noche no luchaban realmente junto a los demás. Ojo de Estrella mantenía a los suyos en el medio de la formación y el flanco izquierda, mientras los demás ocupaban el flanco derecho. Apenas había comunicación alguna entre los diversos grupos y prácticamente no interactuaban. Los elfos de la noche solo trataban con los elfos de la noche, los enanos, con los enanos; etcétera.

Tal alianza, si es que se podía llamar así jocosamente, estaba seguramente condenada a la derrota. Los demonios acabarían compensando el hecho de que su enemigo hubiera aumentado en número y atacarían con más fuerza que nunca.

La responsabilidad de la coordinación había recaído en el desafortunado Jarod Cantosombrío. El druida se preguntaba si el capitán de los centinelas no odiaba a los forasteros, ya que no le habían traído más que calamidades. Aun así, Jarod había asumido esas nuevas tareas con la adusta dedicación con la que había asumido las anteriores, por lo cual Malfurion lo admiraba. En verdad, fuera cual fuese el bien que hacía a ese ejército la presencia de Rhonin, Brox o Malfurion, el trabajo de Jarod estaba al mismo nivel. Coordinaba todos los asuntos que surgían entre las facciones (filtrando por pura

necesidad los insultos y las discusiones más graves), con el fin de poder tener unas tropas cohesionadas. En verdad, el capitán tenía al menos tanto que decir sobre la estrategia de la hueste como el pomposo Ojo de Estrella.

Malfurion rezaba para que el noble nunca fuera consciente de esto, aunque lo más irónico de todo era que daba la sensación de que el capitán Cantosombrio no lo era; desde su punto de vista, se limitaba a obedecer las órdenes.

Rhonin, que había estado descansando sobre una roca, desde la que se podía contemplar el campo de batalla, se enderezó súbitamente.

— ¡Aquí vienen de nuevo!

Brox se puso de pie de un salto, con una elegancia impropia de su descomunal tamaño. El canoso orco agitó su hacha en el aire un par de veces y, acto seguido, se encaminó hacia la vanguardia. Malfurion se subió de un brinco a su sable de la noche; una de esas enormes panteras provistas de colmillos que su gente empleaba para viajar y guerrear.

Los cuernos bramaron. La agotada hueste se tensó y se preparó para lo que se le venía encima. Diversas notas reverberaron a lo largo de las filas de las diversas facciones, mientras estas se preparaban.

Unos instantes después, se reanudó una vez más la batalla. Los defensores y los demonios chocaron con un estruendo perfectamente audible. Al instante, los gruñidos y los gritos rasgaron el aire por doquier. Rugiendo de un modo desafiante, Brox decapitó a un guardia vil y, a continuación, empujó el torso aún tembloroso contra el demonio que se hallaba detrás. El orco se abrió paso violentamente

con suma rapidez, dejando un rastro sangriento, formado por más de media decena de demonios muertos o moribundos.

Montado sobre otro sable de la noche, Rhonin también combatía. Aunque no se limitaba a lanzar hechizos, sino que, al contrario que Malfurion, siempre permanecía alerta por si los eredar, los brujos de la Legión, atacaban. A pesar de que los eredar habían sufrido mucho durante las pasadas campañas, siempre eran una amenaza, que atacaba cuando uno menos lo esperaba.

Sin embargo, por ahora, Rhonin no solo empleaba su magia para batallar, sino también sus habilidades para el combate. Montado a horcajadas sobre el sable de la noche, el humano blandía unas espadas gemelas hechas únicamente de magia. Esos chorros de energía azul tenían más de un metro cada uno y, cuando el mago arremetía con ellos, desataban un caos similar al que provocaba el orco. Las armaduras de los demonios no servían de protección alguna ante esas espadas mágicas; las armas de los guardias viles se rompían como si estuvieran hechas de frágil cristal al chocar con ellas. Rhonin luchaba con una pasión que Malfurion podía entender perfectamente, ya que al mago pelirrojo se le había escapado que tenía una esposa embarazada que estaba esperando a alumbrar a sus hijos, cuyo destino dependía de la derrota de la Legión. Al igual que Malfurion luchaba por Tyrande e Illidan. Rhonin luchaba por su lejana familia.

El druida luchaba con igual ferocidad, a pesar de que buscaba la comunión con la naturaleza con sus hechizos. De una de las muchas faltriqueras que pendían de su cinturón, sacó varias semillas con espinas, de esas que se le quedan pegadas a uno cuando pasa entre algunas plantas. Se acercó a la boca la mano llena de semillas, con la palma hacia arriba y sopló con delicadeza.

Estas volaron por el aire raudas y veloces, como si las arrastrara un viento huracanado. Se multiplicaron por mil mientras se extendían sobre los demonios que se aproximaban, hasta prácticamente transformarse en una tormenta de polvo.

Rugiendo, los espantosos guerreros atravesaron la nube sin darle importancia, que lo único que le interesaba era la sangre de los defensores. Sin embargo, tras solo haber dado unos cuantos pasos, el primero de los demonios se trastabilló y se llevó las manos al estómago. Después, otro hizo lo mismo, y otro. Varios soltaron sus armas y, de inmediato, fueron dados muerte por unos ansiosos elfos de la noche.

Aquellos a los que no mataron se hincharon súbitamente de un modo tremendo. Se les expandió tanto el pecho como el estómago de una manera desproporcionada. Varias de esas figuras provistas de colmillos cayeron al suelo, retorciéndose.

Desde el interior del cuerpo de uno de ellos que todavía permanecía en pie, brotaron de decenas y decenas de pinchos afilados como dagas que le atravesaron la piel y la armadura. Se giró y, a continuación cayó muerto. Yacía acribillado... por las semillas que se habían hinchado dentro de él.

A su alrededor, fueron cayendo por decenas los demás sucesivamente. Todos sufrieron el mismo espantoso destino. Aunque Malfurion sintió ciertas náuseas al ver las consecuencias, enseguida tuvo en cuenta que el enemigo obraba de un modo inmisericordemente, malvado, por lo que no podía permitirse el lujo de compadecerse de aquellos que vivían solo para propagar el caos y el terror. Era una cuestión de matar o morir.

Sin embargo, por muchos demonios que perecieran, siempre había más. Las líneas de los elfos de la noche fueron cediendo terreno, ya que eran las que habían sufrido un mayor castigo. Eran las que habían luchado más tiempo contra la Legión Ardiente, por lo cual estaban mucho más agotadas. Archimonde era demasiado listo como para no aprovecharse de ese punto débil. Cada vez más y más guerreros provistos de colmillos arremetían en tropel contra esa parte de la hueste que se desmoronaba. Las bestias viles hostigaron a esas líneas y desde arriba los guardias apocalípticos arremetieron contra los soldados distraídos, aplastándoles el cráneo o clavándoles lanzas en el pecho o la espalda. A menudo, agarraban a un par de elfos de la noche, los subían hasta una gran altura y, acto seguido, dejaban caer a sus indefensas víctimas sobre la hueste. Al caer entre sus compañeros, los soldados se convertían en misiles que se autodestruían y acababan con los que se hallaban en el suelo.

Una explosión lanzó a varios elfos de la noche varios metros por los aires. Del enorme cráter surgió un infernal llameante. Ese demonio, que era fuerte físicamente pero débil mentalmente, solo tenía un propósito en la vida: aplastar todo lo que hallara en su camino. Arremetió contra una línea de soldados, que salieron despedidos como si fueran hojas caídas de un árbol.

Antes de que Malfurion pudiera reaccionar, Brox se colocó directamente delante del infernal. Parecía imposible que siquiera el orco pudiera ser capaz de frenar a tal gigante, pero de algún modo Brox lo logró. El infernal se paró en seco y, por el rugido que lanzó, al demonio eso le resultó bastante frustrante. Alzó un puño ígneo e intentó aplastar el cráneo del orco, de tal modo que acabara incrustado en su caja torácica, pero Brox alzó su hacha y, de alguna manera, el fino mango de su arma logró bloquear el golpe letal sin quebrarse. Entonces, Brox reaccionó con más velocidad que el infernal y apartó

de un empujón el puño del demonio, al que le clavó la cabeza del hacha en el pecho.

A pesar de todo su jactancioso poder, el infernal no estaba protegido de esa arma mágica que sus colegas. La hoja se hundió varios centímetros. De la tremenda herida surgieron violentamente unas llamas verdes. Brox gruñó mientras se giraba para evitar las llamas y, a continuación, arrancó la hoja del cuerpo de su rival para propinarle otro hachazo.

Aunque se tambaleaba, el infernal no estaba derrotado. Rugió y golpeó con los dos puños a la vez el suelo. El atronador impacto generó unas ondas sísmicas que alcanzaron a Brox, desequilibrándolo y haciéndole caer al suelo.

De inmediato, el demonio cargo, con la intención de golpear al orco y aplastarlo. Pero mientras se acercaba, Brox, que se había arreglado para no soltar su arma, lo apoyó en el suelo como si se tratara de una pica.

El infernal se empaló él solo en ella. Aunque intento alcanzar a Brox, el veterano guerrero se mantuvo firme. Presa de la furia, el infernal lo empeoró todo, ya que el hacha se hundió aún más en su cuerpo, provocando una nueva llamarada que pasó a unos cinco centímetros del orco.

El enorme demonio se estremeció y, por fin, se quedó quieto.

A pesar de que estaban logrando algunas victorias en combates individuales, la Legión Ardiente seguía avanzando. Malfurion intento evocar el estado emocional que lo había permitido obligar a retroceder

a esa horda en el pasado, pero no pudo. El secuestro de Tyrande lo había dejado exhausto en sentido.

Vio a lord Ojo de Estrella a la izquierda, a lo lejos. El noble reprendiendo ahí a los soldados que resistían como podían. Ojo de Estrella era todo lo contrario a su predecesor. Si bien Cresta Cuervo ojo habría acabado tan manchado de sangre y mugre como sus tropas, Ojo de Estrella tenía un aspecto immaculado. Estaba rodeado por su guardia personal, que no permitía que nada ni nadie que no fuera digno se le acercara, ni siquiera en un momento tan crucial.

Entonces, para sorpresa del druida, una figura greñuda paso junto a él, cargando hacia la brecha cercana. Un colosal tauren tras otro lo siguieron en dirección hacia esa línea que flaqueaba, a la que apoyaron con su asombrosa fuerza. Con un entusiasmo comparable al de Brox, atacaron a los demonios, acabando con varios de esos guerreros provistos de colmillos en el primer asalto. Entre esos tauren, Malfurion pudo distinguir a Huln en la cabeza del grupo, quien estaba empalando a un guardia vil con su lanza águila con tal fuerza que la punta le salió por la espalda. Con suma facilidad, Huln se quitó de encima al demonio muerto y, acto seguido, detuvo un salvaje ataque de otro. El líder tauren esbozó una amplia sonrisa.

Y con los tauren avanzaba alguien que no parecía encajar en ese grupo. Jarod Cantosombrío, con su espada ya ensangrentada, les gritaba a los gigantescos hombres bestias que estaban con él. Para sorpresa de Malfurion, el grupo reaccionó como si estuvieran obedeciendo una orden. Se desplegaron, permitiendo a los elfos de la noche reconstruir sus propias líneas y acudir en ayuda de sus rescatadores.

También se materializaron unas sacerdotisas de Elune. Esas doncellas guerreras eran un grupo sorprendente, sobre todo si se tenía en cuenta que habían sido unas adalides del pacifismo antes de la llegada de la Legión. Aunque, al verlas aparecer, a Malfurion le dio un vuelco el corazón, ya que las llamas de la culpa que sentía por no haber sido capaz de evitar que Tyrande cayera en las garras de los demonios ardieron de nuevo con intensidad.

A lomos de sus animales, las sacerdotisas atacaban con sus espadas o arcos al enemigo. Sin embargo, entre las más diestras en el arte del combate se encontraba alguien que no era en verdad una sacerdotisa. A Shandris Plumaluna, que era más bajita que el resto, le faltaban aún un par de veranos para poder pasar a ser oficialmente una novicia. Pero como situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, Marinda, la hermana que sustituía a Tyrande en su ausencia, había decidido permitir que Shandris pasara a engrosar sus filas; unas filas cada vez más escasas de efectivos. Ahora, ataviada con una armadura que había pertenecido a una compatriota caída y que le quedaba un poco grande, la miembro más reciente de las hijas de la Madre Luna disparó tres virotes todos los cuales dieron justo en el blanco: las gargantas de sendos demonios.

El avance de la Legión se detuvo, y los defensores lograron que se volvieran las tornas. Malfurion y Rhonin los apoyaron con sus poderes y, de este modo, los elfos de la noche fueron recuperando el terreno perdido.

De repente, se oyó un chillido que procedía de las hermanas de la Madre Luna. Dos de las sacerdotisas cayeron, al ser aplastadas por sus propias armaduras. Incluso muertas, sus expresiones mostraban la agonía que habían sufrido al ser estrujadas por el metal.

Malfurion entornó los ojos y profirió un grito ahogado. Una de ellas era Marinda.

— ¡Eredar! —exclamó Rhonin, quien señaló hacia el noroeste.

Pero antes de que el mago pudiera contraatacar, una fuente de llamas estalló en esa misma dirección. Malfurion percibió la agonía de ese brujo lejano mientras las llamas lo devoraban.

—Mis más sinceras disculpas por haber demorado tanto mi regreso —murmuró Krasus, quien era el que había impartido ese castigo al brujo enemigo. El mago dragón se hallaba detrás de ambos, a corta distancia—. Me he visto obligado a regresar haciendo varias escalas —añadió con amargura.

Nadie se lo echaba en cara, no después de todo lo que había hecho.

Con todo esto, estaba claro que Krasus no se iba a perdonar a sí mismo tan fácilmente.

—Los hemos obligado a retroceder una vez más —señaló Rhonin, aunque no había ningún entusiasmo en esas palabras—. Como ya habíamos hecho antes, una y otra vez...

La batalla se fue alejando de ellos. Ahora que el combate se encontraba de nuevo en manos de los defensores, las Hermanas de Elune se centraron en la tarea que era su verdadera vocación: sanar a los heridos. Se esparcieron entre los soldados, e incluso unas cuantas fueron a los tauren, aunque con ciertas reservas muy claras.

El bramido de los cernos de batalla provocó que los tres miraran hacia el lugar donde se hallaba lord Ojo de Estrella a lomos de su montura.

El noble, que empuñaba su espada en alto, señaló entonces en dirección hacia la Legión Ardiente. No cabía duda de que pretendía arrogarse el mérito del último avance de la hueste. Krasus negó con la cabeza.

—Si Brox hubiera alcanzado a Cresta Cuervo a tiempo...

—Hizo lo que pudo, estoy seguro —replicó Malfurion.

—No tengo ninguna queja sobre cuánto se esforzó el orco, joven.

Es el destino con quien yo siempre batallo. Vamos, aprovechemos este receso para ver si podemos ayudar a las hermanas. Hay muchos heridos a los que atender.

En efecto, los había. A continuación, Malfurion decidió aplicar otras habilidades que había aprendido. Cenarius le había enseñado mucho sobre plantas y otras formas de vida que podían emplearse para calmar el dolor y curar heridas. Si bien no era un sanador de tanto talento como la mayoría de las sacerdotisas, dejaba a sus pacientes en un estado mejor del que se los había encontrado.

Entre los heridos, localizó a Jarod. El capitán estaba sentado cerca de su sable de la noche, que estaba descansando; mientras tanto, una hermana le curaba un tajo muy largo que tenía en el brazo.

—He intentado convencerla de que no es nada —comentó amargamente mientras se aproximaban—. La armadura me ha protegido bastante bien.

—Las armas de la Legión Ardiente suelen llevar veneno —le explicó Krasus—. Incluso la herida más leve puede resultar muy traicionera.

—El pálido mago agachó la cabeza ante el oficial—. Pensaste con rapidez. Salvaste la situación.

El Cataclismo

—Le rogué al tauren, a Huln, que me prestara a algunas de sus tropas para poder salvar a las mías y luego le pedí a los enanos que se cercioraran de que no hubiera debilitado las líneas tauren en demasía.

—Como he dicho, pensaste con rapidez. Los elfos de la noche y los hombres toro han luchado muy bien juntos cuando ha habido que hacerlo. Ojalá nuestro antiguo comandante hubiera podido verlo. En cuanto he llegado, me he percatado de que los aliados no estaban realmente cohesionados.

Rhonin esbozó una sonrisa de suficiencia.

— ¿Acaso esperabas otra cosa de lord Ojo de Estrella?

—Ay, no

Ante la llegada de una sacerdotisa de alto rango, la conversación se interrumpió. Era alta y se movía como si fuera un sable de la noche. Aunque su rostro no carecía de cierto atractivo, mostraba una expresión severa. La piel de esa hermana tenía una tonalidad un poco más pálida que la de la mayoría de los miembros de su pueblo. Por alguna razón, a pesar de eso, a Malfurion le recordaba a alguien.

—Me dijeron que te habían visto —le comentó a Jarod con un tono cariñoso.

El capitán la miró perplejo, como si no estuviera seguro de que ella realmente estuviera ahí.

—Maiev...

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, hermanito.

Ahora el parecido físico le resultó mucho más evidente. El capitán se apartó de la otra sacerdotisa que seguía curándolo y se puso en pie para mirar a la cara a su hermana. Aunque era más alto que ella, de algún modo daba la sensación de que Jarod tenía que elevar la vista para contemplar a Maiev.

—Desde que decidiste entrar al servicio de la diosa lunar y escogiste el templo de Hajiri para cursar tus estudios.

—Ahí es donde Kalo'thera ascendió a las estrellas —replicó Maiev quien se refería a la célebre Suma Sacerdotisa que había vivido siglos atrás. Muchos miembros de la hermandad consideraban a Kalo'thera casi una semidiosa.

—Fue muy lejos de casa. —de repente, dió la impresión de que Jarod acababa de recordar que los demás estaban ahí presentes. Los miró y dijo—: Esta es mi hermana mayor, Maiev, estos son...

La sacerdotisa de alto rango ignoró completamente a Malfurion y Rhonin y clavó su mirada únicamente en Krasus. Al igual que el resto de la hermandad, era evidente que sabía que era especial, aunque no comprendiera por qué. Maiev hincó una rodilla en tierra, antes de que Jarod pudiera continuar, y aseveró:

—Me siento honrada de hallarme ante ti, anciano ser.

Manteniendo una expresión pétrea, Krasus contestó:

—No hace falta que te arrodilles ante mí. Levanta, hermana, y sé bienvenida entre nosotros. Tú y tus hermanas han aparecido hoy en el momento más oportuno.

La hermana de Jarod exudó orgullo por todos los poros.

—La Madre Luna nos ha guiado bien, aunque eso haya supuesto el sacrificio de Marinda y algunas otras. Vimos que la línea se rompía. Habríamos llegado antes que los hombres toro si no hubiéramos tenido que recorrer una distancia mayor. —Miró entonces en la dirección que se habían ido los tauren—. Para ser de esa especie, reaccionaron muy bien.

—Fue tu hermano quien lo coordinó todo —le explicó el mago—. Ha sido Jarod quien tal vez haya salvado a la hueste.

— ¿Jarod? —El tono que acababa de emplear Maiev denotaba cierta incredulidad pero cuando vio que Krasus asentía, se olvidó de todo recelo y agachó la cabeza ante el capitán—. ¡Un mero oficial del Cuerpo de Centinelas de la ciudad jugando a ser el comandante! La fortuna te ha acompañado esta vez, hermano.

Él se limitó a asentir, mientras miraba para otro lado.

Rhonin, sin embargo, no quiso pasar por alto el comentario despectivo de Maiev.

— ¿La fortuna? ¡No, el sentido común, más bien!

La sacerdotisa se limitó a encogerse de hombros.

—Hermanito, nos estabas presentando...

— ¡Perdóname! Maiev, el anciano mago es Krasus. A su lado se encuentra el mago Rhonin...

—Unos visitantes tan ilustres son bienvenidos en estos momentos le interrumpió—. Que Elune los bendiga.

—Y este —prosiguió el capitán— es Malfurion Tempestira, el...

Maiev fulminó con la mirada al druida.

—Sí... una de nuestras hermanas, Tyrande Susurravientos, te conocía.

Teniendo en cuenta que Tyrande había pasado a ser la Suma Sacerdotisa, aunque sólo un poco antes de que fuera secuestrada. Malfurion consideró que ese comentario no era muy respetuoso.

—Sí, crecimos juntos.

—Lloramos su pérdida. Me temo que su inexperiencia la traicionó. Habría sido mejor para ella que su predecesora hubiera escogido a alguien más... curtida.

Maiev estaba sugiriendo sutilmente que era ella quien debía haber sido escogida.

Conteniendo su ira, Malfurion replicó:

—Ella no tuvo culpa de nada. La batalla se había extendido por todas partes. Vino a defenderme, pero resultó herida. Quedo inconsciente. Durante el caos subsiguiente, los siervos de los demonios se la llevaron. —En ese instante, clavó sus ojos en la fría y dura mirada de la sacerdotisa—. Pero la rescataremos de sus garras.

La hermana de Jarod asintió.

—Rezaré a Elune pura que sea así. —Entonces, dirigió su mirada al capitán—. Me alegro de que no hayas resultado gravemente herido, hermanito. Ahora, si me perdonan, debo atender a las demás hermanas. El fallecimiento de Marinda nos obliga a escoger una nueva líder con premura. Ella aún no había elegido a su sucesora. — Con una reverencia dirigida a Krasus, Maiev concluyó—: Una vez más, que Elune los bendiga.

En cuanto la sacerdotisa estuvo lo bastante lejos, Rhonin gruñó:

—Tu hermana es un dechado de alegría y simpatía.

—Ha consagrado su vida a Elune y sus enseñanzas con gran dedicación y entrega —respondió Jarod, muy a la defensiva—. Siempre ha sido muy seria.

—No se le puede echar en cara su dedicación y entrega —comentó Krasus—, siempre es eso no le impida ver que los demás también puedan escoger otros caminos.

Al regresar Brox, Jarod no tuvo que volver a defender a Maiev. El orco mostraba una amplia sonrisa de satisfacción en su amplio semblante.

— ¡Ha sido una buena batalla! ¡Con muchas muertes sobre las que se cantará! ¡Con muchos guerreros a los que alabar por la sangre que han derramado!

—Qué bonito —masculló Rhonin.

—Los tauren son buenos luchadores. Unos camaradas bienvenidos en cualquier guerra. —El descomunal guerrero verde se detuvo y apoyó el hacha—. No tan buenos como los orcos... pero casi.

Krasus miró en dirección a la batalla.

—Otro respiro temporal, como mucho, incluso aunque se nos hayan sumado otras razas. Esto no puede continuar así. ¡Debemos cambiar el curso de la guerra de una vez por todas!

—Pero para eso, los dragones tendrían que intervenir... —señaló su antiguo protegido—. Y no se atreverán a hacer nada, no mientras Alamuerte tenga el Alma Demoniaca.

Rhonin ya no creía que hubiera razón alguna para llamar al dragón Negro por su nombre original de Neltharion.

—No, me temo que no se atreverán. Ya vimos lo que ocurrió cuando los dragones azules lo intentaron.

Malfurion frunció el ceño. Pensaba en Tyrande. Realmente, no podrían hacer nada por ella a menos que desbarataran los planes de la Legión Ardiente y, para lograr eso, necesitarían a los dragones sobre todo. Pero los dragones podían enfrentarse al Alma Demoníaca, lo cual implicaba...

—Entonces, tendremos que arrebatársela al dragón Negro.

Todos lo miraron muy fijamente; incluso Brox, que siempre estaba dispuesto a sumarse en cualquier batalla. Presa de la consternación. Jarod hizo un gesto de negación con la cabeza, y Rhonin contempló a Malfurion como si este se hubiera vuelto completamente loco.

A pesar de ello. Krasus, tras superar la sorpresa inicial, lanzó una mirada inquisitiva al elfo de la noche.

—Malfurion tiene razón, me temo. Debemos hacerlo.

—Krasus, no puedes hablar en serio...

El mago dragón interrumpió al mago humano.

—Hablo muy en serio. Yo mismo ya me lo había planteado.

—Pero ni siquiera sabemos dónde está Alamuerte. Se ha escondido incluso mejor que los demás dragones.

—Eso es cierto. He considerado recurrir a algunos hechizos antiguos, pero no creo que ninguno de ellos fuera a servir para algo. No obstante, lo intentaré y si fracaso, entonces tendré que...

—Creo que yo sí puedo hacerlo —intervino Malfurion—. Creo que podría localizarlo a través del Sueño Esmeralda. No creo que se haya aislado de ese reino como lo han hecho en el palacio.

El druida parecía haber impresionado a Krasus.

—Quizás tengas mucha razón, joven... —Caviló aún más al respecto—. Pero aunque haya cometido tal error, correrías el peligro de que Neltharion te perciba. Como tú mismo has mencionado antes, en su momento, él intentó rastrearte dentro del Sueño.

—He aprendido a ser más cuidadoso. Lo haré. Es la única manera de salvarla... salvamos.

La figura encapuchada agarró con una mano enguantada a Malfurion del hombro.

—Nosotros también haremos por ella todo lo que podamos.

—Me pondré manos a la obra inmediatamente.

— ¡No! Primero tienes que descansar. Por su bien y por el tuyo, necesitas estar en las mejores condiciones posibles. Si cometes un error o él te descubre todo estará perdido.

Malfurion asintió, pero a pesar que se sentía un tanto decepcionado, la esperanza había renacido en él. Aunque fuera levemente. En verdad, Neltharion, podría estar preparado, pero el dragón era muy obsesivo y decidido. Su megalomanía podría obrar en su contra.

—Haré lo que dices —le dijo al mago—. Pero entonces, hay otra cosa que tengo que hacer. Hay alguien con quien tengo que hablar, alguien que quizá pueda ayudarme a tener más posibilidades de éxito.

Krasus asintió con la cabeza para indicarle que le entendía y estaba acuerdo.

—Con Cenarius. Tienes que hablar con el señor del bosque.



CAPÍTULO CUATRO

A pesar de que todavía no le habían dado de comer, Tyrande no sentía hambre. Elune aún le proporcionaba su amor de diosa de la luna, que era alimento suficiente para cualquiera. Sin embargo, saber cuánto iba a durar ese sustento era una cuestión importante. El poder de las espantosas fuerzas que habían invocado los demonios y los Altonato iba en aumento a cada momento que pasaba y, además, la sacerdotisa percibía también otra tenebrosa presencia. Una que no parecía formar parte del plan de la Legión Ardiente, pero que colaboraba con ella.

Aunque tal vez esa idea fuera solo el primer síntoma de la locura en la que iba a sumirse, Tyrande no pudo evitar preguntarse si los demonios no estaban siendo manipulados del mismo modo que ellos estaban manipulando a la reina.

Alguien estaba intentando abrir la puerta. Tyrande arrugó el ceño. No había oído a nadie acercarse. Quienquiera que estuviera en el pasillo se había aproximado en completo silencio. Además, se dio cuenta de que, desde hacía unos minutos, reinaba un silencio total entre los guardias.

La puerta se abrió. Tyrande intentó adivinar quién podría haber entrado de manera tan sigilosa.

¿Illidan?

Pero no fue el hermano del Malfurion el que entró con tanto disimulo, sino la noble que actuaba como si fuera la criada principal de Azshara. Con una mirada cautelosa, esa elfa de la noche alzó los ojos hacia la cautiva y acto seguido se cercioró de que la puerta se cerrara sin ruido. Mientras ella hacía esto, Tyrande no pudo evitar fijarse en que no había ningún guardia a la vista ahí afuera. ¿Acaso estaban fuera de su campo de visión o se habían marchado del todo?

Al mirarla la sirvienta sonrió. Si con eso pretendía reconfortar a Tyrande, lo cierto es que no tuvo un gran éxito.

—Soy lady Vashj —le recordó la recién llegada—. Y tú eres una sacerdotisa de Elune.

—Soy Tyrande Susurravientos.

Vashj asintió distraídamente.

—He venido para ayudarte a escapar.

De manera instintiva, Tyrande dio las gracias a la Madre Luna. Había juzgado mal a Vashj, pues la había tomado por una celosa adúladora

de la reina. Tras acercarse lo máximo posible, Vashj continuó hablando:

—Me he hecho con un talismán capaz de abrir la esfera que te rodea y de liberarte del hechizo del demonio. También podrás usarla para ser imperceptible para ellos, como yo he hecho.

—Te... estoy... agradecida. Pero ¿por qué corres este riesgo?

—Porque eres una Sacerdotisa de Elune —respondió la otra elfa de la noche—. ¿Acaso podría actuar de otro modo?

Vashj le mostró el talismán. Era un grotesco círculo negro, en cuyos bordes había unas diminutas y crueles calaveras. De su parte central brotaba una punta de quince centímetros con unas joyas de ébano en la base.

Tyrande percibió tanto su magia como su maldad.

—Prepárate —le ordenó la sirvienta—. Obedéceme en todo si no ser por más tiempo prisionera de estos demonios.

Extendió el brazo y rozó la esfera verde con la punta del amuleto. Las joyas centellaron. Las minúsculas calaveras abrieron sus mandíbulas macabras y sisearon.

Las diminutas fauces se tragaron la esfera.

Tyrande notó que el hechizo que la retenía se disipaba. De repente, tuvo que retorcerse en el aire para evitar caer de bruces. La sacerdotisa aterrizó sobre el suelo de piedra hecha un ovillo. Para su sorpresa, Tyrande no sintió ningún dolor ante el impacto; Elune todavía la protegía.

Vashj le lanzó una mirada teñida de frustración. Ahora que la esfera había desaparecido, Tyrande estaba rodeada de un leve fulgor lunar que emanaba de su *fuero interno*. La sirvienta negó con la cabeza.

— ¡No puedes quedarte así! ¡Ese brillo revelará dónde estás en cuanto salgas de esta celda!

Tyrande cerró los ojos y rezó a su diosa, para dar las gracias a la Madre Luna por su protección, a la vez que le aseguraba que esto ahora era lo mejor. Sin embargo, en un principio, dio la sensación de que Elune no le hacía caso, puesto que notó que el hechizo de protección no se desvanecía.

— ¡Deprisa! —le instó lady Vashj.

Con los ojos todavía cerrados, Tyrande lo volvió a intentar. Seguramente, la Madre Luna entendería que el don que le había otorgado a su sierva la ponía ahora en peligro.

Entonces, al fin, la intensidad de la presencia de Elune fue menguando...

Y una sensación de amenaza inminente abrumó a Tyrande.

Abrió los ojos y vio cómo Vashj intentaba clavarle en la garganta el siniestro talismán. Esa aguja similar a una daga le habría abierto una herida amplia y letal..., si no fuera por todo el entrenamiento en el arte de la guerra que la sacerdotisa había recibido. Tyrande alzó la mano justo a tiempo para apartar la punta a un lado. Aunque notó un cosquilleo en la piel, había logrado evitar incluso que Vashj la hiciera sangrar.

El Cataclismo

La sirvienta de Azshara, cuya expresión era tan monstruosa como la de las calaveras, intentó arrancarle los ojos a Tyrande con la otra mano. La sacerdotisa le propinó un rodillazo en el estómago. Con un jadeo, la otra elfa de la noche cayó hacia atrás, y el talismán rodó por el suelo.

Tyrande se abalanzó sobre ella, pero Vashj también era muy rápida. Rodó hacia donde había aterrizado el talismán. Aunque Tyrande se agachó e intentó tirar de ella hacia atrás, la traicionera sirvienta ya tenía el artefacto demoníaco en sus garras.

Escupió unas palabras ininteligibles con un tono terriblemente tenebroso mientras la apuntaba con el talismán.

Súbitamente, la esfera volvió a cobrar forma alrededor de Tyrande. Al mismo tiempo, la sacerdotisa notó que Elune la protegía de nuevo, aunque eso no le servía de nada a la hora de intentar escapar de esa esfera. Tyrande golpeó la esfera, pero fue en vano.

Lady Vashj se levantó y lanzó una mirada iracunda a su némesis.

— ¡Habría sido mejor que te hubiera clavado la punta! ¡Nunca serás Su favorita! ¡Yo lo soy y siempre lo seré!

— ¡Yo no quiero ser la favorita de la reina!

Sin embargo, Vashj no parecía entenderlo. Con los ojos clavados en el talismán, susurró:

— ¡Creía que esto podría funcionar, pero tendré que pensar otra cosa! ¡Tal vez logre convencer a la Luz de Luces de que no eres de fiar! ¡Sí, eso podría funcionar!

Tyrande dejó de intentar persuadir a la sirvienta de que no deseaba servir a Azshara. Sin lugar a dudas, Vashj estaba bastante loca y sería incapaz de escuchar cualquier cosa que contradijera sus ideas preconcebidas.

— ¡Los guardias! ¡Pronto regresarán de esa «distracción». —Volvió a mirar a la prisionera, a la que apuntó de nuevo con el talismán—. ¡Todo debe volver a ser como era!

Una vez más, Tyrande se vio obligada a levantar los brazos y notó unas ligaduras invisibles a la altura de las muñecas. Los pies se le juntaron con fuerza.

— ¡Ojalá supiera más sobre este objeto! —le espeto Vashj—. Sé que podría matarte con él si conociera las palabras mágicas adecuadas...

Unos ruidos procedentes del exterior aumentaron de intensidad. La sirvienta de Azshara escondió el talismán en un pliegue de su ropa y se encaminó a la puerta. Mientras salía sigilosamente por ella, miró por última vez a Tyrande.

— ¡Nunca serás suya!

Una vez dicho esto, Vashj entró en el pasillo y se esfumó. Los guardias reaparecieron apenas unos momentos después. Uno de ellos miró a través de la rejilla de malla de la puerta y la contempló durante mucho más tiempo del necesario. Por lo que pudo deducir de la expresión de este, estaba claro que el hecho de que ella siguiera ahí lo inquietó sobremanera. No cabía duda de que Vashj no había actuado sola.

En lo que a Tyrande respecta, lo único que pudo hacer fue reprocharse el hecho de haber perdido una oportunidad de escapar. Debería haber

sido obvio para ella que no podía confiar en Vashj, pero Elune le había enseñado que uno debía esperar lo mejor de los demás. Aun así, si Tyrande hubiera actuado con más cautela, tal vez hubiera podido sorprender a la sirvienta con la guardia baja. Y en vez de haber acabado atrapada de nuevo ahí, al menos habría podido intentar fugarse a hurtadillas del palacio.

—Madre Luna, ¿qué hago?

Era consciente de que la diosa no podía intervenir, pues hasta su poder tenía límites. De hecho, era un milagro que Elune hubiera podido protegerla tanto hasta ahora.

De repente, el semblante de Malfurion irrumpió en sus pensamientos, reconfortándola e inquietándola a la vez. Sabía que intentaría salvarla, que *nunca* cejaría en su empeño. Él vendría a por ella, sin que le importara lo más mínimo el peligro que pudiera correr. De hecho, era perfectamente consciente de que Malfurion estaría dispuesto a sacrificarse si así lograba liberarla.

Y, al parecer, pensó una cada vez más desesperada Tyrande Susurravientos, ella no podría *hacer* nada para impedirselo.

La pequeña arboleda era el mejor lugar que Malfurion había podido encontrar, pues necesitaba un remanso de paz para poder intentar contactar con Cenarius. El druida se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y volvió a dar un vistazo al lastimero follaje que lo rodeaba. Aunque la legión Ardiente no había llegado a ese lugar, su corrupción se había extendido lo suficiente como para llegar a afectar a la vida de ahí. Los árboles ya percibían que un funesto destino los aguardaba

y, poco a poco, se iban preparando. Casi toda la fauna había huido. El silencio reinaba.

Malfurion intentó ignorar esto y cerró los ojos, para concentrarse en el semidiós su consciencia. Expandió su conciencia para invocar a Cenarius, e intentó imaginarse a la deidad.

Para su sorpresa, el semidiós respondió de inmediato. Una imagen del señor del bosque cobró forma, una figura colosal que se alzaba sobre los elfos de la noche, los tauren, los fúrbolgs e incluso los demonios. A primera vista se parecía bastante a Malfurion, ya que su rostro y torso eran similares a los del elfo de la noche, aunque tenía la cara más curtida y el tórax más musculoso. Aun así, aparte de eso, Cenarius era una criatura sin parangón. Por debajo de la cintura, tenía el cuerpo de un ciervo gigantesco y magnífico. Cuatro patas robustas, provistas de pezuñas, soportaban el peso de sus tres metros de altura y le dotaban de la velocidad del viento y de una agilidad con la que ningún animal podía rivalizar.

Cenarius tenía los ojos de un color dorado puro y una melena de verde musgo que le llegaba hasta los hombros. Tanto en ella como en su frondosa barba crecían ramitas y hojas. En la parte superior de la cabeza (Malfurion se percató con un sobresalto que era ahí, precisamente donde le estaban creciendo a él esas protuberancias) el señor del bosque tenía un glorioso par de cuernos.

Sé por qué me has invocado —dijo el semidiós.

¿Hay algo que pueda hacer para contrarrestar la magia del dragón negro y poderle ganar así la partida?

Es astuto, de un modo demencial —respondió Cenarius, cuya boca nunca se movía. No era nada más que una visión sobre la cual el druida se encontraba. Nada más, el verdadero señor del bosque se

hallaba a kilómetros de distancia—. *Pero sé cosas sobre los dragones que tal vez él no sepa que sé.*

Malfurion no quiso preguntar cómo era posible que Cenarius hubiera adquirido tales conocimientos. Por lo que había averiguado, era más que probable que la deidad fuera el vástago de Ysera, la dragona verde (la Señora del Suelo), cuya especie habitaba sobre todo en el Sueño Esmeralda. Que la gran Aspecto le hubiera revelado a su hijo los secretos más íntimos de los dragones no habría sorprendido al elfo de la noche.

El Sueño Esmeralda posee varias capas, Malfurion. Niveles que se superponen. La Señora del Sueño lo descubrió explorándolo. Es probable que el Guardián de la Tierra no los conozca. Podrás utilizar un sendero de ese tipo para sortear sus defensas y no llamar su atención durante un tiempo.

Esto era algo totalmente inesperado. Las esperanzas de Malfurion crecieron. Si tenía éxito en ese aspecto, tal vez pudiera utilizar esa técnica para infiltrarse en palacio.

No obstante, tenía que ir resolviendo los problemas de uno en uno. Si bien el corazón le pedía que rescatara a Tyrande, el destino de todo su pueblo (así como el de los tauren, los terráneos y todos los demás) era mucho más importante. Ella habría sido la primera en señalarlo.

Pero eso no hacía que se sintiera menos culpable.

¿Podré aprender con rapidez a hacer eso?, preguntó al semidiós. Tú sí. Es solo una cuestión de perspectiva..., mira...

La imagen hizo un gesto... y, de repente, alrededor de ambos surgió un paisaje idílico, que carecía de imperfecciones. Malfurion reconoció esas colinas y esos valles que en el plano mortal habían sido arrasados hasta ser irreconocibles por la Legión Ardiente. El Sueño Esmeralda mostraba cómo había sido el mundo al ser creado.

El druida miró, pero no vio nada que no hubiera percibido en ocasiones anteriores.

Percibes la culminación, pero incluso para llegar a alcanzar la perfección se necesita cubrir una serie de etapas. Contempla...

Cenarius se agachó y, con una gigantesca mano, tocó ese mundo Prístino. El señor del bosque agarró un trozo de campo... y dio la impresión de que el paisaje entero se volvía del revés.

Este se desvaneció en cuanto el semidiós lo soltó y, en su lugar, había otra vez un Kalimdor que era primitivo, pero un Kalimdor que era sutilmente distinto al paisaje anterior. Las colinas no eran tan grandes en algunos sitios y un río que Malfurion conocía bien no discurría por la misma región que antes. Había una pequeña cordillera donde debería haber habido unas llanuras.

Antes de la creación, se produjo el desarrollo, se hicieron las pruebas, se llevaron a cabo las primeras fases. Esta es una de ellas.

Era el Sueño Esmeralda, pero al mismo tiempo no lo era. El druida se dio cuenta inmediatamente de que este lugar tenía unos límites (y, por tanto, una utilidad limitada), este Kalimdor no le permitiría alcanzar todas las localizaciones que existen en el plano mortal.

El Cataclismo

Aún así... Cenarius creía que podría ayudarlo a derrotar al dragón Negro. La imponente figura del señor del bosque señaló algo en la distancia.

Camina por este sueño como lo harías por el otro, Malfurion, pero mantente alejado de sus límites. Es un lugar incompleto y, si uno deambula fuera de él, podría acabar perdido en un limbo infinito. Y hablo con conocimiento de causa.

Cenarius no dijo nada más, pero estaba claro lo que quería decir. Si Malfurion se perdía por el camino, nadie podría rescatarlo.

A pesar de esa funesta revelación, el elfo de la noche estaba decidido a continuar.

¿Cómo regresaré?

Como siempre lo has hecho, intenta buscar el camino de vuelta a tu yo físico y el sendero se te revelará.

Era todo tan simple... siempre que uno hubiera recibido el adiestramiento que él había recibido.

La imagen de Cenarius empezó a esfumarse, pero Malfurion le pidió que esperara.

Los demás, le dijo, refiriéndose a los otros semidioses, a los compañeros del señor del bosque, ¿has sido capaz de convencerlos? Aviana ha hablado en mi favor. La suerte está echada, ahora sólo queda decir cómo.

Malfurion a duras penas pudo disimular su decepción. Había insistido en que los semidioses deberían asumir un papel más activo a la hora

de ayudar a la hueste en sus desesperados esfuerzos y, si bien Cenarius acababa de señalar que sus colegas habían acordado obrar de ese modo, ahora debían debatir de qué manera iban a hacerlo. Con tales seres, ese debate podría prolongarse hasta mucho después de que la lucha hubiera concluido. Para entonces, Kalimdor podría ser un cascarón vacío y muerto.

No temas, Malfurion, dijo el señor del bosque, sonriendo con complicidad. *Me ocuparé de que la decisión se tome con celeridad.*

El druida había dejado expuestos sus pensamientos más íntimos, lo cual era un error propio de un principiante.

¡Perdóname! ¡No pretendía mostrarme irrespetuoso! Yo...

Cenarius, que ya se estaba esfumando, hizo un gesto de negación con esa cabeza coronada por unos cuernos, señaló con un dedo (un dedo que acababa en una garra nudosa de madera) y concluyó: *Intentar instar a cumplir con sus obligaciones a aquellos que se dejan arrastrar por la pereza no es ninguna falta de respeto...*

Una vez dicho esto, el dios ciervo se desvaneció.

El druida esperaba regresar a su cuerpo e informar a los demás sobre lo que había averiguado, pero el paisaje incompleto que Cenarius le había revelado seguía ahí. Malfurion temía que, si se tomaba su tiempo para regresar primero al plano mortal, podría resultarle luego más difícil de lo que el semidiós creía hallar el camino de vuelta a esta versión previa de Kalimdor.

Como ya no quería seguir refrenándose, saltó. Al igual que sucedía con el sendero que normalmente recorría Malfurion, la difusa luz

esmeralda todavía lo bañaba todo. En verdad, no podía ver la diferencia entre un lugar a otro salvo por alguna variación ocasional en sus características.

Malfurion sobrevoló colinas y valles y llanuras. Gracias a Krasus, sabía en qué zona aproximadamente los dragones solían vivir. Obviamente, el Guardián de la Tierra no mantendría su santuario tan cerca de los demás, pero Krasus le había asegurado que esa raza tan antigua eran unas criaturas de costumbres. Si el druida iniciaba su búsqueda cerca de esos territorios ancestrales, había bastantes posibilidades de que descubriera algo.

Si bien el terreno se volvió montañoso allá abajo, esos picos ni eran los mismos que estaban rematados con unas cimas perfectamente puntiagudas que había visto en sus viajes anteriores ni erosionados por el paso del tiempo en el plano mortal; sino que tal y como Cenarius había dado a entender, estaban *incompletos*. A un pico le faltaba la cara norte; era como si un gran cuchillo le hubiera arrancado toda la tierra y la roca de esa parte. Malfurion podía ver las vetas de minerales y algunas secciones de las cavernas que albergaba en su interior. Otro pico tenía una cumbre muy peculiar; era como si alguien la hubiera estado moldeando y hubiera perdido el interés de repente.

El druida tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de contemplar esas vistas concretas tan fascinantes y centrarse en examinar la zona en general. No cabía duda de que esto formaba parte de las tierras de los dragones. Ahora lo único que tenía que hacer era dar con algún rastro de Neltharion.

Tal y como habría hecho en el otro nivel, Malfurion sondeó el lugar con sus sentidos en busca del rastro del dragón Negro en particular. Detectó a otros dragones y, rápidamente, identificó a Ysera y a otro

que Malfurion determinó que no era de su interés, pues debía de ser uno de los dragones inferiores.

El druida siguió avanzando lentamente mientras rastreaba en todas direcciones. Tras varios fracasos, se empezó a preguntar si, después de todo Neltharion no había sido tan ingenuo. Tal vez el leviatán negro estaba más familiarizado con este plano de lo que creía Cenarius y se había escondido. Si fuera así, Malfurion podría vagar por ahí eternamente sin hallar ni una sola pista.

Súbitamente, se detuvo, un rastro había descartado con displicencia, pues había considerado que pertenecía a un dragón menor, llamó de repente su atención. Había algo muy familiar en él, lo cual debería haber sido imposible. Malfurion se centró en él...

El camuflaje se vino abajo casi de manera inmediata. El rastro de Neltharion quedó revelado ante el druida. Unos hechizos que probablemente habrían mantenido oculto al Guardián de la Tierra de cualquiera tanto en el plano mortal como incluso en el Sueño Esmeralda habían demostrado ser risiblemente débiles en este lugar. Sin embargo, Malfurion procuró no dejarse llevar por un exceso de confianza. Una cosa era rastrear al dragón Negro y otra muy distinta que este no le detectara, con independencia del plano en que se hallara. La locura que se había adueñado de Neltharion le había provocado una paranoia extrema que había aumentado la capacidad de percepción de sus sentidos superiores. Si el druida cometía el más mínimo error, podría ser descubierto.

Teniendo muy presente que debía extremar la cautela, Malfurion siguió el rastro, el cual lo llevó aún más lejos, hacia una región donde el paisaje se tornaba más difuso, más indefinido. Al recordar la

advertencia de Cenarius de que no debía acercarse a los confines, el druida ralentizó su vuelo.

El dragón Negro se encontraba cerca. Malfurion lo percibía justo donde las montañas se empezaban a difuminar. También detectó algo más, una nauseabunda corrupción que impregnaba toda la región y que parecía ser más antigua que cualquier otra cosa. Eso le recordó al druida lo que había sentido cuando había sondeado las profundidades del Alma Demoníaca. Ahí no solo había percibido la locura de Neltharion, sino algo mucho más siniestro. Aunque, entonces, había sido algo muy tenue y apenas le había prestado atención.

¿De qué podía tratarse?

Tras decidir que ahora no podía preocuparse de eso, Malfurion se aventuró a aproximarse todavía más. Se formaron unas ondas en el paisaje. .. y, de repente, su forma onírica entró de nuevo en el plano mortal.

La enorme caverna que lo rodeaba era como algo sacado de alguna pesadilla. Unas nubes de aspecto nocivo, hechas de un gas verde y gris, brotaban de unos colosales fosos de lava que moteaban el suelo. Los fosos bullían y siseaban y, de vez en cuando, el líquido humeante que se hallaba en su interior se derramaba sobre la piedra ya calcinada. La actividad volcánica dotaba a la caverna de una iluminación muy intensa, roja como la sangre y proyectaba unas macabras sombras danzarinas. En verdad era un hogar adecuado para una bestia que había masacrado a tantos con absoluto desprecio.

De repente, Malfurion se dio cuenta de que además del burbujeo, y el siseo, había otro ruido que se oía constantemente de fondo. Un martilleo. Cuanto más se centraba en él, más se percataba el druida de

que no solo se trataba de un martilleo, sino de muchos, y que había aún más bullicio y estruendo. Se trataba de unas voces, unas voces que no paraban de parlotear.

Atraído por ese estrépito, Malfurion atravesó volando con su forma onírica varios metros de roca sólida. Los ruidos reverberaban por toda la montaña y estos se convirtieron en un ajetreo estruendoso, como si existiera una forja gigante en el interior de la montaña.

Entonces, la roca dio paso a una escena que hacía que, en comparación, pareciera que en los fosos volcánicos reinaba el sosiego.

Goblins. Las criaturas enjutas corrían de aquí para allá por todas partes. Algunos trabajaban en enormes contenedores y hornos, vertiendo un líquido metálico humeante en unos colosales moldes rectangulares. Otros golpeaban con unos martillos muy desgastados unas placas calientes que casi parecían formar parte de la armadura de un guerrero gigantesco. Decenas y decenas trabajaban afanosamente para fabricar unos descomunales tomillos. En todo momento, parlotaban entre ellos. Allá donde Malfurion mirara, los goblins trabajaban en un proyecto u otro. Unos pocos vestidos con unos guardapolvos sucios deambulaban de un lado para otro, dirigiendo los trabajos y, de vez en cuando, instando a los más perezosos a afanarse propinándoles tortas con toda la mano abierta justo por detrás como de sus verdes orejas puntiagudas.

Como era consciente de que no podían tramar nada bueno, se acercó flotando aún más. Aún así, a pesar de lo que vio, Malfurion fue incapaz de descubrir que era lo que los goblins planeaban.

— ¡Meklo! —bramó súbitamente alguien con una voz atronadora—.
¡Meklo! ¡Atiéndeme!

Al verse dominado fugazmente por el pánico, el druida se quedó helado en el aire. Conocía muy bien esa voz, como la conocía todo aquel que hubiera sobrevivido al primer ataque del Alma Demoníaca.

Un instante después, desde otro corredor de la caverna, emergió el mismísimo dragón Negro.

Con suma rapidez, Malfurion se colocó detrás de uno de los hornos. Aunque debería ser invisible hasta para Neltharion, ciertas experiencias pasadas le habían demostrado que esa bestia demente aún podía percibirlo a veces. El sendero que Cenarius le había mostrado a Malfurion había permitido al druida sortear los hechizos de protección de Neltharion, tal y como habían previsto, pero para poder buscar el artefacto como era debido, el elfo de la noche, por desgracia, tenía que permanecer tan cerca del plano mortal como fuera posible.

Tras un breve titubeo, los goblins prosiguieron trabajando, aunque sin charlar ahora tanto. Neltharion escrutó la zona, en busca de ese tal «Meklo» al que deseaba ver.

En todo caso, el leviatán parecía ahora incluso más monstruoso que cuando se había largado volando de ese escenario donde solo había dejado destrucción. Tenía el cuerpo deformado, estaba hinchado y en sus ojos se reflejaba una locura aún más horrible que nunca. Lo más impactante de todo era que los desgarros y fisuras que jalonaban su piel escamosa habían crecido, el fuego y la lava manaban constantemente de cada una de esas heridas palpitantes.

Prácticamente, daba la impresión de que el cuerpo de Neltharion acabaría hecho trizas.

Pero todo pensamiento sobre la aterradora transformación que había sufrido el dragón Negro se esfumó de la mente de Malfurion en cuanto vio lo que el gigante sostenía con fuerza en una colosal garra.

El Alma Demoníaca...

A pesar de que Malfurion deseaba poder volar hasta el dragón para robarle ese disco dorado, era consciente de que no solo eso era imposible, sino también suicida. Lo único que podía hacer por el momento era observar y esperar.

— ¡Meklo! —rugió de nuevo Neltharion, cuya cola impactó contra el suelo con un descomunal sonido sordo, que provocó que varios goblins se sobresaltaran.

No obstante, uno de ellos se mostró imperturbable ante esa exhibición de fuerza, un goblin larguirucho y de edad avanzada con un mechón de pelo en la coronilla y una expresión de tremendo despiste. Cuando paso junto al lugar donde se escondía Malfurion, el druida pudo oírle mascullar algo sobre unas medidas y unos cálculos. El goblin estuvo a punto de subirse a la cabeza gacha de Neltharion antes de por fin mirar a su amo.

— ¿Sí mi señor Neltharion, si?

— ¡Meklo! ¡Mi cuerpo chilla! ¡Ya no puede contener toda mi gloria por sí solo! ¿Cuándo estarán listos?

— ¡He tenido que recalcular, recalibrar y reconsiderar todos los aspectos de lo que necesitas, mi señor! ¡Esto requerirá mucha cautela,

si no queremos que esto tenga unas consecuencias aún más catastróficas para ti!

El dragón empujó con el hocico al goblin, de tal modo que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

— ¡Lo quiero todo listo! ¡Ya!

— ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —Meklo se alejó, hasta colocarse a una distancia donde no pudiera morderlo—. Por favor, deje que le eche un vistazo a la última placa—. Entonces, el goblin entornó los ojos al ver la garra de Neltharion—. ¡Pero mi señor! ¡Ya te lo advertí, si! ¡Te avisé de que si seguías sin soltar el disco en el estado en que te encuentras, las secuelas serían aún peores!

¡Tienes que dejarlo en algún otro sitio hasta que hayamos concluido nuestra labor!

— ¡Jamás! ¡Nunca me alejaré de él!

Meklo no dio su brazo a torcer.

—Mi señor, en tu estado actual te consumiré y, entonces, *cualquiera* se lo podrá arrebatar a tus huesos calcinados.

El dragón por fin captó del todo las implicaciones de esas palabras Neltharion gruñó y..., a continuación, asintió.

—Muy bien..., pero más te vale que placas estén listas, goblin..., ¡O serás mi tentempié!

Meklo, que no paraba de mover la cabeza arriba y abajo con rapidez, replicó abruptamente:

— ¡Seguro que sí, lord Neltharion, seguro que sí! —Acto seguido a pesar de que se «negaba a enojar aún más a su amo, añadió—: ¡Recuerda! ¡Debe permanecer en el plano mortal! ¡La forma en que lo usaste en un principio ha desunido los hechizos más de lo que esperábamos! ¡El nuevo sortilegio necesitará varios días más para poder unirse al receptáculo físico antes de que podamos garantizar que tal cosa no vuelva a suceder jamás!

—Lo entiendo, mosquito... Lo entiendo.

Lanzando un siseo, el furioso leviatán negro se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al corredor.

Malfurion se tensó. El dragón se iba para esconder el Alma Demoníaca en algún lugar. Al druida se le acababa de presentar la oportunidad de descubrir dónde la iba a ocultar.

Ignorando a los goblins, siguió flotando con sumo cuidado al Guardián de la Tierra. Neltharion ocupaba todo el túnel con su gran contorno, lo que impedía ver al druida lo que podría hallarse más delante, salvo que optara por rodear o atravesar volando al dragón. Como era consciente del riesgo que correría si hacía eso, el elfo de la noche hizo el esfuerzo de dominar su impaciencia.

Pero a medida que Neltharion avanzaba por ese laberinto de túneles la paciencia se le iba agotando. Mientras continuaban progresando, el druida percibió cada vez con más intensidad ese mal ancestral que había percibido antes. Allá donde fuera Neltharion, todo el mundo lo rehuía, claramente. Solo en una ocasión, el Guardián de la Tierra pasó junto a un miembro de su propio vuelo; el dragón, que era mucho más pequeño, se prostró ante su maestro. Aparte de eso, ahí no había ningún ser vivo, ni siquiera una lombriz. El Guardián de la Tierra no quería correr ningún riesgo. Su obsesión con el Alma Demoníaca era

tal que desconfiaba incluso de sus propios seguidores, lo cual no era del todo de extrañar, teniendo en cuenta el poder que el disco otorgaba a quien lo empuñara.

Malfurion se fue acercando poco a poco, hasta acabar colocándose por encima de la cola que arrastraba el dragón por el suelo. Prácticamente instó al leviatán a que acelerara el paso.

El agigante se detuvo abruptamente y giró la cabeza para poder mirar hacia atrás. Malfurion voló instintivamente hasta la pared más cercana y se sumergió en el interior de la piedra. Esperó varios más segundos y, entonces, se dejó caer hasta un punto inferior, donde asomó la cabeza para echar un vistazo.

Neltharion ya había reanudado la marcha. El druida se maldijo por haber reaccionado de una manera exagerada y lo siguió.

Acababa de dar alcance al Guardián de la Tierra cuando este, de improviso giró y se adentró en una estrecha caverna. Como Neltharion apenas cabía en él, rozó las paredes con ambos costados de su enorme torso.

—Aquí... —musitó, dirigiéndose al parecer a su creación—. Aquí estarás a salvo.

A pesar de que la sensación de espanto que lo dominaba había aumentado aún más, Malfurion no cedió a la tentación de huir, pues estaba a punto de descubrir dónde y cómo el dragón escondía el Alma Demoníaca.

Con gran delicadeza, Neltharion alzó un brazo y se asió a un diminuto afloramiento. En cuanto se agarró a él, se produjo un fogonazo: había

arrancado un trozo de pared y, en su lugar, había un hueco claramente tallado por alguna criatura de gran tamaño; probablemente el propio dragón.

Neltharion contempló el Alma Demoníaca, a continuación, con titubeos, la colocó delicadamente en el agujero. En cuanto lo hizo, colocó la roca falsa de nuevo en su sitio.

Una vez más, hubo un fogonazo y el área pareció ser de nuevo completamente normal. Si se hubiera hallado flotando directamente delante de ella, Malfurion nunca habría podido adivinar que no lo era. La falsa roca se había confundido perfectamente con el entorno.

Sin embargo, lo más interesante de todo era que ahora Malfurion no podía percibir la presencia del disco, cuyas energías infectas eran indetectables por mucho que intentara dar con ellas con el máximo cuidado. Tal vez el dragón no hubiera sido capaz de esconderlo más allá del plano mortal, pero había concebido una solución casi igual de buena, sin duda alguna.

Neltharion se detuvo, con la mirada clavada en el lugar donde había ocultado el Alma Demoníaca. Alzó una enorme pata otra vez y sus afiladas garras se quedaron a meros centímetros de esa falsa roca.

Tras lanzar otro siseo teñido de frustración, el leviatán negro bajó súbitamente la pata y comenzó a desandar el camino recorrido para abandonar la caverna.

El druida volvió a hundirse en la piedra, en cuyo interior esperó hasta que estuvo seguro de que Neltharion ya había tenido tiempo suficiente como para marcharse. Los segundos pasaron como si fueran horas. Cuando estuvo convencido al fin de que el dragón tenía que haberse ido ya, el elfo de la noche se atrevió a echar una ojeada. Al ver que la

caverna estaba vacía, Malfurion fue flotando hasta donde se hallaba el Alma Demoníaca.

Aunque se encontraba casi pegado a la falsa roca, no sintió nada. A pesar de que deseaba hallarse muy lejos de ese maldito lugar, Malfurion decidió echar un vistazo al disco para cerciorarse de que sabía todo lo necesario sobre él y su paradero, ya que Krasus luego lo interrogaría al respecto. Se inclinó hacia delante y su forma onírica atravesó la cámara acorazada camuflada de Neltharion.

De repente, un rugido terrible retumbó por toda la caverna.

Malfurion se olvidó del Alma Demoníaca y se adentró raudo y veloz aún más en las paredes, recorriendo varios metros antes de atreverse a detenerse.

Notó cómo una fuerza intensa y monstruosa sondeaba la zona en busca de algo que no encajaba en ese lugar. Aunque aún no había dado con el elfo de la noche, este enseguida se percató de que la fuente de ese poder era el dragón Negro.

Era evidente que Neltharion se había dado cuenta de que sucedía algo raro. Sin embargo, por la manera imprecisa y amplia con la que estaba haciendo la búsqueda, cabía deducir que no sabía qué era. El druida se quedó helado, sin saber si era mejor intentar macharse o quedarse donde estaba flotando.

El barrido del sondeo mágico pasó esta vez más cerca, pero una vez más pasó al elfo de la noche de largo. Malfurion se fue relajando... y, entonces, de improviso notó que el dragón dirigía su conciencia directamente hacia él.

Inmediatamente el druida se adentró aún más en la roca y se alejó del sondeo de Neltharion. Una vez más, el dragón no lo había localizado.

No obstante, el elfo de la noche no se atrevía a arriesgarse más. Había descubierto el paradero del disco. Aunque el Guardián de la Tierra albergara algunas sospechas, era muy dudoso que se hubiera percatado de que alguien se hallaba realmente cerca.

Malfurion se alejó de las cavernas, de las montañas. Al abandonar estas últimas, buscó el mundo inacabado que se hallaba dentro del Sueño Esmeralda. Únicamente cuando volvió a entrar en él, el druida se sintió realmente a salvo.

Esa sensación de seguridad se esfumó en cuanto percibió de nuevo la abrumadora presencia de Neltharion.

El dragón conocía la existencia de las diversas capas del reino del Sueño...

El elfo de la noche se concentró desesperadamente, concentrando toda su fuerza de voluntad en su cuerpo mortal, se imaginó regresando a él incluso mientras notaba que el Guardián de la Tierra expandía su mente en dirección hacia él...

Y justo cuando creía que la bestia demente le había dado caza..., Malfurion se despertó.

— ¡Estás temblando! —exclamó Rhonin; quien se encontraba a la izquierda del elfo de la noche—. ¡Y empapado de sudor!

— ¡Malfurion! —al instante Krasus ocupó todo el campo de visión del druida—. ¿Qué te aflige? ¿Habla?

—E-estoy bien... —Se calló para poder recuperar el aliento—. Neltharion ha... ha estado a punto de detectarme, pero lo he esquivado.

— ¿Ya has ido en su busca? ¡Se suponía que no tenías que hacer eso!

—Pe-pero surgió la oportunidad...

—Ahora, estará sobre aviso —masculló Rhonin.

—Tal vez sí, tal vez no —intervino el antiguo mentor del humano—. Lo más probable es que lo atribuya todo a las muchas sombras que cree que lo rodean. —Acto seguido, el mago le preguntó a Malfurion—: ¿Has descubierto dónde se encuentra el Alma demoníaca?

—Sí..., sé dónde está —logró contestar el druida, quien volvió a imaginarse a Neltharion, cuyo feroz rostro draconiano le dio escalofríos—. Pero temo que no seamos capaces de arrebatárselo.

—Pero tenemos que hacerlo —replicó Krasus, a la vez que asentía, para indicarle que compartía la inquietud de Malfurion—. Pero tenemos que hacerlo..., da igual cuál sea el precio a pagar.



CAPÍTULO CINCO

Unas manos suaves rozaron la cara de Illidan mientras le limpiaban las quemaduras y la carne destrozada. El aroma de las azucenas y otras flores llegó arrastrado por el viento hasta sus fosas nasales. Al fin, se agitó, despertando así del coma en el que se había sumido voluntariamente para escapar del dolor. Este había menguado hasta volverse tolerable, pero el hermano de Malfurion dudaba de que alguna vez fuera a esfumarse por entero.

No obstante, mientras recuperaba el sentido totalmente, su mente se vio asaltada de repente por una enloquecedora gama de colores y energías violentas. El hechicero lanzó un grito ahogado y se cubrió con los brazos ese lugar donde antes habían estado sus ojos, puesto que ya no tenía unos párpados con los que taparlos. Sin embargo, incluso eso no sirvió de nada a la hora de impedir que esas energías turbulentas y esos colores en constante cambio lo empujaran hasta el borde del abismo de la locura. Ese era el don que Sargeran le había

concedido: ver el mundo desde un punto de vista demoníaco y mágico.

Entonces, Illidan Tempestira recordó las palabras del mago humano Rhonin. *Concéntrate*, le había insistido muy a menudo el poderoso taumaturgo. *Si te concentras, lo lograrás. Esa es la clave...*

Tras superar la conmoción inicial, Illidan intentó acabar lo que había empezado, aunque fuera casi imposible en un principio, ya que ahí parecía reinar un caos infinito que era demasiado abrumador como para que un mero mortal como él lo controlara.

No obstante, como la misma decisión que había hecho que ascendiera muy rápidamente en el escalafón de la Guardia Lunar, Illidan impuso orden en la vorágine. Los colores se fueron organizando, la energía fue fluyendo con cierta regularidad y propósito. Unas siluetas fueron cobrando forma a partir de las energías innatas de todas las cosas vivas o inanimadas.

Al fin se dio cuenta de que se encontraba tumbado en un diván, cuya tela era tan suave y blanda que resultaba un tanto sensual. Había tres figuras cerca, de pie; a Illidan le llevo un rato percatarse de que todas eran mujeres. Cuanto más se concentraba el gemelo, mejor podía percibir los detalles. Todas ellas eran unas jóvenes y exquisitas elfas de la noche, ataviadas con unos vestidos suntuosos a la par que sensuales.

Fue distinguiendo más y más detalles al concentrarse en la que le había estado limpiando las heridas. Illidan percibió el color plateado de su pelo (un tono que no era natural) y el aspecto felino de sus ojos. En verdad, sus sentidos eran más agudos que nunca. El hechicero pudo apreciar las más minúsculas diferencias que distinguían a cada

hebra de pelo. Pudo sentir cuál era el nivel del poder que poseían estas Altonato... y, entonces, supo que, de las tres, la que le estaba limpiando las heridas era la más poderosa de lejos. Aunque incluso en ese instante, las habilidades de esta elfa de la noche no eran nada comparadas con las suyas.

La criada principal fue la primera en reaccionar. Apartó el paño húmedo y cogió lo que, gracias a las energías que lo envolvían, Illidan sabía que era un pañuelo de seda de color ámbar.

El color de los ojos que había perdido.

—Esto es para ti, lord hechicero.

Sabía perfectamente para qué era. Su nuevo y súper desarrollado sentido de la vista le había hecho olvidar por un momento, cómo le debían de ver los demás. Con una reverencia como la que habría hecho ante Cresta Cuervo, Illidan aceptó el pañuelo y se vendó con él la zona donde de antes se habían hallado sus ojos. Aunque no le sorprendió, se percató de que la venda no suponía un obstáculo para sus nuevas habilidades.

—Mucho mejor —murmuró la mujer—. Debes tener el mejor aspecto posible para la reina...

—Gracias, Vashj... —se oyó decir súbitamente a Azshara— Tanto tú como las demás pueden retirarse por ahora.

Vashj se calló de inmediato y, acto seguido, hizo una reverencia, a la vez que las otras dos y ella abandonaban la cámara.

Illidan tomó aire mientras concentraba sus sentidos en la reina. Un fulgor intenso envolvía a Azshara, un aura plateada que finalmente

entendió que era una señal del poder que poseía. Illidan habría parpadeado si hubiera podido. Aunque Azshara había sido amada por todo su pueblo, algunos, como él, habían dado por sentado que poseía un dominio escaso de las artes mágicas. Siempre había creído que la reina había necesitado el poder de los Altonato para lanzar hechizos. Illidan se preguntó si el difunto lord Xavius o el viejo capitán Varo'then habían llegado a comprender alguna vez lo ducha que era su monarca en estas artes.

—Majestad.

El hechicero abandonó el diván e hincó una rodilla en el suelo.

—Por favor, levántate. No hace falta obrar de un modo tan formal en privado. —De alguna manera, se había acercado hasta él sin que Illidan se hubiera percatado de ello. La reina lo llevó de vuelta al diván—. Pongámonos más cómodos, mi querido hechicero.

Mientras se sentaban, Azshara se inclinó hacia el gemelo de Malfurion. Al sentir su mero roce, se le enardeció el alma a Illidan. Su misma presencia era casi hipnótica.

¿Hipnótica? Illidan la observó detenidamente.

El fulgor que rodeaba a Azshara se había vuelto más intenso, tanto que hasta lo envolvía a él. El hecho de que a Illidan se le hubiera pasado esto por alto hasta ahora dejaba bien claro hasta qué punto la reina dominaba sus habilidades. A pesar de ser consciente de ello, lo único que podía hacer era intentar impedir que ella lo dominara.

— ¡Me has dejado realmente impresionada, Illidan Tempestira! ¡Eres tan listo, tan poderoso! Incluso nuestro señor Sargeris es capaz de

apreciarlo, ya que si no, ¿para qué te habría otorgado ese valioso don? —Con unos dedos largos y esbeltos le acarició la venda—. Aunque es una pena que hayas perdido esos hermosos ojos ambarinos... Sé que eso duele mucho...

El rostro de la reina estaba seductoramente cerca del suyo y, en ese momento, le resultó imposible no desear que se hallara más cerca.

—L-lo he soportado, majestad.

—Por favor, para ti, soy simplemente Azshara... —Con los dedos le recorrió las cuencas vacías y prosiguió con el resto de su cara—. ¡Qué rostro tan bello! —Le acarició el hombro y le apartó la ropa—. Y qué fuerte también... ¡y, además, aquí portas la marca del Magno!

Illidan frunció el ceño y miró hacia el lugar donde la reina había posado la mano.

Tenía el hombro cubierto por un intrincado conjunto de tatuajes oscuros. Debajo de ellos y muy bien protegida, el elfo de la noche percibió una magia preternatural (la magia de Sargerass) que le impregnaba la piel. El hecho de que no hubiera notado nada hasta entonces dejó estupefacto a Illidan. El hechicero se echó un rápido vistazo al otro hombro y vio que ahí le habían dibujado un patrón similar. En verdad, Sargerass había marcado a Illidan como una criatura de la Legión.

El hermano de Malfurion ignoró a la reina por un momento y acarició con cuidado una de esas marcas. De inmediato, sintió una descarga de poder que lo atravesó por entero. Su cuerpo irradiaba una energía primordial cuya fuente sabía que era la misma que alimentaba al Pozo. Se dio cuenta de que el señor demoníaco había potenciado sus habilidades al marcarlo de ese modo.

—Es cierto que cuentas con su favor... y, por lo tanto, con el mío —susurró la reina Azshara, quién se acercó aún más de nuevo—. Y yo puedo concederte muchos favores que ni siquiera él...

—Perdona esta intromisión, tan inoportuna, Luz de Luces —dijo casi con un gruñido una figura que se hallaba en la puerta.

Aunque Illidan se tensó, Azshara se enderezó con serenidad, se echó para atrás esa suntuosa melena y contempló al recién llegado con una mirada lánguida y engañosa.

— ¿Qué sucede, mi estimado capitán?

En contraste con el seductor brillo que rodeaba a la reina, el capitán Varo'then desprendía una oscuridad que recordaba a Illidan a la de los demonios. Aunque el soldado apenas dominaba las artes mágicas, Illidan era perfectamente consciente de que podía ser tan letal a su manera como Mannoroth.

Tal vez incluso más letal en ciertas ocasiones; sobre todo, siempre que se tratara de enemigos reales o imaginarios que rivalizaran por las atenciones de la reina y que despertaran sus celos. Varo'then prácticamente echó humo al ver a Azshara e Illidan en el diván. La reina empeoró aún más las cosas al acariciar al hechicero en la mejilla mientras se levantaba.

—He venido a por él, majestad. Ha hecho ciertas promesas que nuestro señor espera que cumpla.

—Y lo haré —replicó Illidan con contundencia, devolviendo la mirada al oficial, a pesar de llevar una venda.

Pese a que Varo'then entornó los ojos de manera amenazadora, al final asintió.

—Por supuesto —intervino Azshara, quien se interpuso entre ambos y los miró con coquetería—. ¡Estoy segura de que ningún dragón tendría oportunidades si se enfrentara a los dos a la vez! Ansío de veras escuchar tus hazañas... —Acarició la coraza del capitán, lo que provocó que los ojos de este se iluminaran de lujuria—. ¡Sí, tus hazañas!

A pesar de que era consciente de que los estaba manipulando a ambos, el hechicero no pudo evitar reaccionar ligeramente ante sus encantos. Se armó de valor para no caer en sus artimañas y contestó:

—No te decepcionaré..., Azshara.

El hecho de que pronunciara su nombre sin acompañarlo de un título por delante o detrás (y el gran grado de familiaridad que eso implicaba) no le sentó nada bien al soldado. Varo'then hizo ademán de acercar la mano a la empuñadura de su espada, pero sabiamente se arrepintió en el último instante.

—Primero, debemos dar con esa bestia, lo cual afirmas que eres capaz de hacer.

Illidan agarró la escama de dragón.

—No afirmo nada; simplemente, digo la verdad.

—Entonces, no hace falta que esperemos más. Casi ha caído la noche

Illidan se volvió hacia la reina e hizo una reverencia como las que había visto hacer en el Bastión del Cuervo Negro.

—Con tu permiso...

Ella le brindó una sonrisa regia.

—Tú también puedes marcharte, mi estimado capitán.

—Gracias, alteza, Luz de Luces, Flor de la Luna... —Varo'then también se agachó, pero de un modo brusco y militar. Entonces, le señaló la puerta a Illidan—. Después de ti, maestro hechicero.

Sin dirigirle ni una sola palabra a ese hombre ataviado con una armadura, Illidan abandonó la estancia. Notó que Varo'then lo seguía muy cerca por detrás. Al gemelo de Malfurion no le habría extrañado que el capitán intentara darle una puñalada por la espalda, pero era evidente que Varo'then era capaz de controlar sus impulsos.

— ¿Adónde vamos? —le preguntó a su escolta.

—Podrás confeccionar el hechizo en cuanto salgamos de Zin-Azshari. Nuestro señor Sargerass desea que esta misión se complete lo antes posibles. Ansia hollar el suelo de Azeroth y darle su bendición a nuestro mundo.

—Azeroth es muy afortunada.

Varo'then lo observó detenidamente por un instante, intentando hallar algún significado oculto en esa respuesta. Como no fue capaz de encontrarlo, asintió al fin.

—Sí, Azeroth es muy afortunada.

El capitán lo guio a través del palacio y, al final, acabaron descendiendo por unas escaleras. Mientras se acercaban a los establos, Illidan Preguntó:

—Así que vas a ser mi compañero a lo largo de esta misión, ¿eh?

—Deberías contar con alguien que te vigile las espaldas.

—De lo cual me alegro.

—Nuestro gran señor ha insistido mucho en que ese disco será capaz de satisfacer sus necesidades, así que nos haremos con él.

—Agradeceré tu compañía —señaló el hechicero, quien en ese momento, en cuanto entraron en los establos, se detuvo al instante—. Pero ¿esto qué es?

Una decena de guardias viles se encontraban esperando cerca de los sables de la noche, en cuyos monstruosos rostros se reflejaba la sed de sangre. Dos guardias apocalípticos los flanqueaban; sin ningún género de dudas, estaban ahí para mantener el orden entre sus hermanos sin alas. Otro par de guardias viles mantenían firmemente sujeta a una bestia vil babeante, a la que agarraban de las riendas.

—Como ya he dicho —contestó el capitán Varo'then con tal vez un leve tono sarcástico—. Alguien debería vigilarte las espaldas. Estos... —señaló a esos diabólicos guerreros— te vigilarán muy de cerca. Eso te lo prometo de todo corazón, hechicero.

Illidan asintió y no dijo nada.

—No nos demoraremos, te lo prometo, Rhonin.

—No me prometas nada, Krasus —replicó el humano—. Pero ten cuidado. Y no te preocupes por Ojo de Estrella. Yo me ocuparé de él.

—Él es la menor de nuestras preocupaciones. Confío tanto en ti como en el bueno del capitán Cantosombrío para mantener unida a la hueste.

— ¿En mí? —Jarod negó con la cabeza—. ¡Maestro Krasus, has depositado demasiada confianza en mí! ¡Solo soy un oficial del

Cuerpo de Centinelas, nada más! Tal y como dijo Maiev, ¡la fortuna me ha sonreído! No soy mejor comandante que... que...

— ¿Que Ojo de Estrella? —apostilló Rhonin, con una sonrisa de satisfacción.

—Me temo que debemos contar contigo, Jarod Cantosombrío. Los tauren y los demás ven que les tratas con respeto y ellos te tratan de la misma manera. Tal vez llegue otro momento en el que, tal y como hiciste antes, tengas que tomar la decisión de actuar. Y he de añadir que eso será bueno para tu propia gente.

Con cierto aire de derrota, al elfo de la noche se le hundieron los hombros.

—Haré todo lo que pueda, maestro Krasus. Eso es lo único que puedo decir.

El mago asintió.

—Eso es lo único que te pedimos, mi buen capitán.

—Ahora que ya está resuelto este pequeño asunto —comentó el humano—, ¿cómo pretendes llegar hasta esa guarida?

—Los grifos ya no están a nuestra disposición. Tendremos que cabalgar a lomos de unos sables de la noche a los que habrá que espolear para que corran lo máximo posible.

— ¡Pero así tardarán demasiado! Y lo que es aún peor, ¡serán un blanco mucho más fácil para los asesinos de la Legión Ardiente!

Los demonios de Archimonde seguían y vigilaban continuamente a la hueste, con la intención de matar a Krasus y sus compañeros. Si bien Archimonde deseaba especialmente la muerte de Malfurion, puesto que el druida había sido el principal responsable de frustrar de un modo asombroso una victoria segura de la Legión, no cabía duda de

que el mago dragón también estaba en lo más alto de la lista negra del demonio.

—Si empleáramos un hechizo para viajar al lugar donde Alamuerte aguarda, correríamos un gran riesgo —replicó Krasus—. Sin lugar a dudas, espera algo así y estará en guardia. Debemos viajar usando un medio de transporte físico.

—Aún así, sigue sin parecerme bien.

—Ni a mí, pero debemos obrar así —miró a sus compañeros de viaje—. ¿Están preparados para partir?

Malfurion asintió y Brox respondió con un gruñido impactante. Si bien era cierto que tanto el druida como el mago poseían unas habilidades excepcionales, Krasus era consciente de que necesitaban que los acompañara un guerrero muy diestro como era el orco, ya que los taumaturgos podían ser anulados de muchas maneras; además, Brox había demostrado ser un aliado digno de confianza.

—Danos una hora de ventaja antes de alertar a lord Ojo de Estrella.

—Les daré dos.

Al ver que tanto el druida como el orco ya estaban montados, Krasus espoleó a su bestia. El elegante felino enseguida fue cogiendo velocidad, seguido muy de cerca por las monturas de los compañeros del mago. Los animales no tardaron mucho en dejar a la hueste de los elfos de la noche muy, muy lejos.

Nadie habló mientras cabalgaban, ya que los tres jinetes no solo estaban muy concentrados en el camino que tenían por delante, sino también en cualquier indicio que pudiera señalar que una amenaza se hallara cerca. Sin embargo, la noche transcurrió sin ningún sobresalto

y recorrieron una gran distancia. Cuando el sol despuntó, Krasus por fin ordenó que se detuvieran.

—Descansaremos aquí un rato —decidió, mientras contemplaba esas colinas que tenía delante, en las que no abundaba la vegetación—. Preferiría entrar ahí cuando ya nos hayamos recuperado.

—¿Crees que podríamos correr peligro ahí dentro? —preguntó Malfurion.

—Tal vez. Aunque la vegetación no es muy densa, las colinas cuentan con muchas grietas y demás que facilitan las emboscadas.

Brox asintió para mostrarse de acuerdo.

—Para eso, yo me valdría de la colina del norte. Desde ahí, se ve mejor el sendero. Deberíamos evitar esa cuando cabalgemos por ahí.

—Coincido con la opinión del experto. —El mago echo un vetazo a su alrededor—. Creo que esta zona de aquí, junto a esas dos rocas tan altas, es la mejor para acampar. Ahí tendremos una buena vista del entorno y estaremos bien protegidos.

Ataron a los sables de la noche a un árbol cercano. Los felinos obedecieron todas las órdenes de inmediato y sin rechistar, ya que hacía muchas generaciones que los elfos de la noche los criaban y domesticaban. Brox se ofreció voluntario para dar de comer a los animales con las provisiones que habían traído consigo. Tendrían suficiente para tres días, pero después tendrían que dejar que los felinos cazaran. Krasus esperaba que para entonces el grupo se encontrara en un sitio mejor, puesto que ahí no abundaba la vida salvaje, sin duda alguna.

Los tres dieron buena cuenta de sus raciones. Para un dragón como Krasus, comer carne salada y desecada no era fuente de mucha satisfacción, pero hacía tiempo que había aprendido a hacer de tripas corazón. Malfurion comió algunas frutas (también desecadas) y

nueces, mientras que Brox comió lo mismo que Krasus, pero con muchas más ganas; los orcos no eran muy refinados en cuestión de comida.

—Los felinos ya están descansando —afirmó Krasus después de comer—. Sugiero que hagamos lo mismo.

—Yo haré el primer turno de vigilancia —se ofreció Brox.

Como Malfurion quiso hacer el segundo, el tema de la vigilancia y seguridad quedó zanjado enseguida. Tanto Krasus como el druida hallaron sendos sitios donde descansar cerca de la más alta de las dos piedras. Brox, demostrando que era más ágil de lo que cabía inferir por su enorme tamaño, trepó con facilidad a la parte superior de la más escarpada y se sentó. Con el hacha en el regazo, escrutó el paisaje como un ave carroñera hambrienta.

A pesar de que únicamente pretendía dar una cabezada, el mago dragón se sumió en un sueño muy profundo. Estaba agotado tras haber sobrepasado con creces sus límites físicos y mentales. Lo único que había podido descansar antes no había bastado para compensar tanta tensión.

Los dragones también sueñan, y Krasus no era una excepción. Para él, soñar consistía en dar rienda suelta a su siempre presente deseo de volar libremente de nuevo, de extender las alas que no tenía y elevarse en el aire, aquí' era Korialstrasz una vez más. Una criatura del aire al que fastidiaba hallarse atado a la tierra. El dragón siempre se había sentido cómodo en su forma mortal, pero eso había sido antes, cuando sabía que con un mero pensamiento podía transformarse y volver a ser él mismo de verdad. Ahora que había perdido esa capacidad, se sentía a menudo muy frustrado por culpa de la fragilidad de su presente forma.

En este sueño en concreto, esa maldición cayó sobre él de repente, pues esa débil carne mortal se adueñó de su cuerpo y lo aplastó hasta ser cada vez más y más pequeño. Se le aplastaron las alas contra la espalda y le desapareció la cola. Se le hundieron esas largas fauces repletas de dientes en la cara, que fueron sustituidas por ese insignificante bultito que tenía por nariz cuando portaba el disfraz de taumaturgo. Korialstrasz se convirtió de nuevo en Krasus, quien cayó en picado hacia el suelo...

Y quien se despertó bañado en sudor.

Si bien Krasus esperaba en parte que estuvieran sufriendo algún tipo de ataque, se percató de que el silencio reinaba en ese día; un silencio que únicamente quebraba la rítmica respiración de Malfurion. Se incorporó y vio que Brox continuaba vigilando. El mago dirigió su mirada al sol, para calcular qué hora era. Hacía tiempo que tendrían que haber relevado a Brox. Casi era el turno ya de Krasus.

Tras dejar que el druida siguiera durmiendo, la figura delgada envuelta en una túnica se aferró a la roca y rápidamente trepó por ella como si fuera un lagarto. En cuanto alcanzó la parte superior, Brox se puso en pie de un salto y, con unos reflejos dignos de un dragón, blandió su hacha.

—Tú —gruñó el orco, quien lo ayudó a subir. Ambos se sentaron en lo alto de la roca y hablaron mientras hacían guardia—. Creía que estabas dormido, maestro Krasus.

—Tú sí que deberías estar durmiendo, Brox. Necesitas descansar tanto como cualquiera de nosotros dos.

El guerrero de piel verde se encogió de hombros.

—Un guerrero orco puede dormir con los ojos abiertos y un arma en ristre. No hace falta despertar al elfo de la noche. Debe dormir más. Contra el dragón, él será mucho más útil que este viejo combatiente.

Krasus contempló al orco.

—Un viejo combatiente que vale por veinte jóvenes.

Aunque el veterano guerrero pareció recibir con agrado el cumplido, replicó:

—Ya he dejado atrás mis días de gloria. Ya no habrá más relatos sobre Broxigar el del Hacha Roja.

—He vivido mucho más tiempo que tú Brox; por tanto, sé de qué hablo. Aún te quedan muchos días de gloria por delante, muchas batallas heroicas. Habrá más historias sobre Broxigar el del Hacha Roja, aunque tenga que contarlas yo mismo.

Al orco se le oscurecieron las mejillas y, súbitamente, agachó la cabeza.

—Me siento muy honrado por tus palabras, venerable ser.

Al igual que Malfurion, Brox conocía cuál era la verdadera identidad de Krasus. Para sorpresa del dragón, el guerrero provisto de colmillos lo sabía desde hacía tiempo. Como era un orco que había aprendido algunas tradiciones chamánicas, Brox había sido capaz de percibir que su compañero tenía un increíble poder y era un ser muy vetusto y, al ver cómo trataba Krasus a los dragones, había llegado a esa conclusión lógica que nadie más había alcanzado. A pesar de que el hecho de que Krasus y el dragón rojo Korialstrasz fueran el mismo

ser le resultaba incomprensible, el orco lo había aceptado frunciendo levemente el ceño.

—Y como soy un «venerable ser» —respondió Krasus—, voy a insistir en que debes irte a dormir, como te corresponde. Yo haré guardia el resto del turno de Malfurion... ya que queda muy poco... y luego haré el mío.

—Sería mejor que tú...

Krasus miró al orco a los ojos muy fijamente.

—Te seguro que poseo una resistencia muy superior a la tuya. No necesito dormir más.

Al ver que iba a perder cualquier discusión subsiguiente, Brox gruñó y se levantó, pero justo cuando hizo esto, Krasus, que estaba mirando algo situado más allá del descomunal guerrero, se tensó.

—Unos guardias apocalípticos... —susurró.

Brox se tiró inmediatamente al suelo. Observaron como esos tres demonios de alas ígneas se dirigían lentamente hacia las colinas. Los guardias apocalípticos iban armados con unas espadas largas y crueles y escrutaban los alrededores con la misma cautela; no obstante, por ahora no habían reparado en la presencia del trío sin duda alguna.

—Se dirigen a la zona que debemos atravesar —señaló Krasus.

—Deberíamos detenerlos ahora mismo.

Aunque el mago asintió para mostrarse de acuerdo, añadió:

—Tenemos que saber si hay más, puesto que en tal caso, si acabáramos con estos tres, podríamos revelar nuestra presencia a otros que se hallaran en la zona. Deja que primero averigüe cuál es la situación.

Krasus cerró los ojos y expandió sus percepciones en dirección hacia los demonios. De inmediato, notó que unas tinieblas emanaban de cada uno de ellos, unas tinieblas tan repulsivas que incluso afectaron al dragón. No obstante, Krasus no titubeó y optó por sondearlos aún más profundamente. Tenía que saber la verdad.

Vio dentro de cada uno de ellos el mismo salvajismo y caos que había percibido en incursiones previas. Que tal maldad pudiera existir en cualquier criatura era algo que al mago aún le costaba creer. Era una locura similar a la que había dominado en su día al noble Neltharion hasta transformarlo en el nauseabundo Alamuerte.

En los monstruosos pensamientos de esas criaturas, por fin dio con lo que necesitaba saber. Los tres eran exploradores y estaban buscando algunos puntos débiles que la Legión pudiera aprovechar. Su intención no era limitar la guerra al campo de batalla, sino desatar el miedo tras las líneas de los defensores.

Tales tácticas no sorprendieron en absoluto a Krasus, pues estaba seguro de que Archimonde ya tenía otros planes en marcha, por eso mismo, precisamente, la misión de hacerse con el Alma Démoniaca era tan importante.

Escrutó la zona en busca de otros guerreros, pero no halló ni rastro de ellos. Una vez de satisfecho, Krasus terminó el sondeo mental.

—Están solos —le informó a Brox— Nos ocuparemos de ellos, pero creo que esta vez será mejor que recurramos a la magia.

El orco gruñó satisfecho. Krasus se acercó sigilosamente a Malfurion para despertarlo.

— ¿Qué...? —acertó a decir el elfo de la noche, quien se calló en cuanto Krasus le indicó con una señal que lo hiciera.

—Se acercan tres guardias apocalípticos —susurró el viejo mago—. Vienen solos. Pretendo acabar con ellos..., con tu ayuda.

Malfurion asintió. Siguió a Krasus por las piedras hasta alcanzar un punto donde pudieron divisar a los demonios voladores que escrutaban las colinas

— ¿Qué debemos hacer? —preguntó el druida.

—Lo mejor sería que los derribara a los tres simultáneamente. Sin embargo, como no paran de moverse, podría errar. Si alguno se me escapa, lo dejo en tus manos.

—Muy bien.

Malfurion inspiró hondo y se preparó. Krasus observó detenidamente a los guardias apocalípticos, aguardando el momento en que se hallaran más cerca unos de otros.

Dos de los demonios se detuvieron para compartir información entre ellos, pero el tercero continuó observando. El mago lanzó un juramento silencioso, pues era consciente de que, a pesar de que ahora tenía la oportunidad de destruir a ambos, el tercero se encontraba muy lejos de los otros dos, por lo cual temía que ese pudiera huir.

Malfurion se debió dar cuenta de que titubeaba. No dejaré que escape, maestro Krasus.

Escuchar esas palabras fue todo un alivio para el mago. Krasus asintió y se concentró.

Al contrario que Illidan (e incluso Rhonin a veces) había vivido demasiado como para perder energías creando complejos entramados de hechizos por puro exhibicionismo. Los guardias apocalípticos eran una amenaza con la que había que acabar. Nada más. De ese primer demonio alado estalló, sin más, y después el segundo; rápidamente, los restos de ambos cayeron cual lluvia sobre el paisaje.

Pero tal y como había temido, el tercero escapó de esa trampa. Sin embargo, el demonio se mantuvo a salvo por muy corto espacio de tiempo. Mientras lo que quedaba de las dos primeras criaturas se precipitaba hacia el suelo, Malfurion alzó una sola hoja y murmuró algo al viento. De repente, una fuerte brisa sopló cerca del druida; una brisa que, con celeridad, elevó la hoja y la arrastró de manera certera hasta el guardia apocalíptico que seguía vivo.

De improviso, la hoja se transformó en muchas hojas, en centenares de ellas, las cuales giraron empujadas por el viento, rotando cada vez más y más rápido, mientras se acercaban al demonio a la fuga.

En cuanto alcanzaron al guardia apocalíptico, se fueron adhiriendo a su cuerpo. Aunque decenas y decenas de hojas se aferraron con fuerza al demonio, no parecían disminuir en número las que giraban en torno a él. Si bien el guerrero cornudo intentó resistirse al viento, el peso cada vez mayor que lo aplastaba provocó que sus esfuerzos fueran en vano.

En cuestión de segundos, el demonio se convirtió en una momia envuelta en unas vendas verdes. El ritmo con el que batía las alas fue disminuyendo, pues era incapaz de aguantar el tremendo peso que soportaban.

Por fin, el último guardia apocalíptico cayó como una piedra al suelo.

Malfurion no vio cómo el demonio se estrellaba violentamente. Aunque había hecho lo que tenía que hacer, nunca se regodeaba.

—El camino está despejado —proclamó Krasus—. Pero debemos apresurarnos, ya que nos llevará mucho tiempo atravesar las colinas...

Desde la parte superior de la roca, Brox exclamó súbitamente:

— ¡Hay algo más en el cielo! ¡Por encima de nosotros!

Unos meros segundos más tarde, una sombra planeó sobre ellos de manera fugaz..., una sombra que barrió toda aquella zona. Esa forma alada se desplazaba tan velozmente que se perdió entre las nubes antes de que cualquiera de ellos pudiera identificarla. Mientras Krasus y Malfurion preparaban unos sortilegios, el orco aguardaba con su hacha en ristre.

Entonces, volvieron a divisar de repente a ese ser colosal, que bajaba en picado directamente hacia los tres. Batía esas enormes alas coriáceas con suma facilidad mientras descendía.

Krasus exhaló, y su expresión normalmente sombría dio paso a una fugaz y amplia sonrisa.

— ¡Debería habérmelo imaginado! ¡Debería haberlo presentado! Korialstrasz había regresado.

El yo joven del mago aterrizó justo delante del trío. El dragón rojo era una visión magnífica que contemplar. Tenía una cresta que le nacía en la cabeza y le llegaba hasta la cola. A pesar de que era tan grande que podría haberse tragado a los tres de una sola vez, a pesar de tener unas fauces repletas de dientes, a uno solo le hacía falta mirarle a los ojos para ver que era un ser inteligente y compasivo.

Tal vez admirar a su encarnación más joven fuera un poco narcisista por parte de Krasus, pero no podía evitarlo. Korialstrasz había demostrado ser un dragón mucho más experimentado y habilidoso de lo que su yo antiguo recordaba haber sido. Era como si fueran dos criaturas totalmente distintas en vez de ser la misma.

Tras dejar que el polvo se asentara, Korialstrasz saludó a los tres agachando su gigantesca cabeza. Centró la mirada especialmente en Krasus.

—He percibido unos hechizos al pasar por aquí cerca por pura suerte —afirmó con voz atonadora—. Estaba tan ensimismado, pensando en otras cosas, que lo normal habría sido que no reparara en su presencia. —Entonces, dirigiéndose al mago, añadió—. Ni siquiera la tuya.

Eso no presagiaba nada bueno.

— ¿Te refieres a que estabas buscando a los demás?

—Sí..., y he dado con ellos. Están intentando dar con la manera de esquivar o enfrentarse al poder del nauseabundo disco del Guardián de la Tierra, pero de momento no han hallado ninguna solución. Ni

siquiera mi reina se atreve a encararse con Neltharion, sin contar con algún tipo de defensa ante ese poder. ¡Ya viste lo que les ocurrió a los dragones azules! ¡Fueron masacrados y exterminados!

Krasus pensó en los huevos que había salvado, pero decidió que no era el momento adecuado para lidiar con ese asunto.

—Alexstrasza tiene razón en mostrarse precavida. No tiene sentido atacar para ser simplemente destruidos. Ni tampoco habría honor alguno en ello.

—Pero si los dragones no ayudamos a las razas mortales, ¿no habrá esperanza para ninguno de nosotros!

—Aún puede haber esperanza. Todavía no nos has preguntado por qué estamos aquí. —Krasus señaló al druida—. El joven Malfurion ha localizado la guarida oculta del Guardián de la Tierra y sabe dónde está el Alma Demoníaca.

El gigante carmesí abrió como platos sus ojos de reptil.

— ¿Es eso cierto? Tal vez si lanzáramos un asalto masivo mientras duerme...

— ¡No! Debemos actuar con sigilo y astucia. Esperamos poder entrar a hurtadillas y robarle el disco. Si no, Neltharion podría cogerlo primero y entonces todos estaríamos muertos.

Korialstrasz comprendió que esa era una táctica sabia, a pesar de que el plan también conllevaba muchos riesgos.

— ¿A dónde deben ir?

Malfurion le describió lo que había visto en el Sueño Esmeralda. Krasus había logrado reconocer esa región vagamente, así que no fue sorprendente que su yo joven también lo hiciera.

— ¡Conozco ese lugar infecto! ¡Ahí anida una maldad más antigua que los dragones, aunque no sé de qué puede tratarse!

—Eso carece de importancia en estos momentos. Lo único que importa es el Alma Demoníaca. —La figura alta y pálida contempló las colinas—. Y si esperamos tener la oportunidad de robarla, será mejor que iniciemos nuestro viaje. A los sables de la noche les llevará un tiempo cruzar esas colinas.

— ¿Los sables de la noche? —replicó un perplejo Korialstrasz—. ¿Para qué los necesitan si ahora cuentan conmigo?

—Porque tú correrías más riesgos que nadie —le explicó Krasus al dragón—. No puedes cambiar de forma, por lo cual eres un blanco muy claro. Aún más, podrías caer fácilmente bajo el influjo H Alma Demoníaca. Con solo desearlo, el dragón Negro podría convertirte en tu esclavo.

—No obstante, haré lo que pueda. Tienen que llegar a esa guarida a tiempo. Los felinos no son lo bastante rápidos ni tampoco pueden arriesgarse a confeccionar un hechizo de teletransportación.

Krasus era consciente de que discutir con uno mismo era una pérdida de tiempo. En efecto, Korialstrasz les ayudaría a alcanzar su meta mucho antes. Sin embargo, una vez ahí, Krasus conminaría a su yo joven a marcharse cuanto antes.

—Muy bien. Brox, prepara a los sables de la noche para que se vayan de aquí. Escribiré una breve misiva que llevará el mío. Regresarán ellos solos con la hueste y, con suerte, Rhonin podrá recibir esta información sobre nuestros avances. Coged únicamente lo que podamos llevar. Nada más.

No les llevó mucho tiempo subir sus pertenencias a lomos del descomunal dragón rojo. Después de que el mago hubiera amarrado con firmeza el mensaje a su felino, dejaron marchar a los animales. A continuación, Krasus y sus compañeros se montaron en el dragón, cerca de los hombros de este. En cuanto estuvieron todos a bordo, Korialstrasz se agitó adelante y atrás para cerciorarse de que sus pasajeros estaban bien agarrados y, entonces, desplegó las alas.

—Iré deprisa... pero con cuidado —les prometió.

Mientras se elevaban hacia el cielo, Krasus contempló con gesto torvo el paisaje que los aguardaba ahí delante. A pesar de que contar con Korialstrasz les facilitaba mucho las cosas, el éxito de esa gesta no estaba asegurado de ningún modo. Neltharion (Alamuerte) estaría alerta por si aparecían enemigos, ya fueran reales o imaginarios. Los tres tendrían que andar con sumo cuidado a cada paso que dieran una vez se hallaran en su dominio. Aun así, contaban al menos con un elemento a su favor.

Al encontrarse tan cerca de la guarida de ese ser tan espantoso, ciertamente no tendrían que preocuparse por ningún otro demonio.



CAPÍTULO SEIS

Lord Desdel Ojo de Estrella tenía un plan maravilloso.

Así es como lo presentó a todos los que les incumbía. Lo había concebido él mismo, así que era infalible. La mayoría de sus colegas nobles asintieron con vehemencia y lo vitorearon alzando copas de vino, mientras el resto se mantenía ajeno a todo eso. Los soldados que conformaban las líneas estaban demasiado cansados como para preocuparse por esas cosas y a los refugiados lo único que les importaba era sobrevivir. Los pocos críticos con Ojo de Estrella eran ahora solo un puñado, y Rhonin era el más crítico de todos. Por desgracia, las continuas idas y venidas de Krasus habían hecho que el saludable temor que el comandante tenía a esos forasteros menguara. En el mismo momento que había dado la impresión de que el humano estaba a punto de señalar algún fallo en esa grandiosa estrategia, Ojo de Estrella había sugerido educadamente que el consejo se ocuparía

de sus propias obligaciones y que el mago tenía otros deberes que cumplir. También había doblado el número de guardias que se hallaban dentro de la tienda, a los que había dejado muy claro que, en caso de que Rhonin se negara a cumplir lo que le había sugerido, deberían actuar.

Como no deseaba que se produjera una confrontación que amenazara con desestabilizar a la hueste, Rhonin abandonó la tienda. Jarod se encontró con él cerca de donde habían acampado los tauren; Huln acompañaba al oficial.

El elfo de la noche leyó su rostro como si fuera un libro abierto

—Sucedo algo malo...

—Quizá... o quizá me he vuelto demasiado cínico con respecto a todo lo relacionado con ese aristócrata criado entre algodones. En general, su plan parece demasiado sencillo como para poder funcionar.

—Lo sencillo puede ser bueno —señaló Huln— si tiene una base lógica.

—No sé por qué, pero dudo que Ojo de Estrella siga alguna lógica. No entiendo por qué Cresta Cuervo y él se llevaban tan bien.

Jarod se encogió de hombros.

—Pertenece a la misma casta.

—Oh, entonces todo tiene mucho sentido. —Al ver que el elfo de la noche no captaba el sarcasmo, Rhonin hizo un gesto de negación con la cabeza—. No importa. Tendremos que estar atentos y esperar que ocurra lo mejor...

No tuvieron que esperar mucho. Ojo de Estrella puso su plan en marcha antes de que se pusiera el sol. Los elfos de la noche

redistribuyeron sus fuerzas, creando tres cuñas. Siguiendo su ejemplo, los tauren y las demás razas hicieron lo mismo. El noble retiró a la retaguardia gran parte de la caballería, a la que envió al flanco izquierdo, donde se mantuvieron a corta distancia de la hueste principal.

En la vanguardia de cada cuña había un gran número de picas, seguidas por espadas y otras armas de mano. Tras esto, había unos arqueros, protegidos desde todos los ángulos. Cada cuña también incluía a guardias lunares distribuidos de manera proporcional. Los hechiceros tenían la misión de proteger a la hueste de los eredar y demás taumaturgos.

Las cuñas tenían que avanzar con la máxima violencia posible, para abrirse paso entre las líneas de la Legión Ardiente como si fueran unos dientes horadando la carne. Los demonios atrapados entre las cuñas serían el objetivo de los arqueros y los espadachines. Los elfos de la noche progresarían de manera coordinada, sin que ninguna cuña se adelantara a otra. La caballería se mantendría a la espera, por si había que apoyar a cualquier punto débil que se generara.

Entre los terráneos y los tauren reinaba cierto escepticismo, pero como no tenían experiencia en cuestiones de estrategia en grandes conflictos bélicos, dieron por sentado que los elfos de la noche poseían un conocimiento muy superior al suyo en esta materia.

Jarod cabalgaba junto a Rhonin mientras la hueste avanzaba. Los demonios vacilaban, de un modo que no era para nada normal, lo cual Ojo de Estrella interpretó como un buen presagio, pero que el mago y el oficial interpretaron como una razón más para mostrarse más cautelosos.

—He hablado con la Guardia Lunar —informó el mago a su compañero—. Tenemos unos cuantos ases en la manga que podrían ayudar a que el plan de su señoría fructifique. Yo coordinaré esos ataques.

—Huln ha prometido que los tauren no cejaran en su empeño y creo que el fúrbolg ha comentado algo en el mismo sentido —replicó el capitán—. Aunque me preocupa que Dungard Cortahierro no cuente con tropas suficientes como para que sus líneas se mantengan firmes.

—Si luchan como un enano al que conozco llamado Falstad —comentó Rhonin, rememorando el pasado—, ese será el menor de nuestros problemas.

En ese momento, resonaron los cuernos de batalla. Los soldados que encabezaban la marcha se armaron de valor de inmediato y aceleraron el paso.

— ¡Prepárense! —gritó el mago, cuyo felino avanzó aún más rápido.
—Ojalá pudiera volver a Suramar antes de que todo esto...

El paisaje descendió en pendiente, de manera que por fin pudieron ver con claridad lo que les esperaba ahí delante.

— ¡Madre Luna! —exclamó Jarod con voz entrecortada.
— ¡Mantengan la calma!

Sonó un cuerno, que dio la señal de ataque. Lanzando un grito muy potente, los elfos de la noche echaron a correr. A la derecha, los tauren y los fúrbolgs profirieron unos graves rugidos. Un curioso estallido de aullidos marcó el avance de los terráneos.

La batalla se desató.

La primera línea de la Legión cedió casi de inmediato ante intenso asalto. Las cuñas se adentraron directamente en las formaciones de los demonios. Decenas y decenas de guerreros cornudos cayeron por mor de las picas.

A Jarod lo embargó la emoción.

— ¡Lo estamos logrando!

— ¡Es una cuestión de pura inercia, pero nuestro avance se ralentizará!

Y así fue; después de retroceder varios metros, la Legión Ardiente reaccionó. Aunque no consiguió detener por completo la masacre, obligó al enemigo a pagar muy caro cada paso que daba muy lentamente.

Sin embargo, los elfos de la noche seguían avanzando.

No obstante, eso no quiere decir que estos no corrieran mucho peligro o no sufrieran amplias bajas incluso al principio del asalto. Unos cuantos guardias apocalípticos los sobrevolaron, intentando sortear así las picas y atacar a los arqueros. Algunos de los demonios fueron derribados por quienes eran sus objetivos, pero otros lograron mantenerse flotando sobre los defensores. Armados con unas largas mazas y otras armas, descendieron, machacándoles el cráneo o destripando a los elfos de la noche que estaban distraídos con otros blancos. Sin embargo, pronto se vieron obligados a retirarse ante la arremetida de los arqueros y la Guardia Lunar.

En otro lugar, las líneas demoníacas se abrieron para dejar paso a un par de infernales que arremetieron contra la cuña que progresaba por esa zona. Los soldados que intentaron bloquearlos acabaron

aplastados y la cuña perdió su punta, la cual casi se invirtió. Aunque la Guardia Lunar logró derribar a uno de los infernales, no pudo impedir que varios arqueros perecieran. El otro prosiguió desatando el caos entre los elfos de la noche incluso después de que consiguieran sellar la brecha que este había abierto a su paso.

A pesar de que Rhonin intentó centrarse en ese demonio solitario, había demasiados soldados alrededor de la criatura. Cada vez que el mago pensaba que podía lanzar un hechizo, se arriesgaba a asesinar a varios elfos de la noche.

De la nada, surgieron tres terráneos. Estos enanos se abrieron paso disparados a través de las hileras de tropas hasta alcanzar al infernal. Cada una de esas rechonchas pero musculosas figuras portaba un martillo de guerra con una enorme cabeza de acero.

El infernal se abalanzó sobre el trío, pero no alcanzó su objetivo. Un enano se deslizó bajo las piernas del monstruo de piedra y se las golpeó. Otro arremetió contra el demonio desde un flanco. El infernal logró darle un golpe con el dorso de la mano a este segundo atacante, pero lo que habría matado a un elfo de la noche, al quebrarle todos los huesos, únicamente dejó conmocionado al terráneo por un instante. El infernal al fin se enfrentaba a unas criaturas con una piel tan dura como la suya.

Entonces, los tres enanos atacaron con sus martillos. Allá donde golpeaban al demonio, esas armas pesadas dejaban grietas y fisuras. Al infernal se le desmoronó la pierna izquierda, de tal manera que hincó una rodilla en el suelo.

Lo último que vio Rhonin fue que los tres terráneos iban a golpearle con sus martillos en la cabeza al demonio.

El mago se percató de que Jarod Cantosombrío se acercaba hacia él a lomos de su montura. Rhonin ni siquiera se había dado cuenta de que el capitán se había marchado.

— ¿Has sido tú quien los ha llamado?

— ¡Sí, he pensado que tal vez ellos tendrían más posibilidades de acabar con él!

Rhonin asintió, mostrando así su aprobación. Acto seguido, observó la batalla con detenimiento. Tras recuperarse de ese breve revés, la hueste volvía a empujar a la Legión Ardiente. Los demonios se mantenían desafiantes, a pesar de que se veían obligados a retirarse, pero todo lo que hacían solo servía para detener fugazmente el avance decidido de los elfos de la noche.

—Después de todo, el maldito plan está funcionando —masculló el taumaturgo—. Da la impresión de que he subestimado a su señoría.

— ¡Y eso es bueno, maestro Rhonin! ¡Me estremezco al pensar en lo que podría haber pasado si hubiera fallado!

—Pues sí...

Rhonin profirió un alarido al notar que una intensa fuerza parecía querer aplastarle la misma sesera. Se cayó de su montura antes de que Jarod pudiera agarrarlo y se estrelló contra el suelo con tal fuerza que se le estremecieron todos los huesos. Al instante, el elfo de la noche desmontó e intentó ayudar al mago a levantarse.

Rhonin sentía un espantoso dolor de cabeza. El fragor de la batalla pasó a ocupar un segundo plano. Con los ojos vidriosos, pudo ver que Jarod le hablaba, pero no podía oír su voz.

El Cataclismo

La jaqueca se tomó más y más intensa. En medio de esa agonía, Rhonin se dio cuenta de que lo habían atacado con algún hechizo, aunque se trataba de uno más sigiloso que cualquier otro que hubiera conocido en el pasado. El mago pensó brevemente en los Nathrezim, quienes poseían el poder de reanimar a los muertos; sin embargo, esto no parecía ser obra suya.

La agonía se volvió abrumadora. Aunque Rhonin intentó sobreponerse a esa sensación de aplastamiento, era consciente de que estaba perdiendo. Estaba a punto de perder el conocimiento y, si eso «Hedía, temía que nunca se despertaría de nuevo.

En medio del ataque, una voz carente de emoción reverberó en los pensamientos: *No puedes resistirte a mí, mortal.*

No hacía falta que nadie le explicara al mago quién era el que ataba hablando. Al final, a Rhonin le fallaron las fuerzas y, mientras la negrura lo reclamaba, el nombre de ese demonio retumbó por sus sentidos que se desvanecían.

Archimonde...

Con suma rapidez, Jarod Cantosombrío arrastró al inmóvil mago hasta colocarlo tras las líneas. El elfo de la noche buscó frenéticamente alguna herida en Rhonin, pero no halló nada. El humano estaba totalmente ileso, al menos por fuera.

—Brujería —masculló Jarod, con gesto de contrariedad.

Como no era un entendido en la materia, tenía un sano respeto a los taumaturgos. No cabía duda de que fuera lo que fuese lo que había afectado a Rhonin de tal modo debía tener su origen en una fuente muy poderosa. En su opinión, solo podía tratarse del más poderoso de todos los demonios a los que se habían enfrentado hasta entonces, aquel al que llamaban Archimonde.

El hecho de que Archimonde hubiera sido capaz de localizar al mago inquietaba sobremanera al capitán, ya que el demonio debería haber estado tremendamente ocupado intentando mantener el orden entre sus fuerzas que se batían en retirada. Allá donde Jarod había posado la mirada, la Legión Ardiente había estado a punto de desmoronarse. El plan de lord Ojo de Estrella había resultado ser un gran éxito...

Al elfo de la noche se le desorbitaron los ojos.

¿O no?

Brox se agarraba tan fuerte como los otros dos mientras Korialstrasz los llevaba volando hasta su destino. Si bien el orco había vivido en una época en la que su pueblo dominaba a los dragones rojos, él nunca había volado en uno de ellos. Ahora gozaba de esa sensación y, por primera vez, verdaderamente se compadecía de esos dragones que habían sido esclavizados. El hecho de que, después de haberse sentido tan libres y de haber vivido en el cielo, hubieran acabado teniendo que morir como unos perros por culpa de otros seres..., ese era un destino capaz de hacer que hasta un orco se estremeciera. De hecho, sentía cierta afinidad con los dragones, puesto que, en verdad, su pueblo también había sido esclavizado en cierto modo, cuando sus instintos

más básicos fueron corrompidos hasta extremos grotescos por un demonio de la Legión Ardiente.

En su momento, Brox simplemente había deseado morir. Ahora, estaba dispuesto a enfrentarse a la muerte, a morir pero con un propósito en mente. Ya no luchaba simplemente para defender a su pueblo, que existía en un lejano futuro, sino para defender a todos aquellos a los que los demonios pretendían aplastar. A pesar de que serían los espíritus quienes decidirían si tenía que sacrificarse y perder la vida, Brox esperaba que esperaran un poco más, para que pudiera dar unos cuantos golpes más muy decisivos... y, sobre todo para poder ver cómo esta misión era completada con éxito.

Las colinas dieron paso a las montañas, que al principio le recordaron a las que había cerca de su hogar. Sin embargo, las montañas pronto cambiaron y, con ellas, algo cambió en el aire. El paisaje se tomó desolado, era como si la vida temiera o no deseara estar en este lugar. Korialstrasz había mencionado a un mal antiguo y el orco, quien tal vez estaba más en sintonía con el mundo que la mayoría, percibió que esa maldad lo impregnaba todo. Se trataba de una vileza peor que la que propagaban los demonios y que hacía que quisiera agarrar el hacha que llevaba atada a la espalda.

De repente, el dragón descendió entre un par de picos húmedos, oscuros y afilados. Korialstrasz planeó sin hacer esfuerzo alguno entre los estrechos valles, en busca de un lugar adecuado para aterrizar.

Al final, aterrizó bajo la sombra de una montaña particularmente siniestra, una que le recordaba a Brox a un monstruoso guerrero que alzara un pesado garrote, dispuesto a golpear. El escabroso borde superior del pico contribuía a intensificar esa abrumadora sensación de estar siendo observado por unos poderes tenebrosos.

—Esto es lo más cerca que me atrevo a volar—informó el dragón a sus pasajeros mientras estos desmontaban—. Pero podré seguirlos por tierra un tiempo más.

—No estamos lejos —comentó Malfurion—. Recuerdo esta zona. Krasus contempló el mismo pico que había llamado tanto la atención al orco.

— ¡Cómo no! Es una morada muy adecuada para Alamuerte.

—Has pronunciado ese nombre anteriormente —observó el druida—. Y Rhonin también.

—Así es como llamamos al Guardián de la Tierra allá de dónde venimos. Su locura está muy bien documentada, ¿no es así, Brox?

El veterano guerrero gruñó para mostrarse de acuerdo.

—Mi pueblo también lo llama Sombra de Sangre... pero sí, todas las criaturas vivas lo conocen como Alamuerte, para su consternación. Malfurion se estremeció.

— ¿Cómo vamos a evitar que nos detecten? Yo evité que repararan en mi presencia gracias a lo que Cenarius me había enseñado, pero no todos podemos viajar al Sueño Esmeralda.

—Tampoco tendría sentido —replicó Krasus—, ya que no podríamos tocar el Alma Demoníaca desde ese plano. Debemos permanecer en este. Yo conozco mejor a ese monstruo. Debería ser capaz de escudarnos ante cualquiera de sus hechizos de alerta. Sin embargo, eso implicará que el resto tendrán que hacerlo Brox y tú.

—Lo estoy deseando.

—Yo también. —El orco alzó su hacha mágica—. Si debo, le arrancaré la cabeza del cuello al dragón Negro.

El mago se rio entre dientes brevemente.

—Y se compondrán canciones para celebrar esa gesta, ¿verdad?

En un principio, Korialstrasz encabezó la marcha, puesto que el dragón era quien mejor podía defenderlos a todos; una opinión que incluso Brox compartía. Sin embargo, enseguida, el sendero se estrechó, hasta que al final el leviatán no pudo seguir arrastrándose por ahí.

—Tendrás que quedarte aquí —decidió Krasus.

—Podría trepar y sortear las montañas...

—Estamos demasiado cerca. Incluso si lográramos esquivar los hechizos, no descartaría la posibilidad de que Alamuerte haya apostado algunos centinelas, los cuales te verían.

El dragón no podía rebatir este razonamiento tan lógico.

—Los esperaré aquí, entonces. Si me necesitan, llámenme. —Entornó sus ojos de reptil—. Incluso si es para enfrentarme a él.

Al principio, el hecho de que Korialstrasz se hubiera marchado había provocado que el grupo cambiara de actitud. Los tres avanzaban con más cautela, observando con detenimiento todos los recovecos y todas las sombras. Malfurion cada vez reconocía más y más puntos de referencia, lo cual era un indicio de lo cerca que se hallaban de su meta. Brox, que ahora lideraba la marcha escrutaba toda roca que encontraban en el camino, para determinar si algún enemigo se escondía ahí o no.

El día dio paso a la noche y, aunque ahora Malfurion podía ver mejor, se detuvieron para poder dormir. El druida estaba seguro de que se hallaban cerca de la guarida, lo cual provocó hasta Brox ansiara descansar.

Mientras el orco se disponía a hacer el primer turno de vigilancia, Krasus le reprendió:

—Esta vez haremos los tumos de un modo justo, ya que todos necesitaremos hallamos en plenas facultades mañana.

El orco canoso aceptó la orden a regañadientes y se acuclilló. Con su agudo oído, enseguida percibió que sus compañeros respiraban profundamente, lo cual era una señal de que se habían dejado vencer por el sueño enseguida. También oyó otros ruidos, aunque eran muy pocos en comparación con los que había oído en la mayoría de los lugares que había visitado a lo largo de su dura vida. Realmente, esta era una tierra baldía. El viento ululaba y, de vez en cuando, algunos pedacitos de roca se desprendían de la ladera de la montaña, pero aparte de eso, ahí prácticamente no había nada.

En medio de esa quietud, Brox rememoró los últimos días de la primera guerra contra los demonios. Recordó cómo sus camaradas habían charlado alegremente sobre la carnicería que iban a provocar, sobre los enemigos que iban a caer bajo sus hachas. Muchos de ellos esperaban morir, pero, oh, qué muerte sería.

No obstante, nadie esperaba lo que sucedió a continuación.

Durante mucho tiempo después, Brox había creído que sus compañeros muertos lo seguían y atormentaban. Aunque ahora, el viejo combatiente sabía que no le culpaban por haber sobrevivido, sino que más bien lo apoyaban y guiaban su brazo. Vivían a través de él y cada enemigo muerto era un modo de honrar su recuerdo. Algún día sería Brox quien caería, pero hasta entonces, sería su campeón.

Saberlo le hacía sentirse muy orgulloso.

Como estaba muy acostumbrado a realizar este tipo de tareas, Brox sabía perfectamente cuánto tiempo había transcurrido. Ya había

completado la mitad de su turno de vigilancia. Aunque se planteó la posibilidad de dejar que los demás siguieran durmiendo, tuvo muy presente la advertencia de Krasus. A pesar de que tenía mucha experiencia, el orco era un infante comparado con el mago. Brox obedecería... esta vez.

Entonces, un ruido que no había sido generado por el viento llamó su atención. Se centró en él y su expresión se endureció al reconocer lo que era: unas voces agudas que no cesaban de parlotear. Se encontraban lejos; únicamente un cambio casual en la dirección del viento le había permitido oírlas. El orco se enderezó de inmediato e intentó concretar con exactitud dónde se hallaban.

Al final, Brox divisó un pequeño pasaje lateral a un centenar de pasos, más o menos, al norte. Esas voces lejanas tenían que proceder de ahí dentro. Con el sigilo de un cazador curtido, abandonó su puesto para ir a investigar. No hacía falta que despertara aún a sus compañeros. En este lugar tan perturbador, era posible que lo que había oído fuera únicamente el viento que soplaba a través de esas antiguas montañas.

Mientras se acercaba al pasaje, la cháchara cesó. El orco se detuvo al instante y esperó. Un momento después, la charla prosiguió. Por fin, Brox pudo discernir con claridad qué era lo que estaba oyendo, lo cual hizo que avanzara con más precaución si cabe.

Valiéndose de su experiencia, el orco intentó discernir cuántos seres distintos estaban hablando. Tres, cuatro como mucho. Pero no podía precisarlo mejor.

Otros ruidos asaltaron sus oídos. Estaban excavando. No se trataba de enanos.

Brox se acercó sigilosa y silenciosamente hacia el lugar donde ese grupo tenía que estar escondido. Claramente, quienesquiera que fueran, no esperaban que hubiera nadie más en la región, lo cual le otorgaba una nítida ventaja.

Una tenue luz iluminaba la zona que tenía justo delante. Brox echó un vistazo tras una esquina... y vio a unos goblins.

Comparados con un orco, eran unas criaturas diminutas y huesudas con unas cabezas enormes. Aparte de sus afilados dientes y sus pequeñas uñas puntiagudas, no parecían ser una amenaza. Sin embargo, Brox era perfectamente consciente de lo peligrosos que podían llegar a ser los goblins, sobre todo cuando había más de uno. Eran rápidos y arteros, y su constitución enjuta les permitía dejar atrás a un oponente más grande con gran facilidad. Uno solo podía confiar en que un goblin no haría ningún daño si este estaba muerto.

Malfurion le había comentado que unos goblins (decenas y decenas de goblins) estaban trabajando en algo para el dragón Negro. Al parecer, incluso habían jugado un papel clave a la hora de que Alamuerte creara el Alma Demoníaca. Por tanto, Brox daba por supuesto que estos formaban parte de ese grupo, pero si era así, ¿qué estaban haciendo aquí fuera?

— ¡Más, más! —murmuró uno de ellos—. ¡No hay bastante para otra placa!

— ¡La veta está agotada! —le espetó un compañero, que era prácticamente idéntico al primero. Dirigiéndose al tercero, añadió—: ¡Hay que dar con otra, con otra!

Los ruidos que indicaban que estaban excavando procedían de un pequeño túnel abierto en la montaña más cercana. Esa era la versión

goblin de una mina. Mientras Brox observaba, una cuarta criatura se sumó a las demás. En una mano, sostenía un candil y, con la otra, arrastraba un saco casi tan grande como él. Si bien era cierto que los goblins eran pequeños, también lo era que son tremendamente fuertes para su tamaño.

Al contrario que los demás, este parecía estar de buen humor.

— ¡He dado con otra pequeña veta! ¡Con más hierro!

El resto se animó.

— ¡Bien! —exclamó el primero—. ¡No hay tiempo para salir a cazar! ¡Deja que eso lo hagan los demás!

Por puro instinto, Brox sintió la tentación de arremeter contra ellos, pero sabía que eso no habría sido lo que Krasus querría. El orco contempló a los goblins. Como daba la impresión de que estarían atareados durante un buen rato, podría regresar hasta donde estaba el mago y contarle lo que había descubierto. Krasus sabría qué habría que hacer, ya fuera capturarlos o evitarlos por completo...

Algo golpeó con fuerza al orco en la parte posterior del cráneo, el cual cayó de rodillas. Algo había aterrizado sobre su espalda y le estaba estrangulando. Una vez más, Brox recibió un potente golpe en la parte posterior de la cabeza.

— ¡Intruso! ¡Ayuda! ¡Intruso!

Esa voz aguda rasgó el velo de su dolor. Otro goblin más se le había acercado por detrás y lo había sorprendido. Como los puños de los

goblins no eran tan grandes, Brox dio por sentado que lo habían atacado con un martillo o una piedra.

Aunque el orco intentó ponerse en pie, el goblin continuó golpeándolo. Un reguero de sangre goteaba por la cabeza de Brox hasta llegarle a la boca. El sabor de sus propios fluidos vitales hizo que el guerrero se espabilara. Todavía arrodillado, se echó hacia atrás.

Se oyó un graznido y, acto seguido, el pesado orco aterrizó sobre algo que se retorcía. Los golpes por fin pararon. Brox siguió aplastándolo y notó cómo el goblin lo acababa soltando.

Al incorporarse, el guerrero pudo oír otras voces de goblin muy próximas. Notó un impacto muy fuerte en el hombro y dio por supuesto que se trataba de otra pedrada. Brox oyó el característico roce metálico de un arma al ser desenvainada y supo entonces que los goblins tenían cuchillos.

Aunque buscó a tientas su hacha, no pudo encontrarla. Antes de que el orco pudiera volver a ver con claridad, una figura se le abalanzó chillando sobre el pecho y poco faltó para que lograra hacerle caer hacia atrás. El goblin se aferró a él con ambas piernas y un brazo mientras intentaba clavarle un cuchillo en el ojo.

Mientras Brox hacía todo lo posible para evitar esa hoja, un segundo atacante aterrizó en uno de sus hombros. El orco gruñó al notar que un filo le rozaba la oreja. Brox consiguió alzar el brazo para agarrar a esa criatura, a la que, tras arrancársela del hombro arrojó lo más lejos posible. Mientras el chillido del goblin se perdía en la lejanía, el combatiente intentó de nuevo quitarse de encima al que tenía en el pecho.

Casi lo había logrado cuando alguien lo agarró de las piernas Brox levantó un pie y, sin más dilación, pisó con fuerza. Con una inmensa satisfacción, el orco oyó el crujido de unos huesos. Lo que le estaba agarrando de la pierna dejó de hacerlo. Por desgracia, cuando repitió la maniobra con la otra pierna, el goblin situado ahí había cambiado de posición para evitar el golpe y seguía aferrado a él.

El que tenía en el pecho logró clavarle en el hombro el cuchillo. La malévola criatura soltó unas risitas al alzar el arma.

Presa de la ira, el orco le propinó un puñetazo con su descomunal mano, acertándole de lleno en la sien. Las risitas cesaron y fueron sustituidas por un breve balbuceo. Acto seguido, el goblin cayó.

Pero una vez más, Brox no tuvo ni un segundo de respiro. Un nuevo atacante se arrojó contra su estómago, dejándole sin aire en los pulmones. Brox cayó hacia atrás. Lo único bueno de ese desastre fue el chillido que lanzó el goblin que tenía agarrado a la pierna. Aplastada a medias por el peso de la extremidad del guerrero, la criatura se soltó.

Un segundo goblin saltó sobre el orco caído, al que golpeó con una piedra. Esta no era la muerte noble en batalla que Brox se había imaginado que tendría. No recordaba a ningún orco en ninguna gran saga épica al que hubieran derrotado unos goblins.

Entonces, los dos que terna encima del pecho chillaron al ser barridos por una luz roja. Salieron despedidos, y uno de ellos choco con otro goblin, de tal manera que acabaron hechos un amasijo de extremidades, al mismo tiempo que el segundo se estampaba violentamente contra las rocas.

— ¡Asegúrense de que los hemos neutralizado a todos! —oyó el orco ordenar a Krasus.

Sacudiendo la cabeza de lado a lado, Brox logró despejarse justo a tiempo para ver cómo los dos goblins enredados se hundían de improviso en ese suelo que hasta entonces había sido sólido. Sus gritos se interrumpieron en cuanto sus cabezas se desvanecieron bajo la tierra.

Otra de las criaturas, que o bien era más inteligente o más arrogante que el resto, tiró con una puntería infalible una piedra que impactó en la sien del mago. A pesar de que era consciente de que era demasiado tarde, Brox abrió la boca para lanzar una advertencia a Krasus... Entonces, vio que la roca no solo no impactaba contra esa delgada figura, sino que rebotaba a tal velocidad que, cuando alcanzó al goblin, le fracturó el cráneo.

De repente, al orco se le pusieron de punta los pelos de la nuca. Brox reaccionó instintivamente y atacó con su hacha a lo que tenía detrás. El goblin que había estado a punto de apuñalarlo por la espalda cayó al suelo.

Krasus permaneció impertérrito; ahora tenía los ojos cerrados. Brox se puso en pie con cautela e intentó no hacer ningún ruido que pudiera perturbar al taumaturgo.

—No ha escapado ninguno... —murmuró Krasus un momento después. Abrió los ojos y contempló con detenimiento la carnicería—. Los hemos capturado a todos.

Tras localizar su hacha, el arrepentido orco agachó la cabeza.

—Perdóname, anciano. He obrado como un niño sin adiestrar.

—La pelea ha acabado, Brox... y quizá hayas descubierto un atajo que nos llevará a nuestro destino.

Con una mano que brillaba, Krasus rozó levemente al guerrero en el hombro, curándole las heridas como si no fueran nada.

Sintiéndose aliviado porque no había hecho el ridículo por entero, Brox miró al mago con curiosidad. Malfurion también contempló a Krasus, pero con una mayor comprensión en su mirada.

—Ellos saben cuál es la mejor ruta para llegar a la guarida del dragón —le explicó Krasus, cuya mano refulgía de nuevo—. Pueden mostrarnos el camino.

Brox echó un vistazo a su alrededor. Todos los goblins que podía ver parecían estar muertos. Entonces, vio que el que se había estrellado contra las rocas se ponía en pie torpemente. En un principio el cansado orco se preguntó cómo era posible que esa criatura hubiera sobrevivido a tal impacto..., pero rápidamente se percató de que eso no había sido así.

—Somos los siervos de la Vida —susurró Krasus con una clara repugnancia—, lo cual implica que conocemos la muerte igualmente bien.

—Por la Madre Luna... —dijo Malfurion con la voz entrecortada.

A la vez que murmuraba una oración dirigida a los espíritus, Brox tenía la mirada clavada en el cadáver. Le recordaba demasiado a la Plaga. Sin ser consciente de ello, aferró con fuerza el mango de su hacha por si acaso el goblin atacaba.

—Tranquilos, amigos míos. Solo estoy resucitando los recuerdos del sendero que ha seguido. Caminará por él y, a continuación, todo acabará para él. No soy un Nathrezim, que se regodea cuando somete a su voluntad a los cadáveres. —Señaló al goblin muerto, quien, tras girar de un modo descoordinado, se dirigió hacia el norte arrastrando los pies—. ¡Y ahora, venid! Acabemos de una vez por todas con este asunto tan desagradable y preparémonos para entrar en el santuario de ese ser tenebroso...

Krasus siguió con suma calma a ese títere macabro. Un momento después, Malfurion decidió seguirlo. Brox vaciló y, entonces, se acordó del mal al que todos se enfrentaban y asintió para mostrar su apoyo a la estrategia adoptada por el mago. A continuación, se sumó a los demás.



CAPÍTULO SIETE

Archimonde vio cómo sus guerreros eran obligados a retroceder en todos los frentes. Observó cómo morían a decenas bajo las hojas de los defensores o desgarrados por las monturas felinas de los elfos de la noche. Se percató de que decenas y decenas más perecían ante la fuerza bruta de las demás criaturas que se habían aliado con la hueste.

Archimonde lo contempló todo... y sonrió. El adversario ya no contaba con la ayuda del druida ni los magos..., ni siquiera estaba ahí presente el fornido combatiente de piel verde cuya furia primordial le parecía tan admirable al demonio.

—Ha llegado el momento... —se dijo a sí mismo entre siseos.
Jarod continuaba intentando despertar a Rhonin, pero el mago no reaccionaba. Lo único que había hecho el humano hasta ahora era

abrir los ojos, pero esos ojos no veían, ni siquiera permitían ver el más mínimo atisbo de que hubiera una inteligencia tras esa mirada.

Aun así, siguió intentándolo.

— ¡Maestro Rhonin! ¡Debes despertar! ¡Algo va mal, lo sé! —El capitán echó agua al taumaturgo pelirrojo en la cara, la cual goteó por su rostro sin provocar ninguna reacción—. ¡El señor demoníaco trama algo!

Entonces, un ruido muy peculiar llamó su atención. A Jarod le recordó a cuando antaño solía ver a una bandada de pájaros aterrizando en los árboles. El aleteo de un gran número de alas retumbó en sus oídos.

Alzó la vista.

El cielo estaba repleto de guardias apocalípticos.

—Madre Luna...

Cada uno de esos demonios voladores portaba una carga en los brazos, un recipiente pesado del que emanaba humo. Estos recipientes eran tan grandes y pesados que ningún elfo de la noche habría podido llevarlos, e incluso daba la impresión de que a los guardias apocalípticos les costaba sujetarlos, pero aun así, lo hacían.

Jarod Cantosombrío observó detenidamente a ese enjambre y vio cómo volaban a la máxima velocidad posible hacia las líneas de los defensores..., a las cuales iban a acabar sobrevolando. Era muy poco probable que muchos hubieran reparado en ellos allá abajo, pues la batalla era sumamente feroz. Incluso era probable que Ojo de Estrella únicamente viera a los demonios moribundos que tema delante.

Tenía que advertir al noble. Para Jarod, eso era lo único que tenía sentido. Nadie más podía hacerlo, puesto que Krasus se había ido. El capitán agarró al inerte Rhonin y lo subió a una gran roca. Colocó al mago en el lado opuesto, de tal manera que no se le podría ver desde el campo de batalla. Con suerte, nadie atisbaría a esa figura ataviada con una túnica que se hallaba ahí.

—Por favor... Por favor, perdóname —le imploró el soldado a esa figura inmóvil.

Jarod se subió de un salto a su montura y se dirigió hacia donde había visto por última vez el estandarte del noble. Pero en cuanto abandonó la zona donde había escondido a Rhonin, los guardias apocalípticos más avanzados sobrevolaron súbitamente a los elfos de la noche. El capitán vio cómo el primero arrojaba lo que contenía su recipiente.

Un líquido rojo e hirviente cayó sobre los soldados desprevenidos. Sus chillidos fueron espantosos. La mayoría de aquellos sobre los que cayó esa lluvia mortífera se desplomaron y retorcieron en el suelo. Con lo vertido desde un solo recipiente, casi una veintena de elfos de la noche habían acabado quemados y mutilados, algunos incluso habían sufrido heridas mortales.

A continuación, el resto de los demonios alados vertieron el contenido de sus respectivos recipientes.

—No... —dijo con voz entrecortada—. ¡No!

Un diluvio de muerte cayó sobre los defensores.

El caos se desató en una hilera tras otra de soldados, ya que cada uno de ellos luchaba para protegerse del horror. Se habían enfrentado a hojas y garras (a peligros que podían combatirse con un arma), pero contra ese terror hirviente que la Guardia Apocalíptica había desencadenado, no había nada que hacer.

Mientras esos gritos retumbaban en su mente, Jarod espoleó a su montura para que corriera al máximo. Divisó el estandarte de Ojo de Estrella y, a continuación, después de unos instantes muy tensos, al mismo noble.

Lo que Jarod vio lo desanimó por completo. El esbelto elfo de la noche se hallaba a lomos de su felino, con una expresión de espanto dibujada en su cara. Desdel Ojo de Estrella se encontraba sentado como si estuviera muerto sobre la silla de montar. Observaba el desmoronamiento de su gran plan sin ninguna intención obvia de hacer algo que pudiera salvar la situación. A su alrededor, el estado mayor y los guardias miraban fija e impotentemente a su comandante. Jarod vio la desesperanza en sus rostros.

Tras lograr aproximarse con su sable de la noche, el capitán se abrió paso a empujones entre los guardias anonadados y un noble al que le temblaban las manos para poder alcanzar al comandante.

— ¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Haz algo! ¡Tenemos que derribar a esos demonios!

— ¡Es demasiado tarde, demasiado tarde! ^—balbuceó Ojo de Estrella, sin mirarlo—. ¡Todos estamos condenados! ¡Esto es el fin de todo!

—Mi señor...

Por pura intuición, Jarod miró hacia el cielo.

Un par de demonios flotaban allá arriba, con sus recipientes aún llenos.

Jarod agarró al noble del brazo y gritó:

— ¡Lord Ojo de Estrella! ¡Muévete! ¡Rápido!

La expresión del otro elfo de la noche se endureció y apartó el brazo de un modo desdeñoso.

— ¡Suéltame! ¡Mantén la compostura, capitán!

Un incrédulo Jarod contempló a Ojo de Estrella.

— Mi señor...

— ¡Lárgate antes de que ordene que te encadenen!

Como era consciente de que no podía hacer nada para convencer al noble, Jarod tiró de las riendas con fuerza, para obligar a su montura a alejarse.

Eso fue lo que le salvó.

El torrente que cayó sobre Ojo de Estrella y los demás les abrasó la carne y derritió el metal. En medio de sus estertores de muerte, el sable de la noche del comandante se revolvió, lo que provocó que el cadáver achicharrado de su jinete saliera despedido por los aires. El noble aterrizó sobre una montonera monstruosa, con sus arrogantes facciones deformadas por el horror hasta ser casi irreconocibles. Sus colegas nobles y los guardias no salieron mucho mejor parados; los que no habían sido asesinados de una manera horrible yacían en el

suelo retorciéndose, con el cuerpo destrozado, profiriendo unos chillidos capaces de helar el alma.

Y Jarod no podía hacer nada por ellos.

La Guardia Apocalíptica continuaba sobrevolándolos sin que los defensores hubieran hecho mella alguna en ella. Alguna flecha disparada esporádicamente por algún arquero aquí y allá lograba derribar a algún demonio que otro, y algunos perecieron de tal modo que, sin lugar a dudas, la Guardia Lunar era quien había provocado su muerte, pero no había un contraataque coordinado. Aunque Jarod se sintió estupefacto ante tal falta de organización, enseguida recordó que Ojo de Estrella había reemplazado a todos los oficiales de su predecesor por sus propios adúladores acólitos.

No obstante, lo más incomprensible de todo es que había diversos elementos de las fuerzas de los elfos de la noche que todavía no habían entrado en acción. Dominadas por la ansiedad, seguían a la espera, aguardando unas órdenes que nunca serían dadas. Jarod se dio cuenta de que no sabían que lord Ojo de Estrella había muerto y, probablemente, pensaban que el noble las llamaría en cualquier momento.

Se aproximó velozmente a uno de los contingentes. El oficial al mando lo saludó.

— ¿Con cuántos arqueros cuentas? —preguntó Jarod.

— ¡Con sesenta, capitán!

No eran suficientes, pero al menos era algo.

— ¡Que esos arqueros se preparen! ¡Quiero que apunten con sus flechas a esos guardias apocalípticos ahora mismo! ¡Que el resto forme un cuadro defensivo para protegerlos!

El otro elfo de la noche dio la orden. Jarod miró a su alrededor en busca desesperadamente de algo que pudiera utilizar contra el enemigo. Pero en vez de eso se encontró con que otro jinete se acercaba cabalgando hacia él. El recién llegado lo saludó de una manera que dejó claro de inmediato que Jarod era el primer elfo de la noche que había visto que pareciera ser realmente un oficial.

— ¡La cuña ha perdido su punta y la línea apenas se mantiene en pie gracias a nosotros! —Acto seguido, señaló hacia un lugar situado a sus espaldas, cerca del medio—. ¡Lord Del'theon ha muerto y un suboficial ha asumido el mando! ¡Me ha enviado en busca de alguien que pueda prestarnos refuerzos!

Para entonces, las tropas sobre las que Jarod había asumido el control ya se habían reorganizado. Mientras el capitán cavilaba sobre qué podía hacer para resolver ese nuevo problema, vio cómo casi una decena de guardias apocalípticos caían del cielo, lo cual le hizo albergar una leve esperanza, al menos.

Al final, se dirigió al recién llegado, al que le sugirió:

— ¡Dirígete con tu montura hacia donde se hallan los tauren! ¡Diles que el capitán Cantosombrío pide a la gente de Huhn que le presten algunos soldados para que te acompañen a reforzar la cuña! —En ese instante, Jarod se acordó de otra cosa más—. También pídele que te preste a sus mejores arqueros...

En cuanto acabó de hablar, el otro elfo de la noche, con una expresión de menor consternación dibujada en su cara, se alejó para cumplir sus órdenes. Jarod apenas tuvo tiempo de volver a centrarse en sus pensamientos antes de que llegaran otros dos más. El capitán supuso que, como le habían visto organizando la resistencia, alguien había creído neciamente que él hablaba en nombre del difunto Ojo de Estrella.

A pesar de que eso no era así, Jarod no podía dejarlos en la estacada. Les escuchó con atención e intentó dar con alguna solución que satisficiera sus necesidades, aunque fuera temporal.

Para su sorpresa, un guardia lunar se presentó ante él un poco después. Aunque se trataba, sin duda alguna, de uno de los taumaturgos de más edad y rango, la figura vestida con una túnica pareció sentirse aliviada al encontrarse con el capitán Cantosombrío.

— ¡Los arqueros están impidiendo que esos adversarios alados sigan provocando tantas bajas entre nuestras filas! ¡Hemos sido capaces de reorganizarnos, aunque tres de los nuestros han muerto y dos más han quedado incapacitados! ¡Estamos intentando lidiar con los enemigos del cielo y los brujos de la lejanía, pero para poder hacer eso necesitamos más protección!

Jarod procuró no tragar saliva. Con la esperanza de evitar que el hechicero se percatara de lo inseguro que se sentía, fingió clavar su mirada en el extremo más alejado del flanco izquierdo. Ahí divisó a varias hileras de soldados que se apiñaban mientras intentaban dar alcance a los demonios que se aproximaban. La presión que ejercía ese mar de cuerpos que tenían delante evitaba que los de atrás pudieran hacer algo útil; de hecho, a menudo la retaguardia empujaba a la vanguardia a caer sobre las hojas del enemigo.

Sacó a uno de los soldados de esa formación en cuadro.

— ¡Tú! ¡Ve cabalgando con él hasta ahí y saca a un pelotón de esas tropas! ¡Di al resto que retroceda un paso y apoyen a la vanguardia cuando sea necesario!

Siguió recibiendo una petición tras otra, lo cual impedía que Jarod pudiera recuperar el aliento. Llegó un momento en que incluso los terráneos y el resto de aliados empezaron a pedirle consejo. Como Jarod no pudo dar con nadie de más alto rango, contestaba siempre a sus ruegos y rezaba para implorar que no estuviera enviando a ningún inocente al matadero.

El capitán esperaba que en cualquier momento esa horda pasara por encima de los suyos, pero de alguna manera los elfos de la noche lograron mantener su posición. Los esfuerzos combinados de la Guardia Lunar y los arqueros diezmaron de tal modo a los demonios alados que estos huyeron volando, muchos de ellos con sus recipientes todavía repletos. Aunque la hueste había sufrido muchas bajas, ahora que la batalla había amainado un poco, Jarod esperaba que algo de lo que había hecho hubiera evitado que estas fueran aún mayores.

En cuanto el capitán tuvo por fin la oportunidad de regresar adonde se hallaba Rhonin, iba seguido por media decena de subordinados. A pesar de que no había pedido que lo acompañaran, varios oficiales de la hueste habían insistido en que se quedaran con Jarod por si acaso este necesitaba alertarlos sobre algo. Al antiguo oficial del Cuerpo de Centinelas su presencia le resultaba perturbadora, ya que lo trataban como si tuviera el mismo rango que Cresta Cuervo u Ojo de Estrella. Jarod Cantosombrío no era noble y, ciertamente, tampoco un comandante; si la hueste había logrado recuperarse tras haberse

asomado al precipicio del desastre, eso era debido principalmente a los mismos combatientes.

Se sintió tremendamente aliviado al comprobar que el mago seguía vivo e ileso. Por desgracia, parecía que continuaba sin ver ni oír nada, a pesar de que daba la sensación de que estaba despierto.

Jarod intentó una vez más obligarlo a beber agua, pero fue inútil. Frustrado, se volvió hacia uno de los soldados, al que espetó:

— ¡Tráeme a algún guardia lunar de alto rango! ¡Deprisa!

Aun así, el jinete cuando volvió no se presentó con uno de esos hechiceros, sino con un par de figuras ataviadas con armadura de la Hermandad de Elune. Y lo que era aún peor, la sacerdotisa de mayor rango no era otra que Maiev.

— ¡Nunca habría podido imaginarme que se referían a ti cuando me han dicho que el oficial al mando necesitaba un taumaturgo, hermanito!

El capitán Cantosombrío no estaba dispuesto a perder el tiempo escuchando a su hermana hablar con su típico tono autoritario.

— ¡Déjate de comentarios ingeniosos, Maiev! ¡El mago se halla bajo algún hechizo que creo que ha lanzado alguno de esos demonios que dominan la magia con maestría! ¿Puede Elune liberarlo de su influjo?

Ella lo miró con curiosidad durante un instante y, a continuación, se arrodilló junto a Rhonin.

—Nunca he tenido que tratar a uno de su especie, pero doy por sentado que es lo bastante parecido a nosotros como para que la Madre Luna me conceda la oportunidad de sanarlo. Jia, ayúdame. Veamos qué podemos hacer.

La otra sacerdotisa se colocó al otro lado de Rhonin. Las dos alzaron las manos hasta la altura del pecho con las palmas hacia fuera y, acto seguido, juntaron las yemas de los dedos. En cuanto las sacerdotisas entraron en contacto una con otra, un leve fulgor plateado surgió de sus manos. El brillo se extendió con rapidez por sus brazos y el resto de sus respectivos cuerpos.

Maiev y su compañera entonaron unos cánticos. A pesar de que esas palabras no tenían ningún sentido para Jarod, este sabía que la Hermandad de Elune tenía un lenguaje especial propio que empleaban para entrar en comunión con la deidad lunar.

El resplandor que envolvía a ambas mujeres fluyó hacia el mago, cuyo cuerpo se estremeció ligeramente para, al instante, relajarse. Otro jinete se sumó al grupo.

— ¿Dónde está el comandante?

Varios de los mensajeros que se habían presentado ante el capitán anteriormente se habían dirigido a él empleando ese título, a pesar de que este había insistido una y otra vez en que no lo hicieran. Enfadado por esta interrupción en un momento tan delicado, se giró y le espetó:

—Más te vale mantener la boca cerrada y esperar hasta que te diga que es el momento adecuado para hablar...

A esa figura sentada a lomos de su montura se le desorbitaron los ojos. Fue entonces cuando el capitán vio el ribete dorado y esmeralda de los hombros y el emblema de la coraza.

Jarod había insultado a un noble.

Pero en vez de ofenderse, el jinete asintió a modo de disculpa y permaneció callado. Para intentar disimular su estupor, Jarod rápidamente centró de nuevo su atención en lo que estaba haciendo su hermana.

Maiev estaba sudando. La otra sacerdotisa tembló. Rhonin se estremeció y su piel, que ya era muy pálida, dio la sensación de ser tan blanca como la luna.

De repente, el mago se incorporó. Abrió la boca para lanzar un chillido silencioso; entonces, por primera vez desde que había sido derribado, Rhonin parpadeó.

Un gruñido se le escapó al humano de los labios. El mago se habría vuelto a caer hacia atrás y se habría golpeado otra vez contra la piedra, probablemente en la cabeza, si no fuera porque el capitán reaccionó a tiempo y colocó su mano entre la roca y su testa.

Tras proferir un suspiro, el mago cerró los ojos. Su respiración se volvió regular.

— ¿Está...?

—Ya no se encuentra bajo el influjo de ese demonio, hermano — respondió Maiev con una voz un tanto temblorosa—. Descansará el tiempo que sea necesario. —Se puso en pie—. Ha sido muy duro, pero Elune ha sido generosa, loada sea.

—Gracias.

Una vez más, su hermana lo contempló con curiosidad.

—Tú menos que nadie debes darme las gracias. Vamos, Jia. Hay muchos que necesitan ser curados.

Jarod observó cómo Maiev se marchaba y, a continuación, centró su atención de nuevo en el noble.

—Perdóname, mi señor, pero...

El jinete hizo un gesto con la mano para indicarle que no debía disculparse.

—Mis problemas pueden esperar. No me había dado cuenta de que habías buscado ayuda para sanar al hechicero extranjero. Soy lord Bosque Negro. Te conozco, ¿verdad?

—Soy Jarod Cantosombrío, mi señor.

—Bueno, comandante Cantosombrío, yo, por ejemplo, sí me siento agradecido de que no peticieras junto a lord Ojo de Estrella y los demás. Según se cuenta, intentaste salvarlo incluso al final.

—Mi señor...

Bosque Negro ignoró la interrupción.

—Estoy intentando reunir a algunos de los demás. No cabe duda de que la estrategia de Ojo de Estrella ha sido un fracaso; oh, que la Madre Luna perdone cualquier falta de respeto a los muertos. Esperamos que se nos ocurra algo mejor... si queremos sobrevivir.

Aunque, claro, querrás estar ahí presente, para guiar las deliberaciones, o eso doy por supuesto.

Esta vez, Jarod fue incapaz de hablar. Se limitó a asentir, más por puro reflejo que por otra razón. Al parecer, el noble interpretó ese gesto como que se mostraba decididamente de acuerdo y, agradecido, asintió a su vez.

—Entonces, con tu permiso, haré los preparativos en mi tienda e iré reuniendo al resto —dijo Bosque Negro, a la vez que asentía una vez más; acto seguido, obligó a girar a su montura y se alejó cabalgando. —Parece... Parece que... has ascendido en el escalafón —comentó alguien con una voz ronca.

Bajó la mirada y vio que Rhonin había recuperado la consciencia. El mago todavía estaba pálido, pero no tanto como antes. Jarod se agachó al instante y le dio agua de un odre. Rhonin bebió con ansiedad.

—Temía que el hechizo hubiera dañado tu mente. ¿Cómo te encuentras, maestro Rhonin?

—Me siento como si un regimiento de infernales me estuvieran machacando el cráneo desde dentro..., lo cual es una mejora, comparado con lo anterior. —El humano se incorporó—. Supongo que todo se complicó después de que fuera derribado.

El capitán se lo contó todo, intentando ser lo más breve posible y procurando no darse demasiada importancia. Sin embargo, a pesar de eso, el mago contempló a Jarod con una clara admiración.

—Según parece, Krasus acertó contigo. Esta vez, has hecho mucho más que salvar la situación. Es más que probable que hayas salvado al mundo, al menos por el momento.

El elfo de la noche, al que se le oscurecieron las mejillas, negó vehementemente con la cabeza.

— ¡Yo no soy un líder, maestro Rhonin! Lo único que he hecho es procurar sobrevivir.

—Pues ha sido todo un detalle por tu parte que nos hayas ayudado a los demás a sobrevivir mientras estabas centrado en tu propia supervivencia. Así que Ojo de Estrella ha muerto. Lo siento por él, aunque no tanto por la hueste. Me alegra ver que algunos nobles han recuperado el buen juicio. Quizá aún haya esperanza.

—No creerás que voy a reunirme con ellos, ¿verdad? —Jarod se imaginó a Bosque Negro y los demás rodeándole, con sus ojos clavados en él—. ¡Solo soy un oficial del Cuerpo de Centinelas de Suramar!

—Ya no... —Aunque el mago intentó ponerse en pie, al final tuvo que hacerle una seña a su compañero para que lo ayudara. Mientras se enderezaba, Rhonin miró a Jarod a los ojos. Los ojos únicos del humano se clavaron en los del elfo de la noche—. Ya no.

Korialstrasz aún no había aprendido a ser tan paciente como Krasus, su yo más anciano, por lo cual estaba inquieto. El dragón rojo era perfectamente consciente de que pasaría algún tiempo antes de que i los tres regresaran {si es que alguna vez lo hacían) y, aunque intentó serenarse mientras aguardaba, fue incapaz de lograrlo. Tenía demasiadas cosas en la cabeza: Alexstrasza, la Legión Ardiente, las consecuencias de la presencia de Krasus en esa época y muchas más. También recordaba a la perfección el castigo al que le había sometido I las garras de Neltharion. Ahora que su otro yo se aproximaba raudo

y I veloz al santuario de ese enemigo, le preocupaba bastante que Krasus pudiera acabar siendo una presa más del Alma Demoníaca.

Frustrado, el gigante rojo arañó la ladera de la montaña con una de sus garras. Unos fragmentos descomunales de piedra y tierra que no eran más que meros guijarros para el dragón cayeron al valle situado allá abajo. Esto, no obstante, solo mantuvo entretenido a Korialstrasz durante una hora. Más nervioso que nunca, fue lanzando miradas a ese cielo oscuro, a la vez que se preguntaba si sería seguro o no surcar el firmamento unos minutos.

Un tenue rugido retumbó por las montañas.

Korialstrasz pasó de estar frustrado a hallarse alerta. Descendió del lugar donde se encontraba posado y pegó todo su enorme cuerpo a la ladera del pico. Elevó la vista en busca de la fuente de ese bramido

Una forma oscura lo sobrevoló lentamente. Se trataba de un pequeño dragón Negro. El ritmo al que volaba el otro leviatán le indicó que tenía que ser un centinela.

Korialstrasz siseó levemente. Si ese otro coloso se hubiera dirigido volando a otro lugar, no habría tenido ninguna razón para preocuparse. Sin embargo, el hecho de que el dragón Negro merodeara por esa región en particular podía poner en peligro el plan.

Con todo, se debatía entre si debería permanecer escondido o ir en busca del guardián. Si aún no habían detectado a los demás, atacar al dragón Negro podría acabar siendo un error fatal, ya que el centinela podía escapar y advertir a su amo. No obstante, si no hacía nada, el otro gigante alado podría descubrir a Krasus y al resto en su vuelo de regreso.

Korialstrasz se aferró con fuerza a la ladera mientras intentaba tomar rápidamente una decisión. Si el dragón Negro se alejaba demasiado, el dragón rojo quizá no sería capaz de darle alcance...

La pared de la roca cedió ante sus garras.

Como esto le pilló desprevenido, Korialstrasz se cayó de la montaña a la vez que toda la ladera se derrumbaba. El dragón extendió las alas de manera instintiva y se enderezó, de tal modo que solo recibió el duro impacto de unas pocas piedras, las cuales formaban parte de esa avalancha descomunal que había provocado sin querer. Agitó la cabeza de lado a lado, para despejarse mentalmente.

El rugido que reverberó en sus oídos fue la única advertencia que recibió antes de que el dragón Negro lo golpeará por la espalda.

A pesar de ser un poco más pequeño, el atacante de Korialstrasz lo atacó con una furia terrible. El dragón rojo salió disparado hacia el suelo irregular a una velocidad atroz. Rozó las rocas con el ala izquierda y sintió un hondo dolor.

Korialstrasz logró estirar una pata delantera hacia otro pico, en el que clavó profundamente sus garras. Por mor del impulso, arrancó toneladas de rocas de la otra montaña, pero eso ralentizó su descenso lo suficiente como para darle tiempo a pensar. El dragón rojo se ladeó, lo que sobresaltó a su enemigo y provocó que el dragón Negro perdiera su asidero.

Mientras el otro dragón se caía hacia atrás, Korialstrasz se enderezó. Aunque intentó volver a ascender, no pudo hacerlo, ya que su adversario todavía le tenía agarrado por la espalda con un par de sus

garras. Si bien el peso extra hizo que la tensión fuera terrible, Korialstrasz no se rindió.

Aleteando lo más fuerte que pudo, se retorció en el aire. Valiéndose de su cola, el dragón rojo arrojó a su rival contra el pico más cercano.

El dragón Negro se estrelló violentamente, desatando una tormenta de rocas. Por fin, soltó al coloso rojo, pero no sin antes arrancarle varias escamas. Korialstrasz rugió y notó que un reguero de sangre le recorría la pierna.

Por un momento, ambos gigantes se olvidaron de batallar mientras se recuperaban de sus heridas. Después, el enemigo de Korialstrasz se le abalanzó sobre el cuello. Sin embargo, el dragón de mayor tamaño logró alzar un ala a tiempo, apartando de un golpe al dragón Negro.

El impacto le quitó las ganas de seguir combatiendo al sirviente de Neltharion. Tras lanzar un rugido desafiante, el leviatán de ébano viró y se alejó de Korialstrasz.

— ¡No!

Ahora que habían entablado batalla, no se atrevía a dejar que el otro dragón huyera, puesto que el centinela alertaría a su amo, quien, a su vez, sospecharía que el dragón rojo no era el único que merodeaba por los alrededores.

Como el dragón Negro era más pequeño, era, por tanto, más veloz; no obstante, Korialstrasz era muy astuto y artero. Mientras su adversario doblaba la esquina de un pasaje, Korialstrasz optó por seguir una ruta distinta. Había pasado bastante tiempo con-templando ese paisaje

mientras esperaba como para saber dónde se hallaban los diversos valles.

Atravesó las montañas volando. Por delante de él vio una bifurcación y se sintió tentado a girar a la izquierda, pero Korialstrasz sabía que era el de la derecha el que lo llevaría de vuelta hasta su presa.

En la lejanía, escuchó el fuerte aleteo de las alas de su enemigo. La preocupación se adueñó del dragón rojo. A esas alturas, ya debería haber dejado atrás a su rival; sin embargo, ese ruido cada vez más débil le indicaba que el dragón Negro estaba abriendo aún más distancia.

Haciendo un esfuerzo brutal, Korialstrasz se acercó al punto que habían estado buscando. Solo debía cubrir una corta distancia. Aunque ya no podía escuchar ese aleteo, estaba seguro de que por fin lo había adelantado.

Se adentró en otro valle...

Estuvo a punto de producirse una colisión entre sus alas. Ambos dragones rugieron, más por sorpresa que furia. Korialstrasz dio dos vueltas sobre sí mismo y el dragón Negro se estrelló de costado contra un pico pequeño, cuya cima hizo añicos.

No obstante, el impulso favorecía en esta ocasión al más pequeño de los dos. El dragón Negro se elevó en el aire y siguió volando.

Al mismo tiempo que negaba con la cabeza y maldecía su mala suerte, Korialstrasz lo persiguió. Atraparía al otro dragón, daba igual lo que tuviera que hacer para lograrlo. Ya había perdido demasiado en esta lucha...

Con una mayor determinación si cabe, Korialstrasz rugió una vez más y prosiguió la cacería.

Sin embargo, mientras perseguía a ese objetivo tan obvio, al leviatán rojo se le había pasado por alto algo más pequeño que encontraba abajo. Ahí, unos ojos (los de aquellos que tenían ojos) contemplaban cómo esas dos enormes bestias se esfumaban en la distancia.

—Una impresionante exhibición aérea, ¿no crees, capitán Varo'then?

El desfigurado elfo de la noche resopló.

—Una lucha bastante justa, aunque muy corta.

—Supongo que, desde tu punto de vista, no se ha derramado suficiente sangre.

—Nunca es suficiente —respondió el sirviente de Azshara—. Pero basta de cháchara, maestro Illidan. ¿Acaso esto no demuestra que estamos al fin cerca?

Con cierta indiferencia, Illidan se ajustó la venda que le tapaba esos ojos destrozados. Para él, la batalla entre esos dos titanes había sido mucho más interesante, puesto que esas grandes criaturas tenían un origen mágico, por lo cual el cielo se había llenado de unas energías asombrosas y unos colores brillantes. El hermano de Malfurion había llegado a admirar sus nuevos sentidos, ya que le revelaban un mundo que nunca había sido consciente de que existiera.

—Creo que eso es obvio, capitán, aunque, ¿no te parece interesante que no solo haya un dragón Negro por aquí cerca sino también uno rojo? ¿Por qué crees que este último estaba en esta zona?

—Tú mismo lo dijiste. En este lugar es donde viven esas bestias.

El hechicero hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Dije que este era el lugar donde hallaríamos la guarida del gran dragón Negro. El rojo estaba aquí por una razón muy concreta.

El desfigurado rostro de Varo'then se tomó más horrendo en cuanto este se dio cuenta de qué era lo que estaba insinuando su compañero.

— ¡Los demás dragones quieren el disco! ¡Es lo único que tiene sentido!

—Sí... —Illidan espoleó a su montura para que avanzara y el oficial le siguió. Detrás de ellos iban los demonios guerreros—. Sería tan fácil capturarlos. Ya has visto lo machacados y magullados que estaban. —Caviló aún más—. Y creo que he reconocido a ese dragón rojo por sus peculiares rasgos.

— ¿Y eso qué más da? ¡Todas esas bestias son iguales!

—Hablas como un Altonato. —Illidan se frotó la barbilla mientras meditaba—. No, creo que con ese me he encontrado antes... y, si eso es así, podríamos tener compañía más adelante, una que me resulta muy familiar.



CAPÍTULO OCHO

Malfurion observó al goblin abrirse paso por las estrechas fisuras y, aunque comprendía por qué Krasus había tenido que reanimar el cadáver, eso seguía enervándolo. Ni siquiera el hecho de que el mago le hubiera asegurado de que se trataba de un hechizo muy poco utilizado por sus homólogos, ya que nunca deseaban usarlo, calmó del todo al elfo de la noche.

De esta forma, procuró no mostrar sus emociones de ningún modo y se limitó a permanecer lo más lejos posible de la criatura. De un modo curioso, los movimientos del goblin se fueron volviendo más ágiles a medida que pasaba el tiempo, hasta casi llegar a un punto en que dio la impresión de que realmente había vuelto a la vida.

Para sorpresa del druida, fue Krasus el que primero expresó en voz alta lo que los demás llevaban tiempo pensando.

— ¿Queda mucho más? —musitó la pálida figura vestida con una túnica—. Tener que abusar de los principios de la vida cada vez me repugna más y más...

A modo de respuesta, el goblin se agachó súbitamente. Malfúrión miró a Krasus, pensando que tal vez el mago se había hartado tanto de lo que había estado haciendo que, por fin, había liberado al cadáver del hechizo. Sin embargo, la expresión contemplativa de su compañero indicaba algo muy distinto.

—Observen... —murmuró Krasus—. Observen...

El goblin reanimado tocó una piedra que se encontraba cerca de la base de la montaña. A ojos de Malfurion, la piedra parecía ser una más escogida al azar, la cual había caído del pico algún tiempo atrás sin lugar a dudas.

No obstante, en cuanto la criatura la giró ligeramente a la derecha toda la pared de la roca brilló... y más de la mitad desapareció.

Brox lanzó un gruñido. Krasus asintió.

—Muy ingenioso —comentó—. Miren, donde antes había piedra ahora hay, a la izquierda, un estrecho pasaje que atraviesa el mismo pico.

Siguieron a su macabro guía durante varios minutos más y, entonces, Krasus obligó al goblin a detenerse de una manera repentina.

—Escuchen...

Pudieron oír el parloteo incesante de unos goblins y el martilleo constante del metal procedente de algún lugar lejano.

El druida se tensó.

—Hemos llegado.

—Entonces, ya podemos poner punto final a esta obscenidad... — Krasus agitó una mano en el aire y el goblin se giró. La figura reanimada trepó hasta una roca y desapareció de la vista. Un instante después, el mago dragón hizo un gesto, como si hubiera cortado algo—. Lo acabarán encontrando..., pero después de que hayamos completado nuestra misión.

Krasus hizo ademán de avanzar, pero Malfurion lo agarró de repente del brazo.

—Espera —susurró el druida—. No puedes entrar ahí.

Pudo atisbar que había sorprendido al mago con la guardia baja, lo cual no era nada habitual. Krasus lo miró fijamente.

— ¿Tienes alguna razón para afirmar eso cuando ya hemos avanzado tanto en nuestra gesta?

—No se me ha ocurrido hasta hace bien poco. Krasus, será más fácil que repare en tu presencia que en la nuestra. Perteneces a su especie. Estará esperando que los dragones intenten robarle el Alma Demoníaca.

—Pero mis congéneres son los más susceptibles a ser dominados por su poder, por lo cual, con casi toda seguridad, se mantendrán alejados de ella. Además, me he ocultado muy bien.

Aunque Malfurion asintió, prosiguió con su razonamiento:

—Y tu especie es la que más tiene que perder mientras el disco siga en sus manos. Los dragones tienen la obligación de intentarlo al menos..., y eso es lo que el Guardián de la Tierra también pensará. Ahí dentro, seguramente estará alerta por si detecta alguna magia de dragón, sobre todo si se trata de sortilegios de ocultación.

—Además, es un Aspecto... —la delgada figura frunció los labios. Malfurion esperaba que Krasus explicara de manera elocuente por qué el razonamiento del elfo de la noche era incorrecto, pero no lo hizo, sino que el mago ataviado con túnica se limitó a replicar—: Dices la verdad. Lo intentaríamos y él esperaría que lo intentáramos. Lo conoces bien. Es algo que debería haber considerado anteriormente, pero sospecho que deseaba ignorarlo con toda mi alma. He tenido suerte de poder haber llegado tan lejos, pero su guarida seguramente estará preparada para atrapar a cualquier otro dragón que no sea él.

—Como pensaba.

—Lo cual no quiere decir que Brox y tú lo vayan a tener más fácil —le recordó Krasus—. Sí, tal vez no espere que dos miembros de unas razas inferiores se atrevan a entrar a hurtadillas en su mismo santuario y no los detecte, aunque solo sea por muy poco.

—Brox debería quedarse contigo.

—No, será mejor que el orco te ayude. Encontrarán muchos peligros de índole física, y el menor de ellos será que se topan con muchos más goblins que los que nos hemos encontrado hasta ahora. Tendrán que concéntrense en hacerse con el Alma Demoníaca y, aunque los ayudaré tanto como pueda desde aquí fuera, alguien tendrá que vigilarte las espaldas ahí dentro.

—Nadie le hará daño —murmuró Brox, quien alzó el hacha y sonrió de oreja a oreja—. Me compondrás una buena canción, ¿verdad, anciano?

Krasus le brindó una sonrisa, lo cual no era habitual en él.

Empezaré a componerla en el mismo instante en que salgamos de este lugar.

Como era incapaz de dar con ninguna otra razón con la que defender que debería entrar solo, Malfurion aceptó que el orco lo acompañara. En verdad, el elfo de la noche se alegraba de poder contar con él. Gracias a la constitución robusta y el poderoso brazo de Brox adentrarse en la guarida del dragón resultaba menos sobrecogedor.

Un poco menos.

Pero Malfurion sabía que había que hacerlo y creía que era él quien tenía más posibilidades de lograrlo. No lo hacía por puro ego, sino porque tenía la sensación de que todo lo que había estudiado lo convertía, de algún modo, en la elección idónea.

Se decidió que sería Brox quien encabezaría la marcha en un principio y que Malfurion lo relevaría en esa función en cuanto empezara a reconocer ese entorno. En el primer tramo del camino, Brox llevó el hacha a la espalda, ya que el pasaje era demasiado estrecho como para poder usar esa enorme arma como era debido. En vez de eso, el orco empuñó una daga larga, que blandía con una indudable destreza.

—Yo vigilaré desde aquí —les prometió Krasus mientras partían—. Al menos, eso puedo hacerlo sin que el dragón Negro se percate de ello.

Por suerte, los goblins utilizaban el túnel para traer minerales en bruto, ya que, si no, incluso Malfurion habría tenido problemas para poder entrar en él. De hecho, Brox tuvo que llevar los brazos pegados al

cuerpo casi todo el rato. El orco avanzaba con la daga en ristre, al mismo tiempo que observaba y escuchaba con atención.

Los ruidos que oían ahí delante se volvieron más incesantes. Malfurion esperaba que ese barullo les beneficiara. Si el ruido que armaban distraía a los propios goblins, tal vez no repararan en la presencia de ambos.

Al fin, una tenue luz iluminó el túnel que se curvaba. Brox se tensó visiblemente. Malfurion lo agarró del hombro.

—Si estoy en lo cierto —susurró el druida—, en cuanto entremos en las cavernas, el pasaje que siguió el dragón debería hallarse a la izquierda.

Brox gruñó para indicarle que le había entendido y prosiguió encabezando la marcha. El sendero se fue iluminando cada vez más y el ruido llegó a ser demencialmente intenso.

Lo que contemplaron sus ojos era más caótico que lo que Malfurion había presenciado anteriormente. Ahí había, al menos, el doble de goblins que antes y todos ellos iban corriendo de aquí para allá como si la vida les fuera en ello..., lo cual probablemente era así. Varios se afanaban en partir las enormes pilas de mineral en bruto, mientras que otros lanzaban combustible a esos altos hornos. Mediante un sistema de recipientes descomunales que se desplazaban gracias a unas cadenas, un flujo incesante de metal fundido era vertido en unos moldes gigantescos. Más allá, unos vastos tanques de agua aguardaban a los moldes que ya se habían llenado. Unos goblins sudorosos bañados en vapor se afanaban en colocar bien y de un modo seguro un molde que ya estaba dentro de uno de los tanques.

Lejos, a la derecha de ambos, dos placas colosales que ya estaban forjadas yacían en el suelo tras haber sido descartadas; se trataba de varias pruebas anteriores que habían sido un fracaso. Como el metal estaba surcado por unas fisuras muy finas, no servían para cumplir la finalidad que el dragón deseaba que satisficieran, fuera cual fuese.

—Sigo sin entender para qué quieren todo esto —murmuró Malfurion—. ¿Acaso el dragón pretende forjarse una armadura?

El orco frunció el ceño.

—Con ese ser, cualquier cosa es posible...

A regañadientes, el elfo de la noche decidió olvidarse por el momento de ese enigma y observó con detenimiento lo que tenían a la izquierda. No cabía duda de que ahí había un sendero que recorría el borde en dirección hacia un gigantesco pasaje; el mismo por el que, según recordaba, se había metido Neltharion.

— ¡Por ahí! ¡Debemos seguir por ahí!

Brox asintió, pero impidió que Malfurion saliera del túnel.

—Hay goblins ahí abajo. Debemos esperar.

Las criaturas en cuestión estaban muy ocupadas limpiando los restos de mineral que habían quedado ahí. El druida se fijó en cómo avanzaban con esa tarea y se dio cuenta enseguida de que los goblins seguirían muy atareados en ese sitio mucho tiempo.

—Tenemos que lograr que se vayan o se distraigan, Brox.

—Con un hechizo, tal vez.

Malfurion repasó mentalmente qué era lo que llevaba en las faltriqueras y, a continuación, escrutó la caverna. Había un par de cosas que quizá podrían llegar a funcionar...

Sin embargo, en cuanto metió la mano en una de las faltriqueras, se oyó la monstruosa voz de Neltharion, lo cual provocó que la enorme cámara temblara.

— ¡Meklo! ¡Ya he regresado! Más te vale que lo próximo funcione o si no, me cenaré a todos los miserables miembros de tu especie... ¡y tú serás el aperitivo!

Desde el extremo más lejano de la cámara, el goblin vestido con un mandil, al que Malfurion había visto previamente, apareció súbitamente corriendo. Propinó varias patadas a algunos de los trabajadores, para conminarles a obrar con más velocidad y, acto seguido, se dirigió raudo y veloz hacia el alto pasaje. En todo momento, iba mascullando entre dientes algo que Malfurion pudo escuchar gracias a su agudo oído: le dio la impresión de que estaba haciendo cálculos.

No obstante, antes de que Meklo pudiera alcanzar el túnel, el dragón Negro emergió de este repentinamente.

A pesar de que a Brox se le escapó un juramento (puesto que él no había visto aún cómo la transformación había consumido aún más a Neltharion), por fortuna, los bramidos del gigante lo taparon.

— ¡Meklo! ¡Maldito gusano bastardo! ¡Estás colmando mi paciencia!
¿Tienes las nuevas placas o no?
— ¡Tengo dos! ¡Dos, mi señor! ¿Lo ves? ¿Lo ves?

Hizo un gesto para señalar el lugar donde varios trabajadores se afanaban en sacar un par de piezas metálicas descomunales de unos moldes. A pesar de haber estado sumergidas en los tanques de agua, todavía crepitaban por mor del calor residual; un calor más que capaz de provocar graves quemaduras.

— ¡Espero que sean más robustas que las últimas, las cuales fueron un miserable fracaso!

Sin dejar de mover la cabeza arriba y abajo, el goblin canoso afirmó:

— ¡Es la mejor aleación de metales posible! ¡Más fuerte que el acero! Además, gracias a las energías con las que las has imbuido, serán capaces de soportar cualquier tensión, ¡aunque serán tan ligeras como una pluma!

Como si quisieran enfatizar esas últimas palabras, los goblins que estaban trabajando en la primera de las placas la llevaron con suma facilidad de aquí para allá, a pesar de que Malfurion se había imaginado que necesitarían ser diez veces más para transportarla.

Un ansioso Neltharion contempló la placa. Se le aceleró la respiración al ver cómo ese metal aún rojo pasaba cerca de él.

—Lo único que necesitamos es dejarla reposar en el tanque de agua un breve espacio de tiempo. Después...
— ¡NO! —exclamó el Guardián de la Tierra.

El goblin se estremeció.

— ¿D-disculpe, mi señor?

Con unos ojos de demente, el dragón continuó mirando fijamente la placa.

— ¡Quiero que me la coloquen ya!

— ¡Pero el calor que aún conserva será otro factor que someterá a tu organismo a aún más estrés! ¡Los tomillos tienen que estar calientes por necesidad! Realmente, lo más prudente sería esperar...

El leviatán de ébano pisoteó el suelo..., y el impacto se produjo a escasos centímetros de Meklo.

—Ya...

— ¡Sí, mi señor Neltharion! ¡De inmediato, mi señor Neltharion!
¡Muévanse, haraganes!

Meklo les espetó estas últimas palabras a los goblins que seguían manipulando la placa.

Al mismo tiempo que estos se giraban, el dragón se dirigió hacia un amplio espacio abierto situado frente a la pared más lejana. Mientras Malfurion y el orco observaban la escena con suma curiosidad el leviatán se acomodó y expuso su flanco derecho. Las grandes y enormes grietas que recorrían su cuerpo seguían ardiendo.

— ¡Sujétenla bien! —vociferó Neltharion—. ¡Sujétenla bien!

— ¿Qué pretenden hacer con eso? —masculló el elfo de la noche
Brox hizo un gesto de negación con la cabeza, pues estaba tan perplejo como él.

— ¡Preparen los tornillos! ¡Preparen los tornillos! —ordenó Meklo—. ¡Que estén tan calientes como sea posible!

Dos grupos compuestos de una docena de goblins cada uno introdujeron un par de pinzas en un homo. Mientras el druida observaba, sacaron de ahí un tomillo colosal que era al menos tan grande como el orco.

— ¡Que la cuadrilla del martillo prepare la máquina!

Oyeron un crujido a la derecha. Una veintena de goblins tiraban de lo que, en un principio, parecía ser una catapulta muy peculiar, que arrastraban hacia el dragón. No obstante, esa máquina no tenía una cuchara, sino más bien una gigantesca cabeza de metal que estaba plana en un extremo, la cual estaba conectada a unas cadenas y poleas, cuyo propósito Malfurion era incapaz de imaginar.

— ¡La placa! —A Neltharion se le estaba agotando la paciencia—. ¡Colóquenla en su sitio! ¡Se los ordeno!

Haciendo un gran esfuerzo, los frenéticos goblins obedecieron. Se tambalearon adelante y atrás varias veces mientras se acercaban al flanco del dragón; no por culpa del peso de la placa, sino más bien por culpa de la respiración de Neltharion, la cual, al parecer, hacía que la zona donde pretendían posarla se moviera más de lo recomendable para desgracia de esas diminutas criaturas. Por fin, tras hacer Meklo una señal, se inclinaron hacia delante y la placa cayó sobre la piel escamosa.

Los dos espectadores retrocedieron anonadados al ver cómo la carne y el metal colisionaban. El ruido desgarrador de la quemadura

retumbó por la caverna. Si bien la terrible grieta que había debajo hizo que la placa temblara, esta no se soltó.

— ¡Por ahora, aguanta! —anunció Meklo a todos—. ¡Deprisa! ¡Traigan el primero de los tornillos!

Malfurion apenas podía creerse lo que estaba viendo.

—Realmente... ¡Realmente, se la van a incrustar en su propia carne! ¡Eso es una locura! ¡Una locura!

Brox no dijo nada; se limitó a entornar los ojos, a la vez que aferraba con tanta fuerza la daga que sus nudillos adquirieron un tono blanquecino.

El Guardián de la Tierra parecía hallarse prácticamente en la gloria. En esa gran boca se había dibujado una sonrisa de reptil y tenía esos ojos carmesíes medio velados. El pecho se le elevaba y descendía a un ritmo cada vez mayor, por mor de la expectación.

Los goblins que manipulaban las pinazas llevaron un tornillo gigantesco hasta uno de los varios agujeros situados alrededor del borde de la placa. Tras echar un rápido vistazo, el elfo de la noche concluyó que esta contaba al menos con una decena de esos agujeros. ¿Acaso cada uno de ellos alojaría un tornillo que se clavaría profundamente en esas escamas?

Una vez más, el balanceo del cuerpo del dragón provocó que la tarea se les complicara a los goblins. Al tercer intento, lograron acertar en uno de los agujeros superiores. El tornillo se introdujo en parte en él,

y las criaturas emplearon las largas pinzas para mantenerlo ahí de la mejor manera posible.

Al instante, Meklo hizo un gesto con la mano a la otra cuadrilla.

— ¡Coloquen el martillo en posición! ¡Prepárense para golpear de inmediato!

Acompañados de un coro de gruñidos y gemidos, los goblins colocaron el artilugio delante de Neltharion. Con la mirada medio perdida, el ansioso gigante contempló cómo sus sirvientes ajustaban la posición de la máquina.

Meklo se subió a ella de un salto, con una agilidad sorprendente para su edad, y clavó la mirada en el tomillo. Antes de bajar de un brinco, ordenó a la cuadrilla que hiciera una leve corrección.

— ¡Tiren! —gritó el líder goblin.

El mismo grupo que había llevado la máquina hasta ahí ahora manipulaba las cadenas, de las cuales tiraba de diversas formas el druida no alcanzaba a comprender cómo funcionaba exactamente ese invento de los goblins, pero entendía perfectamente cuáles las consecuencias de sus actos.

El extremo plano de esa colosal cabeza de metal golpeó con fuerza el tomillo.

La colisión provocó un estruendo demoledor. El tomillo se hundió profundamente, casi hasta la cabeza.

Neltharion rugió, pero fuera cual fuese el dolor que sentía, su grito se mezclaba con una satisfacción indudable.

— ¡Una vez más! —bramó el dragón—. ¡Una vez más!

Meklo se encaramó al artilugio, examinó dónde se encontraba el tomillo y, una vez más, ordenó a sus subalternos que movieran la máquina. Satisfecho, descendió de un salto y exclamó al aterrizar:

— ¡Tiren!

Los demás goblins tiraron de las cadenas. Las diversas poleas giraron aquí y allá..., y el martillo volvió a caer.

Esta vez, el grito de Neltharion ahogó al golpe. El tomillo se hundió aún más.

— ¡Está dentro! —gritó el jefe goblin.

La única respuesta a esas palabras fueron las tremendas carcajadas del dragón Negro.

— ¡Dense prisa con el siguiente tornillo! —ordenó Meklo. ¡Dense prisa, he dicho!

En el túnel, Malfurion, quien todavía se estaba estremeciendo, se dejó caer sobre la pared.

— ¡Pretende que le incrusten todas esas placas! ¿Por qué? ¿Por qué?
—Para protegerse... —respondió el orco—. Son fuertes y ligeras. Ya lo has visto. —Brox se encogió hombros—. También quizá para evitar que esas fuerzas lo desgarren por dentro...

— ¡Pero el dolor...! ¡Ya has visto lo dentro que ha entrado ese! Y la misma placa... ¡sigue estando caliente!

—Está loco..., aunque quizá su locura nos ayude, druida.

Había despertado el interés de Malfurion.

— ¿Qué quieres decir?

Brox señaló al interior de la caverna.

—La mirada de los goblins...

En un primer momento, el druida no estuvo seguro de a qué se refería el orco, pero entonces se percató de que todas y cada una de esas criaturas habían dejado de hacer lo que estaban haciendo para observar esos acontecimientos tan asombrosos. Aunque no se les podía echar en cara que reaccionaran así, esto daba la oportunidad a ambos de hacer lo que pretendían hacer.

—Tenemos que calcular bien los tiempos para cuando el siguiente tornillo esté preparado —aseveró el druida.

—Sí. Y eso será pronto, druida.

Los goblins de las pinzas ya habían regresado al lugar donde se fabricaban los tornillos. Cogieron uno y lo llevaron hasta el homo. Incluso desde donde se encontraba Malfurion, podía notar el calor que desprendía y no le sorprendió que, cuando las criaturas sacaron de ahí el tornillo, este refulgiera al rojo vivo.

—Debemos prepararnos —le instó Brox.

Contemplaron cómo los goblins acercaban el tornillo hacia Neltharion. El dragón solo tenía ojos para esa labor. Miraba el tornillo como si se tratara de un amante.

—Deprisa... Deprisa... —bramó el Guardián de la Tierra. Mientras elevaban el tornillo hasta una posición situada en el extremo opuesto de la placa, Malfurion y Brox se armaron de valor. Con suma lentitud, la pieza metálica se acercó al agujero...

Mientras se deslizaba en parte hasta dentro, ambos avanzaron. Empuñando su hacha en vez de la daga, Brox encabezó la marcha. El orco estaba preparado por si se daba el caso de que algún goblin saliera del gran pasaje y entrara en la caverna. Debajo de los dos, Meklo vociferaba a los que manejaban la máquina. Los crujidos que hacía el artilugio al ser movido taparon cualquier ruido que pudieran hacer los intrusos.

Casi había completado la mitad del camino cuando los goblins colocaron su invento en posición. Un silencio repentino reinó en la cámara, lo cual provocó que Malfurion y su compañero se pararan en seco.

El druida tenía una mano muy cerca de la faltriquera que había escogido antes. Si los goblins reparaban en su presencia, tenía ciertos objetos dentro con los que podría llevar a cabo un hechizo que mantendría a esas criaturas y a su amo ocupados mientras ambos huían, o al menos eso esperaba.

Sin embargo, Meklo volvió a lanzar órdenes a voz en grito y la actividad se reanudó, tal y como había esperado. Mientras preparaban el martillo, primero el orco y luego el elfo de la noche, llegaron al final del camino.

A sus espaldas, pudieron oír al goblin líder exclamar una vez más con su aguda voz:

— ¡Tiren!

El estruendo del martillazo retumbó en la cabeza de Malfurion mientras tanto Brox como él corrían por el pasaje. Las imágenes infectas que se le habían quedado grabadas a fuego en su memoria acerca de lo que el dragón se estaba haciendo a sí mismo lo asaltaron de un modo más estruendoso si cabe. En verdad, la demencia había consumido a Neltharion; por tanto, el nombre por el cual se solían referir a él sobre todo Krasus y Rhonin parecía más adecuado que nunca para esa bestia.

Alamuerte.

Brox aminoró la marcha, de tal modo que permitió a Malfurion darle alcance.

—Druida..., a partir de aquí, tú marcas el camino.

El elfo de la noche ya había reconocido algunas partes de ese pasaje, las suficientes como para creer que, realmente, sería capaz de localizar el escondite del disco. Aunque eso no quería decir que ambos fueran a tener éxito en su misión, puesto que se toparían con otros peligros en la guarida del Guardián de la Tierra, sin duda alguna.

Detrás de ellos, oyeron otro estruendo metálico, seguido de las carcajadas escalofriantes del leviatán negro. La última instó especialmente a Malfurion a acelerar el paso.

Tardaron más de lo que había esperado en llegar al primer recodo. Malfurion no había tenido en cuenta que, o bien que la zancada del dragón era mucho más larga, o bien su propia capacidad (en su forma onírica) de planear por el aire con facilidad y suficiente velocidad como para mantener el ritmo de la bestia. Eso significaba que el viaje les iba a llevar mucho más tiempo que el que tenían previsto.

Le comentó esto mismo al orco, quien, como era típico en él, se limitó a encogerse de hombros y replicar:

—Entonces, habrá que correr más rápido.

Y eso fue lo que hicieron. A pesar de todo, pareció transcurrir una eternidad hasta que llegaron al primer recodo e incluso más tiempo aún para llegar al segundo. Aun así, se animó al comprobar que cada vez reconocía más y más detalles de aquel lugar. A esas alturas, se hallaban ya a medio camino de su objetivo...

De repente, Brox agarró al elfo de la noche del hombro y lo empujó hacia la pared del túnel. Aunque Malfurion hizo ademán de hablar, el guerrero negó con la cabeza.

El druida oyó entonces unas pisadas atronadoras, que eran el motivo de preocupación del orco. Mientras ambos se pegaban lo máximo posible a la pared curva del alto túnel, una forma difusa surgió de otro pasaje para adentrarse en el suyo.

Era un ser bípedo y poseía una silueta vagamente similar a la de los dos intrusos. Unas protuberancias brotaban de todo su cuerpo y avanzaba con un andar muy peculiar. Tenía la cabeza desfigurada y, en un principio, Malfurion no pudo verle los ojos.

En cuanto se acercó más, el elfo de la noche estuvo a punto de lanzar un grito ahogado.

La criatura estaba hecha de roca, pero no de la misma manera que los terráneos o los infernales. Más bien, lo que se encontraba ante ellos era como si alguien hubiera colocado unos cantos rodados uno encima de otro, para crear una suerte de estatua muy basta. Así y todo, a pesar de su aspecto, se movía con la suficiente velocidad como para que Malfurion fuera consciente de que, si los llegara a ver, se verían obligados a escapar.

La figura de piedra se detuvo y dio la sensación de que escrutaba la zona. En realidad, sí tenía ojos, si es que los dos agujeros negros que tenía en la cara podían pasar por eso. Con especial interés, dirigió su mirada hacia el lugar donde se escondían ambos... y luego siguió progresando para examinar otra parte del sendero.

El guardián (no podía ser otra cosa) dio dos pasos más, lo cuales lo llevaron directamente hacia el druida y el guerrero. Como era tan alto como un dragón, el elfo de la noche parecía un enano en comparación. Al observar cómo pisaba el suelo con uno de esos pies rocosos, se imaginó cómo quedaría si lo aplastara con él.

Durante varios instantes plagados de ansiedad, ese ser analizó con detenimiento el entorno. Malfurion cada vez estaba más convencido de que intuía la presencia de ambos, pero al final el gigante prosiguió, avanzando en la dirección por la que ellos dos habían venido.

Cuando lo perdieron de vista, el druida y su compañero abandonaron su escondite.

— ¿Crees que volverá? —preguntó Malfurion.

—Sí..., así que debemos damos prisa.

Siguieron recorriendo esos pasajes sinuosos, y el elfo de la noche se detuvo en más de una ocasión para poder orientarse. En una ocasión, después de avanzar ambos varios metros por un túnel, Malfurion descubrió que se había equivocado de camino.

Sin embargo, al final se toparon con una angosta caverna que Malfurion nunca podría olvidar. Se detuvo en la entrada, perplejo ante el hecho de que, por fin, hubieran alcanzado su destino.

—Está ahí arriba. —El elfo de la noche señaló a la protuberancia falsa—. Justo en eso que sobresale. A la izquierda de esa grieta.

A pesar de que, sin lugar a dudas, Brox no lo veía, dejó el hacha en el arnés de la espalda y dijo:

—Daré tu palabra por buena, druida.

Sin embargo, aún tenían que superar la dificultad de llegar hasta ahí arriba. Una vez más, lo que había sido tan fácil de lograr mientras portaba su forma onírica era mucho más difícil de conseguir ahora, pues lo que buscaban se encontraba muy, muy arriba. Para alcanzar el escondite del Alma Demoníaca, iban a tener que realizar un ascenso muy duro y no menos peligroso.

De fondo, todavía podían oír el martilleo y los rugidos ocasionales del dragón. Espoleados por eso, ambos se dispusieron a trepar. Malfurion, que era más ágil, encabezó la escalada, pero Brox, gracias a su fuerza y resistencia, enseguida estuvo trepando a un ritmo parecido al suyo.

—Hay... Hay una pequeña cueva justo debajo de ese punto, a la izquierda—le indicó el druida- Podemos... podemos descansar ahí.
—Bien —gruñó el guerrero de piel verde.

Ninguno de los dos miró hacia abajo, pues eran conscientes de que eso podría hacerles perder el equilibrio. La diminuta cueva, que probablemente sería capaz de albergarlos a los dos, los tentaba a entrar en ella.

Sin previo aviso, una voz muy familiar resonó en su mente:

¡Cuidado con los trolls!

El elfo de la noche tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de una advertencia de Krasus. Si bien el hecho de que el anciano taumaturgo hubiera mantenido su enlace mental con él no le sorprendió, la advertencia del mago era absolutamente absurda. ¿Trolls? ¿Qué quería decir?

Una leve nube de polvo le cayó en la cara a Malfurion, a quien se le irritaron los ojos y parpadeó.

A través de las lágrimas pudo ver una larga cabeza cadavérica, con unas orejas similares a las de un elfo de la noche y un mechón que le pendía de la frente. Dos colmillos amarillentos le brotaban de la quijada. Tenía incrustada una reluciente gema negra justo en mitad de la frente; sin ningún género de dudas, ese era el método que empleaba Alamuerte para mantener a tales guardias bajo su control.

La criatura era mucho más alta que un goblin, incluso un poco más alta que Malfurion. Su piel gris oscura y rojiza se mimetizaba muy fácilmente con la pared de la roca.

—Hola, cena... —le saludó burlescamente el troll, que se agachó con la clara intención de empujar a Malfurion de la pared al vacío.

El druida se apartó hacia atrás lo máximo que pudo, de tal manera que las afiladas uñas del troll no le rasgaron la cara por un pelo. Aunque Malfurion intentó tomar un desvío por la cueva, el troll se aferró a la pared de la roca y, como si fuera una araña, descendió hacia su presa.

Entonces, oyó que Brox profería un gruñido de furia y vio, por el rabillo del ojo, que otro troll se acercaba a la posición del orco por debajo. Y lo que era aún peor: un tercero y un cuarto habían salido de otros agujeros; cada uno de ellos se dirigió a un intruso en concreto.

—Vas a ser una bonita mancha en el suelo, cena... —le espetó socarronamente el primer troll—. ¡Me comeré tus sesos crudos y cocinaré tu hígado para celebrar algo especial!

Intentó alcanzar a Malfurion una vez más y, esta vez, logró agarrarle de la muñeca al druida. Con una fuerza sorprendente, el troll procuró arrancarlo de la pared.

Ninguno de los hechizos que le habían enseñado al elfo de la noche parecía serle de alguna utilidad en esos momentos a Malfurion, quien se esforzó todo lo posible por seguir agarrado, clavando los dedos en la piedra con tanta fuerza que estuvo seguro que se iba a quedar sin piel en ellos.

Entonces, se oyó un chillido que procedía de allá abajo y que distrajo al troll. Brox había dado un buen uso a su daga y se la había clavado a su propio atacante en el hombro. El troll se soltó de la pared y se precipitó hacia una muerte segura. Por desgracia, se llevó consigo el puñal del orco.

Con un gruñido, el que tenía agarrado de la muñeca al druida tiró de él con más violencia si cabe. Mientras Malfurion luchaba por seguir aferrado, se percató de que el segundo de sus enemigos trepaba hacia él; sin ningún género de dudas, pretendía golpearle en la pierna al elfo de la noche para que perdiera el equilibrio. Malfurion tendría muy pocas posibilidades de mantenerse agarrado si eso ocurría.

El druida se dio cuenta de que un escarabajo pequeño recoma la pared justo por encima de donde se aferraba el troll. Malfurion se concentró con suma celeridad, rezando para poder seguir agarrado el tiempo suficiente.

Tal y como esperaba, el escarabajo se giró y se dirigió hacia el malévolo adversario del elfo de la noche. Y lo más importante de todo: otros insectos surgieron de las rocas y todos se congregaron debajo del troll.

En un principio, el enemigo de Malfurion no reparó en que estuviera sucediendo algo raro, pero entonces esa criatura caníbal se empezó a retorcer de manera muy incómoda. Aunque intentó ignorar lo que pasaba, al final resultó ser un gran incordio. Tras lanzar un bufido de frustración, el troll soltó a Malfurion y se dispuso a quitarse de encima a golpes a los insectos que ahora se arrastraban por su pecho. Malfurion lanzó un puñetazo. A pesar de que únicamente logró rozarle el brazo al troll, fue suficiente. Como los escarabajos lo habían obligado a adoptar una postura muy incómoda, el leve golpe bastó para que el troll se soltara al instante.

Con un grito, la criatura cayó. Por suerte para el druida, el troll colisionó con su compañero de abajo. Como el segundo troll fue

incapaz de soportar el tremendo peso que se le vino encima, también se soltó.

Malfurion apartó la mirada cuando impactaron contra el suelo y posó sus ojos en el orco.

— ¡Ve! —bramó Brox, quien seguía enfrentándose al último de los trolls—. ¡El disco! ¡Ve a por él!

Tras un breve momento, Malfurion obedeció a regañadientes. Había visto a Brox combatir contra demonios en peores circunstancias. El orco era más que capaz de lidiar con el trol que aún seguía vivo.

Ten cuidado..., oyó decir a Krasus. ¡Aunque he eliminado algunos de los hechizos que lo protegen, tendrás que enfrentarte a otros!

El druida ya podía percibirlos. Algunos de ellos eran muy obvios otros estaban muy bien escondidos. Estudió la naturaleza de cada uno de esos sortilegios y, usando ese conocimiento, los suprimió o anuló. Le sorprendió que esa parte de la misión pudiera llevarla a cabo con tanta rapidez. Malfurion esperaba más de Krasus.

De repente, se oyó otro grito; un grito de trol. El elfo de la noche ni se tomó la molestia de mirar, puesto que pudo oír a Brox gruñir mientras ascendía.

La falsa tapa aguardaba a Malfurion. La sondeó con su mente... y descubrió unos nuevos encantamientos, pero no era nada que no pudiera contrarrestar.

Miró hacia abajo y vio que Brox había alcanzado la cueva que habían buscado en un principio. El orco echó un vistazo dentro.

—Noto viento... Tal vez sea una salida, druida.

Todo aquello que les permitiera pasar menos tiempo en ese lugar era toda una bendición. Malfurion asintió y volvió a centrar su atención en esa falsa tapa. Por el momento, habían tenido suerte de que el estrépito de las labores de colocación de esa demencial armadura que le estaban incrustando a Alamuerte hubiera tapado los ruidos que habían hecho los trolls al morir, pero la fortuna no les iba a sonreír a los dos eternamente...

Tras superar los últimos hechizos de protección, tiró de la falsa roca. Era pesada, tal y como había esperado, pero logró sacar el lado más cercano a él lo suficiente como para poder entrar ahí dentro.

— ¡No tardaré! —exclamó.

Brox asintió.

Aunque Malfurion esperaba toparse con la oscuridad en su interior, lo que halló fue una luz brillante que al principio le cegó dolorosamente, pues tenía una vista muy sensible, y luego, de algún modo, sintió una sensación de alivio.

Cuando sus ojos se adaptaron a esa luminosidad, el elfo de la noche vio que a escasos metros de él se encontraba el Alma Demoníaca. Se encontraba en un trapo rojo y regio del tamaño de la vela de un barco, en el que se hallaba envuelto como un recién nacido. El disco era tan pequeño que incluso Malfurion podía sostenerlo con una sola mano. Parecía un objeto muy sencillo, a pesar del fulgor que irradiaba. Aun así, como conocía la clase de poder que anidaba en él, el elfo de la

noche trató a la creación del dragón con el mayor respeto y cautela posible.

El druida observó con detenimiento las fuerzas que envolvían al Alma demoníaca y no vio nada que pudiera ponerle en peligro. No cabía duda de que Alamuerte creía que su tesoro estaba tan a salvo ahí dentro que no se había tomado la molestia de colocar más sortilegios en su interior.

Malfurion se agachó sobre el disco. Esa cosita tan pequeña albergaba tanto poder... Aunque en la pata del dragón hacía parecido ser mucho más grande, sabía que no había cambiado de tamaño.

— ¡Druida! —oyó gritar súbitamente a Brox—. ¡Algo se acerca! ¡Creo que es el ser de piedra!

Malfurion se imaginó al monstruoso gólem y eso le espoleó a no perder más tiempo, por lo cual cogió el disco con un solo movimiento muy ágil.

Fue entonces cuando fue consciente del terrible error que había cometido.

La cámara se llenó con lo que parecían ser los chillidos de centenares de dragones moribundos. Malfurion cayó de rodillas, ya que esos gritos lo abrumaron momentáneamente. Tuvo la sensación de que la esencia de todo dragón que había contribuido a la creación del Alma Demoníaca pedía ahora a gritos ser liberada; no obstante, sabía que, en realidad, lo que estaba oyendo era la última e ingeniosa alarma que se hallaba oculta alrededor del disco de un modo tan sutil como para ser invisible ante sus agudos sentidos.

Richard A. Knaak

A medida que los primeros se desvanecían, un ruido aún peor reverberó por las cavernas.

El rugido furioso y frenético de Alamuerte.



CAPÍTULO NUEVE

El dolor era todo un placer para Neltharion, ya que cada tornillo clavado en su piel escamosa suponía un paso más hacia la divinidad. Con la armadura y el disco, sería invulnerable a cualquier amenaza...

— ¡Deprisa! —les exigió de nuevo el dragón—. ¡Deprisa!

Los goblins prácticamente habían colocado ya la máquina de martillar en su sitio. Meklo estaba aferrado al artilugio y dirigía los últimos ajustes antes de lanzar un nuevo golpe...

Entonces, el sonido que el Guardián de la Tierra nunca creyó que fuera a oír resonó por las cavernas, un sonido que horrorizó tanto al leviatán que dio una patada sin pensar, haciendo que la máquina, Meklo y el resto de la cuadrilla de goblins salieran despedidos volando.

— ¡Mi disco! ¡Mi Alma de Dragón! ¡Alguien está intentando robarlo!

Lanzó un temible rugido que provocó que el resto de los goblins abandonaran esa colosal cámara donde estaban trabajando.

Neltharion se levantó. Como solo estaban ajustadas a medias, una tercera parte de sus placas metálicas se agitaron adelante y atrás mientras se giraba hacia el pasaje. Con los pies y la cola, el gigante negro golpeó mesas, forjas y moldes, que acabaron desperdigados por toda la caverna. Estallaron varios incendios y un homo explotó, bombardeándolo todo con misiles ardientes.

Sin embargo, a Neltharion no le importaba nada tanto caos destrucción. Alguien se había atrevido a intentar arrebatarse lo era más valioso para él. ¡No lo permitiría! Lo atraparía y lo asesinaría... pero lenta y agónicamente. Era lo menos que se merecía por tal afrenta.

El hecho de que un intruso cualquiera hubiera llegado a sortear las diversas trampas, así como a los diferentes guardianes y variados hechizos, con que había protegido a su valioso artefacto encolerizó al Guardián de la Tierra. Tenía que tratarse de un ataque conjunto llevado a cabo por los otros vuelos de dragón. Sí, haría que todos ellos sufrieran, como había hecho con los dragones azules.

Bramó de nuevo y se apresuró a entrar en el túnel.

¡Aquí viene!, le advirtió Krasus innecesariamente. *¡Aquí viene!*

Entonces, el enlace mental entre los dos se vio interrumpido de un modo inesperado. Malfurion temía que algo le hubiera sucedido a

Krasus, pero sabía que no podía preocuparse ahora por su amigo. Lo más importante era escapar con el Alma Demoníaca.

— ¡Druida! ¡Ven! ¡Deprisa!

Metió el disco en una faltriquera, cuya luz se desvaneció en cuanto Malfurion la cerró. Al salir del agujero, vio que un ansioso Brox lo esperaba junto al borde más cercano de la cueva del primer trol. Con gran rapidez, el elfo de la noche se dirigió hacia la otra abertura. Brox lo agarró y tiró de él hacia dentro. Sin darle tiempo siquiera a tomar aire, el orco arrastró a su compañero al interior de la cueva.

— ¡Quizá haya aquí una salida! El viento podría indicarnos dónde está.

La guarida del troll estaba llena de huesos y desechos. Malfurion intentó no mirar esos restos óseos, a pesar de que probablemente eran de goblins.

No obstante, sus esperanzas de hallar un sendero que los llevara a la libertad se esfumaron rápidamente. Las otras dos cámaras que hallaron no llevaban a ninguna parte y la comente de aire que Brox había notado entraba a través de unas pequeñas grietas.

—Tendría sentido que el dragón ni siquiera hubiera dejado una vía de escape abierta a sus esclavos trolls —murmuró el elfo de la noche—. Estamos atrapados...

Oyeron unas fuertes pisadas procedentes del exterior, pero no eran las propias de un dragón. Malfurion echó un vistazo por el recodo de la cámara y distinguió la forma descomunal del gólem de piedra.

—Alamuerte no puede estar muy lejos...

Ningún otro nombre podía definir mejor ya al dragón Negro, no después de lo que el druida había presenciado.

—Entonces, les plantaremos cara —replicó Brox de manera estoica—. Que vean que no tenemos ningún miedo.

El disco... Usa el disco...

Malfurion se sobresaltó. Aunque la voz se esfumó con tal celeridad que no tuvo tiempo de identificarla, era obvio que se trataba de la de Krasus. Aun así, el elfo de la noche siguió vacilando, pues era consciente de los tenebrosos poderes que poseía el Alma Demoníaca. Había visto lo que el disco le había hecho al dragón por el mero hecho de utilizarlo; ¿acaso no podría afectarle a él de una manera similar?

Se oyó un rugido que hizo que la cueva temblara. Varias rocas se desprendieron del techo; algunas de ellas eran lo bastante grandes como para aplastarle el cráneo a un elfo de la noche. No tenía tiempo para pensar...

—Druida, ¿qué planeas hacer? —preguntó un nervioso Brox al ver que Malfurion sacaba el Alma Demoníaca, cuya luz inundó la cámara y, por desgracia, se extendió mucho más allá. Si el gólem había ignorado hasta entonces dónde estaban, ahora, ciertamente, sí que lo sabía... y, por tanto, pronto lo sabría Alamuerte.

—Es nuestra única esperanza... —Malfurion alzó el disco en dirección hacia la fisura más grande por la que pasaba el aire. Como no tenía ni idea de cómo funcionaba el Alma Demoníaca, simplemente, intentó imaginarse que generaba una abertura lo bastante grande como para que ambos pudieran escapar.

Pero no sucedió nada.

Debes unirte al Alma... Deja que ella sea tú y tu seas ella...

Una vez más, el enlace mental se interrumpió, pero al menos ahora el elfo de la noche tenía una pista sobre cómo debía obrar. Malfurion se concentró en el disco y se adentró en él con sus pensamientos. De inmediato, percibió su perturbadora naturaleza. No se trataba de un objeto que perteneciera al plano mortal. Las fuerzas que Alamuerte había invocado procedían en gran parte de otro lugar. El druida estuvo a punto de cejar en su empeño, pero sabía que no se atrevería a hacerlo.

Únete al Alma, le había dicho Krasus. Malfurion intentó abrirse al Alma Demoníaca, para dejar que el poder del disco tocara el suyo.

Y de ese modo... lo logró. Las fuerzas que fluyeron a través del elfo de la noche lo llenaron de tal confianza que se sintió tentado a salir a enfrentarse contra Alamuerte, el gólem y cualquier otro dragón que hubiera en la guarida. Lo único que evitó que obrara así fue que era consciente de que su propia muerte supondría, seguramente, el fin de todas las esperanzas de aquellos por los que tanto se preocupaba.

El orco lo observó con recelo.

—Druida..., ¿estás bien?

—Estoy bien —le contestó un tanto bruscamente. Tras respirar hondo, Malfurion lanzó una mirada suplicante a Brox para pedirle disculpas y, acto seguido, volvió a centrar el Alma Demoníaca en esa grieta por la que entraba el aire—. Abre el camino... —susurró el elfo de la noche.

El fulgor que rodeaba el disco se volvió más intenso... y, de repente, la roca de la parte superior se transformó en vapor. No dejó ningún escombros, ningún rastro en absoluto. El Alma Demoníaca había incinerado la piedra y la tierra sin hacer ningún esfuerzo. Aunque no podían ver cuáles eran las fuerzas mágicas que estaban actuando ahí, los dos se maravillaron ante su obra. El nuevo túnel se elevaba hasta muy, muy arriba, hasta desaparecer de la vista.

—Continuará hacia arriba hasta que el camino esté totalmente despejado —aseveró Malfurion, aunque era incapaz de explicar cómo podía saberlo—. Deberíamos iniciar el ascenso.

De improviso, la diminuta cueva tembló por mor de lo que parecía ser un trueno. Brox miró rápidamente por el recodo.

— ¡Ese ser de piedra está intentando entrar excavando!

No perdieron más tiempo. Malfurion se adentró de un salto en el pasaje creado mágicamente, con Brox pisándole los talones. La montaña siguió estremeciéndose por culpa de lo que estaba haciendo el malévolo guardián.

Y lo que fue aún peor: cuando ambos únicamente habían dado unos pocos pasos, oyeron la voz atronadora del dragón:

— ¿Dónde están? ¡Le desollaré vivos, les clavaré agujas en todos los nervios! ¡Aparta!

Esa última palabra precedió a un tremendo estruendo, el cual Malfurion dio por supuesto que tenía que tratarse del gólem, a quién su amo había apartado de un empujón.

— ¡Esta montaña será su tumba! —bramó Alamuerte desde el interior de la caverna.

Se oyó un fuerte estrépito (como el de un géiser que un Malfurion más joven había visto entrar en erupción en su día), seguido de un espantoso aumento de temperatura.

— ¡Ponte delante de mí! —exclamó el druida.

Mientras Brox lo adelantaba con un brinco, Malfurion señaló con el Alma Demoníaca hacia detrás y sumó toda su fuerza de voluntad al poder del siniestro disco.

Una fortísima corriente de aire gélido descendió a gran velocidad por el túnel. Chocando a una corta distancia con un ardiente aluvión de tierra fundida que ascendía rápidamente. Ese monstruoso flujo se ralentizó hasta avanzar arrastrándose... y, a continuación, se detuvo a menos de un metro de Malfurion.

Lanzando un grito ahogado, el elfo de la noche retrocedió con celeridad. Brox, con los ojos desorbitados, ayudó a Malfurion a subir por ese sendero. El orco parecía hallarse tremendamente sobrecogido por las fuerzas que su camarada era capaz de manejar, sobrecogido y bastante preocupado.

—Ten cuidado con eso, druida. No confío en algo de forma tan engañosa que contiene tal poder.

—E-estoy totalmente de acuerdo.

A pesar de liberar tal poder había sido muy estimulante tal vez Malfurion se había equivocado; tal vez debería haberse dado la vuelta para enfrentarse al dragón Negro. Si hubiera derrotado Alamuerte,

habría acabado con una de las mayores amenazas para Kalimdor. Después de eso, la Legión Ardiente no habría parecido un peligro tan terrible, ya que Alamuerte, gracias al Alma Demoníaca había lidiado con ella con bastante facilidad.

La magia que albergaba el disco siguió asombrándolos mientras ascendían. A lo largo de todo el camino, se toparon con un suelo que había sido moldeado para que pudieran andar por él sin problemas. Gracias a eso, los dos pudieron avanzar a más del doble de ritmo que antes.

—Noto un viento —comentó Brox con cautela—. Un viento fuerte. Sus esperanzas aumentaron y redoblaron sus esfuerzos. Malfurion oyó un ruido que, en un principio, creyó que era un siseo, pero entonces se dio cuenta de que se trataba de ese viento que el orco había mencionado.

— ¡Ahí! —gritó con voz ronca el elfo de la noche—. ¡Ahí hay una abertura!

En efecto, el Alma Demoníaca había hecho justo lo que le había pedido. Emergieron en la ladera de la montaña y una brisa fresca que agradecieron sobremanera los recibió al abandonar esa guarida infernal.

Sin embargo, aún no estaban sanos y salvos. Tarde o temprano, Alamuerte se percataría de que habían logrado salir y su vuelo y él iniciarían la persecución.

—Será mejor que lo guardes de nuevo —sugirió el vetusto guerrero—. Podrían ver el fulgor.

Malfurion ni se molestó en mencionar que Alamuerte podría ser capaz de percibir el disco, aunque lo llevara en la faltriquera. No obstante, si lo guardaba ahí, al menos tendrían más oportunidades de sobrevivir, aunque fueran escasas. El druida se despidió a regañadientes del Alma Demoníaca y cerró la bolsa con fuerza.

Una vez más, fue Brox quien encabezó la marcha. El orco daba cada paso con suma precaución en esa pendiente cubierta de nieve, en más de una ocasión, descubrió algún punto donde podrían haber acabado despeñándose hacia una muerte segura si no hubiera sido tan cauteloso. Por ahora, Brox seguía llevando su hacha bien sujeta, con el fin de evitar que cualquier tropiezo pudiera hacerle perder esa arma tan valiosa.

Por fortuna, el hecho de que el dragón quisiera incrustarse una armadura había supuesto que Alamuerte tuviera que utilizar las cavernas situadas en la parte inferior de la montaña. Si bien el camino era peligroso, al menos no tenían que intentar descender el pico entero. Malfurion albergaba la esperanza de que llegasen al fondo mucho antes de que despuntara el alba.

Sin embargo, su suerte pareció cambiar a peor una vez más cuando una gran silueta los sobrevoló y cayó en picado. Tanto Brox como Malfurion se arrojaron a la nieve inmediatamente, intentando así protegerse mientras el dragón pasaba cerca de ellos.

Se trataba, efectivamente, de Alamuerte y tal vez lo único que había salvado a los dos era la locura del dragón. Alamuerte peinaba la zona con un ansia demencial, lanzando unas erupciones colosales de lava a los diversos picos que encontraba a su paso. Cada una de esas descargas impactaba con tal violencia contra las montañas que partes enteras de estas salían despedidas, de tal manera que unos fragmentos

enormes caían cual lluvia sobre el paisaje. No parecía estar sondeando el entorno con sus sentidos mágicos, porque si no, seguramente, ya los habría detectado a esas alturas.

Malfurion alzó la cabeza.

—Creo que vuela hacia...

Alamuerte viró de un modo abrupto y regresó en dirección hacia ellos.

— ¡Muévete! —gruñó Brox.

Abandonaron sus escondites de un salto y corrieron hacia un afloramiento que tenían delante. El elfo de la noche miró para atrás y vio cómo la silueta del enorme dragón Negro iba creciendo con gran celeridad. A pesar de que, por la expresión del dragón, era imposible saber si los había visto o no, estaba seguro de que se estaba acercando demasiado para nada bueno.

Mientras sorteaban el afloramiento de un brinco, el druida oyó el mismo ruido horroroso que había anunciado cada una de las anteriores descargas de lava.

— ¡Aquí! —exclamó el orco, quien señaló a un saliente. Este tenía un borde que podría brindarles cierta protección, pero ¿sería suficiente?

El afloramiento se desvaneció por entero y sus fragmentos llovieron por doquier. La temperatura aumentó tanto que la nieve se derritió. Unos grandes trozos de hielo muy antiguo cayeron, estrellándose contra el suelo. Unos charcos hirvientes moteaban aquí y allá la ladera del pico.

Alamuerte sobrevoló la zona, contemplando la devastación. La gran bestia se acercó aún más y, acto seguido, resopló asqueada. Con un rugido salvaje, se dio la vuelta y se alejó; esta vez, trazando círculos alrededor de la montaña que albergaba su guarida.

Bajo lo que quedaba de ese borde y medio enterrados entre el suelo y la nieve fundida, se encontraban Malfurion y Brox, quienes, excavando, lograron salir de esa capa de tierra. El elfo de la noche tosió varias veces y, al instante, palpó la faltriquera. En cuanto notó la familiar forma del disco, suspiró aliviado.

Sin embargo, Brox no se mostraba tan contento.

—Alamuerte volverá, druida. Debemos alejarnos de este lugar antes de que eso ocurra.

Tras sacudirse el barro que aún tenían pegado, reanudaron el descenso. De vez en cuando, oían los rugidos furiosos del dragón, pero el leviatán negro no reapareció. No obstante, ambos no aminoraron el ritmo.

Mientras se acercaban al fondo, el elfo de la noche escrutó el valle que se hallaba allá abajo.

—No sé dónde estamos. No reconozco este sitio. Creo que nos encontramos lejos de Krasus. —Cerró los ojos—. Tampoco puedo percibirlo.

—Como el dragón Negro está deambulando furioso por ahí fuera, el anciano puede que se esté ocultando.

—Pero tenemos que dar con él de algún modo.

Acordaron que hasta que no llegaran a la base de la montaña no se preocuparían más sobre ese tema, puesto que, con casi toda seguridad, Krasus estaría mejor que ellos.

El valle era un lugar donde reinaba una oscuridad perpetua, debido a que esos altos picos lo envolvían en sombras. Aunque el elfo de la noche encabezaba la marcha, Brox se mantenía cerca de él. Seguían estando lo bastante cerca del dominio de Alamuerte como para que los goblins continuaran siendo motivo de preocupación.

Tenían que girar a la izquierda para alcanzar el lugar donde se habían separado de Krasus, pero cuando únicamente había avanzado unos pocos metros en esa dirección, el dúo se encontró con el borde de una montaña que se superponía a la otra. Si bien Malfurion se planteó la posibilidad de utilizar el Alma Demoníaca, sospechaba que un hechizo de esa índole atraería seguramente la atención de Alamuerte. Además, cada vez que el druida empleaba el disco, le resultaba más difícil volverlo a guardar.

—Me da la sensación de que, si vamos en la dirección contraria, tal vez podamos llegar al mismo sitio dando la vuelta—sugirió Malfurion.

—De acuerdo.

Su nuevo camino los obligó a trepar por algunos de los escombros que había dejado a su paso el furioso dragón, pero afortunadamente había huecos aquí y allá que les facilitaron su avance.

Otro rugido les advirtió de que Alamuerte regresaba. Malfurion y el orco se pegaron a la base de la montaña, a la vez que observaban cómo el gigante pasaba volando justo por encima de ellos. Aunque Alamuerte escrutó la región con sumo detenimiento, siguió sin reparar

en su presencia. Permanecieron escondidos hasta que el dragón se perdió totalmente de vista.

Es raro que solo lo hayamos visto a él. ¿Dónde se han metido los demás dragones?

Brox contestó al instante:

—Si hallaran el disco, podrían tratar de convertirse en el líder.

La paranoia del dragón Negro obraba a favor de esos dos seres a la fuga, ya que Alamuerte no iba a permitir que otro miembro de su vuelo pudiera dar con el Alma Demoníaca antes que él. Por lo poco que sabía Malfurion acerca de su poder, creía que un dragón inferior armado con ella podría incluso llegar a derrotar a esa poderosa criatura.

Aunque avanzaban raudos y veloces, se toparon con un sendero que les jugaba malas pasadas. Por mucho que lo intentaron, el elfo de la noche y el orco se vieron obligados a alejarse de su objetivo.

La frustración dominó al druida.

— ¡Debería haber usado este maldito objeto para que nos llevara hasta Krasus!

—Entonces, el dragón Negro nos habría localizado al instante.

—Lo sé... Es que...

Una figura monstruosa, vestida con una armadura, colisionó con el orco.

Al mismo tiempo, una criatura lupina del tamaño de una sable de la noche se abalanzó sobre el druida. De la espalda de esta brotaban un par de feroces ventosas que no paraban de retorcerse, las cuales intentaron clavarse de inmediato en el pecho del taumaturgo.

Era una bestia vil.

Malfurion oyó el entrechocar metálico de las armas, lo cual le dejó bien claro que Brox no podría ayudarlo de manera inmediata. El druida se resistió como pudo mientras el espantoso demonio que tenía encima intentaba arrancarle la cabeza. Malfurion estuvo a punto de ahogarse, puesto que el hedor del aliento de la bestia vil era insoportable.

Una hilera tras otra de colmillos amarillentos ocupó todo el campo de visión del elfo de la noche. Le cayeron encima las babas del monstruo; cada gota quemaba como si fuera ácido. Malfurion empleaba una mano para evitar que todo el peso de la criatura lo aplastara, mientras que con la otra apartaba a golpes las dos hambrientas ventosas.

Sin embargo, una de ellas logró esquivar sus maniobras defensivas y se le adhirió a la piel gracias a los afilados dientes que esta albergaba en su interior.

Malfurion gritó al sentir que empezaba a succionarle el poder. Daba igual que el taumaturgo fuera un hechicero, un mago o un druida, la magia que absorbían pasaba a formar parte rápidamente de esas bestias. Al arrebatárles la magia a sus víctimas, la bestia vil también les devoraba la energía vital. Si se le daba el tiempo necesario para dar buena cuenta de su impía comida, la bestia vil dejaría a su presa reducida a un mero cascarón vacío.

El elfo de la noche no tuvo tiempo para pensar en hechizos. Mientras el dolor iba en aumento, buscó a tientas alguna faltriquera..., cualquiera de ellas.

El demonio aprovechó que su víctima estaba distraída para adherirle la segunda ventosa. Malfurion estuvo a punto de perder el conocimiento, pero sabía que, si eso sucedía, sufriría una muerte terrible.

Rozó una bolsa con los dedos (en la que se hallaba el disco) y, al instante, oyó unos susurros en su mente.

Cógelo, úsalo, utilízalo..., le decían las voces. Es tu única esperanza, tu única oportunidad... Coge el disco... El disco...

Una de ellas le recordaba a esa voz que había creído anteriormente que era la de Krasus. Malfurion agarró con desesperación la bolsa y, al apretar, el Alma Demoníaca se deslizó hasta caer en su mano. De inmediato, notó que su confianza aumentaba. El elfo de la noche lanzó una mirada iracunda al semblante malévolo que se hallaba sobre él.

—Así que quieres magia..., ¡pues yo te daré magia!

Rozó uno de sus tentáculos con el Alma Demoníaca.

A la bestia vil se le salieron los ojos de las cuencas. El cuerpo se le hinchó como un saco que se hubiera llenado de repente hasta estar a punto de reventar. Presa de la desesperación, desenganchó las ventosas adheridas al pecho de Malfurion.

Un instante después, explotó.

A pesar de que múltiples trozos de carne de demonio salpicaron a Malfurion, este apenas se percató de ello. El druida se puso en pie y empleó el poder del disco para quitarse de encima esos restos y limpiarse al instante. Echó un vistazo a su alrededor y vio que Brox continuaba combatiendo no contra uno, sino dos bestias guardias viles. Aunque uno de ellos estaba herido, no cabía duda de que el orco todavía estaba en desventaja.

Con suma indiferencia, Malfurion apuntó con el Alma Demoníaca a aquel al que podía ver con más claridad.

Una llamarada de luz dorada brotó del artefacto, envolviendo al guerrero demoníaco, quien rugió... y, acto seguido, se transformó en un montón de polvo.

El otro guardia vil titubeó. Y eso fue lo único que Brox necesitó. El hacha encantada del orco le abrió un profundo tajo al demonio en el pecho, atravesando armadura y carne.

En cuanto el segundo atacante cayó, Brox se giró. Malfurion, con una gran sonrisa de satisfacción dibujada en la cara, se acercó a su compañero.

—Al final, ha salido todo bien —comentó.

Pero Brox no parecía tan satisfecho. El veterano guerrero posó sus ojos en el disco.

De repente, esa mirada llenó a Malfurion de desconfianza. Las voces regresaron más fuertes que nunca.

Desea el disco... Lo quiere para él..., pero te pertenece a ti..., solo tú puedes usarlo para imponer el orden en el mundo...

—Druida —dijo el orco—, no deberías usarlo más. Es maligno.

— ¡Pero si nos acaba de salvar la vida a los dos!

—Druida...

Malfurion retrocedió, sosteniendo en alto el Alma Demoníaca.

— ¡Tú lo que quieres es poder! ¡Quieres hacerte con él!

— ¿Yo? —Brox negó con la cabeza—. Yo no lo quiero para nada. —

¡Mientes! —Las voces lo alentaban, le decían que debía decir—.

¡Quieres arrebatarme el control de la Legión Ardiente a Archimonde y su amo! ¡Quieres que conquiste Kalimdor en tu nombre! ¡Pero no permitiré que eso suceda! ¡Antes veré el mundo arder en llamas!

— ¡Druida! ¿Oyes lo que estás diciendo? Esas palabras... son totalmente absurdas...

— ¡No permitiré que sea tuyo!

Entonces, apuntó con el disco al orco.

Debe ser destruido... Todos deben ser destruidos... Todo aquel que desee el disco... Todo aquel que quiera arrebatártelo...

Brox se mantuvo firme. No cargó contra el elfo de la noche, ni siquiera alzó el hacha para atacar o defenderse, sino que se limitó a observar y esperar, dejando así su destino en manos de Malfurion.

Entonces, por fin, el druida se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Había estado a punto de asesinar a Brox para poder quedarse con el Alma Demoníaca.

Asqueado, Malfurion arrojó al suelo ese disco siniestro y retrocedió para alejarse de él. Volvió a mirar a su compañero, al mismo tiempo que intentaba dar con alguna manera de disculparse adecuadamente con él por lo que casi había llegado a suceder.

El guerrero canoso hizo un gesto de negación con la cabeza, para indicarle al elfo de la noche que no le culpaba de nada.

—El disco —gruñó—. Es el disco.

A Malfurion no le hacía ninguna gracia la idea de tener que tocarlo otra vez, pero tenían que llevárselo consigo. Seguramente, Krasus sabría mejor cómo manejar la monstruosa creación del dragón Negro. Lo único que tenían que hacer era dar con él.

Tras hallar un trozo de tela suelto, Malfurion se agachó para recoger el Alma Demoníaca. Aunque sabía en lo más hondo de su corazón que la tela no le ofrecía ninguna protección real ante sus tentaciones, era lo único que podía hacer. Para luchar contra él (contra las voces insidiosas que parecían seguir al disco), el elfo de la noche intentó centrar sus pensamientos en sus seres queridos. Si caía víctima del Alma Demoníaca, todos ellos lo pagarían con sus vidas. La primera en que pensó fue Tyrande, quien ya era una víctima de ese artefacto. Malfurion dudaba mucho de que gracias al Alma Demoníaca pudiera llegar a salvarla de algún modo, sino que lo más probable era que el druida acabara asesinandola, como casi había estado a punto de matar a Brox.

Le dio las gracias a Cenarius, cuyas sabias y generosas enseñanzas le habían ayudado a ser lo bastante fuerte como para rechazar las voces. El Alma Demoníaca era una abominación para la naturaleza y, por tanto, una abominación desde el punto de vista druídico.

—Tenemos que huir de este lugar, Brox —dijo, a la vez que se enderezaba—. No hay manera de saber cuántos demonios más podría haber por esta zona...

Se le desorbitaron los ojos al ver que unas manos grotescas cobraban forma en el duro suelo alrededor de sus pies. Con una rapidez asombrosa, agarraron a Malfurion de los tobillos, impidiéndole moverse de ese sitio.

El orco profirió un gruñido e hizo ademán de ir a ayudarlo. Sin embargo, Brox apenas había dado un paso cuando algo lo cogió de los pies de un modo similar. Impertérrito, le dio un hachazo a una mano que lo sujetaba, a la que hizo añicos. No obstante, únicamente pudo dar un solo paso más, ya que dos nuevas manos se aferraron a la extremidad que había logrado liberar.

Entretanto, Malfurion se debatía entre dos opciones: usar el Alma Demoníaca (que seguía sosteniendo, envuelta en esa tela, en la palma de la mano) o invocar las fuerzas de la naturaleza que Cenarius le había enseñado a aprovechar. Pagó cara esa vacilación, puesto que un velo de oscuridad le cubrió de improviso los ojos y algo que parecía ser una mordaza de hierro le tapó la boca. Sobresaltado, soltó el Alma Demoníaca, que rebotó estruendosamente en el suelo.

Oyó rugir a Brox con furia, así como el estrépito del hacha al golpear la piedra. Entonces, se oyó un violento golpe sordo y el orco se quedó atterradoramente callado.

Unos jadeos, que Malfurion reconoció que pertenecían a unos sables de la noche, advirtieron al druida de que los atacantes se aproximaban. Pero la Legión Ardiente no utilizaba panteras para transportarse. Por

lo que recordaba, solo su propio pueblo lo hacía. ¿Podía tratarse de alguien del palacio?

—Les has dejado vivir. ¿Por qué? —preguntó alguien con una voz que, en efecto, pertenecía a un elfo de la noche, pero que tenía el tono de un demonio.

—Nuestro señor se mostrará muy interesado en estos dos...
Malfurion se quedó anonadado al oír esa segunda voz. ¿Podría ser él?

Oyó que algo se posaba con ligereza en el suelo y, acto seguido, unos pasos que se acercaban a él. Percibió unos chirridos mientras esa figura cercana recogía lo que solo podía ser la infecta creación del dragón.

—Por su aspecto, no parece gran cosa —comentó el que se encontraba cerca de Malfurion, quien, casi por casualidad, añadió algo que ratificó los peores miedos del druida—. Hola, hermano...



CAPÍTULO DIEZ

Krasus lanzó un juramento en cuanto percibió el desastre que se había producido en la guarida del dragón Negro. Había intentado hacer todo lo posible para detectar todos los intrincados hechizos que Alamuerte había tejido sobre el escondite del Alma Demoníaca y sabía que Malfurion había hecho lo mismo, pero a pesar de todo su adversario había sido más inteligente que ellos.

Y lo que era aún peor: el enlace mental con el druida y el orco se había roto y no por culpa de algún sortilegio lanzado por el dragón Negro. Alguna fuerza igual de terrible, a su manera, que Alamuerte se había interpuesto entre el mago y sus compañeros..., y Krasus creía que tenía una vaga idea sobre qué podía ser.

Los dioses antiguos eran únicamente una leyenda incluso para la mayoría de los dragones, que habían nacido en los albores del mundo.

Krasus, que era tremendamente curioso por naturaleza (o, como señalaba Rhonin, un tremendo metomentodo) sabía que eran mucho más.

Según contaban las leyendas, tres entidades oscuras habían gobernado un sangriento caos que ni siquiera los señores demoníacos de la Legión Ardiente eran capaces de imaginar. Habían gobernado el plano primordial hasta la llegada de los creadores del mundo. Entonces, estalló una guerra de proporciones cósmicas y, al final, los dioses antiguos habían caído.

Los tres habían sido condenados a ser encarcelados eternamente y el lugar de su confinamiento se había ocultado a toda la existencia y sus poderes se habían anulado hasta el fin de los tiempos. Esa debería haber sido la última línea que se escribía en esa saga, pero ahora Krasus sospechaba que los dioses antiguos habían hallado, de algún modo, la forma de alcanzar el plano mortal y buscar aquello que pudiera liberarlos.

Todo comienza a tener sentido, se percató el mago mientras escalaba ese paisaje rocoso en busca de sus amigos. Nozdormu..., la grieta en el tiempo, el haber llegado a la era de los elfos de la noche y la Legión Ardiente..., el Pozo de la Eternidad... e incluso la forja del Alma Demoníaca...

Los antiguos estaban creando la llave que abriría las puertas de su prisión... y, si eso ocurría, incluso Sargeras acabaría suplicando por hallar la paz de la muerte.

Si lograban desgarrar el tiempo, conseguirían destruir su prisión. Tal vez hasta hubieran planeado cambiar el resultado de su anterior derrota. Le resultaba muy difícil imaginarse el alcance exacto de los

planes de los dioses antiguos, ya que eran muy superiores a él, tanto como él era superior a un gusano. Aun así, al menos su objetivo inicial era comprensible.

¡Debo advertir a Alexstrasza!, pensó de manera instintiva Krasus.

Los Aspectos eran las criaturas más poderosas de todo el plano mortal. Si alguien tenía alguna oportunidad ante los dioses antiguos, esos eran ellos. Maldijo la locura que había transformado a Neltharion el Guardián de la Tierra en Alamuerte el Destructor. Si unían fuerzas, no cabía duda de que los cinco Aspectos conformaban una fuerza capaz de derrotar a esos seres antiguos. Si no fuera por Neltharion...

Krasus se resbaló y estuvo a punto de caerse de la cumbre que estaba recorriendo en esos momentos. ¡Qué laberínticos eran los planes de los dioses antiguos! Ellos eran quienes habían manipulado mentalmente a Neltharion... ¡y con más de una intención aviesa! Los dioses antiguos lo habían convertido en un títere que los ayudaría a escapar y, al mismo tiempo, habían dividido (y, por tanto, debilitado) a sus únicos enemigos en potencia. Sin Neltharion, los otros cuatro Aspectos apenas eran una gran amenaza.

Y lo que era aún peor: tenían a Nozdormu muy ocupado; sin lugar a dudas, eso también formaba parte de su plan. Krasus se detuvo y se dejó caer hacia atrás hasta apoyarse en la ladera de la montaña. Aquello lo abrumaba. Los oscuros antiguos habían invertido mucho tiempo y esfuerzo en esas maquinaciones. Habían colocado a muchos peones en su sitio y habían ocultado sus intrigas muy bien. ¿Cómo iba a poder alguien (y mucho menos él) frustrar sus malévolas conspiraciones?

¿Cómo?

Krasus se hallaba tan ensimismado con esas revelaciones tan abrumadoras que no reparó en la presencia de una colosal sombra negra hasta que esta llevaba ya un tiempo cubriendo toda la zona que lo rodeaba.

Alamuerte tapaba el cielo entero.

— ¡TÚ!

El monstruoso dragón exhaló.

Si se hubiera tratado de otro, la persecución habría acabado ahí, con un montoncito de huesos calcinados rápidamente al ser engullidos por un torrente humeante de tierra fundida. Pero como se trataba de Krasus, quien conocía a Alamuerte demasiado bien, este reaccionó a tiempo... por muy poco.

Mientras la furia demencial de Alamuerte se derramaba sobre él, la figura ataviada con una túnica alzó un muro de pura luz dorada. Si bien la descarga del dragón Negro golpeó ese escudo que parecía muy delicado sin piedad..., este aguantó. La tensión dominó a Krasus, quien tuvo que hacer un esfuerzo para mantener el equilibrio y rompió a sudar. Todas las fibras de su ser le pidieron a gritos que se rindiera, pero no lo hizo.

Al final, fue el terror alado del cielo quien detuvo su ataque, pero únicamente para lanzar otra descarga horrenda. Sin embargo, ese instante de vacilación por parte de su rival era lo único que necesitaba Krasus.

El foco de la ira de Alamuerte alzó los brazos... y se desvaneció

No podía enfrentarse a ese espeluznante coloso cara a cara, pues el resultado de ese combate era muy obvio. Incluso en plena forma Krasus era meramente el consorte de un Aspecto, no uno de los cinco grandes dragones. El valor era un atributo muy valioso, pero no servía de nada cuando uno se enfrentaba a algo imposible.

El mago reapareció en una montaña cercana, al sur de la que había huido. Jadeando, Krasus se desmoronó sobre una roca. El esfuerzo que había hecho para bloquear el asalto de su adversario y transportarse mediante un hechizo lo había dejado extenuado. En verdad, esperaba haberse materializado mucho más lejos del otro dragón.

— ¡Te encontraré! —vociferó el leviatán negro, cuyos gritos reverberaron—. ¡No escaparás de mí!

El único factor que Krasus sabía que obraba a su favor era que Alamuerte se hallaba tan dominado por la ira que era incapaz de concentrarse para emplear sus poderes como era debido. El mago notó que su adversario estaba sondeando mágicamente el entorno, pero de una manera rápida y somera, haciendo unos barridos tan veloces y amplios que su presa fue capaz de esconderse con gran facilidad.

Tras obligarse a ponerse en pie, Krasus se puso en marcha. Cuanto más cerca se hallará del suelo, mejor estaría.

El mago no sabía qué había sido de sus compañeros. Aunque estaba seguro de que habían escapado de Alamuerte, ya que, si no, el dragón Negro no le habría molestado a él. Sin lugar a dudas, Alamuerte todavía seguía buscando su valioso disco y ahora creía que lo tenía Krasus.

Mejor. Si tenía que sacrificar su vida para que los demás pudieran llevarse el Alma Demoníaca, que así fuera. Rhonin sabría qué hacer con ella.

Descendió con dificultad por la ladera; a pesar de que se hallaba exhausto, se movía con más agilidad que cualquier elfo de la noche o humano. En todo momento, Krasus permaneció con los oídos bien abiertos, para saber por dónde estaba volando el iracundo titán.

En un instante concreto, Alamuerte pasó volando justo por encima de él, pero la figura vestida con túnica se pegó rápidamente a un afloramiento y el gigante alado pasó de largo. Alamuerte lanzó varias descargas al azar sobre el paisaje, sin ser consciente de que su propia furia obraba en su contra.

Entonces, el dragón hizo lo que Krasus había temido que hiciera. Al parecer, tras decidir que ya había escrutado bastante la zona, Alamuerte se ladeó y se dirigió de vuelta a su santuario de la montaña. Krasus dudaba seriamente que el dragón Negro hubiera abandonado la búsqueda tan pronto..., lo cual significaba que Alamuerte buscaría ahora el Alma Demoníaca en otra parte.

Temeroso por el destino de Malfurion y Brox, Krasus contempló esa silueta que se alejaba y se concentró.

Por todas partes, los escombros que habían generado las anteriores descargas del coloso negro salieron volando por los aires, bombardeando así a Alamuerte. Unos fragmentos descomunales, algunos tan grandes como la cabeza del dragón, impactaron contra él de manera violenta. Sobresaltado, Alamuerte lanzó un rugido mientras viraba de un modo demencial hacia una montaña, contra la que evitó colisionar en el último momento.

Krasus se giró y echó a correr.

El grito que atronó a sus espaldas demostró ampliamente que Alamuerte había mordido el anzuelo. Krasus ni se molestó en mirar hacia atrás, pues sus sentidos ya le estaban advirtiéndole de que el leviatán negro volvía con suma celeridad.

Krasus tenía que hacer todo el movimiento preciso si quería que su plan tuviera éxito. Tenía que sentir el nauseabundo aliento del Aspecto en la nuca...

— ¡Te quemaré! ¡Te reduciré a cenizas! —bramó su monstruoso enemigo—. ¡A cenizas!

Alamuerte no temía dañar su valiosa creación, puesto que el Alma Demoníaca está diseñada para sobrevivir a unas condiciones tan extremas. Lo más irónico de todo era que sería una escama de la Piel del dragón la que demostraría cuán frágil era el disco..., ya que una parte física del propio Alamuerte era lo único que podía destruir ese monstruoso juguete.

Si bien Krasus se había planteado la posibilidad de dar con alguna manera de provocar la destrucción del Alma Demoníaca aquí, en el pasado, temía que tal acto pudiera ser la gota que colmara el vaso para una línea temporal que ya estaba sometida a un terrible estrés. Era mejor dejar que los dragones se la quedaran, tal y como había planeado, y esperar que la historia siguiera su curso como era debido..., siempre que eso aún fuera posible.

Alamuerte se acercó más... y más... El gigante negro quería cerciorarse de acertar en el blanco con su siguiente descarga, sin duda alguna.

Lo hará en cualquier momento, pensó el mago, quien se tensó y preparó para actuar.

Oyó el revelador sonido que le indicó que su perseguidor estaba a punto de lanzar otra oleada de rocas fundidas.

Krasus apretó los dientes...

Tras el estruendo que acompañó a ese líquido expulsado con fuerza..., la zona donde la figura envuelta en una túnica había estado quedó anegada por la lava humeante.

El Guardián de la Tierra se elevó muy alto en el aire y sus carcajadas fueron tan intensas como su locura. Circundó la región, que ahora se encontraba iluminada por esas rocas naranjas y ardientes. Las fuerzas mágicas puras que formaban parte inherente de la masa ígnea que había vertido hacían que fuera imposible localizar el disco en esos momentos, pero Neltharion podía esperar.

Se regodeó en la espeluznante manera en que había fallecido el misterioso mago dragón; el perrito faldero de Alexstrasza que había estado muy cerca de frustrar sus planes desde un principio. Era una pena que no quedara nada de la criatura, puesto que al dragón Negro le habría encantado poder llevarse un recuerdo que poderle presentar a su compañera Aspecto antes de convertirla en su concubina. Neltharion había percibido que tenían una relación muy estrecha, puesto que daba la impresión de que la dragona apreciaba al tal Krasus

tanto como a sus consortes; sobre todo, como al insípido e irritante Korialstrasz.

Aun así, lo único que realmente importaba era que esa criatura estaba muerta y el disco volvería a ser suyo. Simplemente, tenía que ser paciente. Sin duda, el Alma se hallaba cerca de él, enterrada bajo el magma, aguardando a reunirse con él.

Pero entonces..., un pensamiento que lo reconcomía lo sacó de su ensimismamiento. Neltharion sabía que su presa era astuta y artera y era consciente de que tanto él como sus compañeros habían sido lo suficientemente hábiles como para robarle el disco.

El dragón descendió aún más, intentando percibir la presencia de su querida creación a través de las energías caóticas que solo ahora comenzaban a decaer. Aunque seguía sin poder detectar el disco, tenía que estar en algún lugar ahí dentro. Tenía que estar ahí...

Krasus se materializó a cierta distancia, sufriendo todavía las consecuencias del insoportable calor al que le había sometido Alamuerte con su ataque. Se tendió en el suelo, siendo consciente de que, una vez más, no había logrado alejarse tanto como le hubiera gustado.

Esperaba que el coloso negro lo diera por muerto y que creyera que había enterrado al Alma Demoníaca con él. Como también era un dragón, Krasus era consciente de la gran cantidad de energía que consumía un congénere suyo durante un ataque, por lo cual creía que el asalto que acababa de llevar a cabo Alamuerte en su contra demoraría al Aspecto en su búsqueda del elfo de la noche y el orco. Cada valioso minuto que le sacaran de ventaja, otorgaría más posibilidades de éxito a los dos.

En cuanto a la situación del propio Krasus, ahora que su enemigo creía que había perecido, podría descansar el tiempo suficiente como para recuperar las fuerzas necesarias para tele transportarse hasta donde se encontraban sus compañeros. El mago agradeció que su plan hubiera funcionado, ya que dudaba de que hubiera sido capaz de hacer otra cosa si Alamuerte hubiera descubierto la treta.

De hecho, Krasus sospechaba que, en esos momentos, habría tenido suerte si hubiera conservado el poder suficiente para encender una vela, por lo cual no hubiera podido defenderse de ese Aspecto demente de ningún modo.

Agotada, la figura vestida con una túnica yacía sobre el suelo rocoso. Los primeros rayos de luz se extendían por lo poco del horizonte que podía ver. En este lugar tan oscuro, lo único que podían hacer esos haces de luz era marcar la vaga diferencia entre el día y la noche. Sin embargo, Krasus les dio la bienvenida, pues era un ser de la Vida y la Vida florecía mejor bajo la luz del sol. Mientras se le adaptaba la vista a esa nueva iluminación, el mago por fin se permitió el lujo de relajarse, al menos por un momento.

Fue entonces cuando alguien con una voz grave que procedía de allá arriba bramó triunfal:

— ¡Ah! ¡Por fin te he encontrado!

El hambre se estaba adueñando del estómago de Tyrande, lo cual no era una buena señal en absoluto. Aunque la Madre Luna le había proporcionado sustento durante mucho tiempo, Elune tenía tantas necesidades que atender por todo Kalimdor que no se podía

El Cataclismo

concentrar tanto en una mera sacerdotisa; además, siempre se esperaba que las sacerdotisas fueran las primeras en sacrificar sus vidas siempre que fuera necesario.

Tyrande no se sintió traicionada, sino que dio las gracias a Elune por todo lo que había hecho la deidad. A pesar de que ahora todo dependía de su excesivamente frágil carne mortal, el adiestramiento que había recibido por parte de la hermandad la ayudaría a seguir adelante.

Todas las noches, cuando llegaba la puesta de sol, uno de los Altonato le traía un cuenco con comida. Lo que contenía ese cuenco (unas gachas que Tyrande sospechaba que eran las sobras de las comidas de sus captores) permanecía en el suelo cerca de la esfera sin ser tocado. Lo único que Tyrande tenía que hacer era decirle a uno de sus captores que tenía hambre y la esfera descendería mágicamente, lo cual permitiría que, a continuación, la cuchara de marfil que siempre acompañaba al cuenco pasara con el alimento a través de la barrera.

Teniendo en cuenta que lady Vashj la quería ver muerta, Tyrande se sentía doblemente agradecida por no haber comido nada hasta ahora. Sin embargo, en esos momentos, esa fría sustancia cuajada y helada del cuenco parecía ser tan apetitosa. Lo único que necesitaba la sacerdotisa era darle un solo mordisco para mantener sus fuerzas otro día más; el cuenco entero le habría ayudado a conservarlas una semana más, o quizá más.

No obstante, no podía comer si no le ayudaba alguien y no tenía ninguna intención de pedir ayuda a nadie, puesto que sería un síntoma de debilidad que los demonios aprovecharían, sin lugar a dudas.

Alguien abrió la puerta. Tyrande apartó la mirada con rapidez de la comida, ya que no quería dar ninguna pista que indicara que estaba flaqueando.

Con una expresión torva, un guardia abrió la puerta, por la que apareció un Altonato al que la cautiva no había visto nunca. Sus llamativas prendas eran espléndidas y no cabía duda de que sabía perfectamente que poseía un rostro muy hermoso. Al contrario que muchos de su casta, tenía una constitución bastante atlética. Aunque lo que más llamaba la atención era su pálida piel violeta y, sobre todo, su pelo... de un color castaño rojizo con mechones dorados, algo que Tyrande nunca había visto. Sin embargo, como todos los Altonato, mostraba una expresión de absoluto desdén, que se tomó aún más intensa cuando se dirigió al guardia.

—Déjanos a solas.

El soldado, que ansiaba marcharse para alejarse de la presencia del hechicero, cerró la puerta tras él y se alejó.

—Santa sacerdotisa —la saludó el Altonato, con un tono mucho menos condescendiente que el que había empleado con el guardia—, esta situación podría volverse mucho menos incómoda para ti.

—Ya tengo a la Madre Luna para reconfortarme. No necesito ni deseo nada más.

La expresión del Altonato sufrió un cambio muy sutil, y Tyrande creyó atisbar algo que tal vez pudieran llegar a ser unos remordimientos, o eso pensó la sacerdotisa. Procuró que el desconcierto que había despertado en ella ese descubrimiento no se notara. Había dado por sentado que todos los Altonato se habían convertido en esbirros, en una suerte de esclavos del señor demoníaco

y Azshara, pero el que tenía delante le había revelado que eso tal vez no fuera así.

—Sacerdotisa... —acertó a decir.

—Puedes llamarme Tyrande —le interrumpió, intentando así abrirse a él—. Tyrande Susurravientos.

—Señora Tyrande, soy Dath'Remar Caminante del Sol —replicó el Altonato, con un cierto orgullo—. Pertenezco a la vigésima generación de mi familia que sirve al trono...

—Un linaje muy ilustre. Tienes razones para estar orgulloso de él.

—Lo estoy. —Aun así, mientras Dath'Remar pronunciaba esas palabras, una sombra planeó fugazmente sobre su rostro—. Como debería ser —añadió.

Tyrande vio un rayo de esperanza en esas palabras. No cabía duda de que Dath'Remar quería algo.

—Los Altonato siempre han sido los dignos protectores del reino, pues han velado tanto por el pueblo como por el Pozo. Estoy segura de que tus ancestros serán capaces de apreciar tus esfuerzos y no verán nada malo en ellos.

Una vez más, esa sombra apareció brevemente. De repente, Dath'Remar miró a su alrededor.

—He venido para ver si podía instarlos a comer algo, santa sacerdotisa. —Cogió el cuenco—. Yo te ofrecería más, pero es lo único que me permiten.

—Gracias, Dath'Remar, pero no tengo hambre.

—A pesar de lo que alguno pudiera desear, no contiene ningún veneno ni ninguna droga, señora Tyrande. Te lo puedo asegurar. —El bien vestido Altonato se acercó la punta de la cuchara a la boca y

comió un poco de esa sustancia marrón. Al instante, mostró un gesto de repugnancia. Lo que no puedo asegurarte es que tenga buen sabor... y me disculpo por ello. Te mereces algo mejor.

La elfa de la noche caviló por un momento y, entonces, decidió jugársela todo por el todo, por lo que dijo:

—Muy bien. Comeré.

Al oír esas palabras, la esfera descendió. Dath'Remar no apartó en ningún momento los ojos de la sacerdotisa. Si su corazón no hubiera tenido ya dueño, Tyrande habría hallado a ese Altonato muy atractivo. Carecía en gran parte de la afectación que había visto en muchos miembros de su casta.

Dath'Remar llenó la cuchara de comida y se la acercó a Tyrande. El cubierto y su contenido brillaron levemente al atravesar el velo verde que la rodeaba.

—Debes inclinarte hacia delante un poco —le explicó—. La esfera no permitirá que mi mano pase.

La sacerdotisa hizo lo que le había pedido. Dath'Remar había dicho la verdad cuando había comentado que la comida no tenía un gran sabor; no obstante, Tyrande se alegraba en su fuero interno de poder degustarla. De improviso, su hambre pareció multiplicarse por diez, pero fue lo bastante precavida como para no revelar esto a su captor. Aunque El Altonato tal vez se compadeciera de ella, seguía siendo un siervo del señor demoníaco y Azshara.

Tras el segundo bocado, el elfo de la noche se atrevió a hablar de nuevo.

—Si dejarás de resistirte, todo sería mucho más fácil. Si no, acabarán cansándose de tenerte aquí. Y si eso ocurriera, señora, me temo que sufrirías un destino no muy agradable.

—Debo seguir el camino que creo que la Madre Luna pretende que recorra, pero te doy las gracias por la franca preocupación que muestras por mí, Dath'Remar. Resulta reconfortante ser objeto de tales sentimientos en el palacio.

El Altonato ladeó la cabeza.

—Hay otros que comparten ese sentimiento, pero sabemos cuál es el lugar que nos corresponde y no hablamos imprudentemente.

Tyrande lo observó con detenimiento y decidió que había llegado el momento de presionarle aún más.

—Pero tu lealtad a la reina es incuestionable.

La alta figura pareció sentirse insultada.

— ¡Por supuesto! —Entonces, con una actitud menos beligerante añadió—: Aunque tememos que su juicio se haya nublado y ya no sea el que era. Ya no nos escucha... a nosotros, que somos quienes conocemos profundamente el Pozo y su poder. Solo tiene oídos para esos forasteros. ¡Ha despreciado todo nuestro trabajo y está obsesionada con traer a este mundo al Señor de la Legión! Nos habíamos esforzado tanto por lograr que...

Cerró súbitamente la boca, puesto que se acababa de dar cuenta del tono que estaba empleando. Con una determinación sombría, Dath'Remar siguió dándole de comer en silencio. Tyrande no dijo

nada, pero ya había visto suficiente. El Altonato había venido hasta ese lugar más que por ella por él mismo. Dath'Remar pretendía confesarse para poder así calmar en parte el caos que reinaba en su mente.

Sin que fuera consciente de ello, el cuenco había quedado vacío. Dath'Remar hizo ademán de retirar el recipiente, pero la sacerdotisa, que pretendía que se quedara unos instantes más, le preguntó rápidamente:

— ¿Podrías darme un poco de agua?

Cuando habían traído la comida, también habían traído un odre de agua, pero al igual que con la comida, Tyrande nunca había bebido de ella. Con un ansia que dejaba translucir que él tampoco deseaba poner punto final a ese encuentro, Dath'Remar cogió el odre con celeridad. Le quitó el tapón y se lo acercó; sin embargo, la barrera impidió que el odre llegara a sus labios.

—Perdóname —murmuró—. Lo había olvidado.

El Altonato vertió un poco de agua en el cuenco y, acto seguido, tal y como había hecho con la comida, le dio una cucharada del líquido elemento. Tyrande aguardó un segundo antes de atreverse a hablar de nuevo.

—Debe de resultar extraño tener que trabajar junto a los sátiros, quienes antes eran igual que nosotros. He de confesar que me perturban un poco.

—Son los afortunados que han sido elevados por el poder de Sargerass, para servirle aún mejor.

Esa respuesta brotó de sus labios de una manera tan automática que la sacerdotisa no pudo evitar tener la sensación de que Dath'Remar la había repetido muchas veces..., tal vez incluso a sí mismo.

— ¿Y cómo es posible que no estés entre los elegidos?

La mirada de su interlocutor se tomó más dura.

—Me negué, aunque la oferta era muy... tentadora. En primer lugar y por encima de todo, estoy al servicio de la reina y el trono. No tengo ningún deseo de ser uno de esos mo..., uno de ellos.

Sin previo aviso, apartó el cuenco y la cuchara. Tyrande se mordió el labio y se preguntó si se había equivocado con él. Después de todo, no tenía muchas más opciones. Dath'Remar Caminante del Sol era su única salida.

—Debo marcharme ya —aseveró esa figura tan bien vestida—. He permanecido aquí demasiado tiempo.

—Esperaré impaciente tu próxima visita.

El Altonato hizo un vehemente gesto de negación con la cabeza.

—No regresaré. No. Yo no.

Dath'Remar se giró, pero antes de que pudiera marcharse, la sacerdotisa le dijo:

—Soy el oído de Elune, Dath'Remar. Si alguna vez quieres decir algo, mi deber es escuchar. Y lo que me cuentes nunca escapará de mis labios. Nadie sabrá jamás lo que me has dicho.

El hechicero miró hacia atrás, la contempló y, aunque en un primer momento no dijo nada, Tyrande pudo ver que le había llegado muy hondo. Al fin, tras muchos titubeos, Dath'Remar contestó:

—Intentaré ver qué se puede hacer para que la próxima vez puedas degustar algo más sabroso, señora Tyrande.

—Que la bendición de la Madre Luna recaiga sobre ti, Dath'Remar Caminante del Sol.

El elfo de la noche agachó la cabeza y, a continuación, se marchó. Tyrande escuchó cómo esas pisadas se alejaban. Entonces, esperó a que entraran los guardias para comprobar cómo estaba, pero cuando regresaron, se limitaron a ocupar sus posiciones, como era habitual. En ese instante, por primera vez desde que la habían capturado, Tyrande Susurravientos se permitió el lujo de esbozar una breve sonrisa.



CAPÍTULO ONCE

Para un orco, la sangre era el vínculo definitivo. Con ella, se sellaban juramentos, se establecían alianzas y se distinguía al verdadero guerrero en combate. Mancillar un lazo de sangre era uno de los peores crímenes imaginables.

Y eso era lo que acababa de hacer el hermano del druida.

Brox contemplaba a Illidan Tempestira con un odio que había sentido por muy pocas criaturas. Hasta a los demonios los respetaba más, ya que obraban según su naturaleza, por muy perversa y vil que esta fuera. Aun así, aquí tenía a aquel que había luchado junto a Brox y los demás, a aquel que era el gemelo de Malfurion y, por tanto, debería haber compartido el amor y preocupación de su hermano por sus camaradas; sin embargo, Illidan vivía solo para obtener poder y nada más, y ni siquiera su pariente más cercano podía cambiar eso.

Si no hubiera tenido los brazos atados con firmeza, el orco se habría sacrificado gustoso; se habría abalanzado sobre el hechicero y le habría partido el cuello. Fueran cuales fuesen los defectos que él mismo creía tener, el orco jamás habría traicionado a sabiendas a otros. En cuanto a Malfurion, el druida avanzaba dando traspiés junto orco canoso. Como llevaban las manos atadas a la espalda y unas lerdas alrededor de la cintura que los ataban a los sables de la noche, ambos apenas eran capaces de seguir su ritmo; además, el hermano de Illidan tenía una desventaja añadida, ya que su traicionero gemelo no le había quitado ese hechizo que lo mantenía ciego.

Con los ojos cubiertos por unas pequeñas sombras negras que ninguna luz era capaz de atravesar, Malfurion siguió tropezándose y cayendo, sufriendo cortes y roces constantemente, e incluso en una ocasión estuvo a punto de partirse la crisma con una roca.

El hechicero que llevaba una venda en los ojos no dio ni la más leve muestra de arrepentimiento. Cada vez que Malfurion se tropezaba, Illidan se limitaba a tirar de la cuerda hasta que el druida conseguía levantarse. Entonces, los guardias que iban detrás de los prisioneros los espoleaban a avanzar y se reanudaba la caminata.

Brox dirigió su mirada a su hacha, que ahora pendía del felino sobre el que estaba montado el oficial del rostro marcado. El orco ya había decidido que el capitán Varo'then iba a ser su otro objetivo principal, en el caso de que las circunstancias permitieran que Malfurion y él se liberaran. Si bien era cierto que los guerreros demoníacos eran peligrosos, carecían de la astucia ladina que Brox podía ver en el otro elfo de la noche. Incluso Illidan no era tan taimado como él. Aún así, si los espíritus le daban su bendición, Brox los mataría a ambos.

Si todo lo anterior sucediera, después tendrían que hacer algo con el Alma Demoníaca.

Lo más curioso de todo no era que Illidan fuera quien la llevara ahora, sino que unos instantes después de que el hechicero se la hubiera arrebatado a su hermano, el capitán se había acercado al gemelo traidor y le había tendido una mano enguantada, a la vez que le exigía a Illidan que se la entregara. Y era todavía más curioso que el hermano de Malfurion hubiera obedecido sin rechistar.

Pero tales misterios no preocupaban al combatiente de piel verde, pues él solo sabía que tenía que matarlos a ambos y luego arrebatarse el Alma Demoníaca al cadáver de Varo'then. Claro que para hacer eso, el orco primero tenía que librarse de sus ataduras y, probablemente, abrirse camino violentamente entre los demonios.

Brox resopló, mofándose así de sí mismo. Aunque los héroes en los relatos épicos siempre conseguían hacer tales proezas, era muy improbable que él fuera capaz de lograrlo. El capitán Varo'then tenía un gran talento a la hora de manejar cuerdas y ligaduras, sin lugar a dudas; había atado a sus prisioneros de un modo excelente. Siguieron avanzando arduamente, dejando la guarida del dragón Negro cada vez más y más lejos. Sin embargo, Brox no viajaba con la confianza de la que hacían gala Illidan y el capitán, pues estaba seguro de que Alamuerte daría con ellos. Resultaba desconcertante que el gigante de ébano no hubiera aparecido ya. ¿Acaso algo lo habría distraído?

De repente, abrió los ojos como platos y se gruñó a sí mismo por ser tan necio. Sí, el orco se dio cuenta al fin de que algo lo había distraído. Sí, algo... o, más bien, alguien: Krasus.

Brox entendía perfectamente el sacrificio que el mago podría haber hecho. *Anciano, te deseo lo mejor. Cantaré sobre ti... durante el breve tiempo que siga vivo.*

— ¡Angh!

Brox se volvió justo a tiempo de ver cómo Malfurion volvía a perder el equilibrio. Aunque, esta vez, el druida logró retorcerse de tal modo que, en vez de caer de bruces, cayó de costado. Esto le salvó de acabar sangrando por la nariz, aunque Malfurion se había llevado un tremendo golpe que lo había dejado molido, sin duda alguna.

Por mucho que lo intentara, el orco no podía hacer nada para ayudar al elfo de la noche caído. Apretando los dientes, lanzó una mirada iracunda a Illidan.

— ¡Devuélvele la vista! ¡Así, podrá caminar mejor!

El hechicero se ajustó la venda que le tapaba los ojos. Brox había visto lo suficiente como para saber que les había pasado algo terrible.

— ¿Que le devuelva la vista? ¿Por qué debería hacerlo?

—La bestia tiene cierta razón —les interrumpió abruptamente el capitán Varo'then—. ¡Tu hermano nos está demorando demasiado! ¡O me dejas que le degüelle aquí ahora o le devuelves la vista para que pueda ver el camino!

Illidan le brindó una sonrisa sardónica.

— ¡Qué opciones tan tentadoras! ¡Oh, muy bien! ¡Tráiganlo aquí!

Dos de los demonios empujaron hacia delante a Malfurion con la punta de sus armas. Hay que reconocer que el druida se enderezó lo mejor que pudo y se aproximó desafiante a su hermano.

—Desde mis ojos a los tuyos —murmuró Illidan—, te concedo lo que yo ya no necesito.

Se levantó la venda.

Al orco se le pusieron los pelos de punta al ver por primera vez lo que yacía ahí abajo. Brox lanzó un juramento a los espíritus Incluso los monstruosos guardias que se encontraban junto a él se movieron inquietos.

Las sombras se desvanecieron de los globos oculares de Malfurion. Parpadeó y, a continuación, vio a Illidan. El druida también se quedó boquiabierto y horrorizado al ver en qué estado habían quedado los ojos de su hermano.

—Oh, Illidan... —acertó a decir Malfurion—. Lo siento tanto...
— ¿Qué es lo que sientes? —De un modo despectivo, el hechicero volvió a colocarse la venda sobre esas impías cuencas—. ¡Ahora tengo algo mucho mejor! ¡Un sentido de la vista con el que tú solo podrías soñar! No he perdido nada ¿lo entiendes? ¡Nada! -Acto seguido, dirigiéndose al oficial, Illidan comentó con desdén—. Ahora debería estar en condiciones de viajar. Creo que incluso podremos acelerar la marcha.

Varo'then sonrió y, a continuación, dio la orden de proseguir. Malfurion avanzó dando tumbos hasta donde estaba el orco. Brox ayudó al elfo de la noche a caminar a un ritmo más adecuado y, entonces, masculló:

—Siento mucho lo de tu hermano...

—Illidan ha escogido su camino —apostilló el druida en un tono mucho más amable que el que el orco habría empleado.

— ¡Nos ha traicionado!

— ¿De verdad? —Malfurion clavó su mirada en la espalda de su gemelo—. ¿De verdad?

Negando con la cabeza, al ver que su compañero no quería aceptar la realidad, el orco optó por no insistir más.

Siguieron avanzando, mientras el día nublado llegaba a su fin. Aunque sus captores cabalgaban bastante despreocupados, Brox no paraba de mirar hacia atrás, hacia la cordillera, pues estaba seguro de que Alamuerte aparecería de un momento a otro.

—Dime, hechicero —dijo súbitamente el oficial con la cara desfigurada después de más de una hora de silencio—, ¿este disco de verdad es capaz de hacer todo lo que nos has contado?

—Todo eso y mucho más. Ya sabes lo que le hizo a la Legión y los elfos de la noche... e incluso a los dragones.

—Sí... —El orco era capaz de detectar un leve tono de codicia en la voz de Varo'then. Fue entonces cuando se percató de que el capitán no dejaba de acariciar la bolsa en la que se hallaba el Alma Demoníaca—. Así que todo es cierto, ¿eh?

—Pregúntaselo a Archimonde si quieres.

Varo'then apartó la mano de la bolsa. El soldado seguía siendo lo bastante juicioso como para respetar el poder de ese gran demonio.

—Debería ser lo bastante poderoso como para lograr que el portal se adecúe a los deseos de Sargeraz —continuó hablando Illidan—.

Entonces, el resto de la Legión será capaz de entrar en Kalimdor con el propio Sarger as en cabeza.

Malfurion profirió un grito ahogado e incluso Brox gruñó asqueado. Se miraron espantados el uno al otro, ya que eran perfectamente conscientes de que ninguna fuerza sería capaz de oponerse al poder combinado del señor demoníaco y toda su hueste.

—Debemos hacer algo... —le instó en voz baja, mientras tiraba con fuerza de las cuerdas y, lamentablemente, descubría que seguían resistiendo perfectamente.

—Ya lo he estado haciendo —respondió entre susurros el druida— desde que Illidan me ha devuelto la vista. Antes no podría concentrarme porque no paraba de caerme..., pero eso ahora no es un problema.

Tras cerciorarse de que los demonios seguían sin prestarles atención, Brox gruñó:

— ¿Cómo?

—Los felinos. He estado hablando con ellos. Los he convencido El orco frunció el ceño y se acordó de cómo Malfurion había hablado mentalmente con otros animales en el pasado.

—Estaré listo, druida. ¿Crees que actuarán pronto?

—Ha resultado más difícil de lo que pensaba. La... la presencia de la Legión los ha corrompido, pero... creo que... sí... Prepárate Actuarán en cualquier momento.

En un primer momento, no hubo ninguna señal clara de que sus intentos hubieran tenido éxito..., pero entonces, la montura del capitán Varo'then se detuvo de repente y se negó a avanzar, Aunque el capitán propinó varias patadas al animal, el sable de la noche no se movió.

—Pero ¿qué le ocurre a esta maldita...?

Varo'then no pudo seguir hablando, ya que la pantera se encabritó súbitamente. Como lo pilló por sorpresa, el oficial cayó rodando de lomos de la criatura.

Illidan miró hacia atrás, pero entonces, su propia montura hizo lo mismo que había hecho la otra. Sin embargo, el hechicero estaba mejor preparado que su compañero y, aunque se deslizó de la silla de montar, no se precipitó al suelo.

— ¡Necio! —espetó Illidan a alguien, aunque era imposible saber a quién se refería—. Estúpido...

Brox entró en acción en cuanto los felinos se volvieron en contra de sus jinetes. Corrió hacia la montura del capitán Varo'then, en busca de su hacha. El sable de la noche le facilitó esta tarea al orco al girarse y ofrecerle el costado. Seguramente, estaba obedeciendo una orden que le había dado Malfurion.

Brox se giró y colocó sus manos atadas junto a la cabeza del hacha. El filo siempre afilado del arma cortó las cuerdas con suma facilidad y apenas le hizo algún leve rasguño al guerrero en el brazo derecho. Brox agarró el arma.

— ¡Druida! ¡Acércate! Podemos subir a esta bestia e irnos... Pero el sable de la noche se apartó de él de un salto. Arremetió con la cabeza contra un guardia vil que pretendía atravesar con su arma a Malfurion. Los demás demonios retrocedieron, puesto que, por el momento, no estaban seguros de cómo reaccionar ante esa situación demencial.

Entretanto, el felino se dispuso a mordisquear las ataduras de Malfurion. El elfo de la noche miró a Brox y le gritó:

— ¡No te preocupes por mí! ¡La bolsa, Brox! ¡La bolsa!

El orco dirigió la mirada hacia el lugar donde Varo'then había caído. El oficial del palacio estaba sentado, frotándose la cabeza, mientras la faltriquera donde se encontraba el Alma Demoníaca todavía pendía de su cinturón. No parecía haber reparado en la presencia de Brox, quien se hallaba muy cerca.

Alzando bien alto su hacha, el orco cargó contra el capitán. Sin embargo, el elfo de la noche con el rostro marcado se recuperó antes de lo que Brox había esperado. Al ver que ese enorme contrincante verde se abalanzaba violentamente sobre él, el esbelto combatiente se apartó rodando al instante. En cuanto se puso en pie, Varo'then desenvainó la espada.

—Acércate, bestia torpe y pesada —le espetó de un modo burlón—. Haré rodajas contigo y se las daré de comer a los felinos... ¡si su estómago no las devuelve!

Brox trazó un arco descendente con su hacha... y, si hubiera golpeado al elfo, Varo'then habría acabado cortado por la mitad. Sin embargo, el capitán se había movido a la velocidad del rayo. El arma del orco se clavó en la dura tierra, dejando una zanja de más de un metro de largo.

Varo'then dio un brinco hacia delante, arremetiendo contra su enemigo. La espada le abrió a Brox un surco carmesí en el hombro

izquierdo. El orco ignoró el picor y elevó el hacha para intentar de nuevo matar a su rival.

Por el rabillo del ojo vio cómo Malfurion enviaba al sable de la noche sin jinete a combatir a los guardias viles. El primer demonio retrocedió, pues no estaba seguro de si debía atacar a la montura de Varo'then o no. Esa vacilación le costó muy caro, ya que la enorme pantera se abalanzó sobre la figura ataviada con una armadura un instante después y le desgarró la garganta.

Si bien Brox intentó divisar a Illidan, le resultó imposible que no podía perder de vista a su adversario. Esperaba que Malfurion estuviera a ojo avizor ante lo que pudiera hacer su hermano ya que bastaría un hechizo del hechicero para que ambos acabar sufriendo un funesto destino.

Rugió cuando el capitán Varo'then logró hacerle un tajo aún más profundo en el mismo hombro.

El elfo de la noche sonrió de oreja a oreja.

—La primera regla de la guerra es no distraerse nunca...

A modo de respuesta, el orco trazó un temible arco con su hacha con el que no decapitó al soldado por muy poco. Varo'then, con un semblante ahora mucho más serio, retrocedió.

—La segunda regla—gruñó Brox— es que solo los necios hablan tanto en el campo de batalla.

De improviso, notó un cosquilleo por todo el cuerpo. La capacidad de reacción del orco menguó, cada movimiento resultaba cada vez más

y más pesado y agotador. Daba la sensación de que el mismo aire a su alrededor se había solidificado.

Brujería...

Malfurion no se había centrado en Illidan, tal y como había temido el veterano guerrero. El vínculo familiar que había entre ellos había hecho dudar al druida y ahora iban a pagar muy cara esa vacilación.

El capitán Varo'then volvió a mostrar una amplia sonrisa. Se acercó con más confianza hacia su adversario cada vez más lento.

— ¡Bien! Normalmente, no me gustan las cosas tan fáciles, pero en este caso haré una excepción. —Apuntó con la espada hacia el pecho de Brox—. Me pregunto si tendrás el corazón en el mismo sitio que yo...

Pero mientras se aproximaba, una sombra negra los envolvió. Aunque Brox quiso mirar hacia arriba, sus movimientos se habían ralentizado tanto que sabía que el elfo de la noche sería capaz de arrancarle las entrañas antes de que volviera a ser capaz de bajar la cabeza de nuevo. Si era así como iba a morir, el orco quería poder mirar a su ase sino directamente a los ojos como debería hacer cualquier guerrero. No obstante, el siervo de la reina Azshara ya no estaba mirando al orco, sino que tenía los ojos clavados en las alturas, en el cielo, mientras adoptaba un rictus de furia.

— ¡Aparta de él, facineroso! —bramó alguien desde allá arriba.

Mientras un indefenso Brox observaba la escena, a Varo'then se le desorbitaron los ojos y, al instante, se alejó de un salto del orco. Un

mero parpadeo después..., la zona en que se había encontrado el traicionero elfo de la noche acabó invadida por las llamas.

Lo que más dejó anonadado a Brox fue que el fuego había sido lanzado con tal precisión que apenas notó el calor. Eso lo dejó aún más perplejo, ya que había dado por supuesto, y con razón, que un dragón surcaba el cielo... y, seguramente, no se trataba de un dragón cualquiera.

Sino de Alamuerte.

Pero si se hubiera tratado del siniestro coloso negro, no habría intentado evitar hacerle daño a Brox. Teniendo eso presente, el orco solo pudo pensar en otro dragón que pudiera tener interés en ellos dos y en esa misión: en Korialstrasz. En medio de todo el caos que había reinado desde que habían escapado de la guarida de Alamuerte, se había olvidado por entero del dragón rojo, pero al parecer el dragón rojo no se había olvidado ni de Malfurion ni de él.

— ¡Prepárate! —gritó Korialstrasz—. ¡Que allá voy!

Brox poco podía hacer, salvo prepararse lo mejor posible para lo que sabía que iba a suceder y confiar en la habilidad de Korialstrasz.

Un momento después, unas grandes zarpas lo agarraron y lo elevaron en el aire.

Mientras una ráfaga de viento le acariciaba la cara, Brox notó que las extremidades se le desentumecían. Ya fuera por mor de algo que había hecho el dragón rojo o por alguna circunstancia caprichosa, el hechizo de Illidan se había desvanecido.

También se dio cuenta entonces de que Malfurion se hallaba en la otra pata del leviatán. El druida parecía exhausto y también un poco contrariado. Malfurion señaló al suelo, situado allá tan abajo, y les gritó algo tanto al orco como al dragón.

Brox por fin comprendió esas palabras.

— ¡El disco! —vociferaba Malfurion—. ¡Aún tienen el disco!

Si bien el orco hizo ademán de responder, Korialstrasz trazó de repente un arco en el aire y se dirigió de vuelta al lugar del combate. El dragón caía en picado hacia el grupo enemigo, sin apartar los ojos de todas y cada una de esas figuras.

— ¿Cuál lo tiene? —rugió el gigante carmesí—. ¿Cuál?

No le habría hecho falta preguntarlo, puesto que el capitán Varo'then, quien tenía ya la mano dentro de la bolsa, sacó el Alma Demoníaca. Brox recordó lo mucho que le había costado a Malfurion en un principio dar con la manera de lograr que el disco funcionara y esperó que el desfigurado oficial tuviera el mismo problema.

Dio la impresión de que la fortuna los acompañaba, ya que Varo'then alzó el disco con una clara y malévolamente intención en mente..., pero el Alma Demoníaca no hizo nada.

Rugiendo, Korialstrasz fue recortando la distancia que le separaba del capitán. La consternación se adueñó del semblante de Varo'then.

Sin embargo, entonces, contra toda lógica, el disco brilló intensamente. Se oyó otra voz por encima de la cabeza del dragón.

— ¡Aléjense! Deprisa, o si no, todos estaremos...

Aunque, claramente, la descarga de energía que golpeó al coloso rojo solo era una mera fracción del poder del Alma Demoníaca, fue suficiente. El propio Brox notó las secuelas de la onda expansiva que alcanzó de lleno a Korialstrasz. El dragón se estremeció, gimió... y dejó de batir las alas.

El leviatán viró hacia los picos. Dio la sensación de que el suelo se elevaba hacia él a gran velocidad. Brox recitó los nombres de sus ancestros, para avisarles de que se preparan para su llegada.

La firme ladera de una montaña de granito ocupó por entero su campo de visión...

— ¿Qué has hecho? —le espetó Illidan.

—He utilizado el disco... —respondió el capitán Varo'then, con un tono en un principio teñido de sobrecogimiento. Entonces, volvió en sus cabales y observó detenidamente tanto el artefacto como a su compañero—. ¡Tenías razón! ¡Es todo lo que decías y mucho más! Uno podría llegar a ser un emperador gracias a él...

—Y uno podría llegar a ser desollado vivo por Sargeraz por siquiera pensar eso.

La sombra de la tentación que había planeado por el semblante del oficial se esfumó por completo.

—Y así debería ser, hechicero. Confío en que ni se te haya pasado por la cabeza una idea tan necia.

El gemelo de Malfurion sonrió muy brevemente.

—No más que a ti, querido capitán.

—La reina se sentirá muy satisfecha con el éxito de nuestra misión. Tenemos el Alma, cuyo poder ha demostrado ser superior al de un dragón rojo hecho y derecho, y hemos acabado con esos dos que habían sido los principales responsables de nuestras demoras hasta ahora.

—Podrías haber utilizado el disco de una manera distinta —señaló el hechicero— y haber mantenido con vida a esos dos para poder interrogarlos.

Varo'then replicó con tono burlón:

— ¿Qué podrían habernos contado que necesitamos saber? Esto... — Apuntó con el disco a Illidan—Esto es lo único que necesitamos para obtener la victoria. —El elfo de la noche se inclinó hacia delante y torció la boca para conformar un gesto cruel—. A menos que tengas remordimientos por el destino que ha sufrido tu hermano, ¿eh? Ese arrepentimiento podría considerarse una deslealtad, ¿verdad?

Tras colocarse bien la venda, Illidan resopló.

—Ya has visto cómo lo he tratado. ¿Acaso te parece que le tengo un amor fraternal?

—Bien dicho —contestó su compañero un rato después. El capitán metió el disco de nuevo en la bolsa y, mientras lo hacía, frunció el ceño levemente.

— ¿Va algo mal, capitán?

—No... Es que me ha parecido... que oía unas voces... No...., no es nada. —No se percató de que Illidan lo contemplaba inquisitivamente, pero el hechicero dejó de hacerlo en el mismo momento en el que el oficial lo miró de nuevo—. No creo que sea nada. Bueno

vamos. Los felinos vuelven a estar bajo nuestro control. Tenemos que llevar el disco a Zin-Azshari lo antes posible, ¿no es así?

—Por supuesto.

Varo'then sujetó a su animal y se montó en él. Illidan hizo lo mismo, pero, mientras se encaramaba a él se tomó un momento para echar un vistazo fugaz hacia atrás, a las montañas.

Miró hacia atrás y frunció el ceño con amargura.

Mientras miraba fijamente en la dirección en que Krasus y los demás se habían marchado, Rhonin pensó que, a esas alturas, ya deberían haber vuelto. Sí, ya tendrían que haber regresado. De algún modo, sabía que las cosas se habían torcido. Cuando los sables de la noche habrían regresado con la nota del anciano mago, las esperanzas del humano se habían elevado. Korialstrasz debería haberles ayudado a viajar a mucha más velocidad. Deberían haber alcanzado su destino hace mucho y, seguramente, Krasus no habría perdido el tiempo en intentar poner a buen recaudo el Alma Demoníaca.

Sí, algo había ido terriblemente mal.

No le comentó nada al respecto a Jarod, quien tenía sus propios problemas, que no eran pocos, precisamente; y no porque la reunión en la tienda de Bosque Negro hubiera ido mal; más bien, al contrario, simplemente mostrándose tal y como era, Cantosombrío había logrado consolidar su posición como comandante. En cierto momento durante la última batalla, había llegado un punto en que el antiguo capitán del Cuerpo de Centinelas había sido incapaz de mantenerse al margen y soportar que más órdenes necias, fuera cual fuese la casta a la que pertenecía quien las daba, pasaran por ser unos consejos sabios-

Cuando otro noble había sugerido una maniobra por un flanco que probablemente habría tenido como consecuencia que la hueste acabara fragmentada, Jarod había intervenido para explicar por qué tal estrategia solo serviría para provocar una debacle que destruiría a los elfos de la noche. El hecho de que tuviera que dejar esto bien claro al que debería haber sido el más entendido de su raza sorprendía al humano. Al final, Jarod se las había ingeniado para lograr que todos los nobles pasaran a ser leales seguidores suyos, quienes se habían sentido realmente aliviados al contar con alguien que parecía ser un estratega nato.

En un primer momento, Rhonin había asumido que tendría que aconsejar a Jarod en secreto, pero el joven elfo de la noche había demostrado que sí sabía lo que hacía. El mago había visto a gente hecha de la misma pasta que Jarod en otras ocasiones (gente nacida con un talento innato que nadie podía superar por mucho que estudiara o aprendiera) y daba gracias a Elune y a cualquier otra deidad que pudiera ser responsable de otorgar a los defensores alguien capaz de ocupar el lugar de Cresta Cuervo.

Sin embargo, ahora que la misión cuya finalidad era hacerse con el disco pendía de un hilo, ¿bastaría únicamente con el liderazgo de Cantosombrío?

Jarod se sumó al mago. El líder a regañadientes de la hueste vestía una nueva armadura recién pulida que Bosque Negro le había regalado, una que no portaba cresta alguna pero que contaba con unos arcos naranjas a ambos lados de la cintura. La capa era del mismo color y fluía a su alrededor como una amante muy posesiva. El yelmo estaba decorado con un penacho de un color llamativo (hecho de pelo teñido de sable de la noche), que le llegaba hasta por debajo del cuello.

Detrás de él se hallaba su séquito, que le seguía a todas partes, compuesto de suboficiales y oficiales de enlace de los diversos nobles. Jarod se detuvo para indicarle con una seña al grupo que se retirara y, acto seguido, habló al fin.

—En su día, no habría podido soñar con mayor honor que ascender hasta un puesto privilegiado y vestir los suntuosos atuendos propios de mi nuevo cargo —comentó Jarod de modo melancólico—. ¡Ahora me siento como si tuviera pintas de bufón!

—No esperes que yo te rebata en esta cuestión —admitió Rhonin—. Pero esa vestimenta impresiona al grupo, así que tendrás hacer de tripas corazón, al menos por ahora. Cuando tengas aún mayor autoridad, podrás prescindir de esos adornos, poco a poco —Me muero de impaciencia por poder hacerlo.

El mago se lo llevó más lejos.

— ¡Anímate, Jarod! Ver a su nueva esperanza tan taciturna no le hará ningún bien a tu pueblo. Podrían temer por sus posibilidades de victoria.

—Yo sí que temo por nuestras posibilidades de victoria, ¡sobre todo conmigo al mando!

El humano no iba a permitirle hablar de esa manera. Rhonin se inclinó aún más cerca y le espetó:

— ¡Gracias a ti, estamos vivos! ¡Sí, y eso me incluye a mí también! ¡Ya lo *acabarás* aceptando! Aún no hemos sabido nada de los demás, lo cual quiere decir que tú, yo y esos que están muriendo en batalla tal vez seamos la única esperanza de Kalimdor... ¡la única esperanza de que haya un futuro!

No se explayó más, ya que era consciente de que ni siquiera el oficial más vetusto sería incapaz de comprender la verdad: que Rhonin procedía de otro periodo histórico, de diez mil años en el futuro, tal vez. ¿Cómo iba a poder explicarle el mago que luchaba no solo por los que ahora estaban vivos, sino por aquellos que aún no habían nacido, incluidos sus seres queridos?

—Nunca pedí esto... —protestó Jarod.

—Tampoco el resto de nosotros.

El elfo de la noche suspiró. Se quitó el llamativo yelmo y se secó la frente.

—Tienes razón, maestro Rhonin. Perdóname. Haré lo que pueda, aunque no puedo prometerte que sea mucho.

—Tú sigue haciendo lo que estás haciendo: lo correcto. Si te conviertes en otro Desde el Ojo de Estrella, estaremos todos perdidos.

El nuevo comandante bajó la mirada para contemplar con desagrado sus elegantes ropajes, que se encontraban en un estado impecable.

—Hay pocas probabilidades de que eso ocurra, te lo prometo.

Esa respuesta hizo que el mago sonriera.

—Me alegra oír eso...

Un cuerno bramó. Un cuerno de batalla.

Rhonin miró hacia atrás.

— ¡Esa llamada procede del extremo más alejado del flanco derecho! ¡Ahí no debería haber ninguna fuerza de la Legión! ¡Nunca podrían pasar por ahí sin que nosotros lo supiéramos!

Jarod se puso el yelmo.

— ¡Pues parece que así es! —Indicó con una seña a los soldados que se acercaran a él—. ¡Monten y tráiganme a mi felino! ¡Y el del mago también! ¡Tenemos que ir a ver qué está ocurriendo ahí ahora mismo! Trajeron a los animales con una eficiencia que Rhonin no había visto cuando Ojo de "Estrella ejercía el liderazgo. Estos soldados realmente respetaban a Jarod. No se trataba solo de que contara con el apoyo de muchos nobles importantes, aunque fueran unos inútiles, sino de que se había corrido la voz y conocían sus hazañas; todos sabían cómo había tomado las riendas en un momento en que todos los demás habían creído que todo estaba perdido.

Mientras que el capitán (no, *ex* capitán, se tuvo que recordar a sí mismo el taumaturgo) montaba, pareció sufrir una nueva transformación. Por su antaño inocente semblante se extendió un gesto de sombría determinación. Espoleó a su sable de la noche y, con rapidez, encabezó la marcha del grupo en que se hallaban Rhonin y los demás.

El cuerno sonó de nuevo. El mago se dio cuenta de que se trataba de un cuerno de los elfos de la noche. Una de las primeras órdenes que Jarod había dado, y que había demostrado que tenía el apoyo de los nobles, había consistido en coordinar mejor a la hueste con sus aliados. La gente de Huln y Dungard ya no se encontraban a un lado de la formación. Ahora, cada tropa de elfos de la noche contaba con su propio contingente de forasteros, cuyas habilidades aportaban más poderío militar a esas fuerzas en vez de menguarlo. Incluso los

furbolgs habían asumido su papel: reforzar las cuñas y emplear sus garrotes para fracturarle el cráneo a todo guardia vil que intentara alcanzar a los valiosos hechiceros y arqueros de la retaguardia.

Muchos de los cambios que había realizado eran muy sencillos o sutiles, y Rhonin se sorprendió de que no se le hubieran ocurrido antes a él. Sin embargo, ahora había surgido algo que iba a poner realmente a prueba a esa hueste renovada. Un ardid que nadie esperaba por parte de Archimonde.

No obstante, mientras se acercaban, comprobaron que no se enfrentaban a una batalla, sino más bien a una gran confusión. Si bien los elfos de la noche intentaban protegerse con sus armas, ni los tauren ni los terráneos que Rhonin vio parecían tener ningún interés en defenderse. Permanecían quietos, sin hacer nada, mientras sus aliados intentaban cubrir frenéticamente los huecos que estos habían creado con su inacción.

—Por la Madre Luna, pero ¿qué están haciendo? —preguntó Jarod retóricamente—. ¡Lo van a fastidiar todo! Ahora que había logrado convencer al fin a los nobles de que los necesitábamos.

Rhonin hizo ademán de contestar, pero justo entonces divisó algo más allá de aquella línea, a lo lejos. El enemigo se hallaba más cerca de lo que podría haber imaginado. El mago distinguió unas formas colosales, unas criaturas aladas y una vasta variedad de siluetas ominosas que ni siquiera él, que había combatido a la Legión en el futuro, pudo identificar.

Lo más extraño de todo es que avanzaban como si estuvieran andando y Rhonin no oyó que lanzaran ningún grito escalofriante. También había unos gigantes entre ellos; unos gigantes ante los cuales

cualquier demonio que el mago conociera parecía enano en comparación. Esas formas aladas no le recordaban a la Guardia Apocalíptica y, aunque había otros espantos voladores que formaban parte de la Legión Ardiente, era incapaz de recordar alguno que se pareciera a esos seres que se aproximaban.

Jarod tiró de las riendas de su sable de la noche para que se detuviera cerca de un tauren, el cual resultó ser nada más y nada menos que Huln.

— ¿Qué sucede? ¿Por qué no están luchando?

El líder tauren parpadeó y miró a Jarod como si esas preguntas no tuvieran ningún sentido.

— ¡No lucharemos contra ellos! ¡Eso sería inconcebible!

Un par de terráneos que se hallaban cerca se mostraron de acuerdo con sus palabras asintiendo con firmeza. En un principio, Jarod parecía hallarse consternado, pero enseguida una inquebrantable determinación se reflejó en su rostro.

— ¡Entonces, lucharemos con ellos nosotros mismos! —exclamó, a la vez que dejaba atrás al tauren a lomos de su montura.

No obstante, como Rhonin sospechaba cuáles podían ser las razones por las que los aliados se mostraban reticentes a combatir, le gritó:

— ¡Espera, Jarod!

— Maestro Rhonin, ¿tú también?

La horda que se aproximaba estaba ahora lo bastante cerca como para que el mago pudiera distinguir los rasgos de cada uno de ellos..., lo bastante como para saber que había acertado al haberle pedido al elfo de la noche que esperara.

— ¡No son la Legión! ¡Han venido a unirse a nosotros, estoy seguro de ello!

En cuanto vio a su líder, estuvo aún más seguro de que había acertado. Se trataba de una criatura cuadrúpeda muy alta que se desplazaba a gran velocidad y cuya testa greñuda estaba coronada por una magnífica cornamenta. A ese ser colosal lo seguían muy de cerca decenas y decenas de criaturas que se parecían a los sátiros, ya que tenían un torso semejante a los de los elfos de la noche; sin embargo, la parte inferior de sus cuerpos era más propia de un fauno; además, todas eran unas hembras jóvenes y hermosas. Parecían ser tanto plantas como animales, ya que tenían la piel cubierta de unas hojas verdes y brillantes. A pesar de que tenían un aspecto delicado, había algo en su porte y actitud que le hacía sospechar que cualquier enemigo se arrepentiría de tener que enfrentarse a ellas.

Como estaban centrados en los preparativos del ataque, los soldados no prestaron atención a esta nueva figura. Rhonin se dio cuenta de que, en breve, iba a tener lugar una catástrofe de enormes proporciones si no ponía freno a la situación.

— ¡Jarod! ¡Cabalga conmigo, rápido!

Con el elfo de la noche siguiéndole muy de cerca, el mago de pelo carmesí espoleó a su montura, que dejó atrás a unos sorprendidos soldados. Jarod le dio alcance y le gritó:

— ¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo?

— ¡Confía en mí! ¡Son aliados!

La figura que lideraba a ese grupo se cernió sobre ambos. Sobresaltado, Rhonin a duras penas logró tirar de las riendas a tiempo.

— ¡Saludos, Rhonin el Pelirrojo! —exclamó con una voz potente aquel ser cornudo. Las figuras femeninas contemplaron al mago con curiosidad—. Hemos venido para sumarnos a la lucha por la defensa de nuestro precioso reino... —Observó detenidamente a Cantosombrío—. ¿Es este aquel con quien debemos coordinar nuestros esfuerzos?

El humano miró a su compañero, quien permanecía boquiabierto.

—Así es. ¡Perdónenle! Yo mismo también estoy un poco sorprendido por tu aparición..., Cenarius.

—Cenarius... —murmuró Jarod—. ¿El señor del bosque?

—Sí, y creo que trae consigo una compañía muy augusta —añadió Rhonin, dirigiendo su mirada a quienes se hallaban más allá del mítico guardián.

Era como si los cuentos de su infancia hubieran cobrado vida... y, en efecto, tal vez esa fuera la descripción más adecuada. Rhonin y el elfo de la noche estaban acostumbrados a tener que alzar la mirada (a menudo hasta una *gran* altura) para contemplar a unos gigantes que solo aparecían en los sueños de los mortales. Pero a pesar de toda su altura el señor del bosque parecía un enano comparado con algunos de sus compañeros. Un par de criaturas gemelas, que recordaban a unos osos y parecían unas auténticas montañas andantes, flanqueaban a Cenarius; una de ellas contemplaba a Rhonin con un interés especial. Detrás de estas, se hallaba un ser levemente más pequeño,

que parecía un carcayú con seis extremidades y una cola serpentina, escrutaba nervioso el distante campo de batalla. Respiraba a base de ansiosos jadeos y arañaba el suelo con sus colosales garras, en el que abría unos surcos descomunales.

Por encima de casi todo, destacaba un inmenso jabalí provisto de colmillos y un pelaje compuesto de afiladas cerdas, que incluso eran mortíferas. De manera espontánea, a Rhonin le vino un nombre a la mente, uno que había aprendido cuando iniciaba sus estudios... *Agamaggan...*, un semidiós de la furia primordial...

Aunque otros no eran tan sobrecogedores, no eran menos imponentes. Había un ave muy hermosa, pero de aspecto peligroso, alrededor de la cual volaban bandadas de pájaros. Un diminuto zorro rojo, con un semblante ladino similar al de un gnomo, corría entre las piernas de los gigantes, y alrededor de muchos de los semidioses correteaban muchos hombrecillos que empuñaban espadas y poseían alas de mariposa..., eran una especie de duendecillos.

Una silueta de un blanco puro centelleó en el borde del campo de visión del mago. Al instante, buscó cuál era el punto de origen del fogonazo, pero no encontró nada. Aun así, una imagen permanecía grabada a fuego en sus pensamientos, la de un venado gigantesco con unos cuernos que parecían llegar al cielo...

Y el desfile continuó: unos varones encapuchados cuya piel (la poca que era visible) estaba hecha de corteza de roble; hipogrifos y grifos que revoloteaban por el aire y criaturas que parecían ser unos insectos palo enormes con forma humanoide que se mecían pacientemente en el viento. Más allá, había más decenas y decenas de seres únicos, algunos de los cuales al mago le habría costado describir, aunque los estuviera contemplando detenidamente; no obstante, todos ellos

tenían algún parecido notable con algún aspecto particular del mundo natural.

Incluso desde donde se encontraba, Rhonin podía percibir las energías que envolvían a cada uno de ellos, a esas fuerzas naturales del mundo encamadas por aquellos que fueron creados primero para protegerlo de todo daño.

—Jarod Cantosombrío... —acertó a decir el mago—. Permíteme presentarte a los semidioses de Kalimdor. A *todos* ellos.

—Estamos a tu disposición —apostilló Cenarius con sumo respeto, a la vez que se arrodillaba con las patas frontales. Detrás de él, los demás lo imitaron, cada uno a su modo.

El nuevo líder de la hueste tragó saliva, incapaz de hablar.

Rhonin echo una mirada fugaz hacia atrás. Por todas partes, soldados, tauren, furbolgs, terráneos y otras clases de seres observaban sobrecogidos esa escena. Ahora, la mayoría era capaz de reconocer que los recién llegados eran unos seres muy antiguos y de un tremendo *poder...*, todos los cuales estaban rindiendo pleitesía a Jarod, al reconocerle como aquel de quien recibirían órdenes en la batalla.

Cenarius se puso en pie y miró al elfo de la noche como miraría a un igual.

—Aguardamos tus instrucciones.

En su haber hay reconocer que el ex capitán del cuerpo de Centinelas se enderezó y replicó:

El Cataclismo

—Son todos bienvenidos, seres antiguos. Apreciamos en grado sumo su apoyo. Con suerte, ahora tendremos alguna oportunidad, una gran oportunidad, de sobrevivir.

El señor del bosque asintió y posó los ojos sobre los demás defensores mortales que se hallaban detrás de Jarod. Una expresión de determinación se apoderó del semblante barbudo de Cenarius.

—Sí. Lo has expresado bien, lord Cantosombrío... Tenemos una *oportunidad*...



CAPÍTULO DOCE

Cuando Malfurion recuperó el sentido, el dolor invadió hasta el último rincón de su cuerpo. Eso estuvo a punto de sumirlo de nuevo en la oscuridad de inconsciencia, pero una sensación de premura lo empujó a mantenerse despierto. Poco a poco, el druida fue percibiendo algunos sonidos y, de manera muy significativa, la falta de otros.

Abrió los ojos y se topó con el suave manto de la noche. Por una vez, Malfurion dio las gracias por poder evitar el resplandor de la luz diurna y se incorporó, a pesar de que le dolía todo el cuerpo, hasta sentarse. A continuación, escrutó la zona.

Lanzó un grito ahogado.

A algunos metros y medio enterrado en un cráter, generado sin duda por la colisión, yacía inmóvil el dragón Korialstrasz.

—E-está vivo... —acertó a decir una figura arrugada que se alzó como un espectro de la tumba—. E-eso te lo puedo asegurar fácilmente.

— ¿Krasus?

El mago avanzó trastabillándose hacia él, más pálido y demacrado que nunca.

—No... No esperaba que volviéramos a encontrarnos en estas circunstancias.

Tras agarrar al anciano taumaturgo, Malfurion lo llevó hasta una roca, donde lo obligó a sentarse.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible que estés aquí?

Después de respirar hondo, la figura ataviada con una túnica le explicó cómo había engañado al dragón Negro para que lo persiguiera a él, con el fin de intentar que el elfo de la noche y el orco pudieran ganar algo de tiempo. Mientras hablaba, Krasus pareció recuperar gran parte de sus fuerzas, algo que el elfo de la noche atribuyó a los asombrosos conocimientos y poderes de este.

Entonces, Malfurion se acordó de su otro camarada.

—¡Brox! —exclamó, a la vez que miraba a su alrededor— ¿Está...?

—El orco sigue vivo. Creo que su piel y su cráneo son más duros incluso que los de un dragón. Se me acercó justo cuando recobraba el conocimiento. Creo que ha ido a buscar comida y agua, ya que nuestras provisiones se destruyeron con el impacto. —Krasus hizo un gesto de negación con la cabeza y continuó—: También debemos dar las gracias a Korialstrasz por seguir, más o menos, sanos y salvos.

Hizo lo que pudo para protegernos (incluso realizó un hechizo con premura) y pagó un alto precio por ello —el mago dijo esto último con orgullo.

— ¿Debería intentar curarlo como hice en una ocasión anterior? W No... La última vez extrajiste energías de una tierra sana. Aquí, tendrías que aportar gran parte de tus propias fuerzas. Él lo entendería. Hay otra manera. B-Krasus no le explicó a qué se refería, sino que cambió de tema—. Respecto a cómo nos encontramos él y yo, Korialstrasz me encontró mientras yacía en el suelo, recuperándome tras haber escapado por los pelos del dragón Negro. Tras haber asesinado a un guardián de Alamuerte, lo invadió el temor (acertadamente, tal y como pudo comprobar después) de que el plan de robar el disco no hubiera salido bien.

Con Krasus montado horcajadas sobre el dragón, habían tomado una ruta enrevesada para evitar tanto a Alamuerte como a los demás centinelas que podría haber apostado este y, a renglón seguido, habían seguido el revelador rastro mágico que había dejado el Alma Demoníaca y que había detectado Krasus. Por desgracia, no habían dado con ambos hasta después de que esos tipos del palacio los hubieran capturado y arrebatado el disco.

—Tu hermano iba con ellos, ¿verdad, Malfurion?

El druida agachó la cabeza.

—Sí. Él... ¡No sé qué decirte, Krasus!

—Han corrompido a Illidan —aseveró sin rodeos el mago—. Sería mejor que lo tuvieras muy presente y lo recordaras bien.

A pesar de que había algo en su tono de voz que parecía insinuar que sabía más sobre el gemelo de Malfurion de lo que dejaba entrever, Krasus no se explayó más.

— ¿Y ahora qué hacemos? ¿Vamos a por el Alma Demoníaca?

—Creo que es eso lo que debemos hacer..., pero primero tienes que contarme todo lo que puedas sobre lo que acaeció antes de mi llegada.

Tras asentir, Malfurion le contó con todo detalle cómo los habían capturado a Brox y a él, cómo les habían arrebatado el malévolos disco y cómo habían llevado a cabo ese arduo viaje. Cada vez que tenía que mencionar a Illidan, Malfurion casi se ahogaba.

Krasus escuchó el relato impertérrito, incluso cuando el elfo de la noche le explicó lo mejor que pudo con qué fin pretendían usar el Alma Demoníaca. Solo cuando Malfurion concluyó, el mago respondió:

—Nos hallamos en una situación más horrenda de lo que había imaginado... —masculló, como si hablara más para sí que para su interlocutor—. Ese será su plan..., pero aun así..., aun así, tal vez aún haya alguna esperanza...

— ¿Alguna esperanza?

Malfurion no podía ver apenas ningún rayo de esperanza en lo que le acababa de relatar.

—Sí... —Krasus se puso en pie. Juntó las puntas de los dedos de ambas manos y apoyó la barbilla sobre ellos mientras meditaba—. Si pudiéramos lograr que nos hicieran caso.

— ¿Quién?

—Los Aspectos.

El elfo de la noche se mostró incrédulo.

— ¡Pero no podemos! ¡Se han aislado del resto del mundo, ni siquiera tú puedes contactar con ellos! Si Korialstrasz estuviera consciente, entonces...

—Ya —le interrumpió el mago dragón—. Y es Korialstrasz quien, en parte, puede ayudarnos a sacarlos de su aislamiento... si conozco a Aquella Que es la Vida tan bien como creo.

A pesar de que esas palabras no tenían mucho sentido para Malfurion, este ya se había acostumbrado a ello en cierto modo. Si Krasus tenía algún plan en mente, el elfo de la noche haría todo lo posible para ayudarlo.

El ruido de unas piedras sueltas anunció el regreso de Brox. Desgraciadamente, el orco volvió con las manos vacías.

—No he hallado ningún arroyo... ni un charco siquiera. Ni comida... ni siquiera insectos —les informó el guerrero—. He fracasado, anciano.

—Lo has hecho lo mejor posible, Brox. Esta es una tierra sombría, a pesar de hallarse tan lejos del dominio de Alamuerte.

Al oír mencionar el nuevo nombre de esa plaga negra, Malfurion se tensó.

— ¿Crees que aún podría venir a por nosotros?

—Me sorprendería si no lo hiciera. Debemos intentar hacer algo antes de que eso suceda. —Krasus miró hacia atrás, para contemplar al inmóvil Korialstrasz—. Doy gracias a ese tal capitán Varo'then por haber utilizado el Alma Demoníaca de una manera tan precipitada; si

no, todos seríamos ahora cenizas. Korialstrasz se recuperará, lo sé bien, pero somos nosotros quienes debemos contactar con los Aspectos. Y con nosotros me refiero a ti, elfo de la noche.

— ¿A mí?

Al entornar Krasus los ojos, Malfurion se dio cuenta, por primera vez, de que tenían una forma bastante reptiliana.

—Sí. Debes caminar de nuevo por el Sueño Esmeralda. Debes hallar a su señora, a Ysera.

—Pero si ya lo hemos intentado desde que los dragones fueron ahuyentados por el Alma Demoníaca y se ha negado a responder.

—Entonces, esta vez debes decirle a Alexstrasza que debe saber que Korialstrasz se está muriendo.

Espantado, Malfurion contempló ese enorme cuerpo. De inmediato, Krasus negó con la cabeza.

— ¡No! Confía en mí..., yo sería el primero en temer por su vida. Tú díselo a Ysera, pues se verá obligada a avisar a Aquella Que es la Vida.

— ¿Quieres que mienta a la señora del reino del sueño?

—No nos queda más remedio.

Después de pensarlo bien, el druida se dio cuenta de que lo que decía su camarada tenía sentido. Solo una advertencia de tal magnitud podría captar la atención de uno de los Aspectos; además, no creerían que Malfurion sería tan necio como arriesgarse a sufrir su ira contándoles una historia falsa.

No obstante, todavía quedaba pendiente por resolver la cuestión de qué pasaría cuando la dragona descubriera que, efectivamente, había mentido.

Sin embargo, Malfurion no podía plantearse tales posibilidades. Confiaba en el buen juicio de Krasus.

—Lo haré.

—Intentaré velar por ti. Brox, te encomiendo la tarea de protegernos a los dos si es necesario.

El orco hizo una reverencia.

—Será un honor, anciano.

Tal y como había hecho en el pasado, Malfurion se sentó con las piernas cruzadas y despejó su mente, sellándola ante cualquier perturbación externa, y luego se centró en calmar sus dolores. Mientras el dolor menguaba, se centró en el mítico reino.

A pesar del estado en que se hallaba en esos momentos, al elfo de la noche le resultó muy fácil entrar en el Sueño Esmeralda. La única sensación inquietante que notó fue un cierto calor en los puntos donde le habían salido dos pequeñas protuberancias en la frente- Malfurion sintió la tentación de tocárselas para ver si se había producido algún cambio, pero no lo hizo, ya que sabía que dar con Ysera estaba por encima de todo lo demás.

Se planteó la posibilidad de buscarla por todo ese paisaje ele mental y, entonces, se dio cuenta de que, al ser ella quien era, lo único que tenía que hacer, en teoría, era llamarla; no obstante, que el Aspecto respondiera o no era harina de otro costal.

Señora del Sueño Esmeralda, la llamó mentalmente Malfurion. Soberana del Sueño... Ysera...

Aunque el druida no percibió ninguna otra presencia, sabía que debía insistir. Estaba aquí, en algún sitio... o en todas partes. Ysera lo escucharía.

Ysera..., traigo unas noticias funestas para Aquella que es la Vida... El consorte de Alexstrasza..., Korialstrasz..., se está muriendo..., Malfurion se imaginó la escena, intentando así proporcionar a aquella con la que pretendía contactar alguna pista de dónde yacía el dragón. Korialstrasz se está muriendo...

Aguardó. Seguramente, ahora aparecería la Señora del Reino del Sueño. ¿Cómo no iba a investigar, al menos, tal posible tragedia?

Aunque el tiempo era un concepto nebuloso en el Sueño Esmeralda, seguía transcurriendo. Malfurion esperó y esperó, pero siguió sin percibir de ningún modo la presencia de la dragona verde.

Llegó un momento en que fue consciente, al fin, de que esperar más tiempo habría sido una mera necedad. Desaminado por ese fracaso, el druida regresó a su cuerpo.

Los ojos ansiosos de Krasus se clavaron en los suyos.

— ¿Ha respondido?

— No..., no hubo respuesta alguna.

El mago apartó la mirada y frunció el ceño.

—Pero debería haber respondido —murmuró para sí en gran parte—. Sabe lo que eso significaría para Alexstrasza...

—He hecho lo que me dijiste —insistió el druida, quien no quena que Krasus le achacara ese fracaso por algún fallo suyo. Le he dicho todo lo que me sugeriste.

La figura vestida con una túnica le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sé que lo has hecho, Malfurion. En ti he depositado toda mi fe-Es una...

— ¡Un dragón!

Oyeron el grito de advertencia de Brox justo antes de que el coloso irrumpiera entre las nubes. Malfurion se centró en esas nubes, con la esperanza de poder instarlas a actuar contra el atacante.

Pero no era el dragón Negro quien se aproximaba, sino que se trataba de alguien que hizo que Krasus estallara en carcajadas. Tanto el elfo de la noche como el druida miraron preocupados a su vetusto compañero.

— ¡Es ella! ¡Debería haberme dado cuenta que ella misma en persona intentaría descubrir si esa espantosa noticia era cierta o no!

Una dragona carmesí del tamaño de Alamuerte planeaba por encima de ellos. Mientras Malfurion la observaba con detenimiento, se percató de ciertas características suyas que le indicaron que había visto antes a esa gigante en particular.

Alexstrasza, el Aspecto de la Vida, aterrizó nerviosa junto al cuerpo de Korialstrasz. A pesar de su aspecto de reptil, el elfo de la noche reconoció en ella todos los indicios normales que señalaban que estaba preocupada y asustada.

— ¡No puede estar muerto! —bramó—. ¡No lo permitiré!

Krasus se acercó a grandes zancadas al dragón postrado boca abajo y se presentó ante la hembra roja.

— ¡No lo está, como puedes ver con claridad, mi reina!

La consternación dio paso a la confusión y luego a la ira en la dragona. Alexstrasza arremetió con su cabeza contra el diminuto mago, de tal modo que sus fauces quedaron a solo un brazo de distancia de este.

— ¡De todos los que me conocen tú sabes mejor que nadie lo pesada que ha sido esta broma! Temía que... que tú... y él...

—No será porque el Alma Demoníaca no lo ha intentado —replicó Krasus—. Si su portador actual no hubiera estado tan poco versado en su manejo, ahora nos verías a los cuatro aquí muertos.

—Ya te explicarás en breve —le espetó la dragona—. Primero, debo verlo.

Se inclinó sobre Korialstrasz y desplegó las alas cuan anchas eran, para abarcar con ellas todo el cuerpo del dragón. Mientras hacía esto, un fulgor dorado rodeó a la gran Aspecto, el cual envolvió rápidamente a Korialstrasz también. Malfurion notó una delicada sensación de calidez, lo cual serenó sus atribulados pensamientos. Se dio cuenta de que se hallaba ante un ser que formaba tan parte del sendero de su vocación como Ysera, quizá incluso más. Los druidas colaboraban con las fuerzas naturales y vitales del mundo y ¿quién las representaba mejor que Alexstrasza?

—Ha sufrido mucho —afirmó la dragona, con un semblante más relajado—. Esa abominación, a la que te has referido con el adecuado

nombre de el Alma Demoníaca, le ha causado un gran daño..., pero sí, se recuperará por completo... si se le da la oportunidad.

El aura dorada se esfumó. Girando su cabeza descomunal hacia el cielo, Alexstrasza lanzó un gran rugido.

Para sorpresa del grupo, dos gigantescos dragones rojos más descendieron a través de las nubes. Trazaron un círculo en el cielo y, acto seguido, se posaron cada uno cerca de un extremo distinto de Korialstrasz. En cuanto se encontraron próximos a ella, comprobaron que eran más pequeños que su reina, pero de tamaño similar al dragón inconsciente.

— ¿Qué ordenas, mi reina?

—Llévenlo a la guarida y métenlo en la Gruta de la Rosa Sombra. Ahí se curará mejor en cuerpo y alma. Trátenlo con delicadeza, Tyran.

El más grande de los dos recién llegados agachó la cabeza con sumo respeto.

—Por supuesto, así obraremos, mi reina.

—Descubrirás que sufre algunas lagunas de memoria —señalo Krasus, a quien la presencia de tantos dragones no lo abrumaba en absoluto. Pero claro, era uno de ellos, se tuvo que recordar a si mismo Malfurion—. No recuperará jamás esos recuerdos —apostilló el mago.

—Tal vez sea lo mejor —replicó la dragona, contemplando a esa diminuta figura con un cariño infinito.

—Eso pensaba yo.

Krasus retrocedió cuando los dragones (quienes, al parecer, eran los otros consortes de Alexstrasza) cogían a Korialstrasz con sumo

cuidado y, a continuación, se elevaban en el aire. Entretanto, el Aspecto centró toda su atención en la figura encapuchada. El cariño ahora se mezclaba con el enfado.

— ¡Este truco que has empleado no me ha resultado particularmente agradable! Ysera me ha alertado inmediatamente y, en contra de mi buen juicio, he acudido a investigar al instante... ¡como sabías que haría!

—Si he sido negligente —replicó Krasus, haciendo una profunda reverencia—, acepto tu ira y tu castigo.

La enorme dragona bufó.

—Bueno, ya que estoy aquí y me has contado que el Alma Demoníaca está en manos de otro, dime: ¿Cómo ha podido acaecer todo esto?

Sin más preámbulos, el mago inició su relato. Alexstrasza cambió de expresión varias veces y su enfado menguó en parte. Para cuando concluyó la historia, la incredulidad era la emoción que más la dominaba.

— ¡Entraron en el santuario del mismísimo Neltharion! ¡Resulta asombroso que sigan vivos! —Ladeó la cabeza mientras contemplaba detenidamente a Krasus—. Pero de ti cada vez me sorprenden menos tales actos. No obstante, es una pena que, después de tanto esfuerzo, el disco haya acabado en las garras de aquellos que son tan monstruosos a su manera como se ha vuelto el Guardián de la Tierra. —Aun así, este aparente desastre nos abre la puerta a salvar, al menos, alguna parte de Kalimdor, mi reina. La gran meta a la que aspiran es traer a nuestro mundo a su amo, a Sargerass...

— ¡Y utilizarán al Alma Demoníaca para conseguirlo!

—Sí..., lo cual implica que no podrán emplearla con otro propósito en el momento en que lleven a cabo ese intento. —Krasus le lanzó una mirada desafiante a la gigante—. Los dragones no tendrán nada que temer en esos instantes, pues será entonces cuando la Legión será más vulnerable...

—Pero el disco...

—También será la única oportunidad que tendrán de hacerse con él —señaló—. Si no pudieran destruirlo, seguramente podrán ponerlo a buen recaudo, de tal modo que Alamuerte nunca pueda utilizarlo de nuevo.

—Alamuerte —gruñó la dragona—. Qué nombre tan adecuado para él. Ya no existe Neltharion, ya no existe el Guardián de la Tierra. En verdad, es Alamuerte..., y tienes razón: no tendremos otra oportunidad de cerciorarnos de que su creación infecta no nos cause más problemas.

Aunque, sin lugar a dudas, se le pasó por alto a Alexstrasza, Malfurion se percató de que la expresión de Krasus se tomaba fugazmente sombría. De algún modo, el mago no había sido del todo sincero con la dragona. El elfo de la noche no dijo nada, pues confiaba en que, fuera cual fuese el secreto que guardaba Krasus, lo guardara por una razón.

—Lamento decir que Malygos no nos será de ninguna ayuda— murmuró la gigantesca dragona roja—. Y el Atemporal sigue desaparecido, aunque su vuelo nos apoya. Además, el vuelo de Ysera y el mío volarán unidos... —Alexstrasza asintió—. Sí, es posible. Tienes razón. Hablaré con ella y las consortes de Nozdormu. Debería ser capaz de convencerlas.

—Espero que lo consigas con rapidez.

—Solo puedo prometerme que lo intentaré. —Acto seguido, desplegó las alas, pero antes de que la dragona pudiera despegar, Krasus llamó su atención con una seña—. ¿Tienes algo más que decir?

—Solo esto. Los dioses antiguos también pretenden valerse del disco; además, están manipulando a la Legión.

Se le desorbitaron tanto los ojos a la gigante que Malfurion se quedó estupefacto. En cuanto Alexstrasza recobró la compostura, inquirió:

— ¿Estás seguro de eso?

—Aún hay algunos interrogantes que despejar..., pero sí.

—Entonces, debo asegurarme aún con más ahínco de que convenzo a los demás. ¿Eso es todo o me tienes reservada alguna otra sorpresa?

Krasus hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Lo único es señalar que es primordial que regresemos con la hueste e intentemos convencer a su comandante de que se coordine con los vuelos. Todo podría torcerse con suma facilidad si no lo hacemos. ¿Podrías ayudarnos a hacer ese viaje? Temo que, en estos momentos, no puedo fiarme del todo de mis poderes.

La reina caviló al respecto.

—Sí, puedo hacer algo en ese sentido inmediatamente. Aléjense todos bastante.

Mientras Krasus y los demás obedecían al instante, Alexstrasza extendió una vez más las alas. Al mismo tiempo, el fulgor dorado reapareció, solo que cien veces más fuerte; no obstante, ahora se concentraba casi por entero justo por detrás de la dragona. Era tan brillante que la sombra perfectamente definida de Alexstrasza se

proyectó sobre los tres, cubriendo el paisaje donde Korialstrasz había yacido.

A pesar de que la reina de los dragones pronunció unas palabras que no tuvieron ningún sentido para Malfurion, este pudo percibir el poder que contenía cada una de esas sílabas. Alexstrasza lanzó un hechizo de una potencia tremenda..., pero ¿con qué propósito?

El suelo situado delante del elfo de la noche emitió un ruido sordo. Brox gruñó, al mismo tiempo que contemplaba la tierra como si fuera un enemigo. La dura superficie se elevó...

Con un chirrido, un fragmento muy vasto de suelo se separó del resto. Había algo en él que le resultaba familiar al druida, pero únicamente cuando otra porción similar se disgregó aún más lejos del resto, Malfurion comprendió lo que estaba pasando.

Eran alas. La tierra levantada encajaba perfectamente con la silueta de la sombra del Aspecto. A la vez que esas alas de roca aleteaban por primera vez, otra sección más dura se sumó a ellas y cobró vida; de inmediato, abrió las fauces para proferir un grito con un tono idéntico al que antes había lanzado Alexstrasza.

Una réplica de piedra de la reina de los dragones se separó del suelo. En todos los sentidos, parecía una talla perfecta de la gran dragona roja, salvo por el color. Hasta sus ojos reflejaban la misma sabiduría, el mismo cariño, que él había visto en los de la gigante.

Los dos gigantes se encontraban el uno al lado del otro, mientras la reproducción contemplaba al original. El fulgor se desvaneció y Alexstrasza centró su atención en Krasus.

—Hará por ustedes lo mismo que yo haría por ustedes.

El mago asumió una actitud humilde.

—No soy digno de ti, mi reina.

Alexstrasza resopló.

—Si no lo fueras, yo no estaría aquí.

La versión de piedra alzó la cabeza en una actitud que podía interpretarse claramente como júbilo y, a continuación, posó la mirada sobre Krasus.

—Partiré ahora para convencer a los otros —añadió la dragona roja—. Estoy segura de que todo irá como esperamos.

— ¡Tengan cuidado! ¡Alamuerte todavía desea recuperar esa abominación!

Ella le lanzó una mirada cómplice.

—Le conozco desde hace mucho, mucho tiempo. Impediremos que interfiera.

Tras pronunciar estas palabras, Alexstrasza se elevó de un salto en el aire. Trazó un círculo sobre el grupo, con los ojos clavados en Krasus en particular. Entonces, con un último movimiento circular, el Aspecto ascendió hasta las nubes.

—Si hubiera podido decirle... —susurró la figura encapuchada.

— ¿Decirle qué?

Krasus frunció el ceño, al mismo tiempo que contemplaba al druida.

—Nada... Nada que me atreva a cambiar. —La determinación volvió a imperar en su semblante—. ¡Contamos con los medios necesarios para regresar con celeridad con nuestros camaradas! No perdamos más el tiempo...

Pero Malfurion no había quedado satisfecho con esa contestación.

—Krasus..., ¿quiénes son esos «dioses antiguos» a los que has mencionado?

—Un mal terrible. Y aunque no voy a contar más al respecto, debes saber esto: si derrotamos a la Legión, los derrotaremos a ellos.

A pesar de que Malfurion dudaba que eso fuera tan sencillo, el elfo de la noche optó por no insistir más en el tema..., al menos por el momento.

El dragón de piedra se agachó en cuanto los tres se le aproximaron. Malfurion se maravilló ante la agilidad de la criatura, la elegancia con la que esa cosa era capaz de imitar a la vida de verdad. El hecho de que fuera capaz de crear una imitación tan maravillosa de sí misma era una demostración del poder del Aspecto.

Con Krasus encabezando el grupo, el trío se encaramó a aquel ser y se colocó cerca de la zona de los hombros. Una vez a bordo, la diferencia de tamaño entre Alexstrasza y Korialstrasz quedó aún más clara.

—Se darán cuenta de que las escamas tienen la misma movilidad que en un dragón de verdad —les explicó Krasus—. Metan los pies por

debajo de ellas para sujetarse mejor y, después, afeitarse fuertemente como suelen hacer. Esta dragona será más veloz que Korialstrasz.

Su montura aguardó a que los tres se hubieran acomodado y, a renglón seguido, con un rugido digno de la reina de los dragones, batió sus pesadas alas y despegó. Krasus no había estado exagerando. Incluso antes de que el gólem se nivelara, está ya había recorrido cierta distancia.

Cubrieron kilómetros y kilómetros a una velocidad pasmosa. El elfo de la noche, que no estaba aún acostumbrado a volar, sobre todo tan alto, miró por encima del hombro de la gigante de piedra.

— ¿No podríamos haber seguido a Illidan y los demás y haberles arrebatado el disco? —preguntó al mago.

—Aunque les hubiéramos dado alcance, lo más probable es que hubiéramos sufrido un destino similar, si no más letal, que el que sufrimos previamente. Me sorprendería que no hubieran llegado todavía a unas tierras dominadas por la Legión. Por muy frustrante que me resulte decir esto, lo cierto es que tendremos muchas más probabilidades de vencer en cuanto entreguen el Alma Demoníaca en palacio.

Malfurion se quedó callado. Si bien todo lo que decía Krasus tenía sentido, el mero hecho de dejar que los demonios se quedaran el disco (aunque solo fuera a modo de distracción y por un tiempo) era una idea que repugnaba al druida inmensamente.

Aun así, no le repugnaba tanto como el hecho de que era su propio hermano el que personalmente se había encargado de que tal espantoso suceso fuera posible.

Me haz complacido mucho..., dijo la rechinante voz que procedía del interior del portal. *Sí, muchísimo...*

Illidan y el capitán Varo'then se arrodillaron ante el agujero ígneo, sin que el hermano de Malfurion revelara ninguno de sus pensamientos mientras escuchaba los halagos del señor demoníaco. Tanto él como el lacayo de Azshara habían dejado al resto del grupo atrás en cuanto habían entrado en las devastadas regiones conquistadas por la Legión. Hasta ese momento, Illidan no se había atrevido a lanzar un hechizo de teletransportación, ya que tenía un gran respeto a las habilidades mágicas del dragón Negro. El Guardián de la Tierra podría haber interferido en el hechizo y haberlos transportado hasta él, lo cual no era un destino muy tentador.

El dúo se había materializado en esa misma cámara ante las miradas de un sorprendido Mannoroth; la expresión de desconcierto del demonio de alto rango fue toda una recompensa inesperada no solo para el hechicero, sino también para Varo'then, al parecer. Sin embargo, antes de que la sorpresa de Mannoroth pudiera transformarse por entero en furia, Sargerass había entrado en contacto desde el más allá para preguntar si sus siervos habían completado la misión.

Tras informarle de su éxito, Sargerass ahora se estaba prodigando en halagos. Eso lo único que logró fue que la frustración del teniente del señor demoníaco fuera en aumento, pero su devoción (y su temor) a Sargerass obviamente se imponía a su animosidad. Sin embargo, como, sin duda alguna, quería tener también su momento de gloria, Mannoroth exclamó de inmediato:

— ¡En efecto, muy bien hecho, mortales! —Al instante, tendió una zarpa enorme a Varo'then—. Ahora, denme el artefacto para que pueda preparar el encantamiento del portal.

Aunque se mantuvo impertérrito, a Illidan le dio un vuelco el corazón. Ahora, menos que nunca, el hechicero no albergaba ningún deseo de entregarle el disco a un demonio. Todavía de rodillas, alzó la vista tanto hacia el gigante que aguardaba a que le entregaran el Alma como el portal.

—Con todo respeto, lord Mannoroth, será mejor que yo mismo me ocupe de manipular la intrincada magia de la creación de dragón, puesto que ahora la entiendo mejor gracias al don que me ha concedido nuestro amo.

Para enfatizar lo que acababa decir, Illidan se levantó la venda. Incluso Mannoroth esbozó una mueca de repugnancia al verlo.

—Es un argumento muy válido —señaló el capitán—. Pero como en estos momentos soy yo el portador del disco, sugiero respetuosamente que sea el Magno quien decida quién lo sostendrá a la hora de reforzar el portal.

Tanto el hechicero como el demonio fulminaron con la mirada al militar, quien tenía la mirada clavada en el abismo y ya no les prestaba atención a ninguno de ellos.

—Por supuesto, es Sargeraz quien debe decidir —admitió rápidamente el gemelo de Malfurion.

—Nadie más —apostilló Mannoroth.

Solo hay un ser capaz de manejarlo, aseveró el señor demoníaco. Y ese ser... seré yo...

Si bien esa aseveración los pilló a todos con la guardia baja, a Illidan más que a los demás. Esto no iba a (no podía) acabar así. Todo dependía de que fuera él quien manipulara el disco.

Prácticamente en el mismo instante en que pensó eso, Illidan revisó de inmediato los escudos mentales que había levantado alrededor de sus pensamientos más íntimos. Una vez estuvo seguro de que Sargeris no había podido detectar nada, se concentró en ese nuevo problema. Tenía que haber algún modo...

—Con todo respeto, Magno —se atrevió a decir el hechicero—. El portal es una creación de los elfos de la noche, por lo cual a la hora de manipularlo con el disco...

El portal ya no es una preocupación, no ahora que tenemos el juguete del dragón...

Esas palabras reverberaron en las mentes de cada uno de ellos. Illidan, el capitán Varo'then y Mannoroth miraron fijamente el monstruoso agujero, sin comprender nada. Incluso los Altonato, quienes continuamente estaban haciendo el esfuerzo de mantener abierto el portal, estuvieron a punto de cejar en su empeño, por mor de la estupefacción.

El disco abrirá el camino, tal y como estaba planeado, pero a través de un medio más fiable que este patético agujerito... El agujero palpité. Uno mucho más poderoso, que seguramente resistirá cuando se una al poder que me han traído... Me refiero, por supuesto, al propio Pozo...



CAPÍTULO TRECE

Jarod Cantosombrío no se sentía como una leyenda, pero todo el mundo junto al que pasaba lo miraba como si lo fuera. Su reputación, que era mucho más grande de lo que se merecía por los minúsculos éxitos que había obtenido en el campo de batalla, se había engrandecido por cien con la llegada de seres míticos como Cenarius y los demás antiguos protectores del mundo. La historia de cómo Cenarius lo había reconocido en público como su comandante había sido contada una y otra vez por todo el campamento, de tal manera que habían llegado a escucharse algunas versiones en las que él iba ataviado de oro y aceptaba los servicios del señor del bosque nombrándolo caballero con una reluciente espada mágica. A pesar de que tales relatos eran muy estrafalarios, muy pocos de los defensores parecían mofarse de ellos. Incluso el consejo de nobles contemplaba al oficial de casta inferior con cierta veneración.

Jarod tampoco tenía a nadie con quien compartir sus preocupaciones. Rhonin era lo más similar a un confidente que tenía, pero el humano insistía en que el elfo de la noche debía aceptar los cambios que se habían producido en su vida.

No se atrevía siquiera a acudir a las sacerdotisas para confesarse, Para, de ese modo, poder desahogarse. Ahora que Maiev era la suma sacerdotisa, lo más seguro era que su hermana se acabara enterando de todo... y eso era lo último que quería el oficial.

Jarod cabalgaba solo por el campamento, disfrutando de uno de los pocos momentos de soledad que había tenido desde que había asumido, a su pesar, la pesada carga del mando. Había dicho a sus ayudantes que no tardada mucho y que, por tanto, no hacía falta que lo siguieran. Además, todo el mundo sabía ya quién era. Lo único que tendrían que hacer sería preguntar y lo localizarían enseguida.

Lo saludaban constantemente y se topó con más de unas cuantas caras de agradecimiento. Algunas de las hermanas de Elune que estaban atendiendo a los heridos alzaron la vista a su paso, e incluso agacharon la cabeza en señal de respeto. Por suerte, Maiev no fue una de ellas.

Una sacerdotisa un poco bajita que se estaba ajustando el yelmo lo vio e, inmediatamente, se le acercó corriendo. Jarod tiró de las riendas de su montura para obligarla a pararse, pues temía que la elfa trajera algún mensaje en que se le requiriera reunirse con su hermana; no obstante, era consciente de que no podría negarse si esto fuera así.

— ¡Comandante Cantosombrío! ¡*Esperaba* volver a verlo!

Jarod se fijó detenidamente en el rostro de esa sacerdotisa. Era atractiva, aunque de cerca parecía más joven de lo que había supuesto en un principio. Su cara el sonaba, pero ¿de qué...?

—Shandris... Eres Shandris, ¿verdad?

Se trataba de la huérfana que la señora Tyrande había acogido bajo la protección antes de ser raptada.

Con suma admiración, la joven abrió los ojos como platos al darse cuenta de que él la recordaba. De repente, Jarod se sintió muy incómodo bajo esa mirada tan intensa. A Shandris todavía le quedaban un par de años para tener la edad necesaria para ser una pretendiente y, aunque el militar tampoco le sacaba tantos años, daba la impresión de ser una brecha del tamaño del Pozo de la Eternidad.

— ¡Sí! Comandante, ¿has oído algo sobre ella?

En ese instante, se acordó de la última conversación que habían mantenido... y también de todas las anteriores. Cada uno de esos encuentros había girado en torno a la figura de la persona que la había salvado, la cual se hallaba ahora secuestrada. Si bien Jarod se había mostrado muy educado con ella, nunca le había dado la respuesta que buscaba. No se había hecho ningún intento de rescatar a la suma sacerdotisa. ¿Qué *sentido* habría tenido? Seguramente, la habían llevado a palacio y, probablemente, la habían asesinado poco después.

Sin embargo, Shandris se negaba a creer que Tyrande nunca regresaría. Incluso cuando Malfurion, el candidato más lógico a llevar a cabo un intento de rescate, se había marchado para realizar una misión, Shandris había albergado la esperanza de que, cuando regresara, el druida lo haría, de algún modo, con Tyrande. A pesar de

que Jarod había hecho gala de toda su paciencia y amabilidad para convencerla de lo contrario, la joven era tan testaruda como un tauren. En cuanto se le metía algo en la cabeza, no daba su brazo a torcer; por eso mismo, cuando la novicia había empezado a mirarlo con un cierto interés, el militar había sentido una cierta inquietud.

—No, nada. Lo siento, Shandris.

—¿Y Malfurion? ¿Ha vuelto?

Cantosombrío frunció el ceño.

—Tampoco hemos sabido nada de él, pequeña, pero debo recordarte que esa misión lo ha llevado a otro lugar. Lo que intentan conseguir él y los demás es más importante para nuestro pueblo que incluso rescatar a la suma sacerdotisa, por muy importante que ella sea para ti, para mí y, sobre todo, para el druida. Eso ya lo sabes.

—¿Pero no está muerta!

—¿Nunca he dicho que lo estuviera! —le espetó—. ¡Shandris, sueño con poder rescatarla, pero incluso la señora Tyrande entendería por qué eso aún no ha ocurrido!

A la joven se le heló el gesto por un momento, pero entonces, la tensión abandonó su rostro.

—¿Lo siento! ¡Sé que tienes mucho que hacer! No debería molestarte con esto, Jarod.

El antiguo capitán del Cuerpo de Centinelas, que no reparó en que se había dirigido a él por su nombre de pila, intentó apaciguarla:

—Yo siempre tengo tiempo para ti, Shandris...

Los ojos de la muchacha adquirieron un brillo repentino que le advirtió de que se había propasado con ese intento de serenarla. Una vez más, la novicia lo miraba de esa manera en que, normalmente, las mujeres no solían mirar a Jarod Cantosombrío.

—Tengo que irme ya, de verdad, Shan...

Pero el resto de lo que tenía previsto decir no llegó a brotar de sus labios, ya que, justo entonces, el grito de batalla de los cuernos, que tan familiar le resultaba, resonó; esta vez, no cabía duda de que no anunciaban la llegada de unos refuerzos que recibirían con los brazos abiertos. No, bramaban desde la vanguardia y el rugido que se oyó a continuación dejó bien claro el hecho de que el derramamiento de sangre había vuelto a comenzar una vez más.

Mientras obligaba a girarse a su montura, Shandris Plumaluna le rozó la rodilla con una mano esbelta y gritó;

— ¡Comandante! ¡Jarod! Que la bendición de Elune recaiga sobre ti...

Muy a su pesar, Jarod sonrió agradecido y, acto seguido, espoleó a su bestia. Aunque no miró hacia atrás, estaba totalmente seguro de que ella tenía los ojos clavados en su espalda.

En cuanto llegó a su tienda, le llegaron informes a diestro y siniestro. Había demonios en las montañas del sur y otros se acercaban por el río, al norte. Mientras tanto, la horda principal presionaba por el centro, conformando una cuña descomunal que ya estaba atravesando las líneas de los defensores sin mostrar ningún signo de aminorar su avance.

— ¡Los exploradores informan de que hay otra fuerza descomunal justo detrás de la primera! —gritó un jinete que acababa de llegar—. ¡Juran que es más grande, incluso mucho *más grande*, que la parte principal de su ejército!

— ¿Cuántos más de esos malditos monstruos hay ahí tuero? —gritó un noble—, ¿Aún no hemos sido capaces de hacer mella en ese ejército?

La respuesta no se la dio Jarod, sino Rhonin, y fue una contestación que ninguno quería oír.

—Sí, lo hemos logrado..., pero se trata de una mella muy, muy pequeña.

—Por la Madre Luna, forastero, entonces, ¿cómo vamos a poder ganar?

El mago se encogió de hombros y dio la única respuesta que podía dar.

—Porque debemos hacerlo.

Todos miraron a Jarod, quien procuró no tragar saliva, contempló a todos los ahí reunidos y exclamó con un tono muy serio:

— ¡Todos saben lo que tienen que hacer en sus posiciones! ¡Necesitamos que esa nueva cuña se desmorone! ¡Pónganse manos a la obra!

Incluso a él mismo le sorprendió la determinación con la que habló. Mientras los demás se dispersaban, el elfo de la noche se volvió hacia Rhonin.

— ¡Creo que están reservando a una segunda horda para cuando la cuña nos atravesase por entero!

—Envía a los tauren —le sugirió el mago.

—Necesitamos a la gente de Huln donde está ahora. —Jarod intentó dar con una solución, pero, desafortunadamente, lo único que se le ocurría era un plan que no se podía imaginar que fuera capaz de implementar. Aun así...—. ¡Debo dar con Cenarius!

Y, una vez dicho esto, se fue corriendo.

Había llegado el momento de acabar con esa farsa.

Eso era lo que pensaba Archimonde mientras escrutaba la batalla con sus sentidos. Le había llegado la noticia de que habían entregado a su señor un objeto de poder: el disco que había empleado el dragón demente para provocar una carnicería admirable. El propio Sargerass estaba seguro de que ese disco sería capaz de abrirle el camino. Tras haberlo visto en acción (y haberlo codiciado para usarlo en el campo de batalla), Archimonde creía que su señor estaba en lo cierto.

No obstante, si la llegada de Sargerass a Kalimdor era inminente, le correspondía al comandante demoníaco la tarea de cerciorarse de que el mundo estaba listo para su irrupción... y eso significaba que tenía que presentarse ante Sargerass con una victoria. Su señor tenía que ver que podía confiar en que Archimonde, como siempre, podía entregarle un mundo conquistado.

De este modo, con la rapidez y la astucia que lo habían convertido en aquel que siempre se sentaba al lado de Sargerass, Archimonde había concebido un nuevo plan con el que la aniquilación total de esas miserables criaturas que defendían ese reino de mala muerte estaría garantizada. No podrían escapar, no se saldrían con la suya en el último instante. Sabía que ahora se enfrentaba a un adversario más bisoño y que era una incógnita, cuya única virtud era que tenía un poco más de sentido común que el bufón que antes comandaba esas tropas. Este nuevo líder habría procurado una cierta diversión momentánea a Archimonde gracias a su buena suerte, pero la fortuna no le iba a favorecer siempre.

Te traeré un nuevo trofeo, mi señor, pensó para sí, imaginándose a los supervivientes gimiendo y encadenados a centenares, mientras eran llevados ante el Señor de la Legión. *Te procuraré mucha diversión,* añadió Archimonde, imaginándose las horribles muertes y torturas a las que sometería Sargerass a cada uno de esos prisioneros. *Te entregaré este mundo...*

La cuña de los demonios continuó atravesando las fuerzas de los elfos de la noche, a pesar de que estos hacían todo lo posible por intentar detenerla. Ni siquiera con el apoyo de los terráneos y las otras razas, que ya se habían mezclado totalmente con las tropas de los defensores, eran capaces de ralentizar su avance.

Una línea de infernales formaba la punta de la cuña, los cuales progresaban entre las fuerzas enemigas con una monstruosa eficiencia. Los eredar cubrían su avance, ya que habían levantado a su alrededor un escudo que no podía atravesar ningún arma mortal.

El Cataclismo

Incluso los martillos de guerra de los terráneos solo levantaban chispas al chocar con él, y eso solo momentáneamente, puesto que, al instante quienes los blandían acababan aplastados bajo el colosal peso de los demonios de piedra.

Mientras los que se hallaban en el centro intentaban en vano entorpecer el avance de la cuña, la horda demoníaca redoblaba sus cruentos ataques sobre aquellos situados más allá de los límites de la carga de los infernales. Ahí, los soldados, que ya estaban conmocionados, eran una presa fácil.

La Legión Ardiente fue cortando en dos a la hueste; primero, lentamente; después, con mucha más seguridad. Nadie dudaba de que, si lograban su objetivo, la batalla y el mundo estarían perdidos.

Rhonin y la Guardia Lunar hicieron lo que pudieron, pero eran mortales y, por tanto, se agotaban con más facilidad que los ere-dar y los demás taumaturgos de la Legión. Y lo que era aún peor: tenían que permanecer alerta para defender sus propias vidas, ya que Archimonde había centrado su atención en ellos más que nunca.

Un hechicero elfo de la noche situado a la derecha de Rhonin chilló súbitamente y se marchitó como si le hubieran absorbido toda el agua del cuerpo. Un segundo falleció de la misma manera espantosa antes de que el mago pudiera asimilar la primera muerte.

Entonces, Rhonin notó una sensación de sequedad muy intensa que se le extendía por todo el cuerpo. Respiró con dificultad por culpa de la deshidratación instantánea y a duras penas fue capaz de alzar un escudo que lo protegiera de ese hechizo.

Un guardia lunar lo agarró cuando caía al suelo y, a continuación, sacó a rastras al mago herido en la batalla.

—Agua... —pidió Rhonin a gritos—. ¡Tráiganme agua!

Le trajeron un odre, que vació sin derramar una sola gota. Incluso entonces, Rhonin se sintió como si no hubiera bebido nada desde hacía más de un día.

—Kir'altius también ha muerto —le informó el hechicero que había acudido en su ayuda—. Todo sucedió tan rápido que no se pudo hacer nada...

—Aquí han perecido tres... pero ¿cuántos más han caído en otras partes? —se preguntó el taumaturgo de pelo carmesí, esbozando una mueca de contrariedad—. ¡No tenemos salida! Si seguimos muriendo así, no podremos hacer nada por los soldados... y, si estamos muy ocupados defendiéndonos, ¡la Legión seguramente atravesará las últimas líneas!

Presa de la impotencia, el elfo de la noche que estaba con él se limitó a encogerse de hombros. Ambos sabían que no podían hacer nada para darle la vuelta a la situación.

— ¡Ayúdame a levantarme! ¡Tenemos que crear una matriz de hechizos! ¡Eso debería bastar para protegernos mejor, cuando menos! Quizá entonces podamos...

A sus espaldas, sonaron unos cuernos que llamaban a la hueste a batallar. Rhonin y el hechicero miraron hacia atrás; estaban desconcertados, ya que eran conscientes, como todo el mundo, de que todos los elfos de la noche ya se encontraban peleando en el frente.

Y entonces..., tuvo lugar una carga como nunca nadie había presenciado en toda la existencia de Kalimdor. No se trataba de una caballería, ni de un regimiento de soldados curtidos. Solo había un

elfo de la noche entre esas tropas y se trataba de Jarod Cantosombrío, quien lideraba la carga a lomos de su felino.

Rhonin negó con la cabeza, pues no podía creer lo que veían sus ojos.

— ¡Está liderando la carga contra la cuña de los guardianes de Kalimdor!

Cenarius seguía de cerca al elfo de la noche y los dos señores osos (Ursoc y Ursol, si Rhonin lo recordaba bien) seguían al señor del bosque a su vez. Por encima de ellos volaba la que supuso, por lo que Krasus le había contado, que tenía que ser Aviana, la Señora de las Aves. Tras ella, avanzaba un ser similar a una pantera alada con unas manos casi humanas y, aún más detrás, había un guerrero reptiliano con un caparazón que recordaba al de una tortuga. Estas entidades conformaban una primera oleada de varias decenas y decenas de seres, a muchos de los cuales Rhonin ni siquiera recordaba haber visto antes. A pesar de que el mago no sabía ni el nombre ni el título de ninguno de ellos, era capaz de percibir de un modo mucho mejor que los demás cómo enfocaban todo su poder sobre los demonios que se aproximaban.

Y al sentir ese poder, el taumaturgo sonrió esperanzado.

— ¡Que la Guardia Lunar se prepare! —ordenó—. ¡Olvídense de la cuña! ¡Concéntrense únicamente en los hechizos de ataque de la Legión! —La sonrisa de Rhonin se tomó más amplia—. ¡Maldito sea Jarod! ¡Solo él sería tan ingenuo como para ordenar a los semidioses que participen en un asalto liderado por él y salirse con la suya! —Entonces, su ánimo se ensombreció al acordarse de las innumerables fuerzas con las que la Legión estaba atacando a los defensores—. Aunque no sé si siquiera si con eso va a bastar...

— ¡Adelante! —vociferó Jarod sin que hiciera falta. Los infernales y otros demonios ocuparon por entero su campo de visión. En silencio, se encomendó a Elune y se preparó para morir. Lo único que esperaba conseguir con ese acto demencial era detener el avance enemigo el tiempo suficiente como para que se obrara un milagro.

Los infernales eran la encarnación de una fuerza primordial. Eran criaturas que existían únicamente para aplastar, machacar o triturar cualquier obstáculo (vivo o no) que hallaran en su camino. Gracias a los sortilegios de los brujos y otros tenebrosos hechiceros de la Legión, eran una fuerza prácticamente imparable.

Al menos lo fueron hasta que chocaron con la caiga de Jarod.

El escudo de protección de los eredar cayó como si nada ante el empuje de Cenarius y sus homólogos, puesto que estos tenían un gran dominio de la magia natural de su mundo, ya que la utilizaban desde, prácticamente, el nacimiento de este. Atravesaron el escudo como si fuera mero aire... y, acto seguido, hicieron lo mismo con los infernales que se hallaban tras él.

Agamaggan fue el más rápido; el jabalí demostró ser mucho más impenetrable que esos duros demonios de piedra, a los que levantó violentamente del suelo de una sola embestida. Con sus grandes colmillos atravesó a los guardias viles, cuyos restos arrojó después por aires. Los guardias apocalípticos que revoloteaban por el cielo intentaron atravesar el letal bosque de espinas que cubría la espalda de Agamaggan, pero lo único que consiguieron fue acabar empalados.

Con unos cuantos demonios muertos pendiendo de sus cerdas, el semidiós se giró, derribando así a los demás infernales. Presas de una tal confusión, los infernales se desperdigaron, puesto que ya no estaban desatando la deliciosa devastación que solían provocar. A su vez, su huida hizo que reinara el desconcierto entre la Guardia Vil que nunca se había enfrentado a una situación en la que su avance hubiera sido detenido de un modo tan aplastante.

A pesar de que la Guardia Apocalíptica obligó violentamente a los guardias viles a seguir combatiendo, lo único que logró fue que estos continuaran siendo aplastados por las pezuñas del semidiós o mutilados por los colmillos de este. Agamaggan recibió con los brazos abiertos a esos necios adversarios y un bufido de júbilo. Le brillaron intensamente los ojos mientras despejaba el camino que tenía por delante, dejando un rastro espantoso a su paso que daba fe de su poder. Los guerreros de la Legión Ardiente yacieron en altas montoneras. Agamaggan se detuvo únicamente cuando tuvo tantos cadáveres ensartados en sus cerdas que se vio obligado a sacudirse unos cuantos de encima. El jabalí se agitó como si fuera un perro que quisiera secarse, lanzando pedazos de demonio a diestro y siniestro. En cuanto se le quedó limpio el pelaje, el semidiós siguió divirtiéndose animadamente.

Aun así, a pesar de haber sufrido una horrible debacle, los demonios siguieron avanzando. Jarod le atravesó la cabeza al primer demonio que había logrado sobrevivir al asalto de Agamaggan. Cenarius agarró a otro infernal, lo alzó por encima de su cabeza, a pesar de lo mucho que se revolvía ese monstruo, y lo arrojó contra sus hermanos. Por primera vez, los infernales descubrieron qué se sentía al ser embestido por uno de sus congéneres. La fuerza con la que el semidiós lanzó ese misil tuvo como resultado que sus objetivos cayeran hacia atrás unos

encima de otros, provocando así una reacción en cadena que se extendió por varias líneas.

Los osos gemelos fueron mucho más directos. Con unas pesadas zarpas, desataron el caos entre las filas demoníacas; apartaron de su camino tanto a los infernales como a los guardias viles, a los que derribaron como si se estuvieran quitando unas hojas de los brazos. Varias bestias viles saltaron por encima de la cuña que se venía abajo y se adhirieron al plantígrado que iba primero. Este se echó a reír y se arrancó a esas bestias de la Legión una a una del pecho, rompiéndoles la espalda y lanzando los cadáveres por los aires, los cuales aterrizaron sobre la retaguardia de los guerreros de Archimonde.

La cuña se desintegró. Los guardias apocalípticos descendieron para intentar contener el caos, pero entonces se vieron sorprendidos por algo que surgió del cielo; al parecer, todos los pájaros de todas esas tierras se habían congregado ahí. Dominados por el pánico, los demonios se giraron, al mismo tiempo que pequeños pinzones y gigantescas aves de rapiña les desgarraban la carne. Entre esos pájaros volaba su señora, Aviana, cuyo delicado rostro se había transformado en el de un depredador hambriento. La semidiosa rasgó muchas alas con sus garras, de tal modo que un buen número de guardias apocalípticos se precipitaron, trazando espirales en el aire, hacia una muerte segura. A otros los agarró con fuerza, sin que pudieran escapar, y, acto seguido, empleó su afilado pico para degollarlos.

Un guerrero barbudo ataviado con una vestimenta de cuero marrón y que medía la mitad que un elfo de la noche se sumó al combate a lomos de un par de lobos blancos, a los que guiaba con unas riendas que sostenía en una sola mano. En la otra, esa figura sonriente empuñaba lo que parecía ser una hoz, la cual arrojó contra los demonios con unos resultados igualmente letales a los provocados por

cualquier otra arma que hubiera ahí, si no aún mayores. La hoz que giraba en círculos en el aire atravesó volando a la Legión, decapitando a un demonio y abriéndole en canal el pecho a otro antes de regresar a la mano de su dueño. El rechoncho guerrero repitió esta acción una y otra vez, recogiendo una cosecha sangrienta en cada ocasión.

Los demonios flaquearon como únicamente lo habían hecho anteriormente ante la masacre que había desatado el dragón Negro con su disco. Se enfrentaban a un enemigo que no se parecía en nada a ningún otro al que se hubieran enfrentado en el pasado, e incluso su temor a Archimonde se desvaneció fugazmente. La Guardia Vil empezó a hacer algo inconcebible..., se retiró de la batalla.

Sin embargo, los primeros en cometer ese error lo pagaron con la vida. Archimonde no toleraba que nadie se batiera en retirada, ni ahora ni nunca, salvo que fuera por una cuestión de estrategia. Los demonios contra los que desató su ira se *derritieron*, de tal manera que tanto su armadura como la carne se desprendieron de sus huesos como si fueran una cera blanda. Sus chillidos se transformaron en gorgoteos y, unos segundos después, lo único que quedaba de ellos eran unos charcos hirvientes en los que flotaban unos pocos fragmentos de lo que habían sido.

De este modo, envió un mensaje muy claro a aquellos que hubieran pretendido seguir el camino de la retirada...; que la muerte tenía muchas caras, algunas más aterradoras que otras. Entonces, espoleados por las siniestras amenazas de Archimonde, los acobardados guerreros que huían se dieron la vuelta para enfrentarse a los semi-dioses. Como eran conscientes de que iban a perecer de un modo u otro, los demonios lucharon como lo haría un suicida.

Su desenfrenado ataque hizo mella, al fin, en las asombrosas tropas de Jarod. Las heridas provocadas por las armas de una veintena de guardias viles resultaron ser demasiado para el guardián carcayú que Rhonin había visto antes. Aun así, mientras se le iba la fuerza vital por un centenar de tajos profundos, siguió destrozando a sus atacantes uno a uno, ya fuera con los dientes o las garras. Cuando cayó el primer semidiós, su túmulo funerario estuvo compuesto por una montonera de cadáveres de la Legión que le llegaron a cubrir hasta la cabeza.

Pronto, otros compartieron su destino; entre los caídos, se encontraba la Señora de las Aves. Guiados por la voluntad de Archimonde, unos guardias apocalípticos armados con lanzas se abrieron paso violentamente a través de las bandadas de pájaros hacia aquella que buscaban. Dos decenas de demonios perecieron por el camino, pero muchos más alcanzaron su objetivo, rodeando a la guardiana de todas las criaturas aladas de Kalimdor, a la que clavaron sus largas picas con púas.

No obstante, incluso la sangre de la semidiosa luchó por ella, pues goteó por las lanzas de sus asesinos hasta alcanzarles las manos. Mientras se desplomaba sin vida, sus asesinos intentaban arrancarse su propia piel, ya que la sangre bendita de la guardiana había infectado esos cuerpos impíos. Al final, todos y cada uno de esos guardias apocalípticos murieron, despedazándose a sí mismos al intentar escapar de algo de lo que no podían huir.

Múltiples lanzas y las espadas sobresalían del pellejo de ambos osos y Cenarius tenía unos cortes espantosos por todo el cuerpo. A pesar de que todos los demás semidioses habían sufrido unas heridas similares por mor del brutal asalto de la Legión, siguieron atacando.

Contaban con el apoyo de los elfos de la noche, los tauren, los fúrbolgs, los terráneos..., de toda raza mortal que había pasado a formar parte de la hueste, pues todos intuían que ese era el momento crucial que decidiría quién ganaría la lucha por Kalimdor.

Sin embargo, Rhonin temía que en ese momento crucial la balanza pudiera decantarse a favor de la Legión. Aunque los defensores contaran con los guardianes del mundo en la vanguardia de su ejército, la hueste no había conseguido hacer mella de verdad en el enemigo. Si con la ayuda de tales aliados no podían derrotar totalmente a la Legión Ardiente, ¿acaso les quedaba aún alguna esperanza?

—Seguimos necesitando a los dragones... —masculló, a la vez que repelía el ataque de un brujo. Tres hechiceros más habían muerto antes de que la Guardia Lunar y él hubieran podido recuperarse y, aunque ahora los taumaturgos eran capaces de plantar cara a sus homólogos rivales, lo único que estaban consiguiendo era mantenerlos ocupados—. Seguimos necesitando a los dragones... —repitió Rhonin casi como un mantra.

Pero seguían sin saber nada de Krasus, por lo cual incluso el mago humano, que conocía perfectamente las tremendas habilidades y la gran astucia del mago dragón, se empezó a preguntar si tal vez su antiguo mentor había perecido realmente en la guarida de Alamuerte.

Entonces, una enorme silueta oscura surcó el cielo por encima de la batalla y los peores temores de Rhonin se confirmaron. ¡Alamuerte se encontraba ahí! Eso solo podía significar que Krasus y los demás

estaban muertos y ahora el dragón Negro buscaba vengarse de todos sus posibles enemigos, reales o imaginarios.

No obstante, mientras esa gigantesca bestia alada se daba media vuelta, el mago notó algo muy peculiar en ella. El dragón no era de color negro, sino gris oscuro, como la roca. También su rostro y su cuerpo eran muy distintos a los del Guardián de la Tierra; además, por alguna extraña razón, se parecía a Rhonin. Le recordaba bastante a otro dragón que había conocido en esa época en que había luchado contra los orcos. Se parecía bastante a... a...

¿Alexstrasza?

La dragona gris aterrizó entre los demonios, aplastando a varios con su gran peso. Con un ala, apartó de un golpe a una decena más. La gigante profirió un rugido y atrapó entre sus fauces a varios enemigos, a los que hizo trizas en la boca antes de dejar que sus cuerpos cayeran al suelo.

Fue entonces cuando Rhonin vio que la dragona carecía de garganta.

Ese ser estaba hecho *literalmente* de piedra.

Con un cruel desenfreno, el gran gólem avanzó de manera violenta entre la Legión. Al ver lo que esa criatura era capaz de hacer ella sola, el mago una vez más deseó que los verdaderos dragones regresaran.

Entonces, se preguntó qué podía haber traído hasta ahí a esa falsa Alexstrasza para ayudar a la hueste.

— ¿Krasus? —inquirió abruptamente, a la vez que se giraba—.
¿Krasus?

Y ahí, en la cresta de una montaña, divisó andando a esa figura alta y pálida que conocía tan bien. Junto a Krasus, caminaban Malfurion y Brox, ambos claramente agotados, pero ilesos.

Con suma cautela, Rhonin se apartó de la batalla y corrió al encuentro de los demás. Se sentía tan contento de ver esas caras tan familiares que estuvo a punto de abrazarlos.

— ¡Loados sean todos por seguir vivos! —exclamó con una amplia sonrisa—. ¡Han vuelto con el Alma Demoníaca en sus manos!

En cuanto pronunció esas palabras, Rhonin se dio cuenta de que se había equivocado totalmente. Los miró uno a uno, intentando leer en sus ojos la historia de lo que había ocurrido.

—La tuvimos en nuestras manos —replicó Krasus—. Pero unos agentes de la Legión nos la robaron...

—Y uno de ellos era mi hermano —añadió Malfurion, quien hizo un gesto de negación a Krasus, el cual, sin lugar a dudas, habría preferido no haberle contado eso a Rhonin—. ¡No tiene sentido ocultarlo! ¡Illidan ha unido su destino al del palacio! —Presa de la frustración, el druida se estremeció—. ¡Al del palacio!

—Pero... ¡¿y ese dragón?! ¿Qué significa...? ¿Y dónde está Korialstrasz? ¡Dijiste en tu mensaje que te habías encontrado con él!

— ¡No hay tiempo para eso! ¡Debemos prepararnos!

— ¿Preparamos para qué?

De repente, Brox señaló con su hacha hacia un lugar situado más allá de los demás.

— ¡Miren! ¡La dragona de piedra!

Todos siguieron su mirada y se toparon con la efigie animada de Alexstrasza a la que atacaban en tropel los demonios. Intentaban herirlo (herirla) con sus afiladas armas, tal y como los terráneos habían intentado herir con anterioridad a aquel infernal. Otros atacaban sus piernas con armas blancas, con la intención de ir socavando los puntos de apoyo de la falsa dragona.

El mago a duras penas se podía creer lo que estaba ocurriendo.

— ¿Por qué no se aleja volando?

—Porque el encantamiento está a punto de expirar —contestó Krasus con una clara tristeza.

—No lo entiendo.

—Mira. Ya está sucediendo.

Los movimientos del gólem se volvieron más torpes, aunque el daño que había sufrido su cuerpo era superficial como mucho. La dragona de piedra logró agitar las alas y se quitó así a varios demonios de encima, los cuales salieron despedidos volando hasta perderse en el cielo. Sin embargo, ese gesto fue el último gran esfuerzo que llevó a cabo.

— ¿Qué está sucediendo, Krasus?

—Su misión era traernos aquí, cumpliendo el deseo de aquella de la que solo es una mera sombra. Pero las sombras se desvanecen, Rhonin. Ya ha completado su tarea. Podemos sentirnos agradecidos de que una parte de ella haya durado tanto tiempo como para hacer tanto daño como el que hemos presenciado.

A pesar del tono aséptico con el que pronunció esas palabras, en lo más profundo de la mirada del mago se reflejaba una cierta pena. Rhonin lo entendía perfectamente. Para Krasus, ver cómo esa efígie de su amada reina y pareja sufría era un suplicio.

La falsa dragona rugió con pesar. En esos instantes, los demonios prácticamente le cubrían el cuerpo entero, salvo la cabeza. Aunque enderezaba las patas de la izquierda de manera desafiante, las de la derecha permanecían inmóviles.

—Se acabó... —dijo Krasus.

Entonces, sin mediar aviso, la falsa Alexstrasza se apoyó en el costado derecho. El ala de ese lado se plegó y la de la izquierda se elevó.

Cuando había realizado la mitad de ese último gesto, dejó de moverse. La vida abandonó los ojos del gólem.

Bajo la terrible tensión de tanto peso, el ala derecha se desmoronó, Los demonios que se encontraban sobre la estatua se aferraron a ella en vano mientras la creación de la reina de los dragones volcaba... y aplastaba a todos los demonios que todavía estaban agarrados a su espalda.

Krasus exclamó, henchido de orgullo:

—| ¡Aunque solo fuera su sombra, ha demostrado ser digna de mi reina!

Una nube de polvo se levantó allá donde yacía la colosal estatua. Mientras contemplaban la escena, las piernas y el ala izquierda se sumaron al colapso del lado derecho. Los guerreros demoníacos se

dispersaron al ver que unos enormes fragmentos de piedra les caían encima.

— ¿Y ahora qué? —preguntó el humano, cuyas esperanzas habían aumentado al ver llegar a sus compañeros, pero si estos no contaban ya ni con el disco ni con esa creación mágica que los había traído hasta ahí como recompensa por sus esfuerzos, entonces su viaje había sido un fracaso absoluto.

Las siguientes palabras que pronunció Krasus no lo animaron precisamente.

— ¿Cómo que «y ahora qué», joven Rhonin? Lucharemos como hemos luchado hasta ahora y esperaremos. Esperaremos a que mi bondadosa reina reúna a mis congéneres y los convenza de que deben sumarse a la lucha. El Alma Demoníaca va a estar en un lugar donde no será una amenaza para ellos por un tiempo, así que tendrán que actuar.

— ¿Y si no actúan? ¿Y si titubean durante demasiado tiempo, como ha sucedido otras veces?

Su antiguo mentor se inclinó aún más hacia él para que solo el mago pudiera escucharle.

—Entonces, Sargerás tendrá por fin los medios necesarios para entrar en Kalimdor... y, en cuanto entre en nuestro mundo, el señor demoníaco reescribirá los últimos diez mil años de historia.



CAPÍTULO CATORCE

La tormenta rugía por encima del Pozo de la Eternidad, cuyas aguas negras se agitaban de manera turbulenta. Unas olas más altas que el palacio rompían en la orilla. Un viento ululante lanzaba cualquier escombrosuelto por el aire como un misil mortífero.

Los relámpagos iluminaron a ese grupo que se acercaba, el cual venía de ese edificio repleto de torres. Incluso la propia reina (acompañada de sus doncellas, por supuesto) formaba parte de este, aunque ella iba sobre una litera de plata que portaban unos guardias viles.

Mannoroth encabezaba la marcha, seguido de Illidan y el capitán Varo'then. A estos dos los seguían un cierto número de hechiceros Altonato y sátiros (ambos grupos habían sido separados a propósito el uno del otro) y, detrás de estos, avanzaba un contingente de la guardia de palacio. Al final de esa gran procesión marchaban dos

hileras de guerreros demoníacos, cada una de las cuales contaba con cien miembros.

Mannoroth llegó al borde del Pozo, donde extendió esos brutales brazos suyos hacia delante, a la vez que contemplaba el caos que reinaba más allá. Gracias al «don» que le había concedido Sargerass, Illidan pudo maravillarse que se hallaban ahí en juego tanto por encima como por dentro de esa vasta masa de agua. Nada de lo que había experimentado hasta entonces, ni siquiera el poder del señor demoníaco, era comparable a lo que contenía el sagrado pozo.

—En verdad, nunca hemos tenido acceso más que a una mera sombra de su grandeza —murmuró al capitán.

Varo'then, que no podía ver ese espectáculo glorioso, se limitó a encogerse de hombros.

—Ahora nos será de gran utilidad a la hora de traer a este mundo a nuestro señor Sargerass.

—Pero no será algo inmediato —le recordó el hechicero—. No, no será inmediato.

— ¿Y eso qué importa?

En cuanto el demonio alado se volvió, se quedaron callados. Este extendió un brazo hacia el oficial y le gritó con una voz chirriante:

— ¡Ha llegado el momento! ¡Dame el disco!

Con gesto impertérrito, Varo'then sacó el Alma Demoníaca de la faltriquera y se la entregó. Mannoroth contempló fugazmente la creación del dragón con una descarada codicia y luego, probablemente, desechó la idea de quedársela. El demonio provisto

de colmillos fulminó con la mirada a los Altonato y los sátiros y les espetó:

— ¡Tomen posiciones!

Los taumaturgos caminaron entre unos escombros que habían sido antaño unos hogares y fragmentos de huesos rotos. La masacre que había arrasado gran parte de Zin-Azshari había llegado hasta el mismo borde del Pozo. Illidan se había enterado de que unos cuantos irreductibles elfos de la noche habían intentado plantar cara ahí, en la orilla, con la esperanza de que, al encontrarse tan cerca de la fuente de la magia de su pueblo, pudieran aprovechar sus energías de un modo mejor. Sin embargo, se equivocaron al albergar tal esperanza, ya que los demonios los habían acabado destrozando alegremente en ese mismo lugar.

Lo más irónico de todo, al menos para el gemelo de Malfurion era que, en teoría, habían estado en lo cierto, pero no habían ejecutado bien el plan. Él era capaz de concebir un millar de formas de aprovechar el inmenso potencial del Pozo y comprendía mejor que nunca lo que pretendía hacer el Señor de la Legión.

Los hechiceros y los sátiros formaron el patrón que Sargerass les había indicado. Mannoroth observó detenidamente dónde se habían colocado y, mediante amenazas, logró que aquellos que se habían equivocado se situaran en el lugar adecuado. Cuando por fin el coloso cubierto de escamas se sintió satisfecho, se alejó del grupo.

— ¿He da dar por supuesto que aún no veremos a nuestro señor Sargerass, querido capitán? —preguntó Azshara lánguidamente desde la litera.

—No, esta vez, no, Luz de Luces..., pero no tardará mucho más. Una vez se estabilice el portal, lo atravesará.

Con los ojos velados, la soberana asintió.

—Entonces, confío en que se me notificará su llegada.

—Lo que se pueda hacer se hará —le prometió Varo'then.

Illidan se preguntó si la reina realmente creía que se convertiría en la consorte del señor demoníaco, pues dudaba mucho de que tal posibilidad encajara en los planes de Sargerass.

No obstante, todo pensamiento sobre lo que podía desear Azshara se esfumó al instante en cuanto vio a los taumaturgos iniciar el hechizo. Una crepitante bola de relámpagos azules cobró forma dentro del patrón. De vez en cuando, alguna descarga diminuta volaba rápidamente hacia una figura u otra y, aunque el Altonato o sátiro en cuestión se sobresaltaba ligeramente, nunca flaqueaba en su empeño.

Se oyeron murmullos por doquier y cada una de esas voces pronunció unas palabras repletas de poder mágico levemente distintas. La combinación de los diferentes encantamientos provocó que brotara la energía del Pozo. Illidan contempló cómo esas energías, tan individuales como quienes las invocaban, se fusionaban alrededor de la esfera. Con cada una nueva que se sumaba, las descargas lanzadas por ella se volvían más brillantes, más potentes...

Entonces, en el interior de la esfera..., surgió ese agujero tan familiar.

Los taumaturgos habían reabierto el portal que daba al reino abisal de la Legión muy cerca del Pozo de la Eternidad, de tal manera Sargerass

podiera aprovechar mejor las energías de este. Illidan percibió súbitamente la proximidad de la presencia del señor demoníaco.

Láncenla.... ordenó la voz que todos oyeron en sus mentes.

— ¡Háganlo! —ratificó Mannoroth, a la vez que se cernía amenazadoramente sobre los elfos de la noche y los sátiros.

Al unísono, los individuos que conformaban el patrón dejaron de murmurar y apretaron los puños.

La esfera (y el portal que contenía) volaron por encima de esas aguas revueltas por la tormenta y rápidamente desaparecieron de la vista.

Y, ahora..., el disco...

A Illidan le dio un vuelco el corazón. Aunque quiso arrebatarse la creación del dragón a Mannoroth» el sentido común lo empujó a mantener un semblante imperturbable y la mano quieta. Esta vez, no podría hacerse con el Alma de Dragón (o *Alma Démoniaca*, como había oído llamarla a su hermano).

Sin embargo, si se presentaba otra oportunidad...

Tal y como había hecho anteriormente, Illidan enterró inmediatamente esos pensamientos. Por fortuna, aunque la mente de Illidan hubiera estado desprotegida, hasta Sargeris se hallaba, probablemente, demasiado concentrado en lo que estaba aconteciendo como para prestar atención a las aviesas intenciones del hechicero.

Observó con atención cómo Mannoroth sostenía el disco en alto. El demonio alado murmuró unas palabras que se llevó el viento.

Un viento verde envolvió ese objeto dorado. El *Alma Démoniaca* (sí, ese nombre era mucho más adecuado, concluyó el hermano de Malfurion) se elevó de la palma de la mano de Mannoroth... y, entonces, al igual que la esfera en la que anidaba el portal, sobrevoló las turbulentas aguas del Pozo.

— ¿Eso es *todo*? —preguntó Azshara de una manera un tanto petulante.

Antes de que el vetusto capitán Varo'then pudiera serenarla, el viento dejó de soplar abruptamente. También dio la impresión que la tormenta paraba, aunque unas nubes oscuras y amenazadoras siguieron retorciéndose como un millar de serpientes que se enroscaran una alrededor de la otra.

Illidan fue el primero en percibir lo que estaba por venir.

—Recomendaría a su alteza que ordenara a sus portadores que se retiren hasta la cima de la colina que hemos atravesado antes.

Para demostrar que hablaba en serio, el hechicero se volvió y desanduvo el camino andado. El capitán le lanzó una mirada iracunda, como si sospechara que se trataba de alguna treta, y entonces ordenó a sus soldados que hicieran lo mismo.

Con un grácil movimiento de su mano, la reina ordenó a los guardias viles que los siguieran.

De improviso, un ruido similar al rugido de un millar de sables de la noche brotó de algún lugar situado cerca del centro del Pozo. Illidan miró hacia atrás, hacia esas aguas negras, y redobló el paso.

Los hechiceros y los sátiros se retiraron por fin, puesto que su tarea ya no les exigía permanecer tan cerca de la orilla. Mannoroth fue el

único que se quedó ahí. El demonio extendió una vez más los brazos hacia delante como si quisiera abrazar a una amante.

— ¡Ha comenzado! —bramó casi con alegría—, ¡Ha comenzado!

Una ola tan grande como cualquier dragón barrió la zona donde se hallaba el demonio.

Toda la orilla se desvaneció bajo esa marca implacable y desgarradora que no fluía hacia dentro, sino más bien hacia los lados. Se llevó por delante esas estructuras en ruinas como si no fueran nada. Las horrendas olas inundaron esas tierras una y otra vez, arrasándolas cada vez más. Arrancó de sus cimientos unos obeliscos de piedra e hizo trizas unos senderos pavimentados. Los muertos, que do habían sido enterrados, fueron arrastrados hasta un lugar más profundo y oscuro situado más allá de Zin-Azshari, donde Illidan sabía que tampoco podrían descansar en paz.

Mientras concluía su ascenso por la colina, el hechicero vio al fin lo que realmente le estaba ocurriendo al Pozo e incluso él se quedó anonadado ante las fuerzas mágicas que ahí estaba utilizando con suma facilidad el distante Sargeraz.

Ahora, un vasto remolino cubría por entero esa masa de agua.

A pesar de que no podía llegar a ver hasta dónde llegaba, el mero hecho de que se extendiera desde la orilla de la capital hasta allá donde le alcanzaba la vista en *cualquier* dirección fue una prueba más que suficiente de que poseía unas proporciones colosales. Illidan se percató de que, por una vez, las energías turbulentas del Pozo se movían con un propósito uniforme... y todas ellas eran arrastradas hacia el centro.

Allá abajo, un Mannoroth bañado por las fuerzas que danzaban en la orilla del Pozo se rio. Unas olas espeluznantes que continuaban arrancando trozos de piedra y tierra más grandes que el demonio no molestaron lo más mínimo a ese ser alado. Mannoroth se emborrachó de la gloria del poder de su señor y alentó a Sargerás a voz en grito.

Illidan, quien se hallaba sano y salvo más lejos de la orilla, sondeó el hechizo más profundamente. Sus sentidos aumentados parecieron arrastrar su cuerpo por encima del agua, desplazándolo por ella tan velozmente que pronto había dejado toda tierra atrás. Al mismo tiempo, la mente del hechicero se elevó aún más, lo que le permitió hacerse una mejor composición de lugar de qué era lo que Sargerás había provocado.

Había estado en lo cierto cuando había supuesto que el remolino abarcaba todo el Pozo de la Eternidad. A pesar de que únicamente era capaz de ver una mera porción del panorama entero, era ya muy obvio para el elfo de la noche qué todas las partes del Pozo se habían visto afectadas.

Entonces, una luz brillante que tenía delante captó su atención. Illidan expandió sus sentidos hasta el límite y percibió que la misma Alma Demoníaca flotaba por encima de la superficie. Ese disco de aspecto tan sencillo irradiaba una luz dorada que se centraba sobre todo en las aguas de allá abajo. Illidan ya sabía suficiente sobre el Alma Démoniaca como para comprender que Sargerás manejaba sus energías de una manera que nadie habría podido manejar, salvo tal vez el dragón Negro, aunque quizá incluso mejor. Incluso desde el distante reino en que aguardaba, el Señor de la Legión manipulaba el increíble poder del disco a la perfección en conjunción con las fuerzas primordiales del Pozo.

Pero ¿dónde se encontraba el portal? Por mucho que lo intentara, Illidan no podía percibirlo alrededor del Alma Demoníaca. Entonces, ¿Sargerass dónde lo...?

Tras maldecir su ignorancia, el hechicero posó la mirada en el centro de esa vorágine.

Miró... y se encontró contemplando un sendero que se hallaba más allá de la realidad, un sendero que llevaba al reino de la Legión Ardiente.

Illidan, que hasta entonces había creído que la mayoría de los demonios ya habían llegado a su mundo, comprobó que se había equivocado, que los que habían venido eran una mera fracción del total. Unas tropas infinitas aguardaban en el más allá; unos guerreros salvajes, provistos de colmillos y con sed de destrucción. Por lo que podía ver, no parecían tener fin, y entre ellas se encontraban unos enemigos que no se parecían a ningún otro que Kalimdor hubiera conocido jamás. Algunos tenían alas, otros se arrastraban, pero todos estaban poseídos por la misma e intensa sed de sangre que poseían aquellos a los que él se había enfrentado.

Entonces..., Illidan percibió al mismo señor demoníaco. Aunque solo notó una mera pizca de la presencia de Sargerass, fue más que suficiente para hacer que el elfo de la noche apartara la vista de ese reino abisal. Se dio cuenta demasiado tarde de que lo que previamente había percibido como la fuerza de voluntad de Sargerass era una minúscula fracción de lo que realmente era ahí. Ahí, donde existía físicamente el Señor de la Legión, no había ningún escudo capaz de impedir que el demonio supiera todo lo que pensaba el hermano de Malfurion.

Y si Sargerás llegaba a saber lo que Illidan estaba planeando, el destino que sufriría el hechicero haría que el que habían sufrido los ciudadanos de Zin-Azshari pareciera una forma de morir muy agradable y serena...

— ¿Qué te aflige, taumaturgo? —preguntó Varo'then con una voz chirriante.

Illidan tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse en cuanto su mente regresó a su cuerpo.

—Esto es... abrumador... —contestó con sinceridad—. Simplemente, abrumador.

Ni siquiera el capitán podía llevarle la contraria al respecto. Mannoroth subió lentamente por la colina, en cuyo suelo ya muy dañado sus patas enormes como troncos abrieron varios cráteres. Había un fanatismo en los monstruosos orbes que tenía por ojos que Illidan nunca antes había visto en el demonio. A pesar de que se había calado hasta los huesos en el Pozo, la temible figura estaba ahora completamente seca. Esa era la verdad del Pozo: que, aunque parecía un líquido, era mucho más.

—Pronto... —dijo con un tono casi de arrullo—. ¡Pronto, nuestro señor llegará a Kalimdor! Pronto llegará...

— ¡Y, entonces, convertirá Kalimdor en un paraíso! —susurró Azshara desde la litera—. ¡Un paraíso!

Al comandante demoníaco le brillaron intensamente los ojos por mor de la expectación, de la expectación... y algo más que enseguida llamó la atención de Illidan.

—Sí..., Kalimdor será rehecha.

— ¿Cuándo? —insistió la reina, cuyos labios se separaron, cuya respiración se aceleró—. ¿Pronto? ¿Muy pronto?

—Sí..., muy pronto... —respondió Mannoroth, quien pasó junto a ella fatigosamente, para dirigirse de vuelta al palacio—. Muy pronto...

— ¡Es maravilloso! —Azshara dio una palmada. Lady Vashj y las demás sirvientas se mostraron igual de jubilosas que ella.

—Entonces, aquí ya hemos acabado —gruñó el capitán Varo'then quien parecía debatirse entre el deseo de que Sargeran llegara y los celos que despertaba en él cualquier ser que pudiera robarle la atención de la reina—. ¡Volvamos al palacio! —ordenó el oficial a soldados y los demonios guerreros—. ¡Volvamos al palacio!

Lo cierto es que no hacía falta dar tal orden a los Altonato y los sátiros, puesto que la mayoría ya estaba siguiendo a Mannoroth. Únicamente Illidan se quedó rezagado, cuyos pensamientos se debatían entre lo que creía haber interpretado en las palabras y el rostro del comandante demoníaco y lo que había logrado atisbar del reino del Señor de la Legión.

El hermano de Malfurion miró hacia atrás, hacia el rugiente remolino que era ahora el Pozo de la Eternidad..., miró hacia atrás y, por primera vez, notó que se abrían unas fisuras en la tremenda confianza que tenía en sí mismo.

Tyrande era consciente de que estaba sucediendo algo, algo de una tremenda importancia, pero desde esa celda, ciertamente, no podía saber de qué se trataba. Elune todavía la protegía en cierto modo de sus captores, pero poco más podía hacer. La sacerdotisa ignoraba todo

cuanto sucedía en el mundo exterior. Por lo que sabía, su pueblo había sido aplastado y la Legión Ardiente avanzaba ahora por Kalimdor sin traba alguna, arrasando hasta los cimientos todo lo que quedaba en pie en esas tierras antaño tan bellas.

Ya no había guardias vigilando la puerta de la celda, ya que el insidioso capitán Varo'then había decidido que eso suponía desperdiciar recursos con una prisionera que, sin duda alguna, no iba a ir ninguna parte. Tyrande no podía echarle en cara al oficial esta decisión; ciertamente, había demostrado que no era una amenaza para el palacio.

El repentino ruido de unas pisadas le llamó la atención. Aún no era la hora de que le trajeran comida y agua. Además, desde fuella única vez en que había aceptado ambas cosas de manos de Dath'Remar, Tyrande no había comido ni bebido nada más. El Altonato le había rogado que lo hiciera en sus dos visitas posteriores, pero solo lo haría cuando lo necesitase, pues no quería arriesgarse a acostumbrarse a depender de aquellos que la tenían prisionera.

La puerta se abrió con un breve crujido. Se sorprendió al ver que Se trataba de Dath'Remar, quien iba acompañado por otro Altonato.

Este último echó un vistazo ahí una sola vez, escrutó a la prisión y, acto seguido, volvió al pasillo.

— ¡Dath'Remar! ¿Qué te trae...?

— ¡Silencio, señora!

Examinó la celda como si esperara que estuviera llena de guardias viles. Tras cerciorarse de que se hallaban solos, Dath'Remar se aproximó a la esfera.

De debajo de sus ropajes, sacó el siniestro artefacto que lady Vashj había utilizado para liberarla de un modo fugaz. Tyrande se mordió los labios para no lanzar una exclamación y se preguntó si tal vez el hechicero pretendía que sufriera el mismo destino al que la sirvienta de Azshara había intentado condenarla.

—Prepárate —susurró Dath'Remar.

Repitió los mismos pasos que había dado lady Vashj en su momento. La esfera descendió y las ligaduras invisibles se desvanecieron.

Una agarrotada Tyrande estuvo a punto de caerse al suelo. El Altonato la agarró con un brazo y sostuvo el artefacto cerca de la garganta de esta.

—Mi muerte te servirá de muy poco —le dijo la sacerdotisa.

El hechicero pareció sorprenderse y, a continuación, contempló ese objeto que tenía en la mano. Con una repugnancia total, el elfo de la noche lo arrojó.

— ¡No he venido a cometer un acto tan atroz, señora! ¡Ahora, habla bajo si deseas tener alguna esperanza de poder escapar de este lugar!
— ¿Escapar?

A Tyrande se le aceleró el pulso. ¿Acaso se trataba de otra broma cruel?

Dath'Remar pudo leer en sus ojos lo que pensaba.

— ¡No te estoy engañando! ¡Esto es algo que hemos discutido largo y tendido entre nosotros! ¡Ya no podemos soportar más obscenidad! La reina... —Estuvo a punto de ahogarse, pues claramente se debatía entre su devoción por Azshara y el asco que le provocaba todo lo que había ocurrido—. La reina... está loca. No puede haber otra explicación. ¡Ha dado la espalda a su pueblo por un ser depravado y despiadado! El tal Sargeris nos ha prometido un mundo que nosotros, los Altonato, gobernaremos, ¡pero lo único que vemos Altonato es ruina y desolación! ¿Qué clase de paraíso se puede construir a partir de piedras manchadas de sangre y tierra abrasada? ¡Creemos que ninguno!

Esa confesión no sorprendió del todo a la elfa de la noche, puesto que, en sus conversaciones anteriores, ya había dado algunas pistas sobre qué era lo que le inquietaba. Lo que sí le había sorprendido en un principio era que aún quedara gente capaz de pensar por sí misma en palacio (ya que el señor demoníaco seguramente exigía que se le sirviera con devoción absoluta), pero al final, tal vez Sargeris había intentado abarcar demasiado y ciertas cosas se le estaban pasando por alto.

Fuera cual fuese la razón, la suma sacerdotisa le dio las gracias a Elune por esta oportunidad de escapar; además, estaba segura de que podía confiar en Dath'Remar.

—Esta será nuestra única oportunidad —recalcó el hechicero—. Los esbirros del señor demoníaco se encuentran cerca del Pozo llevando a cabo algunos hechizos. Estarán muy ocupados un buen rato los demás nos están esperando abajo, en los establos.

— ¿Los *demás*?

—Ya no podemos quedarnos aquí, y menos aún cuando descubran que has desaparecido. Esa es la decisión que hemos tomado lo he

dispuesto todo para que la mayoría de los que se van a marchar no tuvieran que participar en lo que están haciendo ahora los Amonios... y aquellos que se han visto obligados a estar ahí serán honrados por el resto de nosotros por su sacrificio.

—Que la Madre Luna vele por ellos —susurró Tyrande, pues sabía que, en cuanto Mannoroth y su señor descubrieran que esos elfos de la noche los habían traicionado, el destino que iban a sufrir no iba a ser muy agradable—. Pero ¿qué hay de los guardias?

—Unos pocos nos apoyan, ¡pero la mayoría son unos perros falderos del capitán Varo'then! ¡Tendremos que tener cuidado con ellos! ¡Y ahora ven! ¡Deja de hacer preguntas!

La guió hasta el pasillo, donde el otro Altonato los esperaba Tyrande titubeó al principio, ya que se sintió abrumada de repente al verse realmente fuera de la celda. Un impaciente Dath'Remar la fulminó con la mirada y tiró de ella.

Subieron corriendo por un largo tramo de escaleras, con el compañero de Dath'Remar en cabeza. Ahí no se veía a ningún centinela por ninguna parte, lo cual la sacerdotisa supuso que era debido a que los hechiceros habían hecho todo lo posible por despejar el camino de antemano.

Las escaleras acababan frente a una puerta de hierro, en cuya parte central se encontraba enmarcado el beatífico rostro de Azshara. Al verla, Tyrande se estremeció de un modo involuntario; una reacción que provocó que ambos Altonato la miraran con comprensión.

—Al otro lado se encuentra el pasillo que nos llevará directamente a los establos. Los demás ya tendrán sus monturas preparadas. Cuando las puertas se abran, cabalgaremos veloces como el viento. —Pero

¿qué pasará...? ¿Qué pasará con los demonios? Dath'Remar se enderezó orgulloso.

— ¡Somos los *Altonato*, al fin y al cabo! ¡Somos los mejores taumaturgos del reino! ¡Caerán ante nuestro poder! —A renglón seguido, con menos arrogancia, el hechicero añadió—. Y, probablemente, algunos de los nuestros también caerán...

—Percibo que el camino está despejado —le interrumpió el otro hechicero, quien sonrió de una manera presuntuosa—. El hechizo de distracción aún mantiene a raya a los perros sarnosos de Varo'then.

—Pero sospecho que no por mucho tiempo —replicó Dath'Remar, quien abrió la puerta empujándola delicadamente. No cabía duda de que en el pasillo no había ni uno solo de esos soldados de rostro torvo.

—Ya estamos cerca de los establos —comentó el otro Altonato, cuya confianza iba en aumento—. ¡Ya ves, Dath'Remar! Tanto preocupamos por unos indignos...

Esas palabras murieron en un gorgoteo, ya que le atravesó el cuello un virote, cuya punta salió por el otro extremo. Tyrande y Dath'Remar acabaron regados de sangre.

Mientras el hechicero muerto caía al suelo, varios guardias invadieron el corredor.

— ¡Alto ahí! —ordenó un suboficial que llevaba un yelmo con penacho.

En respuesta, un furioso Dath'Remar movió una mano hacia un lado.

Una fuerza invisible derribó a los guardias, que salieron despedidos volando hacia las paredes, como si fueran unas hojas arrastradas por el viento. El estrépito de los golpes retumbó por todo el pasillo.

— ¡Eso les enseñará a no atacar a un Altonato del Círculo Elitista! — les espetó.

—Alguien vendrá a investigar estos ruidos —le avisó la sacerdotisa.

En su descargo, hay que decir que dio la impresión de que Dath'Remar asumía que se había dejado llevar por la ira. Con un gesto de contrariedad, tiró de Tyrande y echó a andar.

Entraron en los establos poco después, donde Tyrande contempló algo asombroso. Por lo que había comentado su compañero de fuga, había dado por sentado que ahí habría un buen número de elfos Altonato, pero no tanto como ahora tenía delante. Sin lugar a dudas, ahí se hallaba un tercio de la casta, incluidas familias enteras.

— ¿Dónde está...? —preguntó una elfa, pero Dath'Remar le lanzó una mirada de inmediato que hizo que esta se callara y no volviera a mencionar al hechicero muerto.

—Hemos oído ruidos de lucha ahí arriba y hemos percibido que se han empleado unas fuerzas mágicas —añadió otro elfo—. Los demonios también lo habrán notado.

—Ha sido necesario. —Dath'Remar guió a Tyrande hacia delante—. ¿Tienes una montura veloz para la sacerdotisa, Quin'thatano?

—La más veloz que hay.

—Bien. —El hechicero se volvió hacia ella—. Señora Tyrande, tendrás que hablar a nuestro favor cuando demos alcance a la hueste, pues somos conscientes de que ahí no seremos bien recibidos...

— ¡Los obligaremos a escucharnos! —exclamó una elfa Altonato—. Tenemos el poder para hacer algo así...

— ¡De ese modo, lo más probable es que consigamos que nos maten a todos! —bramó Dath'Remar, quien, dirigiéndose a Tyrande, añadió—: ¿Nos harás ese favor?

— ¡Eso no hace falta preguntarlo! ¡Claro que lo haré! ¡Lo juro por la Madre Luna!

Esa respuesta pareció satisfacerlo, aunque no a algunos de sus colegas. Aun así, daba la impresión de que todos los allí presentes habían delegado la toma de decisiones en Dath'Remar Caminante del Sol.

— ¡Muy bien! ¡La palabra de la suma sacerdotisa es más que suficiente para todos nosotros! —Señaló a los sables de la noche—. ¡Monten! ¡No tenemos ni un momento que perder!

Los Altonato a la fuga llevaban muy poco consigo, lo cual indicaba la premura con la que habían llevado a cabo el plan. Como estaban acostumbrados a una vida de lujo y exquisiteces, Tyrande esperaba que se hubieran llevado la casa entera.

Otro hechicero le entregó a la sacerdotisa las riendas de una pantera lustrosa y esbelta. Del costado del animal pendía una larga y robusta espada que, sin ningún género de dudas, le habían robado a algún soldado del capitán Varo'then. Agachó la cabeza en señal de gratitud por este bienvenido regalo, se subió a su montura y esperó.

Dath'Remar echó un vistazo para asegurarse de que todo el mundo estaba listo y, a continuación, señaló hacia dos enormes puertas de madera que llevaban a la calle.

— ¡Cabalgaremos juntos! ¡No se separen! Aquellos que no obren así sufrirán las consecuencias de su imprudencia. Hay demonios por doquier. Tendremos que luchar y cabalgar al mismo tiempo; es posible que durante días, incluso. —Se enderezó—. ¡Pero somos los *Altonato*, los principales dominadores del abundante poder del Pozo!

¡Con él, nos abriremos paso violentamente y dejaremos un camino sembrado con los cadáveres de todos aquellos que intenten detenernos!

Tyrande mantuvo un gesto imperturbable. Los Altonato tenían que saber que muchos de ellos iban a morir, y lo iban a hacer de un modo brutal. Rezó en silencio a Elune, para que la guiara a la hora de ayudar a sus nuevos compañeros. Los Altonato buscaban redimirse por el papel que habían desempeñado en la llegada de la Legión a Kalimdor; Tyrande iba a hacer todo lo necesario para cerciorarse de que se les daba la oportunidad de recibir ese perdón. Dath'Remar señaló la entrada.

— ¡Que se abra el camino!

Las enormes puertas explotaron hacia fuera.

— ¡Cabalguen!

Tyrande espoleó a su montura para que siguiera a la del hechicero. Los primeros Altonato atravesaron velozmente las puertas reducidas a astillas y sus sables de la noche sortearon los escombros con gran facilidad. Los cadáveres de unos cuantos demonios yacían esparcidos por la zona circundante; por lo visto, el estallido los había sorprendido.

— ¡Mannoroth y los demás deberían seguir en el Pozo! —gritó Dath'Remar—. ¡Nuestras esperanzas de éxito dependen de tal eventualidad!

En cuanto oyó esa mención al Pozo, Tyrande pensó en Illidan, puesto que deseaba con ahínco que se encontrara entre los que intentaban escapar de la maldad del señor demoníaco en vez de rendirse a ella.

La siniestra niebla que envolvía Zin-Azshari no demoró a los jinetes, puesto que, con casi toda seguridad, los Altonato ya estaban muy familiarizados con ella. La sacerdotisa se centró en seguir a sus acatadores y esperar.

Esperar a que se toparan con la primera amenaza que tratara de impedir su huida.

Enseguida se encontraron con ella, la cual se presentó bajo la forma de unas bestias viles, que se abalanzaron sobre unos jinetes que iban en medio de la formación, logrando derribar a dos y casi eviscerando a otro. Los tentáculos de los demonios se adhirieron a los cuerpos de las víctimas, cuyas energías absorbieron con fruición.

Una taumaturga lanzó lo que en un principio parecía ser un palo minúsculo. Sin embargo, para cuando este alcanzó su objetivo, se había estirado hasta ser toda una lanza, que atravesó el pecho a la bestia vil.

Otros sabuesos demoníacos perecieron de una manera similar y los supervivientes huyeron profiriendo unos potentes aullidos teñidos de consternación. Dath'Remar lanzó un relámpago sobre estos últimos, aniquilando a dos, cuyos restos mortales cayeron cual lluvia sobre los Altonato a la fuga. Una tercera bestia vil logró escapar.

— ¡Ahora seguro que saben que estamos huyendo! —gruñó el hechicero—. ¡Más rápido!

Se oyó bramar a un cuerno con tono grave y lúgubre. Instantes después, otros situados muy por delante del grupo de los Altonato respondieron. Tyrande imploró fervientemente a Elune, pues era consciente de que los elfos de la noche estarían luchando por salvar el pellejo enseguida.

— ¡Sarath’Najak! ¡Yol’Tithian! ¡A mí!

La pareja en cuestión se acercó hasta Dath’Remar, junto al cual cabalgó. Cada uno de ellos alzó un puño hacia delante y entonó un cántico.

Un destello continuo e intenso de energía carmesí cobró forma delante de los jinetes que encabezaban la marcha. Incluso Tyrande percibió las tremendas fuerzas que se estaban extrayendo del Pozo.

Entonces..., de la niebla surgió un muro de colosales guerreros provistos de colmillos, envueltos en las llamas verduzcas que irradiaban sus armaduras. Los guardias viles arremetieron en tropel contra los renegados con unas armas que casi eran tan largas como Tyrande.

No obstante, los primeros de ellos que chocaron contra la barrera carmesí se *quemaron*. Sus propias llamas adquirieron el mismo color que la creación de los hechiceros y, acto seguido, engulleron a los demonios. Los monstruosos guerreros chillaron y cayeron junto al camino. En un mero abrir y cerrar de ojos, nada quedó de los caídos, salvo unos cuantos restos calcinados de sus armaduras.

Sin embargo, los demonios siguieron presionándolos en cuanto consiguieron rodear a los fugitivos. Los hechiceros se dispusieron a lanzar hechizos a título individual, con variados resultados. Como no podían centrarse en todos y cada uno de los demonios ahí presentes,

los que lograban sortear sus ataques desataban el caos entre los elfos de la noche. Una elfa cayó cuando su montura, degollada, se desplomó. Antes de que pudiera levantarse, el guardia vil que había asesinado a su felino la decapitó. Otro Altonato fue derribado de su silla de montar; lo empalaron y, acto seguido, lo arrojaron con deprecio bajo las zarpas de los sables de la noche, que lo pisotearon.

Un guerrero gigantesco logró acercarse por detrás a Dath'Remar. Profiriendo un grito ahogado, Tyrande desenvainó su espada y rezó a Elune para que guiara su mano.

El pálido fulgor plateado que rodeaba a su dueña se extendió hasta la espada, la cual atravesó la armadura del demonio como si solo hendiera el aire.

Con un gruñido, el guardia vil hizo ademán de girarse hacia Tyrande... Entonces, la mitad superior de su cuerpo se separó del resto. El demonio se desplomó; la herida que le había abierto la sacerdotisa con la bendición de la diosa había sido tan precisa que la víctima no se había dado cuenta en un primer momento de que ya estaba muerta.

Entonces, Dath'Remar, que ignoraba que había estado a punto de perder la vida, gritó algo a sus dos camaradas. Aunque Tyrande no pudo ver qué hicieron, sí pudo ver que el escudo que habían creado no solo se extendía mucho más lejos, sino que también cambiaba de color, hasta adquirir una tonalidad azul muy intensa.

Se oyó un chisporroteo y el primer demonio que se chocó corriendo contra este nuevo hechizo salió volando hacia atrás, como si lo hubiera lanzado una catapulta. Se estrelló entre sus compañeros y su cuerpo quedó reducido a polvo.

Este nuevo sortilegio resultó ser mucho más efectivo. Los Altonato fugitivos que se habían visto demorados en su avance por el despiadado ataque inicial de los demonios, recuperaron el ritmo en su veloz huida. Aun así, dejaron atrás a más de una decena de los suyos, la mayoría destrozados por las cruentas hojas de la Legión Ardiente. Unos sables de la noche sin jinete alguno, pero con los lomos empapados de sangre, siguieron avanzando con el resto del grupo.

Una joven Altonato que se encontraba cerca de Tyrande gritó y, a continuación, se elevó en el aire y se esfumó en la niebla. Un segundo después, su chillido dejó de oírse de un modo brusco y terrible que presagiaba lo peor. Su cuerpo destrozado cayó entre esas figuras a la fuga.

Presas de la consternación, los elfos de la noche miraron hacia arriba y a su alrededor. Tyrande miró hacia atrás... y vio, demasiado tarde, cómo unas garras agarraban a un anciano, al que arrastraron hasta que se perdió de vista.

— ¡Guardias apocalípticos! —exclamó—. ¡Tengan cuidado! ¡Hay guardias apocalípticos ocultos ahí arriba, en la niebla!

Otro par de garras descendieron cerca de ella. Tyrande trazó un arco mortal con su espada. Oyó un gruñido salvaje y el guardia apocalíptico se retiró... con una mano menos.

Dos taumaturgos vestidos con túnicas alzaron los brazos. Algo similar a un halo cobró forma por encima de ellos y, acto seguido, se expandió hasta cubrir a gran parte del grupo.

Pero antes de que pudieran concluir el hechizo, fuera cual fuese, que pretendían lanzar, una explosión los zarandeó. Sus sables de la noche

se tambalearon y los dos Altonato cayeron de sus respectivas monturas,

Del centro de la explosión se alzó un infernal. Aunque Tyrande no sabía cómo era posible que el demonio hubiera caído entre los jinetes sin haber sido visto o detectado antes, eso poco importaba en ese momento. El infernal desató el caos entre los elfos de la noche, impactando contra panteras de gran tamaño sin perder en ningún momento el paso.

Mientras esté sucedía, dos Altonato más desaparecieron de sillas de montar, raptados por los guardias viles que los atacaban desde arriba. La sacerdotisa dirigió su mirada hacia Dath'Remar, pero este no podía ayudarla ni guiarla. El hechicero líder estaba muy atareado intentando mantener a raya a esas tropas cada vez más numerosas de guardias viles, quienes parecía que estaban intentando acabar por aplastamiento con el hechizo que él y los demás habían elaborado. A cada paso que daban, se veían obligados a avanzar más y más lentamente y, según los cálculos de Tyrande, en poco tiempo los Altonato tendrían que detenerse por completo.

Entonces, se paró, se llevó la espada a la cara e invocó una vez más los poderes que la Madre Luna le confería. Sobreviviera o no, Tyrande no iba a permanecer cruzada de brazos mientras otros perecían.

—Por favor, Madre Luna, escúchame, Madre Luna... —murmuró la sacerdotisa.

El fulgor de su espada se extendió hacia ella y, al mismo tiempo, se intensificó. Tyrande pensó en la luz purificadora de la deidad lunar y en cómo, bajo ella, todo se revelaba tal como era.

El aura plateada centelleó con fuerza.

Bajo la luz de Elune, la niebla se disipó. Tanto en tierra como en el cielo, los demonios se encontraron con que nada los protegía ya. Y lo más importante, se encogieron de miedo súbitamente y apartaron la mirada, pues eran incapaces de soportar esa iluminación divina.

Al flaquear, al dejar un hueco, brindaron la oportunidad a los jinetes de proseguir su huida.

— ¡Por ahí, Dath'Remar! —gritó Tyrande—. ¡Cabalgad por ahí! No hacía falta que lo alentara a hacerlo. Dath'Remar y sus dos camaradas abrieron el camino que la oración de la sacerdotisa les había revelado. Bastante cegados, los pocos demonios que tenían ante ellos resultaron ser unos obstáculos menores que aplastaron con facilidad.

— ¡Cabalguen por aquí! ¡Cabalguen por aquí! —les animó el líder de los Altonato.

Sus atacantes cayeron, ya que ninguno era lo bastante fuerte como para resistirse a la luz.

Envalentonada, Tyrande siguió al resto con gran entusiasmo. El fulgor que la envolvía se extendió aún más allá de los límites del grupo. Dio gracias a Elune una y otra vez por este milagro...

Pero, justo cuando Tyrande cruzaba las líneas de la Legión, unas zarpas la agarraron y derribaron a la sacerdotisa de su sable de la noche. Con un grito de sobresalto, salió despedida volando y acabó lejos de sus compañeros.

Tyrande forcejeó y acabó encontrándose mirando cara a cara a un guardia apocalíptico. Ese demonio de semblante desfigurado tenía los

ojos totalmente cerrados y su respiración irregular era un indicio de lo mucho que le lastimaba la iluminación que irradiaba la elfa.

Sin vacilación alguna, la sacerdotisa atacó a esa figura vestida con armadura. La espada impactó oblicuamente contra su asaltante, al que sobresaltó de tal modo que dejó de agarrarla con una mano. Como Tyrande no podía mirar hacia abajo para comprobar lo lejos que se hallaba el suelo, le rogó a Elune que le amortiguara la caída.

Con una tremenda determinación, la sacerdotisa le atravesó el pecho con la espada al guardia apocalíptico.

Por culpa de los espasmos del demonio, se le cayó el arma. Entonces, el demonio la soltó por completo.

Tyrande se aferró al cadáver, con la esperanza de poder hacerlo girar hasta colocarlo por debajo de ella antes de que se estrellaran contra el suelo. Por desgracia, por mor de sus estertores de muerte, no pudo seguir agarrando al guardia apocalíptico.

La sacerdotisa cerró los ojos con fuerza. Aunque sus rezos fueron dirigidos a su diosa, sus últimos pensamientos se centraron en Malfurion, quien se sentiría responsable de su muerte, si eso era lo que iba a suceder en breves instantes, a pesar de que ella no quería que cargara con esa pesada carga. Pero serían los dioses quienes decidieran su destino, no los actos de su amador. Tyrande comprendía que Malfurion había hecho todo cuanto había podido y que el sino de su pueblo era mucho más importante que el de esta humilde sierva.

Aunque si pudiera ver su rostro una vez más...

Tyrande alcanzó el suelo..., pero la colisión no fue en absoluto como ella había esperado. Apenas sintió una sacudida y ni mucho menos le quebró todos los huesos ni le fracturó el cráneo.

Tocó la tierra. Sí, había *caído*..., pero, si era así ¿por qué seguía de una sola pieza?

Tyrande se incorporó y echó un vistazo a su alrededor. El aura que la había envuelto se había desvanecido, dejándola rodeada por la niebla y sola, a excepción hecha de los cuerpos destrozados de los elfos de la noche y los demonios que le hacían compañía.

No..., no estaba sola. Una figura alta y muy familiar emergió de la niebla que se había vuelto a levantar y, al verlo, se le ruborizaron las mejillas.

— ¡Malfurion!

Sin embargo, casi en el mismo instante en que Tyrande pronunció ese nombre, se dio cuenta de que había escogido el incorrecto.

Illidan, quien intentaba no mostrar un rictus de disgusto, se inclinó sobre la sacerdotisa caída.

—Mira que eres necia... —Le tendió una mano—. ¿Y bien? Ven conmigo... ¡si quieres vivir lo suficiente para verme salvar el mundo!



CAPÍTULO QUINCE

Por encima del centro del Pozo de la Eternidad, el Alma Demoníaca refulgía intensamente. Dentro del abismo formado por el hechizo de Sargerass, las fuerzas puestas en marcha, tanto por el Alma como por el Pozo, se agitaban, construyendo poco a poco un portal estable. Desde su monstruoso reino, el Señor de la Legión se preparaba para entrar en ese mundo que sería su próximo premio. Pronto, muy pronto, erradicaría toda vida, toda existencia, de ese lugar... y después iría al siguiente mundo maduro.

Pero había otros que también aguardaban con una expectación cada vez mayor, otros con sueños más funestos y mucho más antiguos que los del señor demoníaco. Habían estado esperando tanto tiempo para tener una vía de escape, los medios para reclamar lo que antaño había sido suyo. Cada paso hacia el éxito que daba Sargerass a la hora de reforzar el portal, era un paso hacia el éxito para ellos también. Con

El Cataclismo

el Pozo, con el Alma Demoníaca y el poder del Señor de la Legión, abrirían una ventana en su prisión eterna.

Y una vez abierta, ya no se podría volver a sellar.

Los dioses antiguos esperaban. Llevaban aguardando mucho, mucho tiempo, así que podían esperar un poco más.

Pero solo un poco...

Y como, seguramente, la llegada de Sargerass era inminente, Archimonde puso toda la carne en el asador en la batalla. Trajo a guerreros que se hallaban en otros lugares, sabedor de que la derrota de la hueste conllevaría la derrota de ese mundo entero.

La hueste, a su vez, luchaba porque no le quedaba más remedio que luchar. Los elfos de la noche, los tauren y las demás razas solo sabían que rendirse equivalía a entregarles sus cabezas en bandeja de plata a los demonios. Podrían acabar cayendo, pero no sin haberlo dado todo.

Malfurion siguió esforzándose para cumplir con su papel. Con sus hechizos, invocó torbellinos que elevaron hacia el cielo tanto a guerreros como bestias, para luego dejarlos caer desde una altura letal. Las semillas que había lanzado en esos mismos vientos brotaron y crecieron por entero en las tripas de esos demonios, haciendo pedazos a sus anfitriones. Después, los cadáveres se precipitaron sobre la Legión, provocando aún más caos.

En las profundidades de la tierra, Malfurion halló a los animales subterráneos, los gusanos y demás, que habían conseguido hasta entonces esconderse de toda esa maldad. Alentados por él, revolvieron la tierra, haciendo así que se volviera inestable. De improviso, unos guerreros provistos de colmillos se hundieron en ella como si fueran arenas movedizas, mientras que otros, que habían quedado empantanados en ella, se convirtieron en presas fáciles para los arqueros y lanceros.

En el cielo, los demonios dominaban la situación, pero pagando un alto precio por ello. Jarod había encomendado a los arqueros que se concentraran casi por entero en la Guardia Apocalíptica y similares. Fuera cual fuese la carnicería que desataron esas furias aladas, muchas lo pagaron muy caro con unos virotes sobresaliéndoles del cuello.

La Guardia Lunar luchaba valientemente contra los eredar, los infernales y, lo que era aún peor, los Señores del Terror. Los elfos de la noche contaban con el apoyo no solo de Rhonin y Krasus, sino también con el de los chamanes de los tauren y fúrboigs. Aunque los chamanes actuaban de maneras mucho más sutiles, los resultados quedaban demostrados cuando los brujos caían muertos o simplemente se desvanecían.

Con todo, siempre había más demonios para reemplazar a los que habían perecido.

Brox se hallaba en la vanguardia con Jarod y los legendarios guardianes de Kalimdor; el orco parecía ser una criatura tan asombrosa como aquellos con los que luchaba codo con codo. Brox se echó a reír como no lo había hecho desde el día de la batalla en que él y sus camaradas habían esperado morir valientemente. En efecto, aunque el guerrero canoso esperaba morir ahora, su hacha de

momento seguía imponiéndose a las armas de sus enemigos, abriendo tajos a diestro y siniestro como si ansiara devorar la carne demoníaca. Esa arma no infligía tales daños en el enemigo solo por mor de la magia que se le había imbuido, sino por la habilidad con que el orco la blandía. Brox dominaba ese arte con maestría, y esa era la razón por la que su jefe, Thrall, lo había elegido en un principio.

Entonces, una manada de bestias viles pillaron a uno de los osos por sorpresa, abalanzándose sobre su víctima, a la que rápidamente derribaron. Antes siquiera de que su gigantesco adversario impactara contra el suelo, una veintena más se unió a la primera manada. Rápidamente, los monstruosos adhirieron sus ventosas al peludo cuerpo y bebieron con ansia la magia innata del guardián... y, por tanto, su fuerza vital.

El gemelo del caído rugió con furia cuando vio lo que había sucedido. Apartando a golpes a los guardias viles, se arrojó contra esas horrendas sanguijuelas. Una a una, el semidió las arrancó del cuerpo inmóvil, arrancándoles la cabeza y rompiéndoles la espalda de paso.

Sin embargo, en cuanto alcanzó a su gemelo, quedó inmediatamente patente de que había acudido al rescate demasiado tarde.

Alzando bien alta la cabeza, el guardián del bosque rugió de dolor y, entonces, se giró hacia las tropas de demonios, las cuales arrasó como si estuvieran hechas de papel. A pesar de que le clava-han lanzas y otras armas constantemente, fue adentrándose más y más en la Legión Ardiente, dejando atrás con celeridad a sus otros compañeros, hasta que se perdió de vista. Brox y Jarod, que se encontraban más cerca de la vanguardia, oyeron su último rugido impenitente y contumaz... y percibieron el silencio sepulcral que reinó a continuación.

Los cuerpos yacían desperdigados por el suelo hasta más allá de donde alcanzaba la vista, por lo cual no era extraño que los combatientes se batieran en duelo encima de los cadáveres de sus predecesores. Los semidioses luchaban junto a los elfos de la noche, quienes luchaban junto a los tauren, los fúrbolgs, los terráneos y demás razas, y todos ellos mostraban las mismas expresiones sombrías.

Cenarius seguía liderando a los épicos guardianes de Kalimdor mientras destrozaba a los demonios con una violencia que dejó estupefactos incluso a Rhonin y Krasus. Con sus nudosas garras desgarraba carne y metal, derramando las entrañas en el campo de batalla de esos guerreros monstruosos. El señor del bosque luchaba como si se hallara poseído y, cada vez que moría un compañero guardián, redoblaba sus esfuerzos de un modo más aterrador, más implacable. Parecía decidido a compensar la falta de todos los que habían caído, sin que importara el precio que él tuviera que pagar por ello.

Y continuaron cayendo. El gran jabalí Agamaggan, al que se aferraban los guardias viles como unos perros de caza que hostigaran a una presa, al fin se tambaleó. Embistió a varias bestias viles, lanzándolas por los aires o haciéndolas picadillo con los colmillos, pero entonces, ya no pudo soportar el peso de tantísimos demonios. El semidiós cayó de rodillas, lo cual aprovecharon sus tenaces adversarios para lanzar un serio ataque contra su torso, en el que abrieron unos profundos tajos. Aunque la enorme bestia se sacudió y logro quitarse de encima a algunos de los que se aferraban a ella, ese fue el último esfuerzo que realizó. Mientras le manaba sangre de un centenar de heridas profundas, gruñó... y, acto seguido, se quedó inmóvil; no obstante, su cuerpo continuó sufriendo unos ataques

salvajes, pues los demonios estaban tan dominados por la sed de sangre que eran incapaces de darse cuenta de que ya lo habían matado.

Esta última muerte espoleó aún más a Cenarius. Arremetió contra los demonios que se estaban ensañando con el cadáver destrozado del jabalí, aplastándoles las tráqueas o empalándolos en las cerdas del semidiós caído. Tal era su furia que, al final, se convirtió en el objetivo principal de los violentos ataques de la Legión Ardiente. La mano invisible de Archimonde guiaba a los demonios más poderosos hacia el señor del bosque.

Como tenían que seguir batallando para salvar su propio pellejo, ni Krasus ni ningún otro pudieron hacer nada por él. Cada vez más y más espeluznantes guerreros rodeaban al mentor de Malfurion, hasta que llegó un momento en que apenas podía divisarse la cornamenta de Cenarius.

Entonces..., justo cuando daba la impresión de que él también iba a caer, se produjo un fogonazo blanco, como el que Rhonin había visto una vez. Una gigantesca forma cuadrúpeda arremetió directamente contra ese enjambre de demonios. Con unos cuernos varias veces más descomunales que los del señor del bosque, arrancó a los llameantes guerreros a decenas del tambaleante Cenarius. Con unas pezuñas colosales, aplastó unos cráneos muy duros o machacó unas corazas muy resistentes. Con los dientes los desmembró o degolló.

Entonces, al fin, pudieron ver con claridad a esa asombrosa criatura. Ahí, alzándose imponente por encima del debilitado Cenarius, un magnífico venado de un blanco puro mantenía a raya a los demonios. Su pelaje relucía tanto que los esbirros de la Legión Ardiente quedaron medio cegados por su brillo, lo cual hizo que acabaran siendo unas presas muy fáciles para ese animal descomunal.

Una y otra vez, el ciervo se valió de su cornamenta para despejar de enemigos de un modo sangriento el camino que tenía ante él. Nada, ni siquiera los infernales, pudieron ralentizar su avance. Empujó a la Legión Ardiente no solo fuera de la zona donde se hallaba el señor del bosque caído, sino que también la alejó del lugar donde se encontraban otros defensores cerca de ahí.

De repente, Brox y Jarod se hallaron bajo la abrumadora mirada del venado. Si bien esa gigantesca criatura no pronunció palabra, de algún modo, supieron que tenían que alejar a Cenarius de la batalla. Y eso fue lo que hicieron mientras una nueva oleada de terror cargaba hacia delante. No obstante, nada podía plantar cara durante largo tiempo al ciervo. Una hilera tras otra de demonios corrieron hacia el con sus armas en ristre, para acabar hechos trizas solo unos instantes después.

Pero en caso de que las hojas afiladas de la Legión no pudieran derrotar a ese nuevo campeón, la horda también contaba con otras herramientas más siniestras a su disposición. Un relámpago negro rasgó el cielo de un modo abrupto, el cual quemó y calcinó la tierra alrededor del ciervo. Tras el rayo, estallaron unos fuegos verdes y oscuros que le chamuscaron el pelaje prístino al semidiós. La tierra abrasada se alzó y en ella cobraron forma unas garras, que lo agarraron de las cuatro patas.

Entonces, las tropas demoníacas se apartaron... y por el ominoso hueco que dejaron apareció andando el mismísimo Archimonde.

Con cada paso que daba hacia el venado, Archimonde iba aumentando de tamaño hasta que fue tan alto como su adversario. Al contrario que sus dementes guerreros, el comandante demoníaco mostraba un semblante imperturbable, casi analítico. A pesar de que no empuñaba

ningún arma, sus puños irradiaban el mismo fuego monstruoso que ardía alrededor del ciervo.

El semidiós se revolvió de tal modo que se soltó de esas garras hechas de tierra, las cuales rompió. Después, con un bufido desafiante, el semidiós agachó la cornamenta y se lanzó contra el archidemonio.

La colisión vino acompañada de un trueno y un temblor que hizo caer a los combatientes que había a cierta distancia a la redonda. Tanto los demonios como los elfos de la noche huyeron de la sobrecogedora furia de ese duelo. Allá donde las pezuñas del venado golpeaban el duro suelo, unas chispas se elevaban hasta el cielo. El propio Archimonde clavó los pies profundamente en el suelo, creando así unos barrancos y elevando unas nuevas colinas más altas que sus guerreros.

Unas heridas sangrientas marcaban el camino que habían seguido las garras del demonio al surcar la piel del venado. Unos puntos muy definidos y relucientes de los que brotaba un fuego verde mostraban dónde los cuernos le habían atravesado la piel a Archimonde, la cual era supuestamente impenetrable. El demonio y el semidiós se peleaban y ninguna otra criatura viva se atrevía a interponerse en su camino.

Más atrás, Jarod y Brox, a los que se sumó por el camino Dungard el terráneo, llevaban al herido Cenarius hasta donde se hallaba Krasus. El mago, a pesar de que corría el riesgo de ser atacado por un eredar, se apartó de la batalla para conocer en qué estado se encontraba el señor del bosque.

—Ha sufrido unas heridas muy graves —masculló Dungard, a la vez que se sacaba la pipa de la boca.

—Sí, se encuentra muy grave —admitió el mago tras pasarle las manos por el pecho a Cenarius—. El veneno que forma parte de todos los demonios le afecta a él mucho más que a la mayoría, tal vez por su vínculo especial con la propia Kalimdor. ^-Krasus esbozó una mueca de contrariedad—. Aun así, creo que sobrevivirá...

En ese momento, el semidiós murmuró algo. Solo Krasus estaba arrodillado lo bastante cerca como para escuchar sus palabras con claridad y, cuando la figura vestida con una túnica alzó la vista, pudieron ver la tristeza reflejada en su rostro.

— ¿Qué sucede? —preguntó Jarod.

No obstante, antes de que Krasus pudiera responder, se oyó un terrible grito procedente del campo de batalla. En cuanto todos se volvieron hacia el lugar del que había surgido, pudieron ver cómo Archimonde tenía agarrado con un brazo al gigantesco ciervo del cuello, mientras que con la otra mano torcía el hocico de su adversario hacia un lado. La cabeza del venado ya estaba girada en un ángulo espantoso, que era lo que había provocado el chillido.

Krasus se puso en pie de un salto.

— ¡No! ¡No debe hacerlo!

Pero ya era demasiado tarde. El demonio, con un semblante indiferente, apretó aún con más fuerza.

Un crujido tremendo reverberó por toda la región, uno que por solo un breve instante, provocó que todos los demás ruidos cesaran.

Con una impasibilidad un tanto extrema, el archidemonio arrojó a un lado a su adversario, como si se tratara de mera basura. A

continuación, se limpió las manos y miró a los anonadados defensores.

De improvviso, unas enredaderas se elevaron de ese suelo por otro lado inerte, agarrándole a Archimonde de las extremidades, que se las apretaron con fuerza. Impávido, Archimonde se arrancó unas cuantas de esas enredaderas, pero en cuanto intentó lanzarlas lejos, se le enredaron en la muñeca. Al mismo tiempo, las demás crecieron para ocupar el lugar que habían dejado las que se había quitado de encima.

Malfurion Tempestira dio un paso al frente, encarándose con el distante demonio con una mirada tan muerta como cuando les había hablado por primera vez a los demás de que habían raptado a Tyrande. Un aura estática lo rodeaba mientras murmuraba algo constantemente a un pequeño objeto; Krasus fue el primero en percatarse de que se trataba de una hoja similar a la de las enredaderas.

Aunque Archimonde no cambió en ningún momento de expresión, se movía de un modo cada vez más frenético. Las enredaderas le cubrían ya las tres cuartas partes de su inmenso cuerpo y daba la sensación de que, seguramente, se extenderían por el resto de manera inminente.

Como tal vez era consciente de ello, el archidemonio dejó de intentar arrancarse esas plantas que lo estrangulaban. En vez de eso, entornó los ojos y liberó los brazos lo suficiente como para poder juntar las manos.

Y en cuanto Archimonde unió los dedos..., el aterrador comandante de la Legión se esfumó en un estallido de llamas verdes, Malfurion se quedó boquiabierto. El druida hincó una rodilla en el suelo, a la vez que negaba con la cabeza.

—Le he fallado... —le oyeron murmurar Brox y el mago—. He fallado a mi shan'do cuando menos debería haberlo hecho...

El orco y el terráneo miraron a Krasus en busca de alguna explicación. La figura ataviada con una túnica frunció los labios por momento y, acto seguido, les explicó con serenidad:

—La gran Dragona Verde, el Aspecto llamado Ysera, es la madre de Cenarius, el señor del bosque.

Dungard, que había estado dando unas caladas a la pipa, frunció el ceño y luego dijo:

—Mi pueblo siempre ha creído que era Elune quien había dado a luz al señor de bosque...

—La verdadera historia es un poco complicada —replicó Krasus.

Brox siguió sin decir nada, pues era consciente de que las explicaciones no habían acabado.

—Su padre... —continuó el mago—. Su padre es Malome, el antiguo espíritu del bosque...

A Dungard casi se le cae la pipa. Brox respiró hondo súbitamente, lo cual indicó que acababa de comprender la situación. Contempló el lugar donde el enorme cuerpo destrozado de la bestia yacía tendido en el suelo de manera ignominiosa entre los demás muertos. El padre había venido a salvar a su hijo y lo había pagado con la vida; una actitud que cualquier orco era capaz de entender muy fácilmente.

—Le he fallado... —repitió Malfurion, al mismo tiempo que se obligaba a levantarse. Miró a Krasus—. Gracias a ti, supe que Ysera

era la madre de mi shan'do (lo cual fue toda una sorpresa), pero ya sabía la verdad sobre Malome. Cenarius me reveló durante mis estudios que había sido engendrado por el Venado Blanco... —El elfo de la noche cerró el puño—. Así que cuando he visto lo que Archimonde le había hecho al progenitor de aquel que había sido como un padre para mí, lo único que he deseado era arrebatarse la vida, estrangular a ese enemigo.

Krasus apoyó una mano en el hombro del druida para reconfortarlo.

—Anímate, joven. Has logrado que Archimonde abandone la batalla, aunque sea brevemente, y eso no es poca cosa... —El mago entornó los ojos al clavar la mirada en un lugar situado más allá de su compañero, en el campo de batalla donde había tenido lugar esa carnicería—. Al menos, nos has hecho ganar algo de tiempo...

Malfurion se estremeció e intentó superar esa tristeza que lo dominaba.

—Estamos perdiendo, ¿verdad?

—Eso me temo. A pesar de todo lo que les hemos echado encima, los demonios siguen mostrándose muy fuertes. Había estado seguro... Había creído... —contestó un contrariado Krasus Me he atrevido a poner el Tiempo patas arriba, he desoído de mis propias advertencias..., ¡y el único resultado que he obtenido no es más que una calamidad tras otra!

—No te entiendo...

—Solo tienes que entender esto: a menos que los dragones vengan, a menos que lo hagan pronto, caeremos, si no es bajo las hojas de la Legión Ardiente, ¡será por culpa de un mal mucho más tenebroso y antiguo que manipula incluso al espantoso Sargerass! ¡Ya sabes de quién hablo! ¡Ya has percibido su horrenda presencia! ¡Ya sabes qué desean hacer con este mundo! Son...

Krasus lanzó un alarido.

— ¿Qué...? —llegó a decir el druida.

Krasus se encogió de dolor y cayó al suelo. Los demás contemplaron horrorizados cómo se le estaban petrificando los miembros.

— ¡Los eredar! —exclamó Malfurion, quien notó que se le retorcían las extremidades, lo cual sabía que era un presagio de que iba a compartir el mismo destino funesto que el mago—. ¡Brox! Busca a Rhonin...

Pero el orco no estaba en mejores condiciones que el elfo de la noche. Por muy herido que se hallara Archimonde, no cabía duda para nadie de que él había confeccionado ese encantamiento insidioso del que solo ellos eran víctimas. El teniente de Sargerass sabía perfectamente que, si asesinaba a Krasus y sus compañeros, habría acabado con el último gran obstáculo que impedía a la Legión Ardiente alcanzar la victoria. Incluso Jarod yacía en el suelo, afectado por el hechizo.

Entonces, justo cuando todos y cada uno de ellos notaban que la piedra que se expandía les estaba constriñendo los pulmones para obligarles a dar el último suspiro, oyeron en sus mentes una voz femenina que los reconfortó e infundió valor. *No teman, dijo, respiren con tranquilidad...*

Al unísono, Krasus, Malfurion, Brox y Jarod inspiraron sumamente agradecidos. Al mismo tiempo, notaron que el viento se tomaba más intenso y que una tremenda sombra volaba por encima de ellos.

— ¡Ha venido! —bramó Krasus, alzando las manos hacia el cielo—.
¡*Han* venido!

El cielo se llenó de dragones.

Eran de color rojo, verde y bronce; eran los vuelos de Alexstrasza, Ysera y el ausente Nozdormu, respectivamente. Las dos Aspectos destacaban sobremanera en la formación, ya que la envergadura de sus tremendas alas era varias veces superior a la de los dragones que más se parecían en tamaño a ellas.

Al unísono, los leviatanes cayeron en picado hacia los demonios, quienes seguían centrados en sus enemigos en tierra.

— ¡Jarod! —gritó Krasus, girándose hacia el comandante de la hueste—. ¡Que rujan los cuernos tan alto y durante tanto tiempo que no quede ninguna duda de qué mensaje transmiten! ¡La victoria aún puede ser nuestra!

Jarod se subió al sable de la noche más próximo y se alejó a lomos de él. Mientras se esfumaba en la lejanía, los dragones iniciaron su ataque en serio.

Unos gigantes carmesíes, que formaban en línea, abrieron sus poderosas fauces y desataron un infierno. El fuego arrasó la vanguardia de la Legión, de tal manera que varios centenares de demonios quedaron reducidos a cenizas en un abrir y cerrar de ojos.

Los dragones bronce volaron por encima de las tropas demoníacas... y, al pasar sobre ellas, los monstruosos guerreros empezaron a moverse al revés. Si bien el Tiempo se había revertido para ellos, no lo había hecho para los que se encontraban detrás. Se desencadenó el

caos en cuanto una colisión de proporciones titánicas provocó un tremendo tumulto entre los soldados de Archimonde.

Uno de los dragones bronce cayó (había sido deformado hasta ser irreconocible) por culpa de los eredar y los Nathrezim, quienes pretendían detener ese impresionante ataque. Sin embargo, sus hechizos flaquearon y se volvieron unos contra otros en cuanto el vuelo de Ysera los sobrevoló. Con sus soñadores ojos cerrados, los dragones verdes provocaron pesadillas en las susceptibles mentes de los taumaturgos. Los brujos se miraron mutuamente y lo único que vieron fue al enemigo a su alrededor.

Reaccionaron como era de esperar. Los eredar se mataron entre ellos y los Nathrezim se sumaron alegremente a la masacre. Atrapados en los tenebrosos sueños lúcidos creados por los dragones, los demonios se mostraron inmisericordes con sus congéneres e incluso Archimonde fue incapaz de sacarlos de ese error tan letal.

Entretanto, por detrás de todo ese caos, Alexstrasza descendió hasta donde Krasus y los demás la esperaban. Ysera hizo ademán de hacer lo mismo... pero entonces, para asombro de aquellos que la conocían, al Aspecto se le desorbitaron los ojos ante el dantesco espectáculo que descubrió en medio del campo de batalla. Esos hermosos y relucientes orbes de jade se clavaron en ese cadáver blanco y cornudo.

En el cadáver de Malome.

La dragona lanzó un alarido (no un rugido, sino un alarido *lastimero*) y voló hasta donde yacía el gigantesco venado. Los demonios que seguían en esa zona fueron víctimas al instante de la ira de Ysera, quien mordió a varios, aplastó a otros y lanzó al resto volando por los aires con un golpe de una de sus alas descomunales.

Cuando ya no tuvo a nadie más con quien desahogarse, la Señora del Sueño se posó junto al ciervo y apoyó la barbilla sobre la cabeza destrozada de este. Se estremeció de tal modo que solo podía estar sollozando.

—Sabíamos que llegaríamos tarde... —consiguió decir Alexstrasza, quien contempló a su congénere con suma comprensión—. Pero no tan tarde...

—Cenarius sigue vivo —señaló Krasus—. Debes hacérselo saber.

Tras asentir, el Aspecto de la Vida cerró por un momento los ojos. Un instante después, Ysera alzó la cabeza y miró en dirección hacia ellos. Las dos gigantas se miraron la una a la otra y, acto seguido, Ysera batió las alas y se alejó del cuerpo de Malome.

Los demás retrocedieron en cuanto esta aterrizó junto al inconsciente Cenarius. Con una extraordinaria delicadeza, Ysera cogió al señor del bosque tendido en el suelo con sus patas delanteras.

—Sufrirán tales pesadillas que sea lo que sea lo que tengan por corazón explotará... —afirmó con una voz chirriante—. Haré que sufran el ataque de sus propios demonios internos, que los volverán locos hasta tal punto que lo único en que podrán pensar será en morir..., pero no les permitiré estar despiertos el tiempo suficiente como para poder suicidarse...

Aunque podría haber seguido hablando y haber cumplido también sus amenazas, Krasus se atrevió a interrumpirla.

—Castiga con el destino que se merece a la Legión, Señora del Sueño, pero recuerda que el destino de Kalimdor (por la cual Malome y Cenarius han luchado denodadamente) ¡aún pende de un hilo!

Sargerass desea entrar en el plano mortal..., ¡y los dioses antiguos pretenden manipular al señor demoníaco para poder escapar de su prisión!

—Somos perfectamente conscientes de ello —intervino Alexstrasza antes de que una Ysera todavía turbada le espetara una mala contestación al mago—. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—El combate debe proseguir aquí, pero también hay que llevarlo hasta Zin-Azshari... y el Pozo. Dragones y mortales tienen que aunar esfuerzos, ya que ahí hay muchos elementos enemigos contra los que luchar.

—Explícanos tu plan. —Ysera estuvo a punto de protestar por la aquiescencia que mostraba su hermana, pero Alexstrasza no estaba dispuesta a tolerar ninguna demora, ni siquiera por culpa de ella—. ¡Ya lo conoces! ¡Solo tienes que escrutar su alma para comprender que debemos hacerle caso!

La dragona esmeralda al fin agachó la cabeza.

—Siempre que los demonios sufran.

—*Todos* vamos a sufrir —continuó hablando el mago encapuchado—. Si no logramos impedir que el portal se consolide... —Krasus miró en dirección hacia la distante Zin-Azshari—, lo cual se producirá enseguida, si lo que he percibido significa realmente algo...

Sargerass percibió la consternación que Archimonde pretendía ocultarle. El señor demoníaco estaba muy decepcionado con su siervo de más confianza (quien nunca antes le había fallado), pero ya habría tiempo para castigarlo más adelante. El portal prácticamente ya estaba completado. Sargerass se preguntaba por qué le había llevado tanto tiempo urdir este plan, ya que había demostrado ser tan *sencillo*.

El Cataclismo

Aun así, a largo plazo, tales cosas importaban muy poco. Lo único que realmente importaba era que pronto él se adentraría en Kalimdor y, en cuanto eso ocurriera, ni siquiera todos los dragones de ese mundo serían capaces de salvarlo de él...

Intuyeron que volverían a ser libres en poco tiempo. ¡Qué irónico iba a ser que alguien que antaño había sido uno de los odiados titanes fuera a ser la pieza clave de su liberación! En su día, se había necesitado el poder combinado de muchos titanes para capturarlos; sin embargo, tras su regreso triunfal, no necesitarían hacer un gran esfuerzo para erradicar a esa criatura arrogante ni para obligar a sus guerreros a servir a la causa de sus nuevos amos.

El portal se estaba consolidando. Se acercaba rápidamente el momento en que lo utilizarían para sus propios fines. Lo más divertido de todo era que esas patéticas criaturitas que luchaban contra los guerreros del titán caído creían que podrían recuperar el disco-Incluso ahora, esas entidades cautivas podían percibir cómo los dragones (los perros de los titanes) se aproximaban al Pozo.

Se iban a llevar una sorpresa terrible.



CAPÍTULO DIECISÉIS

La tormenta bramaba por encima del Pozo de la Eternidad, era tan fuerte que, incluso desde una gran distancia, Malfurion podía percibirla con suma facilidad. No se trataba de una tormenta normal, ni siquiera una de esas que eran tan frecuentes en esas aguas místicas. Esta estaba alimentada por unos poderes que no formaban parte del plano mortal, unos poderes muy similares a los que poseía la Legión Ardiente.

La Legión Ardiente... y algo más.

El druida no entendía bien quiénes o qué eran los Tres, a pesar de haber sentido su antigua maldad. En verdad, Malfurion no quería saber más. Lo que había podido intuir en su propia mente durante la misión que lo había llevado a la guarida de Alamuerte había sido más que suficiente para que tomara la determinación de impedir que tales seres entraran jamás en Kalimdor..., siempre que eso fuera posible, lo

cual parecía tan factible como detener la entrada del Señor de la Legión.

Miró hacia arriba y a su alrededor, pues ahí se hallaba la única esperanza de su mundo. Una docena de dragones, con Alexstrasza e Ysera a la cabeza. Otra dragona, que representaba al Vuelo Bronce, las seguía de cerca. Otros tres dragones de cada vuelo volaban por detrás de ellas; todos ellos eran consortes de alguno de los Aspectos, incluidos los del tal Nozdormu del que había hablado antes Krasus.

Sobre los hombros de la gigante roja, se encontraba sentado a horcajadas ese mago, quien parecía gozar de la caricia del viento mientras volaban. Como Malfurion sabía lo que Krasus era realmente, sospechaba que este estaba intentando imaginarse como uno más de esa docena de leviatanes, al que impulsaban sus propias alas mientras surcaba el cielo.

Brox iba montado sobre la líder de los dragones bronce y Rhonin sobre una de las parejas de Alexstrasza. Si bien el consorte de más edad del Aspecto rojo (Tyranastrasz) estaba supervisando los ataques que los dragones lanzaban contra Archimonde, el resto se hallaba aquí con ella, salvo Korialstrasz, que estaba herido. En cuanto a Malfurion, el elfo de la noche gozaba del honor de tener como montura a Ysera, quien, de hecho, había insistido en llevarlo a él como jinete.

—Está muy orgulloso de ti —le había dicho al druida, refiriéndose a Cenarius—y, por lo que has intentado hacer por él y Malome, te debo esto...

Malfurion, que había sido incapaz de articular una respuesta adecuada, se había limitado a hacerle una reverencia y subirse a ella, hasta llegar a la altura de sus hombros.

Y, entonces, sin más, habían partido para enfrentarse al terrible poder del señor demoníaco y de aquellos que lo estaban manipulando.

Sí, sin más..., a pesar de que todos sabían de que era perfectamente posible que perecieran.

Aun así, la situación era mucho más compleja desde el punto de vista de Malfurion. A estas alturas, temía muy poco su propia muerte (puesto que cualquier sacrificio que se hiciera para poder detener tal amenaza estaría bien hecho), pero seguía pensando en sus seres queridos. En algún lugar cerca de su destino, en algún lugar cerca o dentro de la vasta Zin-Azshari, esperaba hallar a Tyrande e Illidan.

Seguía sintiéndose culpable del destino que había sufrido Tyrande; era incapaz de perdonarse a sí mismo y tampoco le podría echar en cara a ella que no fuera capaz de perdonarlo. Había dejado que cayera en las garras de la Legión, lo cual era un destino inconcebiblemente horrendo. En caso de que Tyrande siguiera viva, tal y como deseaba, Malfurion esperaba recibir únicamente odio y desprecio por parte de su amiga de la infancia.

Sin embargo, en caso de que se topara con su hermano, el druida ni siquiera se podía imaginar cómo iba a reaccionar él mismo, pero sí tenía claro que algo habría que hacer con Illidan.

Algo...

— ¡Illidan, por favor! ¡Debes escucharme! —le espetó Tyrande mientras el hechicero la arrastraba consigo. No era la primera vez que

le imploraba tal cosa, pero esperaba que esta vez hiciera caso a lo que le decía—. ¡No deberías seguir este camino! ¡Piensa! ¡Al dejarte corromper por el poder de la Legión, su maldad te consume cada vez más y más!

— ¡No digas tonterías! ¡Voy a salvar Kalimdor! ¡Seré su querido héroe! —Se volvió hacia ella—. ¿No lo entiendes? ¡Todo lo demás no ha funcionado! ¡Hemos luchado sin parar y la Legión sigue avanzando! ¡Al final, me di cuenta de que la única manera de lidiar con esos demonios era entenderlos como solo ellos son capaces de entenderse a sí mismos! ¡Debíamos conocerlos a fondo para poder usar ese conocimiento en su contra! ¡Por eso vine aquí y fingí que pasaba a engrosar sus filas! Incluso logré engañar a su señor para que me concediera su mayor don...

— ¿Don? ¿A lo que te ha hecho en los ojos lo consideras un don? El hermano de Malfurion se cernió sobre ella de un modo amenazador, dando la sensación en ese momento de ser más uno de esos demonios que un elfo de la noche.

—Si pudieras ver lo que yo veo, sabrías que me ha otorgado unos poderes asombrosos... —Con una sonrisa enervante, Illidan le permitió ver de nuevo esos fosos que se hallaban donde antes habían estado sus ojos. No pareció importarle que Tyrande, tal y como había hecho cuando había visto por primera vez lo espantosamente desfigurado que había quedado su rostro, se echara para atrás de un modo involuntario—. Sí, el mayor don imaginable... y la mejor arma para luchar contra la Legión Ardiente...

El hechicero tiró de ella de nuevo y, aunque la sacerdotisa poseía un poder suficiente como para soltarse de él, en verdad, Tyrande no deseaba precisamente alejarse de Illidan. Temía por él, temía por su alma y su mente y quería hacer todo lo posible por salvar al descarriado taumaturgo. En este sentido, las enseñanzas de Elune solo la guiaban en parte; Tyrande Susurravientos obraba así motivada

porque recordaba vívidamente al joven Illidan, al Illidan lleno de sueños, esperanza y bondad.

No obstante, rezaba para que una parte del joven Illidan todavía sobreviviera dentro de esta versión más hastiada y mucho más ambiciosa que la arrastraba vigorosamente por esas tierras bajo el dominio de los demonios.

Tyrande, que recordaba perfectamente sus enfrentamientos previos con esos horrores ataviados con armaduras, no paraba de mirar a su alrededor mientras se abrían camino a través de la ciudad caída. La sacerdotisa esperaba que, en cualquier momento, uno de esos monstruosos guerreros surgiera de entre las ruinas y los atacara, puesto que, seguramente, Mannoroth ya sabía que Illidan lo había traicionado.

Tal vez porque se percató de cómo le miraba o porque le leyó los pensamientos, el hechicero vestido de negro le comentó a Tyrande con cierta socarronería:

—Mannoroth tiene toda su atención centrada en el conjunto de hechizos que está elaborando sobre el pozo, por lo que no tiene tiempo para pensar en mí. He creado una ilusión por la que parece que he regresado a mis aposentos, donde estoy meditando. —Sonrió de oreja a oreja—. Aparte de eso, han huido varios elfos Altonato, acompañados de cierta sacerdotisa de Elune, lo cual ha provocado que se distraiga aún más.

En la lejanía, oyeron el bramido de los cuernos de la Legión que llamaban a proseguir la persecución. Tyrande rezó para que Elune velara por Dath'Remar y sus camaradas, pues tenían un largo, muy largo camino por delante y muchos demonios a los que combatir.

Ajeno a la preocupación que la sacerdotisa sentía por los Altonato, Illidan siguió sonriendo ampliamente y añadió:

— ¡Sí, esto debería darme tiempo suficiente como para llevar a cabo lo que he planeado!

— ¿Y eso en qué consiste? —En el mismo momento en que hizo la pregunta, Tyrande divisó en la lontananza esas aguas negras y ominosas—. ¿Por qué nos dirigimos al Pozo?

— ¡Porque pretendo transformar el portal de Sargeras en una vorágine total, una que absorberá a los demonios, sacándolos de Kalimdor y arrojándolos a su mundo abisal! ¡Yo haré que disco del dragón haga justo lo contrario a lo que pretenden hacer con él! ¡Piénsalo! ¡Con un solo hechizo, no solo salvaré a nuestro pueblo, sino al mundo entero!

Su expresión cambió; daba la impresión de que esperaba la aprobación de la joven. Sin embargo, al ver que Tyrande no reaccionaba de inmediato como él esperaba, Illidan volvió a adoptar una actitud hosca.

— ¡No crees que sea capaz de hacerlo! ¡Tal vez si fuera tu querido Malfurion, ahora estarías dando saltos, aplaudiendo mi inteligencia!

— ¡No es eso en absoluto, Illidan! Es que...

— ¡Da igual! —Contempló el tormentoso paisaje, en busca de algo. Posó su monstruosa mirada sobre una casa arbórea caída. El ángulo en que se hallaba el roble muerto les permitía entrar dentro de él, donde podrían gozar de unas vistas perfectas del Pozo de la Eternidad—. ¡Eso será simplemente perfecto! ¡Entra ahí!

Prácticamente, con un empujón, obligó a la sacerdotisa a avanzar hasta el domicilio en ruinas. El hechicero la siguió de cerca, sin parar de darle empujones en todo momento para que continuara andando.

En cuanto se encaramó la estructura volcada, Tyrande golpeó algo con el pie.

Una calavera.

Se halló en medio de una montonera de huesos de cinco o seis cifras. Ningún esqueleto estaba completo y la mayoría de los huesos tenían unas hendiduras y unos arañazos muy largos y reveladores. Tyrande se estremeció; aunque deseó que las bestias viles se hubieran dado un festín con unos cadáveres y no con unas víctimas vivas e indefensas, sabía por experiencia propia que debía temer lo peor.

—Podrás rezar por ellos en cuanto ya nos haya salvado a todos mentó Illidan con desdén—. Justo ahí delante parece ser el mejor Una silueta monstruosamente familiar emergió de las sombras de un salto.

Derribó al gemelo de Malfurion antes de que este pudiera reaccionar. Tyrande gritó y, al instante, invocó el poder de Elune.

Pero antes de que pudiera hacer nada, la bestia vil, cuyos tentáculos ya estaban buscando el pecho de Illidan, aulló presa del dolor. El sabueso demoníaco se retorció mientras el hechicero se levantaba con suma calma. Illidan agarraba con la mano derecha ambas ventosas.

—Podría valerme de la magia con la que te has estado atiborrando...
—le comentó a la criatura con un tono un tanto despreocupado.

El elfo de la noche colocó la palma de la mano izquierda sobre las ventosas. Sin embargo, al contrario que en ocasiones pasadas, la bestia vil no mostró ningún interés en beber de su presunta víctima,

sino que se resistió (aunque de manera fútil), con el fin de intentar retirar esos viles apéndices.

Un fulgor de un verde espeluznante envolvió la mano izquierda de Illidan; un color que Tyrande reconoció como el mismo que temen las espantosas llamas que rodeaban a los demonios. El gemelo de Malfurion respiró hondo, y una horrorizada Tyrande pudo observar cómo el demonio literalmente se convertía en polvo de los pies a la cabeza mientras gemía hasta el final. Su esencia acabó siendo absorbida por el hechicero a través de la palma de la mano.

Mientras este espectáculo dantesco tenía lugar, el semblante de Illidan se transformó en algo aterrador de contemplar. Aunque se había vuelto a poner la venda en su sitio, la sacerdotisa pudo ver que unos fuegos terribles ardían ahí dentro, en las cuencas de sus ojos. El hechicero esbozaba una sonrisa muy amplia, propia de alguien embriagado, y a su alrededor ardían unas llamas verdes tan potentes como las que rodeaban a cualquier demonio. Tuvo la sensación de que Illidan se hinchaba.

Entonces, las llamas se apagaron abruptamente y el hechicero recuperó su aspecto normal al instante. Se limpió la mano y, después, dio una patada al montoncito de cenizas que era lo único que quedaba de la bestia vil. Mientras se pasaba la mano por el pelo, Illidan obsequió a Tyrande con otra sonrisa henchida de confianza.

— ¡Bueno! ¿Procedemos?

La sacerdotisa intentó disimular su estupefacción de la mejor manera posible. Este ya no era el Illidan con el que ella había crecido. Esta figura era tan cruel como los propios demonios. Y lo que era aún peor: el hecho de que fuera capaz de aceptar con tanto entusiasmo que su cuerpo hubiera sido corrompido por el poder de la Legión despertó en

la joven una sensación de repugnancia que nunca había experimentado.

¡Madre Luna, guíame en esto! ¡Dime qué hacer! ¿Aún puedo salvarlo?

—Sube aquí arriba —le ordenó su antiguo amigo de la infancia—. Desde ese punto del tejado podré concentrarme en el centro del Pozo.

Tras dejar atrás los huesos, ascendieron a lo que antaño había sido una elegante terraza situada en el tejado. Unas barandillas rotas talladas en madera viva yacían desperdigadas en el suelo de abajo y una estatua hecha de perlas de Azshara (que, sorprendentemente, seguía intacta) yacía enredada en el follaje muerto del árbol que había dado cobijo a la casa.

Illidan se apoyó sobre lo que había sido en su día un suelo de mosaico. Algunos fragmentos de las vistosas escenas campestres que lo habían decorado todavía se conservaban, mostrando trozos de animales fantásticos, paisajes bucólicos y árboles frondosos.

El beatífico semblante de la reina Azshara aún ocupaba el centro. El hermano de Malfurion apoyó la cabeza sobre sus labios llenos, aunque ahora agrietados.

—Casi ha llegado el momento —murmuró, hablando para sí más que para ella.

De una de las faltriqueras, Illidan sacó un frasco largo y estrecho. Aunque el vidrio carmesí ocultaba qué era lo que había exactamente dentro, lo que Tyrande percibió acerca de esa sustancia bastó para que su ansiedad aumentara.

—Illidan... ¿qué hay en ese frasco?

El hechicero no apartó la mirada, o más bien esas cuencas vacías tapadas por una venda, del recipiente.

—Solo un poco del Pozo.

— ¿Qué? —Esas palabras, que Illidan había pronunciado tan a la ligera, la estremecieron por entero. ¿Cómo se había atrevido a coger una pequeña muestra de la fuente de poder de los elfos de la noche?— Pero si... nadie... Está prohibido... Ni siquiera a los Altonato se les ocurriría jamás...

El hechicero asintió.

—No..., ni siquiera a ellos. Eso es lo más interesante de nuestro pueblo, ¿no crees, Tyrande? Aunque, seguramente, a alguien se le tuvo que ocurrir esa idea antes que a mí..., tal vez de ahí surgieran nuestras leyendas sobre nuestros grandes taumaturgos. ¡Tal vez ellos también recurrieran al truco de recoger alguna pequeña cantidad del agua del Pozo en secreto para confeccionar un par de sortilegios muy especiales! Probablemente, lo hicieran. —Illidan se encogió de hombros y adoptó un gesto adusto de nuevo—. No obstante, aunque nadie jamás haya hecho algo así, no veo ninguna razón por la que yo no deba hacerlo. Se me ocurrió de repente. ¡Si me hacía con una pequeña cantidad del agua del Pozo, no habría nada imposible para mí!

—Pero el Pozo... Incluso una sola gota...

¡Tyrande tenía que hacerle ver las cosas con claridad! Coquetear con las aguas del Pozo de tal modo suponía cortejar el desastre, un desastre similar al que se había producido cuando el hechicero había aceptado la magia oscura de la Legión.

—Sí..., imagina qué fuerzas contiene este frasco entero... —Si Illidan todavía tuviera unos ojos de verdad, se le habrían iluminado por mor de la expectación ante lo que esperaba lograr—. ¡Con esto debería bastar para que pueda salvar el mundo!

Sin embargo, la sacerdotisa no estaba tan convencida. Como acólita de Elune que era, Tyrande conocía mucho mejor las leyendas y la historia del Pozo de lo que podía conocerlas Illidan.

—Illidan..., al utilizar el poder del Pozo contra él mismo de este modo..., ¡podrías desatar un caos total! Recuerda la historia de Aru-Talis...

—Aru-Talis es solo eso. Un mito.

—¿Y el enorme cráter, sobre el cual se ha vuelto a asentar la vida tras muchas generaciones, también es un mito?

El hechicero hizo un gesto despectivo con la mano, despreciando así su advertencia.

— ¡Nadie sabe qué le ocurrió a esa ciudad o si siquiera existió de verdad! Déjate de historias plagadas de temor y sabiduría... — Illidan...

Una ira cada vez mayor se reflejó en su desfigurado semblante.

—Quiero que te calles... ahora mismo.

Ningún sonido pudo escapar de los labios de Tyrande por mucho que intentara generar el más mínimo ruido. Incluso cuando tosía, lo hacía en un absoluto silencio.

De pie de nuevo, Illidan contempló el centro del Pozo. La tormenta se había vuelto tan intensa que la casa arbórea en ruinas se estremecía ahora por culpa de los vientos cada vez más fuertes. Por encima de esas aguas, centelleaban unas luces perturbadoras, casi espectrales.

La sacerdotisa negó con la cabeza. Por mucha confianza que tuviera Illidan en sus habilidades, la inquietaba que aún no los hubieran detectado. Seguramente, Mannoroth no podía estar tan distraído como creía Malfurion. Aun así, aparte del sabueso, no se habían topado con más demonios, salvo con un par de guardias viles a los que Illidan había enviado en otra dirección con un mero movimiento de una mano.

Illidan apretó con un dedo el tapón, el cual Tyrande ahora pudo ver que era una efigie de cristal y en miniatura de la reina de los Pies a la cabeza. Azshara giró tres veces, como si danzara para el hechicero, y entonces el tapón se cayó. Illidan lo cogió con suma facilidad.

—Observa, Tyrande... Observa mientras yo hago lo que tu querido Malfurion no ha podido hacer...

Sin demora, vertió sobre sí mismo la sustancia que contenía el frasco.

Sin embargo, las aguas del Pozo no actuaban como unas aguas normales, al menos no en el caso de Illidan. No lo calaron y, de hecho, solo lo mojaron brevemente. Y lo más siniestro de todo era que, allá donde las aguas tocaban al gemelo de Malfurion, este brillaba con una intensa luz negra. Acto seguido, el hechicero absorbió esa aura inquietante, la cual lo llenó como habían hecho anteriormente las energías robadas a la bestia vil.

—Por los dioses —susurró Illidan—. Sabía que sentiría algo..., pero esto... esto es maravilloso.

Si bien la sacerdotisa negó con la cabeza de un modo vehemente, Illidan no reparó en su silenciosa protesta. Hizo ademán de dirigirse hacia él, pero entonces descubrió que también le había pegado los pies al suelo.

¡Madre luna!, pensó. ¿No puedes ayudarme?

Sin embargo, Elune no dio ninguna señal de responder y lo único que pudo hacer Tyrande fue contemplar a Illidan.

Este extendió los brazos hacia el Pozo y se puso a murmurar algo en voz muy baja. El aura negra volvió a envolverlo y se concentró en sus manos, intensificándose más y más a cada segundo.

Bajo la venda, las cuencas de sus ojos brillaban como el mismo fuego. Incluso dio la impresión de que la tela se estaba chamuscando.

Pero mientras Illidan iniciaba el hechizo, Tyrande percibió con sus agudos sentidos otra presencia. Aunque la sacerdotisa intentó advertirle una vez más, Illidan miró para otro lado.

Notó cómo esa presencia invisible rodeaba al desprevenido hechicero y, mientras esto sucedía, Tyrande se dio cuenta de que no trataba de un solo de ser, sino más bien de varios.

Al mismo tiempo que intentaba asimilar esta horrible revelación, tuvo la sensación de que esas entidades eran de una naturaleza tan tenebrosa como... (¡no!), eran aún más tenebrosas que incluso lo que

había percibido al entrar en contacto con la nauseabunda mente de Sargerass.

La sorprendió que Illidan no fuera capaz de percibirlos. Tyrande, que estaba segura de que esto era, de algún modo, alguna otra treta vil de la Legión Ardiente, aguardó a que el hermano de Malfurion cayera derribado de una manera horrible.

Sin embargo, en vez de eso, notó asombrada que las misteriosas entidades estaban potenciando el sortilegio de Illidan, transformándolo en algo mucho más formidable de lo que habría sido sin su ayuda. El hechicero se rio al ver que sus esfuerzos estaban a punto de fructificar; no cabía duda de que Illidan creía que todo era única y exclusivamente obra suya.

Súbitamente, la sacerdotisa comprendió que, si no se habían encontrado apenas con ningún enemigo del camino al Pozo, no era únicamente porque Illidan hubiera sido muy astuto.

Con un mayor nerviosismo si cabe, imploró ayuda una y otra vez a Elune. Tenía que advertir a Illidan de que le estaban manipulando. Estaba segura de que su gran hechizo iba a provocar, de alguna manera, un desastre todavía mayor.

¡Madre Luna! ¡Escucha mis plegarias!

Una sensación de bendita calidez invadió por entero a Tyrande. Notó que el hechizo que Illidan le había lanzado se esfumaba de repente. Volvió a tener esperanzas.

— ¡Illidan! —chilló, al instante, la sacerdotisa—. ¡Illidan! Ten cuidado...

Pero mientras el hechicero hacía ademán de mirar hacia ella, este unió ambas palmas de las manos... y un rayo de luz negra brotó de ellas, rasgando a gran velocidad el turbulento cielo tormentoso que se hallaba por encima del Pozo de la Eternidad.

Tyrande percibió que esas presencias se retiraban. Y lo que era aún peor, mientras se desvanecían, notó que se sentían inmensamente satisfechas.

Su advertencia había llegado demasiado tarde.

Sargerass notó que, de improviso, los últimos vestigios de resistencia se desmoronaban. El portal que tanto había deseado comenzó a cobrar forma. Pronto entraría en ese mundo contaminado por la plaga de la vida...

Krasus se sobresaltó.

— ¿Qué sucede? —gritó Alexstrasza.

La figura encapuchada contempló a Zin-Azshari, que parecía muy diminuta a tanta distancia, y la colosal tempestad que se extendía por todo el Pozo de la Eternidad. Se estremeció.

—Me temo que tenemos menos tiempo incluso del que había calculado. ..

—Entonces, ¡debemos actuar con mayor celeridad si cabe!

Una vez dicho esto, la enorme dragona roja batió las alas con aún más fuerza, de tal modo que sus músculos se quejaron al verse sometidos a tanto esfuerzo.

Krasus miró hacia atrás y vio que los demás dragones también aceleraban. Todo el mundo intuía, ahora más que nunca, que el tiempo corría en su contra. El mago lanzó un juramento en silencio. Esto no debería haber ocurrido. Incluso a sus propios congéneres les había llevado demasiado tiempo decidir qué curso de acción iban a tomar, a pesar de que todo debería haber sido muy obvio. Si hubieran hecho caso...

Aun así, Krasus no pudo evitar pensar que, si sus camaradas y él caían, el funesto destino que sufrirían no solo los elfos de la noche, sino las generaciones que aún no habían nacido sería culpa en gran parte suya. Él mismo había vacilado a la hora de alterar el Tiempo y, cuando por fin había tomado la decisión de hacerlo, había sido él quien había sugerido no perseguir al grupo de Illidan. De todos los que se habían cruzado en el camino del Alma Demoníaca, Krasus era el que mejor conocía el maldito sino de ese artefacto. Si hubiera intentado rastrear a aquellos que se lo habían arrebatado a Malfurion, tal vez ahora todavía tuvieran una oportunidad de recuperar el disco.

No obstante, ya no había tiempo para lamentos. Lo que importaba ahora era reparar el daño hecho, obligar a la historia retomar su antiguo curso.

— ¡Debemos estar preparados! —le gritó a Alexstrasza—. ¡Aunque circunvalaremos el palacio, no debemos menospreciar ni a los Altonato ni a Mannoroth, por mucho que pertenezcamos a una estirpe muy poderosa y antigua! ¡Atacarán desde la fortaleza de Azshara!

¡Tampoco debemos olvidar a quienes pretenden utilizar también el portal que el Pozo y el Alma están creando! Ellos también harán todo cuanto esté en su mano para que no podamos hacer con el disco. —Si debemos sacrificarnos para salvar Kalimdor, entonces, ¡cumpliremos con nuestro sagrado deber! —replicó la dragona roja.

Krasus apretó los dientes. El futuro que conocía tan bien seguía siendo posible, pero solo era tan probable como uno (suponiendo que tuvieran éxito en su empeño) donde algunos o todos ellos perecieran aquí. En su caso, eso era algo que podía aceptar. Pero ver a su amada reina morir...

¡No! ¡No morirá! El mago se armó de valor. No importaba el precio a pagar, haría todo lo que pudiera para asegurarse de que Alexstrasza sobreviviera..., aunque él no lo hiciera.

Los dragones sobrevolaron la periferia de Zin-Azshari y Krasus, quien ya conocía la carnicería que había llevado a cabo la Legión Ardiente cuando esta había entrado por primera vez en el plano mortal y sabía lo que se iba a encontrar, siguió sintiendo una gran repulsión ante lo que vio. Le asaltaron los recuerdos de la Segunda Guerra, cuando Dalaran y las demás naciones habían caído ante los demonios y sus espantosos aliados.

Abajo, infinitas tropas de demonios alzaban la vista ante su llegada y rugían desafiantes. Los dragones ignoraron a la mayoría, puesto que la Guardia Vil y similares no podían volar y, por tanto, no eran una amenaza a tener en cuenta. La Guardia Apocalíptica, sin embargo, era harina de otro costal; sus miembros se aproximaban en grandes números, con sus lanzas y hojas ardientes en ristre.

Alexstrasza contempló cómo un escuadrón colosal convergía sobre ellos y, entonces, echando la cabeza hacia atrás, lanzó una llamarada.

Se oyeron unos chillidos y unos guardias apocalípticos envueltos en llamas se precipitaron al vacío. Con una sola exhalación, la giganta carmesí había eliminado del cielo a casi un centenar de demonios.

—Mosquitos... —masculló—. No son más que mosquitos... Entonces, uno de los dragones verdes de la retaguardia bramó sorprendido en cuanto varios misiles gigantescos y redondos impactaron contra él. A Krasus no le hacía falta verlos de cerca para saber que se trataba de unos infernales. Ni siquiera las escamas de un dragón descomunal eran totalmente impenetrables. A pesar de que las heridas que había sufrido el coloso verde eran superficiales, si acababa sufriendo repetidamente más asaltos como ese, estos acabarían haciendo mella en él.

— ¡Démosles su merecido a estas criaturas infectas! —siseó Ysera, quien clavó sus ojos cerrados en la siguiente oleada enemiga.

El ataque del nuevo batallón de infernales se vio frenado. Aunque siguieron descendiendo, lo hicieron muy lejos de sus objetivos. Krasus calculó cuál sería su nueva trayectoria y sonrió siniestramente. El palacio estaba a punto de saber de primera mano qué clase de devastación había permitido que tuviera lugar en Kalimdor.

No obstante, la advertencia anterior por la que Krasus les había advertido del peligro que suponían tanto los Altonato como Mannoroth resultó ser profética, como quedó demostrado en los momentos subsiguientes, ya que, de repente, el cielo tormentoso descargó un aluvión de horrendos rayos negros, en cuyo centro quedaron atrapados los dragones y sus jinetes, quienes tuvieron que abandonar la formación si querían sobrevivir.

Y no todos lo lograron. Tal vez reaccionara con más lentitud por culpa del asalto anterior de los infernales, pero lo cierto es que el dragón verde titubeó. Más de una decena de rayos impactaron en él de manera violenta. Los relámpagos le abrasaron primero el ala izquierda y luego le quemaron de manera espantosa la cola y el pecho.

Aunque la lluvia de relámpagos cesó, lo peor aún estaba por llegar. Cada una de las heridas brilló intensamente y se extendieron con rapidez por todo el cuerpo del dragón. Aún más debilitado, el gigante verde se convirtió en un blanco demasiado fácil para más relámpagos de los Altonato. Seis rayos más alcanzaron al coloso mientras este luchaba por permanecer en el aire. El dragón rugió de agonía y sus estertores retumbaron en los oídos de Krasus.

El leviatán verde cayó del cielo.

Su descomunal cuerpo se estrelló violentamente contra las oscuras aguas del Pozo. Aun así, a pesar de tratarse de una criatura realmente gigantesca, fue como si un guijarro impactara contra ese turbulento remolino. Unas tenues ondas marcaron el lugar donde el dragón verde se había hundido en ese lago aterrador.

Al instante, un espantoso ruido sordo reverberó en los oídos de los dragones y sus jinetes.

— ¡Agárrate fuerte! —le ordenó Alexstrasza, a la vez que se giraba. Los dragones sufrieron un nuevo y frenético ataque en tropel. Cayeron relámpagos negros por doquier y, esta vez, ningún dragón salió ileso. Incluso Alexstrasza tembló tras recibir un impacto en la cadera derecha.

— ¡No quema! —exclamó—. ¡Pero es extremadamente frío! ¡Te hiela hasta el tuétano!

— ¡Veré qué puedo hacer al respecto!

— ¡No! —La dragona miró para atrás, hacia el mago—. ¡Debemos ahorrar fuerzas para lanzar nuestro ataque...!

El Aspecto de la Vida se ladeó abruptamente, evitando así a duras penas un par de rayos que no solo habrían impactado de lleno en ella, sino en Krasus también. Por todo el cielo, los dragones se retorcían en una danza macabra. Krasus miró a su alrededor y vio que todos sus compañeros todavía resistían en sus monturas. Había temido que, al tener que esquivar los relámpagos mágicos, les hubiera resultado imposible a los dragones mantener a sus jinetes sobre sus espaldas en el aire, pero incluso bajo tales circunstancias, los vetustos leviatanes velaban por ellos.

Sin embargo, esto no podía seguir así eternamente. Con los ojos entornados. Krasus dirigió su mirada hacia el centro del Pozo. Sí..., podía detectar ahí el Alma Demoníaca, también pudo percibir que el portal estaba prácticamente acabado.

— ¡Al centro! —vociferó el taumaturgo encapuchado—. ¡Nos queda poco tiempo!

De inmediato, Alexstrasza viró en esa dirección. Krasus se inclinó hacia delante. A pesar de que el Pozo de la Eternidad era muy inmenso, bastó con que la dragona roja batiera sus gigantescas alas unas cuantas veces para acercarse y tener a la vista su objetivo.

Ahí, por encima de las enormes fauces de la vorágine, el Alma Démoniaca flotaba con una serenidad casi total, sin lugar a dudas.

Rodeada por una impía aura negra, la temible tormenta mágica no la afectaba en absoluto.

— ¡Estará protegida! —le recordó Krasus a Alexstrasza.

— ¡Ysera y yo aunaremos esfuerzos con la consorte principal de Nozdormu!

El mago asintió.

— ¡Rhonin y yo estaremos atentos a cómo reaccionan Sargerass o los dioses antiguos!

Los dragones que no llevaban jinetes se retiraron para vigilar por si se producía un ataque lanzado desde Zin-Azshari. Las tres dragonas rodearon el siniestro disco con suma precaución, ya que, tras su encuentro anterior con el artefacto, preferían extremar la cautela. Alexstrasza miró una sola vez a sus homologas y, después, asintió.

De cada una de ellas, brotó una luz dorada.

Sus hechizos alcanzaron el Alma Demoniaca simultáneamente, envolviéndola. El aura infecta que la rodeaba se desvaneció ante ese poderoso asalto. El disco tembló...

Sin previo aviso, los hechizos fueron repelidos de un modo súbito. El contraataque fue tan violento que las tres dragonas salieron despedidas hacia atrás a bastante distancia. Sus jinetes intentarla seguir sujetos; a ellas como pudieron.

Mientras continuaba aferrado a duras penas a su reina, Krasus gritó.

— ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Alexstrasza logró enderezarse. Contemplaba el Alma Démoniaca con los ojos desorbitados, que se hallaba ahora a cierta distancia.

— ¡Los dioses antiguos! ¡Los he percibido! ¡Pero se encuentran dentro del disco! ¡El Alma Démoniaca no solo contiene un parte de nuestra esencia, sino también de la suya!

La noticia no sorprendió del todo a Krasus. Aunque no cabía duda de que el hecho de que formaran parte del disco no impedía a los dioses antiguos manipular sus fuerzas como les ocurría a los dragones. Obviamente, estas deidades deseaban utilizarlo en su provecho, algo que los dragones, salvo el Guardián de la Tierra, no podían hacer. Era evidente que Alamuerte había diseñado ese artefacto de tal modo que reaccionaba de manera distinta ante esos dioses..., aunque tal vez no fuera consciente de su intromisión.

— ¿Puedes atravesar ese entramado de hechizos?
—No lo sé... ¡Sinceramente, no lo sé!

Krasus lanzó un juramento. Una vez más, había subestimado a los Tres.

En ese instante, vio que Rhonin intentaba señalarle algo. El mago señalaba en dirección hacia Zin-Azshari. Krasus volvió sus ojos hacia la legendaria ciudad...

... y vio cómo más de una veintena de sombrías abominaciones, cada una de ellas tan grande como un dragón, volaban hacia ellos.



CAPÍTULO DIECISIETE

Azshara se había estado acicalando.

Oh, no es que no fuera ya la perfección encamada (incluso ella misma era consciente de que eso era así), pero por una vez la reina había dado con alguien por el que merecía la pena hacer un sobreesfuerzo.

¡Mi señor Sargeraz ya llega! ¡Por fin, alguien digno de ser llamado mi marido!

Ni por un solo instante Azshara se cuestionó la cordura de sus pensamientos. Ella, que cautivaba a sus súbditos, se veía a su vez cautivada por el Señor de la Legión.

En ese momento, un temblor sacudió el palacio. Y no era el primero. La reina se apartó a regañadientes de la espléndida figura que veía reflejada en el espejo y se giró.

— ¡Vashj! ¡Vashj! ¿Qué ha provocado ese espantoso jaleo?

La sirvienta principal de la soberana entró corriendo en la estancia.

—Un patético intento de la chusma de evitar lo inevitable, ¡o eso asevera el capitán Varo'then, oh, Luz de Luces!

— ¿Y qué está haciendo mi estimado capitán en relación a este insulto para mis oídos?

—Lord Mannoroth les ha proporcionado tanto a él como a los soldados que este ha escogido unas monturas adecuadas. El capitán ya va de camino para lidiar con esos facinerosos.

— ¿Así que todo avanza cómo debería? ¿Nuestro señor llegará sin demora?

Lady Vashj hizo una elegante reverencia.

—Lord Mannoroth no prevé que haya ninguna. La chusma ataca el hechizo en vano.

—Espléndido.

La reina Azshara volvió a admirar su reflejo en el espejo. Realmente, no podía hacer nada más para resaltar su belleza. Su vestido de seda tenía una cola que arrastraba por el suelo de mármol y estaba hecho de gasa, con un diseño que dejaba muy poco a la imaginación. Tenía su suntuosa melena peinada con un recogido muy alto, que contaba con unos diamantes relucientes con forma de estrella (iluminados por una luz que emanaba del interior de cada uno de ellos) a modo de ornamento en ciertos sitios estratégicos.

Se produjo otro temblor; este mucho más cerca. Azshara oyó unos gritos que procedían de los aposentos de sus doncellas y vio que unas grietas se estaban abriendo en la pared de ahí.

—Ve a comprobar si alguien ha resultado herido, Vashj —ordenó. Mientras esta se disponía a obedecer, la soberana de los elfos de la noche añadió—: Y si es así, por favor, libérala de toda obligación y envíala de vuelta con su familia. No estoy dispuesta a aceptar nada que no sea la perfección total en aquellas que me rodean.
— ¡Sí, Luz de Luces!

Un ceño fruncido muy desagradable saludó a Azshara en cuanto volvió a mirarse en el espejo de cuerpo entero que ocupaba la pared opuesta. La reina se imaginó al instante saludando a su señor Sargeras. Eso provocó que una sonrisa se le dibujara de nuevo.

—Eso es... Ahora solo tenemos que esperar un poco más...

Continuó observándose con sumo detenimiento, soñando con el mundo que ella y su nueva pareja iban a crear. Un mundo tan perfecto como ella.

Un mundo *digno* de ella.

Malfurion sacudió la cabeza, intentando así quitarse de encima el vértigo que había sufrido durante la caída de Ysera. Le sorprendía que aún tuviera una cabeza que agitar, teniendo en cuenta que en más de una ocasión el druida había quedado colgando, únicamente de las manos, sobre el colosal agujero del centro del tenebroso Pozo.

— ¿Qué ha ocurrido? —inquirió, sin ser consciente de que acababa de repetir la pregunta que había hecho Krasus.

Ysera le contó, en gran parte, lo mismo que Alexstrasza le había contado al mago. El elfo de la noche le escuchó desolado. Habían estado tan cerca, y sus esperanzas se habían derrumbado tan rápidamente...

Entonces, Malfurion, Krasus y él vieron las aterradoras formas que se elevaban en la ciudad. Malfurion vio que unos soldados cabalgaban a horcajadas de esas abominaciones, que parecían ser unos murciélagos hechos de sombras. Sabía que el capitán Varo'then lideraría ese siniestro escuadrón, sin lugar a dudas.

Como cabía esperar, un momento después, el druida distinguió la familiar figura del oficial desfigurado. Con la espada desenvainada, Varo'then gritó algo a los que iban detrás de él. De inmediato, los soldados se separaron en tres grupos, uno por cada vuelo. Solo entonces Malfurion se dio cuenta de que los había subestimado en número de un modo terrible. Ahí tenía que haber al menos tres bestias por cada dragón.

Alexstrasza no perdió el tiempo. La dragona roja lanzó un chorro de fuego, el cual atravesó al monstruo más cercano y prosiguió hasta esfumarse al fin. El soldado que iba montado en la bestia ni siquiera se inmutó.

— ¡Eso es imposible! —exclamó Malfurion con voz entrecortada.
—Imposible..., sí... —Ysera movía rápidamente los ojos adelante y atrás al dorso de esos párpados cerrados—. Contemplamos desde... una perspectiva errónea a estos adversarios...
— ¿Qué quieres decir?

—Que no son lo que parecen ser exactamente ni están donde parecen.

Aun así, si ese era el caso, Varo'then y sus soldados constituían unos espejismos muy tangibles. Dos de esas criaturas hechas de sombras se aferraron a la montura de Brox, desgarrándole las alas.

Las marcas sangrientas que dejaron en su dura piel escamosa eran una prueba más que suficiente de su letalidad; además, en cuanto la dragona bronce intentó contraatacar, sus asaltos fueron en vano.

Ysera también fue víctima de ellas. Una de ellas pasó volando junto a su garganta, abriendo unos surcos en ella, con unas garras negras que formaban parte de su ala. La sangre manó de esas heridas rojas. Aunque Ysera intentó morderle el ala, solo hendió el aire.

— ¡Sé dónde deberían estar! —gruñó Ysera, quien por una vez perdió la paciencia, lo cual era muy raro en ella—. ¡Pero cuando intento atacar, ya no están ahí!

Para empeorar aún más las cosas, una en particular se fijó en Malfurion y el Aspecto...; se trataba de la bestia que transportaba al capitán Varo'then.

— ¡Ya decía yo que te había divisado! —comentó socarronamente el elfo de la noche—. ¡Eres tan escurridizo como tu hermano! ¡Se lo advertí! ¡Sabía que no podíamos fiarnos de él!

Malfurion no tuvo la oportunidad de preguntarle a Varo'then qué quería decir con esas palabras, ya que, al segundo siguiente, el capitán y su montura impía se abalanzaron sobre el druida y la dragona. Un hedor fétido envolvió a Malfurion e incluso Ysera frunció la nariz. Por muy intangible que fuera a sus ataques aquel espanto, su peste era

tan intensa que el druida se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo.

Unas carcajadas burlonas fueron lo único que advirtió a Malfurion del ataque del capitán. La espada de Varo'then se extendió de una manera imposible, avanzando velozmente hacia el pecho desprotegido del otro elfo de la noche.

Aunque Malfurion esquivó la hoja inclinándose a la derecha, eso estuvo a punto de provocar que perdiera su asidero. Mientras se aferraba de nuevo con fuerza, Varo'then lo atacó otra vez.

Ysera no podía hacer nada, ya que la silueta negra de esa criatura con forma de murciélago la envolvía por entero. Al mismo tiempo, un segundo monstruo agarró de las patas traseras a la Señora del Sueño.

De improviso, se acordó de algo que le había enseñado Cenarius. El druida metió la mano en una faltriquera, de la que sacó una semilla pequeña y con espinas. Al contrario de las que había utilizado contra la Legión Ardiente en el pasado, esta poseía unas púas que eran demasiado delicadas como para desatar el caos en el enemigo. Sin embargo, eran especialmente idóneas para pegarse a cualquier cosa con la que entraran en contacto.

Lanzó dos hacia el cielo y, gracias a su hechizo, se convirtieron primero en cuatro y luego en ocho, en dieciséis...; rápidamente, se fueron duplicando de un modo acorde y sucesivo. En un abrir y cerrar de ojos, centenares llenaron el aire y luego millares. No obstante, no se aferraron a los dragones ni a los camaradas de Malfurion, pues este no era el deseo del druida, sino que pretendía valerse de ellas para descubrir la verdad sobre sus adversarios.

A pesar de que las primeras atravesaron a las criaturas murciélago, de un modo curioso, otras se quedaron pegadas en ciertos sitios vacíos. Más y más fueron haciendo lo mismo. Unas siluetas fueron cobrando forma, unas siluetas que fueron toda una revelación.

El secreto de los murciélagos sombra por fin quedaba revelado. Las monstruosas monturas de los soldados titilaban constantemente, desapareciendo así de la vista cada pocos segundos para reaparecer en otro lugar casi al instante. Si bien luchar contra ellas iba a seguir siendo muy difícil, ahora, al menos, los defensores tenían más claro dónde debían golpear, y eso era lo único que necesitaban saber.

Tal vez la dragona bronce reaccionara más rápidamente que los demás porque formaba parte del vuelo del Aspecto del Tiempo. Con sumo deleite, la dragona arremetió contra un murciélago que acababa de materializarse a su alcance. Su rapidez sorprendió a Malfurion, al igual que su salvajismo. Le desgarró a la criatura lo que supuestamente era un robusto cuello y, acto seguido, arrojó tanto al jinete como a la montura hacia el vacío oscuro que los aguardaba allá abajo.

— ¡Maldita sea!

Al oír el furioso juramento, Malfurion miró hacia atrás y se encontró con el capitán Varo'then casi encima de su espalda y la de Ysera. El desfigurado elfo de la noche lanzó una estocada y esta vez, consiguió hacerle una leve herida en la pierna al druida Malfurion notó un picor en el muslo y le lanzó lo primero que encontró en una faltriquera.

Su adversario estornudó, al igual que su espantosa montura. Aprovechando la distracción, Ysera cayó en picado sobre el monstruo, al que mordió y desgarró con tal desenfreno que todo rastro

de su intelecto superior pareció desaparecer. Era una pura bestia, que luchaba con la misma furia primordial que su rival.

Pero la criatura sombra no se hallaba indefensa. Sus garras seguían siendo tan afiladas como las de la dragona y sus largos colmillos parecían más que capaces de atravesar unas duras escamas. Tras lanzar un extraño y potente lamento, arremetió violentamente contra Ysera.

En un primer momento, lo único que pudieron hacer los dos jinetes fue agarrarse para no caer hacia una muerte segura. Malfurion intentó concentrarse en un hechizo, pero los movimientos violentos de los dos colosos enzarzados en combate lo hicieron imposible.

Ysera golpeó con la cola a la segunda criatura que tenía cerca de las patas traseras. Por pura suerte, logró que la bestia saliera volando hacia atrás, lo que permitió a la dragona, al menos por el momento, poder combatir de un modo más justo con la montura de Varo'then.

El capitán había envainado la espada y ahora empuñaba una daga. Como sospechaba que Varo'then era un lanzador de puñales muy diestro, Malfurion se mantuvo agachado. El oficial sonrió siniestramente de oreja a oreja, haciendo gala de una gran paciencia, a pesar de que se hallaban en una situación muy complicada.

Ysera pareció sufrir un espasmo. El druida miró hacia abajo y vio que la segunda bestia había regresado... y una tercera la seguía de cerca. Intentó advertir a gritos a la dragona.

Lanzando un rugido, la gigante verde se valió de sus increíbles alas para arrojarse contra su oponente. Con esta táctica, consiguió sorprender tanto al monstruo como a Varo'then. Eso también permitió

a Ysera girarse hacia el segundo atacante. Dejó de batir las alas y cayó sobre el murciélago y el jinete, atrapando a ambos bajo un inmenso contorno. Le hizo trizas con las garras esas alas cubiertas de semillas y le dio un mordisco muy profundo en ese cuello rechoncho.

Con un chillido estridente, la monstruosidad se quedó inmóvil en sus garras. Ysera soltó inmediatamente el cadáver, dejándolo caer hacia el Pozo. Malfurion no vio ni rastro del soldado, por lo que dio por sentado que había muerto en cuanto la dragona había aterrizado encima de su montura y él.

Mientras la gigante verde se alejaba para poder orientarse, el elfo de la noche pudo atisbar brevemente a los demás. Tres criaturas murciélago hostigaban a Brox y la dragona bronce. Mientras Malfurion contemplaba la escena, el orco enterró su hacha en el hombro de la más cercana con unos resultados extraordinarios. El arma encantada atravesó los huesos y tendones que tuviera ese ser, fueran cuales fuesen, y salió por el otro lado.

El monstruo viró torpemente, pues apenas era capaz de permanecer en el aire. La dragona bronce, sin embargo, no permitió que se escapara. Sopló una sola vez en dirección hacia esas figuras a la fuga... y tanto el jinete como la montura pasaron de ser una amenaza a ser unos cadáveres que se descomponían hasta convertirse en un montón de polvo un instante después. El furioso viento rápidamente esparció esos fragmentos descompuestos sobre las aguas negras.

Si bien era cierto que algunos de los murciélagos habían muerto, también lo era que algunos dragones habían perecido. Solo uno de los machos verdes seguía volando y también faltaba una de las dragonas bronce. Entre los supervivientes, había algunos que sangraban de sus

heridas y que, si a eso le sumáramos lo que habían sufrido con la lluvia de rayos, tenían que hallarse muy débiles.

Pero lo peor de todo era que, mientras tuvieran que enfrentarse a esos enemigos, no podrían hacer nada con respecto al Alma demoníaca y el portal, y Malfurion era consciente de ello. La vasta vorágine de allá abajo ya había adquirido una notoria tonalidad verduzca en sus bordes, una muy similar al de las llamas de la Legión Ardiente como para ser una coincidencia.

— ¡El Alma Demoníaca! —exclamó—. ¡Tenemos algo que hacer al respecto! ¡El portal casi está terminado!

—Estoy abierta a sugerencias, mortal... ¡aunque espero que puedas explicarme al mismo tiempo cómo puedo librarme de estos incordios.

Unas llamas muy potentes iluminaron brevemente todo cuanto les rodeaba. Malfurion vio cómo los últimos vestigios de un murciélago quemado caían al Pozo. Por encima directamente de esos restos, volaban Alexstrasza y Krasus. El druida pudo percibir que el mago había sido quien había lanzado ese ataque devastador. Si la batalla se prolongaba, seguramente, los dragones y sus jinetes acabarían derrotando a los guerreros de Varo'then, pero para entonces tal vez fuera demasiado tarde. Y aunque no lo fuera, ya habían comprobado que el poder combinado de Ysera y Alexstrasza no era suficiente para derribar las defensas erigidas en torno al disco. Habría que hacer algo más..., pero *¿qué?*

Los dragones y los murciélagos continuaban pasando junto a ellos a gran velocidad, lanzándose en picado aquí y allá. A pesar de que el combate estaba más equilibrado que antes, seguían sin poder concentrarse del todo en el Alma Demoníaca. Los murciélagos sombra continuaban hostigando a todos y cada uno de los dragones.

Uno de los dragones rojos, que había sufrido varios mordiscos de los que brotaba sangre, cayó ante el asalto de un par de adversarios. Otra dragona bronce logró atravesarle un ala a mordiscos a su asaltante, pero el monstruo le había clavado los colmillos muy profundamente en el hombro. Rhonin y Krasus continuaron lanzando hechizos con diverso grado de éxito, mientras Brox hería con suma destreza a cualquier enemigo que se hallara a su alcance.

Una figura de ébano pasó volando a gran velocidad. Aunque Malfurion creyó que se trataba de uno de los murciélagos, enseguida comprobó que poseía la familiar silueta reptiliana de un dragón. Apartó la vista y, acto seguido, boquiabierto, volvió a mirar.

En efecto, era un dragón..., pero un dragón tan negro como las criaturas demoníacas contra las que luchaban y con unas placas de hierro atornilladas a su piel.

Era Alamuerte...

Habían pensado que serían capaces de ocultarle su amada creación. Se habían atrevido a pensar que no sería capaz de dar con el lugar adonde se la habían llevado. Su audacia lo enfureció. En cuanto Neltharion recuperara su glorioso disco, los castigaría a todos ellos. El mundo sería mucho mejor si en él no moraba nadie más que los dragones..., y solo los dragones que veían las cosas como él.

El Alma había llamado a Neltharion, quien, totalmente ajeno a lo que estaba ocurriendo, había atravesado volando el Pozo turbulento. Todo lo demás carecía de importancia. Para el dragón, lo único que existía era el disco.

Pasó volando junto a Ysera y Alexstrasza, a las que únicamente miró de soslayo. En cuanto tuviera el disco, las derrotaría y luego pasarían a ser sus consortes. Así, el poder de ambas se sumaría al suyo propio, pues era justo y necesario.

Al Alma flotaba serenamente ahí delante, como si aguardara pacientemente a que él la rescatara. Una sonrisa muy amplia y expectante se dibujó en el monstruoso semblante de Neltharion. Pronto volverían a estar juntos...

Entonces, una fuerza golpeó al dragón Negro con tal potencia que este salió despedido hacia atrás, hacia donde se encontraban los combatientes. Se chocó con una de las criaturas murciélago, cuyo jinete cayó gritando al vacío hacia una muerte segura. Neltharion rugió de furia ante ese ataque inesperado. Buscó un objetivo con el que poder dar rienda suelta a su intensa cólera, así que agarró al murciélago aturdido y lo hizo trizas. Como eso no lo aplacó, posó su mirada iracunda sobre el disco e intentó detectar con sus agudos sentidos qué era lo que le separaba de su premio.

El entramado de hechizos que percibió alrededor del Alma era Intrincado, muy intrincado... y le resultaba vagamente familiar en algunos aspectos. Aun así, no relacionó las voces que oía en su mente con aquello a lo que se enfrentaba ahora. A pesar de que esas mismas voces le conminaban ahora a apartarse del objeto de sus deseos, el dragón no podía concebir que otros lo hubieran manipulado.

Neltharion sacudió la cabeza, para librarse así de las voces. Si le decían que no debía hacerse con el disco, entonces debía fiarse de ellas tanto como de Alexstrasza y los demás. No le importaba nada, nada en absoluto, salvo recuperar el Alma.

Y de esta manera, el colosal dragón Negro volvió a descender en picado.

Sin embargo, al igual que antes, se vio repelido como si no fuera nada. El dragón se enfrentaba no solo al poder de las voces, sino también al del Señor de la Legión. Con un rugido donde se mezclaba la cólera y el dolor, Neltharion giró descontroladamente en el aire hasta alejarse mucho de la batalla. Se detuvo al fin en el mismo borde norte del Pozo. Resistiéndose a la agonía que lo dominaba, el furioso gigante contempló su parte central sacudida por la tormenta.

No volvería a ser repelido. Daba igual con qué clase de encantamientos hubieran protegido sus enemigos el Alma, los atravesaría. El disco sería suyo...

Y, entonces, *todos* lo pagarían con creces...

La Legión Ardiente se enfrentaba al abrumador poder tanto de los dragones como de la hueste. Los guardias apocalípticos atacaban en tropel a los leviatanes, para intentar derribarlos con sus lanzas. Los Nathrezim y los eredar lanzaban unos hechizos monstruosos, pero tenían que defenderse de los dragones y luchar contra la Guardia Lunar al mismo tiempo, y los brujos no podían hacer ambas cosas a la vez. Sufrían más bajas de las que provocaban; normalmente, perecían bajo las inexorables llamas del aliento de un leviatán.

A pesar de todo, Archimonde no dio muestras de titubear. Comprendía que lo que estaba ocurriendo en esos instantes no tenía ninguna relevancia; simplemente, se trataba de una mera distracción para mantener entretenidos a los mortales y sus aliados hasta la

llegada de su señor Sargerass. Archimonde había aceptado ya el hecho de que tanto él como Mannoroth serían castigados por su fracaso a la hora de preparar Kalimdor como era debido para que su amo pudiera entrar, pues eso era inevitable. Ahora, lo único que importaba era que el juego durara un poco más. Si eso significaba que más guardias viles y más eredar tenían que morir, que así fuera. Siempre habría más, sobre todo a la espera de irrumpir en ese mundo tras la entrada de Sargerass.

Pero eso no significaba de ningún modo que Archimonde se fuera a limitar a quedarse cruzado de brazos. Si iba a ser castigado, descargaría su muy bien disimulada furia sobre aquellos que la habían provocado. El gigantesco demonio alzó una mano y señaló con ella a una dragona bronce que sobrevolaba el flanco derecho de la Legión. La gigante había estado destrozando de una manera sistemática a los guerreros que combatían en tierra, abriéndose paso entre ellos como un animal subterráneo excavaría la blanda tierra.

Archimonde hizo un gesto como si agarrara algo. La distante dragona tembló de repente... y, entonces, se le cayeron todas las escamas, como si se las hubieran *arrancado*. La sangre manó por doquier, la gigante desollada bramó conmocionada y, acto seguido, cayó sobre sus enemigos. De inmediato, los demonios guerreros se abalanzaron sobre su cuerpo ahora desprotegido, clavándole sus armas hasta que la dragona yació sin vida.

Como no se sentía satisfecho, Archimonde buscó otra víctima. Ojalá el elfo de la noche, Malfurion Tempestira, se hubiera hallado con la hueste, ya que quería vengarse del druida por lo que había sucedido en su anterior encuentro, por cuyas consecuencias había pagado un precio muy alto; no obstante, Archimonde intuía que Malfurion era uno de los que habían volado hacia el Pozo. En cuanto Sargerass

entrara en ese mundo, el druida sufriría un destino mucho peor que incluso el que Archimonde le tenía reservado a él.

Aun así, podía desahogarse con muchos otros. Con un semblante frío y calculador, el archidemonio se fijó en un grupo de hombres loro, a los que había oído que llamaban tauren. Aunque tenían un gran potencial y podrían pasar a engrosar las filas de la Legión, ese grupo en particular nunca sobreviviría para ver ese glorioso día... ni tampoco el fin de su mundo...

Estaban ganando... Estaban ganando...

Los dragones habían marcado la diferencia. Jarod era consciente de ello. Sin ellos, la hueste habría caído. Los demonios se habían topado con la única fuerza que no podían derrotar. Si bien era cierto que algunos dragones habían perecido (uno de ellos de una manera realmente espantosa), también lo era que la hueste empujaba y avanzaba y que los demonios cada vez luchaban de un modo más y más desorganizado.

Sin embargo, estaba preocupado. Aunque sabía a ciencia cierta que la confusión que reinaba entre los demonios no era un truco esta vez, esperaba algo más por parte de Archimonde; algún reagrupamiento realizado con maestría, por ejemplo. No obstante, Archimonde parecía limitarse a contener el ataque, como si aguardara algo...

El elfo de la noche se maldijo a sí mismo por ser tan necio. Claro que Archimonde estaba esperando algo... o, más bien, a *alguien*.

A su señor, a Sargeras.

Si el archidemonio seguía creyendo que la llegada del amo de la Legión era inminente, eso no presagiaba nada bueno para aquellos que habían ido a hacerse con el Alma Demoníaca y sellar el portal. Por un momento, a Jarod lo dominaron los nervios, pero entonces, adoptó un gesto más adusto y luchó con más fervor aún. Si los defensoras fracasaban, no sería porque él no hubiera puesto toda la carne en el asador. Su pueblo, su *mundo*, seguramente caería si la hueste flaqueaba ahora. A Jarod no le quedaba más remedio que albergar la esperanza de que Krasus, Malfurion y los demás logaran, de alguna manera, tener éxito en su misión.

Los dragones continuaban surcando el cielo en busca del enemigo o intentando ayudar a aquellos miembros de la hueste que se hallaran en peor situación. A la derecha del comandante, los terráneos se habrían pasado violentamente entre unos guardias viles desmoralizados. Un fúrbolg le reventó el cráneo a una bestia vil.

Da la impresión de que hay motivos para la esperanza, pensó Jarod, aunque sabía que eso no era del todo cierto. Vio cómo una compañía del pueblo de Huln se abrió paso abriendo tajos a diestro y siniestro entre las fuerzas del enemigo. Con ellos, cabalgaba un destacamento de las sacerdotisas de Elune, y Jarod se percató de que Maiev, su hermana, encabezaba el grupo. No le sorprendió en absoluto que ella se hallara en primera línea de combate. Aunque sentía cierta inquietud por ella, sabía que no habría manera de apartarla de la batalla. Llegó a la conclusión de que Maiev estaba intentando demostrar su valía al resto de la orden, para que se dieran cuenta de que debían enmendar lo que ella claramente consideraba que había sido un error y nombrarla suma sacerdotisa. Aunque era algo debatible si esa clase de ambición estaba aceptada o no en la hermandad de la diosa lunar, Maiev era como era.

A lomos del tercer sable de la noche que montaba este día, Jarod destripó a un guerrero provisto de colmillos. Su propia armadura estaba destrozada, muy dañada por culpa de los golpes de sus adversarios. Aunque tenía, al menos, media decena de heridas por todo el cuerpo, ninguna, por suerte, era mortal de necesidad o capaz de dejarlo totalmente sin fuerzas. Jarod podría descansar cuando la batalla concluyera... o cuando muriera.

Entonces..., unos gritos estallaron en la dirección donde se encontraban los tauren. El elfo de la noche observó con horror cómo varios congéneres de Huln ardían como si les hubieran vertido un virulento ácido encima. Su pelaje crepitaba y se les caía la carne derretida a puñados.

Si bien las sacerdotisas intentaron ayudarlos, una oleada de guardias viles se llevó por delante a las elfas de la primera línea. A los demonios les daba igual si su adversario era hembra o varón. Empalaron a los tauren y decapitaron a las sacerdotisas con un total salvajismo.

Jarod sabía que debería quedarse donde estaba, pero Maiev, por muchos defectos que tuviera, era su única familia. Se preocupaba por ella más de lo que se atrevía a mostrar. Tras cerciorarse con celeridad de que la zona donde se hallaba no fuera a caer en cuanto partiera, el comandante obligó a girarse a su montura y se dirigió hacia esa escena dantesca.

Unos cuantos tauren aún permanecían en pie; aunque algunos de ellos se hallaban muy malheridos, todavía eran capaces de empuñar sus lanzas y hachas. Tanto ellos como las supervivientes del grupo de Maiev se encontraban rodeados de demonios. Cuando aún no había

recorrido la mitad de la distancia que le separaba de ellos, Jarod fue testigo de cómo dos defensores más perecían en ese feroz ataque.

Entonces, Maiev se resbaló. Un guardia vil se cernió sobre ella y la atacó. Aunque la sacerdotisa logró bloquear el golpe, faltó muy poco para que alcanzara su objetivo.

Lanzando un alarido, Jarod se sumó al combate a lomos de su montura. Su felino acabó con el demonio que estaba atacando a su hermana. Otro demonio intentó matar al elfo de la noche con un arma afilada, pero no lo alcanzó a él, sino a su bestia en el hombro. Jarod le atravesó con la espada la garganta a su enemigo.

Súbitamente, todos los demonios se centraron en Jarod. No había pensado que podrían saber quién era, pero por la determinación que mostraban parecía ser así. Ignoraron al resto de posibles objetivos con la única intención de dar alcance al comandante.

Si bien su sable de la noche despachó a dos más, recibió vanos lanzazos que le abrieron unas heridas profundas. Aunque Jarod sabía que a pie se hallaría en una gran desventaja frente a tantas figuras descomunales, era consciente de que, al final, no iba a poder evitarlo. Tres lanzazos más acabaron con el noble animal, por lo cual a Jarod no le quedó más remedio que descabalgarse de un salto si no quería terminar atrapado debajo de su cadáver.

Aterrizó acuclillado junto a su hermana, quien, por primera vez, pareció darse cuenta de quién era aquel individuo que pretendía rescatarla.

— ¡Jarod! ¡No deberías haber venido! ¡Te necesitan!

— ¡Por una vez, deja de darme órdenes y ponte detrás de mí!

Sin miramientos, empujó a su hermana para que se colocara detrás de él, justo cuando dos figuras cornudas estrechaban el cerco sobre ellos. A pesar de que la buena fortuna le había sonreído hasta ahora, Jarod Cantosombrío tenía muy poca fe en que su pequeña espada pudiera ser rival para las dos colosales espadas de sus adversarios.

Pero mientras se preparaba para librar su última batalla, un cuerno bramó y la zona, súbitamente, se vio invadida en tropel por una fuerza compuesta por soldados elfos de la noche y tauren. Huln arremetió contra los dos demonios, decapitando a uno y reventándole el pecho al otro antes de que ambos pudieran darse cuenta de que estaban siendo atacados. Una figura envuelta en una capa pasó junto a él; Jarod se percató tardíamente de que se trataba de lord Bosque Negro.

Solo podía haber una explicación para la repentina irrupción de esas tropas. Habían visto cabalgar a Jarod para sumarse a ese combate... y, como creían tanto en él, habían acudido en su ayuda.

Los refuerzos empujaron a la Legión Ardiente, a la que obligaron a retroceder, logrando así que Jarod y Maiev ganaran tiempo. El comandante tiró de su hermana, a la que arrastró más lejos de la lucha, al mismo tiempo que el resto de hermanas que habían sobrevivido los seguían de cerca.

Jarod la obligó a sentarse en una roca. Maiev escrutó a su hermano con una mirada inquisitiva.

—Jarod... —acertó a decir.

— ¡Ya me reprenderás más tarde, hermana! —le espetó—. ¡No pienso quedarme atrás mientras aquellos que me han seguido se enfrentan al enemigo en mi nombre!

—No iba a reprenderte...

Eso fue lo único que pudo decir la sacerdotisa antes de que el comandante se hallara demasiado lejos como para poder oírla. Ahora que su hermana se hallaba sana y salva, al menos temporalmente, Jarod solo tenía que preocuparse de sus camaradas. Incluso Bosque Negro, uno de los nobles más prominentes, luchaba denodadamente. Tanto él como los de su ralea habían aprendido de los errores de lord Ojo de Estrella. Esto no era un juego para divertir a las castas más altas, sino que batallaban por sus vidas.

Tras acercarse a Huln, Jarod se abalanzó sobre un demonio que pretendía atacar al tauren por un flanco. Huln se percató de lo que había pasado y lanzó un bufido al elfo de la noche para mostrarle su agradecimiento.

— ¡Tallaré tu nombre en mi lanza! —exclamó—. ¡Serás honrado por mi estirpe durante generaciones!

— ¡Me sentiré muy honrado si, simplemente, logro sobrevivir a esto!

— ¡Ja! ¡Eres sabio para ser tan joven!

Una dragona del vuelo de Alexstrasza descendió en picado, lanzando una purificadora descarga de llamas rojas que extinguió para siempre muchas llamas verdes. Este ataque facilitó mucho las cosas al contingente de Jarod. El comandante de la hueste pudo respirar al fin un poco más aliviado.

Sin embargo, un segundo después, más allá de las líneas de los elfos de la noche, la misma dragona se escoró con el pecho transformado en una masa crepitante de escamas destrozadas y entrañas desgarradas. La tierra tembló cuando se estrelló contra ella y Jarod, tras lanzar una mirada fugaz hacia allá, pudo comprobar a ciencia cierta que no volvería a volar jamás.

Tras la muerte de la giganta, una decena de soldados salieron volando hacia atrás, con sus cuerpos totalmente calcinados. Los demonios también cayeron, era como si a quienquiera que los atacara le diera igual quién pereciera siempre que consiguiera así que nada se interpusiera en su camino.

Huln extendió un brazo por delante de Jarod, a la altura del pecho de este, con intención de protegerlo.

— ¡Lo que se acerca no es un infernal u obra de los eredar! Creo que busca...

Entonces, un viento colosal barrió a los combatientes de ambos bandos como si no fueran nada. Como los sables de la noche no eran inmunes a esto, Bosque Negro y su montura salieron despedidos a igual que el resto. Huln logró mantenerse en su sitio un segundo más pero ni siquiera un testarudo tauren podía resistir el empuje de ese increíble vendaval. El frustrado guerrero pasó volando junto al comandante, a la vez que intentaba golpear al viento mientras desaparecía de la vista.

Sin embargo..., Jarod Cantosombrío no sintió nada, ni siquiera la caricia de una leve brisa.

De este modo, se encontró solo cuando un gigante emergió del polvo que había levantado el viento; un gigante de piel oscura y tatuajes intrincados, que irradiaba unas fuerzas mágicas muy siniestras, lo cual incluso Jarod, quien no estaba versado en las artes místicas, pudo percibir.

El Cataclismo

—Sí... —caviló la figura, a la vez que contemplaba al elfo de la noche de arriba abajo—. Si no puedo tener al druida, me divertiré con lo que pasa por ser la patética esperanza de esta hueste condenada a la perdición.

Jarod se preparó con su espada en ristre; ya que, a pesar de que sabía que no tenía ninguna esperanza de vencer a este oponente, era incapaz de rendirse ante lo inevitable.

—Te aguardo, Archimonde.

El archidemonio estalló en carcajadas.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Aunque Brox solo era un mero guerrero, sabía perfectamente cuándo una batalla iba mal. Y eso no se debía a que los demás y él no fueran capaces de derrotar a esos elfos de la noche vestidos con armaduras y sus diabólicas monturas, sino a que a cada segundo que perdían el portal se hallaba más y más cerca de ser completado. Una siniestra aura verde ya había cobrado forma alrededor de las fauces del remolino. El orco estaba suficientemente versado en la magia como para saber que pronto ese pasaje sería lo bastante robusto como para permitir que pasara por él cualquier ser malévolo que lo deseara, ya fuera Sargerias o los «dioses antiguos» que Krasus había mencionado.

Una lanza repleta de púas le rozó la cabeza veloz como una centella, de tal modo que despellejó levemente al curtido orco, pero sin lastimarlo. El soldado ceñudo que la empuñaba obligó a virar a su murciélago sombra hacia un lado, con la esperanza de dejar atrás las

garras de la dragona bronce e intentar atacar de nuevo al guerrero verde.

La dragona logró agarrar a su sombría montura. Los dos forcejearon, lo que provocó que el elfo de la noche no pudiera apuntar bien, por lo cual en vez de empalar a Brox en un órgano vital, solo se alcanzó en el hombro. El orco gruñó en cuanto la punta provista de púas le arrancó un grueso trozo de carne de esa zona. A pesar del dolor, consiguió inclinarse hacia delante y partir la lanza en dos.

A la vez que lanzaba una maldición, el soldado desenvainó su espada. Sin embargo, Brox, olvidándose por entero de toda cautela se puso en pie en su montura y saltó sobre su oponente.

Aterrizó de cuclillas, aferrándose a una de las orejas del murciélago como asidero. Esta estrambótica táctica sobresaltó tanto al elfo de la noche que se quedó sentado con la boca abierta, mientras que, con una mano, el orco enterraba su hacha en la coraza de su rival. El soldado se desplomó y cayó de lomos de su montura.

Sin embargo, esa impetuosa estratagema estuvo a punto de costarle la vida a Brox. Había pensado que podría utilizar la espalda del murciélago como trampolín para propulsarse de vuelta al dragón, pero el pellejo de esa criatura resultó ser extrañamente resbaladizo. A la vez que se soltaba de la oreja, el orco perdió el equilibrio. Sin dejar de aferrar el hacha, se deslizó hacia la cola, siguiendo el camino que había recorrido el cadáver del elfo de la noche.

El portal en expansión situado allá abajo ocupó todo el campo de visión de Brox. Notó la maldad que se acumulaba en su interior... Entonces, un par de zarpas lo agarraron justo cuando caía al vacío y oyó gritar a Rhonin:

— ¡Te tenemos, Brox!

El dragón rojo que hacía las veces de montura del mago se giró para permitir al orco que se encaramara a él. Rhonin le tendió una mano al orco para ayudarlo a subir y luego dejó que el canoso guerrero se colocara detrás de él.

—Eso ha sido un poco necio incluso para un orco, ¿no crees?

—Tal vez —admitió Brox, quien seguía pensando en el portal. Por muy valiente que se considerara, se sentía agradecido de no haber caído en él. Cuanto más lejos se hallara de él, mejor.

El mago se tensó de repente.

— ¡Cuidado! ¡Aquí vienen dos más!

Los murciélagos sombra convergieron sobre ellos. A Rhonin le brilló la mano intensamente mientras elaboraba un hechizo. Brox alzó su hacha, dispuesto a prestar toda la ayuda que pudiera. El orco recibió con los brazos abiertos a estos nuevos adversarios, aunque solo fuera porque lo ayudaban a olvidarse del portal.

Del portal y de esa maldad que provocaba temor incluso a un orco.

Al ver que Alamuerte era repelido por el hechizo que rodeaba al disco, Malfurion se sintió asombrado y descorazonado al mismo tiempo. Si ni siquiera el dragón Negro era capaz de atravesar esa barrera confeccionada con una tenebrosa magia, ¿qué esperaban poder hacer el druida y sus compañeros al respecto?

Pero Malfurion no tuvo oportunidad de preocuparse más del disco, ya que, en ese momento, una forma amenazadora cayó sobre Ysera. La dragona verde rugió en cuanto el murciélago le hundió los colmillos en el hombro, cerca de la columna vertebral. El elfo de la noche se deslizó hacia un lado, para intentar evitar que esa bestia lo aplastara.

Una espada hendió el aire a escasos centímetros de su cabeza; no le acertó en la oreja por muy poco.

— ¡Necio escurridizo! —masculló Varo'then, quien una vez más blandía su arma favorita. El oficial de Azshara atacó de nuevo y, esta vez, logró hacerle una pequeña herida a Malfurion en la mejilla. Varo'then echó la espada hacia atrás para lanzar otro golpe—. ¡Con el próximo espadazo, te arrancaré la cabeza!

El druida metió la mano en una faltriquera. Sabía lo que buscaba y rezó para dar con ello. Se serenó al notar una sensación familiar y sacó unas semillas.

El capitán Varo'then se colocó en una posición mejor. Su malévola sonrisa se ensanchó aún más. Los demonios habían hallado en ese sádico soldado al subordinado perfecto.

Al mismo tiempo que la hoja caía, Malfurion lanzó las semillas a las fauces del murciélago.

El monstruo sufrió convulsiones inmediatamente, de tal manera que la punta de la espada, que se dirigía hacia la garganta del druida, solo consiguió abrirle un surco sangriento, pero superficial, a lo largo de la clavícula. Aunque Malfurion gruñó de dolor, aguantó como pudo.

Un fulgor muy intenso surgió de dentro de la montura de Varo'then. El capitán intentó mantener a esa bestia bajo control, pero le fue imposible. El murciélago se revolvió en el aire, chillando.

Un instante después, estalló en llamas.

Malfurion se había valido del calor inherente de las semillas en otras batallas anteriores. Sin embargo, como le quedaban muy pocas, no se había planteado la posibilidad de utilizarlas ahí arriba, donde tal vez no podría darles un buen uso. Únicamente gracias a que la criatura sombría se había hallado justo encima de él, el elfo de la noche había conseguido cerciorarse de que todas ellas alcanzaran su objetivo: la garganta.

El llameante espectáculo era tan intenso que Malfurion tuvo que apartar la mirada. Oyó gritar a Varo'then, pero no entendió sus palabras.

Lanzando un último chillido muy agudo, la bestia incinerada cayó y se perdió de vista.

Jadeando, Malfurion se aferró a Ysera. La dragona no podía hacer nada por su jinete, puesto que otro de los murciélagos centraba ya su atención. El druida se agarró lo más fuerte posible mientras intentaba recuperar la compostura. El dolor de las heridas era terrible y el hecho de saber que el disco seguía siendo inalcanzable le minaba aún más la moral.

Un dolor muy agudo le recorrió la pantorrilla.

Malfurion gritó y estuvo a punto de soltarse. Un hilo de sangre le alcanzó el interior de la bota mientras daba patadas salvajemente a la

fuente de esa agonía. Posó su mirada llorosa en la pierna y en la causa de tal sufrimiento.

El capitán Varo'then se había aferrado fuertemente a la zona lumbar de Ysera. El desfigurado soldado gruñó mientras ascendía Por una escama tras otra. La causa del nuevo dolor que sentía Malfurion (la daga curva del oficial) se encontraba ahora entre los dientes de Varo'then. La sangre del druida goteaba hasta la afilada barbilla de otro elfo de la noche sin que este último se diera cuenta.

Aunque Malfurion ignoraba cómo el oficial había logrado agarrarse a Ysera mientras su montura envuelta en llamas se precipitaba al vacío, estaba claro que, una vez más, lo había subestimado. Le intentó propinar varias patadas más con todas sus fuerzas, pero el capitán evitó fácilmente sus golpes. Si bien Malfurion lo único que podía hacer era aferrarse a Ysera mientras esta luchaba, Varo'then, que estaba curtido en mil batallas, era capaz de avanzar con suma destreza hacia su enemigo. Con los ojos entornados, miró a Malfurion como si fuera un animal bien cebado listo para ser sacrificado...

El druida hizo ademán de meter una mano en una faltriquera... y, al mismo tiempo, Varo'then alzó la mano izquierda.

— ¡Aaugh!

Un fognazo carmesí cegó a Malfurion, quien recordó demasiado tarde que el capitán también tenía cierto talento para la hechicería, aunque fuera escaso. A pesar de que su dominio de las artes místicas no era suficiente como para convertirlo en una amenaza en ese aspecto, sí era suficiente como para generar una distracción que hiciera que su enemigo bajara la guardia mientras el oficial se acercaba para matarlo.

Malfurion alzó la mano que le quedaba libre; una reacción que probablemente evitó que lo asesinara. El druida sintió que algo pesado y metálico caía sobre él (se trataba de Varo'then, que iba protegido con una armadura) y, acto seguido, notó el aliento cálido del otro elfo de la noche en la cara.

— ¡La Luz de Luces me recompensará ampliamente por esto! — exclamó el capitán de una manera demencial—. ¡Incurriste en la ira de Mannoroth! ¡Incurriste en la ira de Archimonde! ¡Cómo es posible que una criatura tan insípida como tú los haya vencido con su ingenio! ¡Sí, a ellos, que son los grandes comandantes de Sargerass! ¡Ja! ¡No solo volveré a ser el favorito de Azshara por esto, sino que también lo seré del Magno! ¡Yo! ¡*Lord Varo'then!*

— ¡Sargerass pretende destruir Kalimdor, no rehacerla! —le espetó Malfurion, en un intento por lograr que su enemigo entrara en sus cabales.

— ¡Por supuesto! ¡Hace tiempo que me di cuenta de ello! ¡Bah! ¿Qué me importa a mí este trocito de tierra? ¡Mientras pueda servir a la reina y comandar a los guerreros en su nombre, me da igual dónde tenga que hacerlo! ¡Quién sabe, tal vez ese tal Sargerass me nombre su comandante supremo! ¡Por eso y por ser adorado por Azshara, me alegraré de ver Kalimdor reducida a cenizas!

Realmente, la locura había consumido por entero a Varo'then. De repente, la furia dominó a Malfurion, quien se sentía ultrajado por ese ser de su propia raza que era capaz de hablar tan a la ligera del fin de todas las cosas; sobre todo, de la muerte del preciado mundo que había engendrado a su especie. Eso iba en contra de todo lo que Cenarius le había enseñado y de todo en lo que Malfurion siempre había creído.

— ¡Kalimdor es nuestra sangre, nuestro aliento, nuestra misma existencia! —gritó el druida, cuya furia creció—. ¡Formamos parte de ella, al igual que los árboles, los ríos y las mismas piedras! ¡Somos sus hijos! ¡Estarías asesinando a la madre que nos dio a luz!

A Malfurion le empezó a arder la frente.

— ¡Eres patético! ¡Vivimos en una roca diminuta que solo es una más entre muchas otras! ¡Kalimdor no es nada! ¡Gracias a la Legión y mi reina, cruzaré un millar de mundos, a todos los cuales aplastaremos y pisotaremos! ¡Es una cuestión de poder, druida! ¡El poder es mi sangre, mi aliento, ¿no lo entiendes?! —Mediante un giro de muñeca, el capitán Varo'then consiguió que Malfurion le soltara la mano con la que sostenía la daga—. Pero si la inminente muerte de Kalimdor te preocupa tanto, ¡te voy a hacer el favor de enviarte al más allá para que puedas darle la bienvenida a su alma en persona!

Pero la ira de Malfurion había alcanzado su punto máximo. El druida clavó sus ojos ardientes en los de Varo'then.

— ¿Quieres poder? ¡Siente el poder del mundo al que serías capaz de traicionar, capitán!

La energía fluyó a través del druida de un modo muy natural) como si fuera su propia sangre. Notó cómo brotaba velozmente desde su fuente..., desde Kalimdor. Aunque ese mundo no fuera un ser consciente, sí era un ser vivo, que, a través de Malfurion contraatacó al fin.

Del druida emanó una suave luz azul que impactó a Varo'then de lleno en el pecho.

Con un grito, el atacante de Malfurion salió despedido de esa montura. El capitán soltó la daga mientras caía desde una gran altura hacia el Pozo de la Eternidad. La luz ya no solo bañaba a Varo'then, sino que lo quemaba por dentro. Su carne, sus tendones, sus órganos y su esqueleto eran perfectamente visibles a través de su radiante armadura. El rostro del oficial, que no paraba de chillar, había pasado a ser una calavera bajo una piel transparente.

Varo'then había dado totalmente la espalda a Kalimdor... y, ahora, a través de Malfurion, Kalimdor le daba la espalda a él. La luz que todavía envolvía al capitán trazó un arco por encima del centro del pozo y, a continuación, descendió bruscamente hacia las fauces del remolino. Justo entonces, se desvaneció de improviso.

Al igual que uno de los infernales que había caído sobre las víctimas de Suramar, lo que aún quedaba del capitán Varo'then cayó en picado sobre el portal que se estaba solidificando.

Tan súbitamente como había surgido, el poder que recorría a Malfurion desapareció. Aunque de repente se sintió vacío, también se sintió reconfortado al mismo tiempo al saber que el mundo no se hallaba totalmente indefenso. Todavía agarrado a la espalda de Ysera, contempló el destino final de Varo'then.

—Ya veremos si el Señor de la Legión aún te recompensa después de esto, capitán...

De repente, sintió una sacudida que casi lo hizo caer y seguir los mismos pasos que Varo'then. Ysera tenía a un murciélago en cada una de sus patas delanteras y, aunque la dragona le acababa de desgarrar la garganta a uno de ellos, el otro le había rasgado un ala.

Malfurion hizo un gran esfuerzo para recuperar una posición más estable y, acto seguido, sacó de otra faltriquera una pizca de un bálsamo que habría preparado con anterioridad. Había confeccionado ese bálsamo con unas hierbas muy concretas, pero aunque el druida la había probado en el campo de batalla, no tenía nada claro si sería bastante potente como para ayudar a una gigante como Ysera.

Aun así, en el mismo momento en que Malfurion le frotó con él la base del ala, dio unos resultados que superaron con creces sus expectativas. Esa pequeña cantidad de bálsamo se extendió más allá de donde había sido aplicado, cubriendo con suma celeridad todo el apéndice. Rápidamente, las fisuras que tenía Ysera en el ala se cerraron del todo, ni siquiera le quedaron cicatrices como recuerdo de esas terribles heridas.

— ¡Me siento revigorizada! —bramó la Señora del Sueño mientras hacía trizas a la segunda de esas criaturas. Ysera giró la cabeza hacia Malfurion. A pesar de que esta tenía los ojos cerrados, el druida notó la intensidad de su mirada—. Cenarius te ha enseñado bien... —De repente, se calló y abrió los ojos, aunque solo durante un segundo—. Pero tal vez ese vínculo innato que compartes con ese poder que manejas sea el factor más a tener en cuenta. Sí, el que más, en efecto...

El druida se dio cuenta de que había centrado ese vistazo fugaz en la parte superior de su cabeza. Se llevó la mano hacia ahí... y descubrió que los bultitos habían pasado a medir casi unos ocho centímetros. Le habían empezado a crecer unos cuernos como los de su shan'do. Antes de poder asimilar esta nueva revelación, un temible rugido estremeció la zona, tapando incluso el fragor de la tormenta. Entonces, de las tempestuosas nubes, cayó Alamuerte.

El leviatán negro se arrojó una vez más contra esos hechizos impenetrables. Su cuerpo se encontraba en un estado de erupción continua allá donde las placas no habían sellado las grietas que tenía en la piel. Tenía los ojos desorbitados debido a la tremenda ira que le poseía. Voló hacia el Alma Demoníaca con tal celeridad que Malfurion se quedó sobrecogido.

El aire que rodeaba al disco crepitó de un modo abrupto y unos fogonazos amarillos y rojos centellearon a modo de aviso, advirtiéndole así de que un gran poder anidaba en esa creación robada al dragón. Malfurion percibió que había unas nuevas fuerzas en juego, un poder que dotaba a la matriz de hechizos de una mayor potencia y de un mayor dominio sobre el Alma Demoníaca.

Alamuerte colisionó frontalmente contra la matriz. El cielo exploró su alrededor con una energía pura que debería haber abrasado al Aspecto demente hasta matarlo, pero aunque le quemó claramente la y las escamas, Alamuerte siguió empujando. Rugió de un modo desafiante a esas poderosas fuerzas desplegadas en su contra. En la boca se le dibujó una demencial y amplia sonrisa reptiliana, que fue ensanchándose a medida que se acercaba con gran esfuerzo a su meta.

—Su obsesión no tiene límites... —afirmó Ysera, quien contemplaba maravillada al otro Aspecto.

—¿Crees que realmente podría conseguirlo?

—La verdadera cuestión que hay que plantearse es... ¿deseamos que lo consiga?

Varias escamas se le desprendieron al dragón Negro, cuyo cuerpo ya había sufrido un duro castigo. Los chisporroteantes rayos se centraban ahora por completo en el gigante, al que quemaban una y otra vez.

Aun así, a pesar de que de vez en cuando se encogía de dolor bajo ese intenso asalto, Alamuerte no aflojó.

Un dragón rojo pasó volando junto a Malfurion y este vio que Rhonin y Brox iban montados en él. Con una voz amplificada mediante un hechizo, el mago gritó:

— ¡Krasus nos ha avisado de que tenemos que estar preparados! ¡Cree que Alamuerte aún puede lograr romper el hechizo! ¡Tenemos que estar listos para atacar al dragón Negro en cuanto eso suceda!

—Alamuerte... —murmuró Ysera—. Viéndole ahora, qué adecuado es ese nombre... —A continuación, dirigiéndose a Rhonin, bramó—: ¡Estaremos listos!

Tendrían que atacar de inmediato y de un modo coordinado. No iban a tener otra oportunidad...; además, así tendrían alguna pequeña posibilidad más de triunfar que si intentaran liberar de ese encantamiento al disco ellos mismos. Aunque el elfo de la noche no las tenía todas consigo, puesto que iban a correr muchos riesgos, estaba dispuesto a invocar todo el poder de Kalimdor que le resultara posible.

Como era perfectamente consciente de que esa era la última esperanza que le quedaba a todo cuanto amaba, arrastrado por sus sentimientos, pensó instintivamente en Tyrande. No en Illidan, sino en Tyrande, con la que le hubiera gustado hablar una última vez; sí, le hubiera gustado saber si seguía viva y si sobrevivida a todo esto... a pesar de que él no lo hiciera.

¿Malfurion?

El druida estuvo a punto de caerse de la espalda de Ysera. Al principio, creyó que esa voz que oía en su mente era solo su imaginación que le estaba jugando una mala pasada o tal vez alguna estratagema siniestra de los tenebrosos poderes contra los que estaban combatiendo, pero en verdad lo que Malfurion intuía era que no podía ser otra que Tyrande, quien acababa de contactar con él.

Se acordó de aquella vez en que lo había ayudado a volver a este plano cuando había sido incapaz de regresar a su cuerpo. Su vínculo con el druida era mucho más fuerte de lo que este jamás habría podido imaginar y, en el preciso instante en que pensó eso, Malfurion percibió que ella también se había dado cuenta de ello.

¡Malfurion!, repitió con mucha más esperanza. *¡Oh, Malfurion! ¡Eres tú!*

¡Tyrande! ¡Estás viva! ¿Estás...? ¿Te han...?

La sacerdotisa lo calmó rápidamente.

La Madre Luna ha velado por mí, loada sea; ¡además, me ayudaron unos Altonato que pretendían volver a formar parte de nuestro pueblo! ¡Sé que has hecho lo que tenías que hacer! ¡Pero escucha! Tu hermano...

Mi hermano...

En cuanto ella mencionó a Illidan, el druida percibió una presencia muy similar a él mismo muy cerca de Tyrande. Tan cerca que tenía que estar tocándola.

Hermano..., pensó Illidan.

¡Tú!

El Cataclismo

Algo brotó del fuero interno de Malfurion, algo que supo que debía controlar inmediatamente. Aun así, por mucho que lo intento, el druida no lo logró por entero.

¡Malfurion!, le imploró Tyrande. ¡Para! ¡Lo vas a matar!

A pesar de que no tenía ni idea de qué le estaba haciendo exactamente a Illidan, Malfurion se concentró e intentó encerrar lo que había liberado. Para su alivio, notó que Illidan se recuperaba con rapidez.

Nunca... Nunca me imaginé que tuvieras algo así dentro de ti..., hermano...

Si bien Illidan hablaba con ese tono condescendiente tan propio de él, su mente aún estaba asimilando la asombrosa revelación de que su hermano, al que había considerado un débil, no lo era en realidad.

*¡Tienes que responder por muchas cosas, Illidan!
Si todos sobrevivimos, afrontaré las acusaciones...*

Esas palabras encerraban una gran verdad. ¿Qué sentido tenía condenar a Illidan si todos iban a perecer? Además, Malfurion se dio cuenta de que había malgastado unas energías muy valiosas con su hermano.

El druida dejó de pensar en Illidan totalmente y estableció contacto con Tyrande de nuevo.

*¿Estás bien? ¿No te ha hecho nada?
No, nada, Malfurion. Lo juro por Elune..., pero ahora nos hallamos escondidos en las ruinas cercanas al Pozo ¡y no nos atrevemos a lanzar un hechizo! ¡El demonio Mannoroth tiene guerreros por todas*

partes! Creo que, a pesar de los hechizos de Illidan y mis oraciones, sospechan dónde estamos...

Aunque quería ir adonde estaba ella, una vez más, eso no era posible. Malfurion lanzó un juramento.

Si pudiéramos conseguir que...

Pero antes de que pudiera pensar nada más, Alamuerte lanzó un espantoso bramido. Las emociones puras que transmitía el grito del dragón hicieron añicos los enlaces mentales con Tyrande e Illidan y eliminaron cualquier otro asunto de los pensamientos de Malfurion.

Se halló contemplando a un dragón que sufría una tortura que superaba toda comprensión, pero que seguía tan obsesionado con lo que deseaba que ningún dolor lo podría desalentar. Algunas de las placas incrustadas en el dragón Negro habían quedado reducidas a pura chatarra y varias porciones de su cuerpo habían perdido todas sus escamas. La carne que había quedado expuesta había sufrido quemaduras o se la habían arrancado. Las alas del leviatán estaban desgarradas por varios sitios, por lo cual a Malfurion le asombró que el demente Guardián de la Tierra todavía pudiera volar. Alamuerte tenía las garras retorcidas y destrozadas, como si hubiera estado arañando un objeto impenetrable.

Entonces, Malfurion reparó en lo cerca que el dragón Negro se encontraba de su codiciado objetivo.

— ¡Por los creadores! —rugió Ysera—. ¡No va a permitir que nada lo detenga!

El druida asintió silenciosamente y, entonces, se dio cuenta de lo espantosas que eran realmente esas palabras. Daba la impresión de que, en cualquier momento, Alamuerte lograría lo imposible... y, entonces, aquellos que esperaban poder robarle el disco tendrían que aspirar a hacer lo mismo.

Aléjate... Aléjate..., le ordenaban las voces que en su día habían alentado al dragón en todo cuanto hacía. Ahora, al igual que todos los demás, habían demostrado ser unas traidoras. En verdad, Neltharion no podía confiar en nadie, solo en sí mismo.

— *¡Será mía! ¡El Alma me pertenece a mí! ¡Y a nadie más!*

Notó la furia que había despertado en ellas al no obedecerlas. Estas lo atacaron mentalmente de una manera salvaje, al mismo tiempo que, por otros medios, alimentaban los hechizos de la Legión Ardiente que también batallaban contra él. A pesar de que únicamente consiguió avanzar un par de centímetros, lo cierto era que continuaba progresando. Casi tenía el disco a su alcance.

Aléjate..., repitieron las voces. *Aléjate...*

No obstante, Neltharion también percibió que debajo de esa furia había una ansiedad creciente, incluso *miedo*. Las voces también se percataron de que estaba a punto de alcanzar su creación. Tal vez se imaginaran que, en cuanto la recuperara, las iba a castigar junto al resto.

Entonces, otro factor entró en juego. El señor demoníaco expandió su conciencia desde su propio reino, potenciando así las espeluznantes

fuerzas que suministraban energía a la matriz de hechizos. Neltharion volvió a bramar, ya que el tormento que había sufrido previamente había pasado a ser una mera fracción del suplicio al que se veía sometido ahora.

Pero en todo caso, eso únicamente lo espoléó a redoblar sus esfuerzos. Con una amplia sonrisa dibujada en su cara (la versión dragón de la sonrisa de la muerte), el leviatán se rio bien alto de todos aquellos que pretendían negarle lo que le pertenecía legítimamente. Se rio y empujó para recortar los últimos metros que le separaban del disco.

— ¡Es mía! —rugió triunfante—. ¡Mía!

Acto seguido, agarró el Alma Demoníaca con una garra.

— ¡Tiene que ser ahora! —le advirtió Krasus a Alexstrasza—. Tiene que ser ahora si queremos...

El mundo explotó.

O, al menos, esa impresión le dio a la figura encapuchada. Una demencial cornucopia de colores abrumó a Krasus. Oyó a Alexstrasza rugir de sorpresa y agonía. Una tremenda fuerza los zarandeó a los dos. A pesar de que el mago intentó aferrarse a su reina, eso supuso un esfuerzo excesivo para la forma mortal que portaba.

Salió despedido.

Varias cosas pasaron a gran velocidad junto a él. Un murciélago sombra abrasado que no paraba de chillar. Una pequeña forma que

podría haber sido su jinete o alguno de sus propios camaradas. Varios fragmentos de escamas de dragón, cuyo color se habían comido las llamas.

Krasus dio vueltas y más vueltas, incapaz de aminorar su impulso a base de hechizos.

¡Hemos perdido!, logró pensar. *¡Seguramente, esto es el fin de todo!*

Entonces, una garra colosal lo cogió y lo elevó. Acto seguido, oyó a Alexstrasza vociferar con una voz desgarrada:

— ¡Lo ha logrado! ¡Lo ha logrado!

A través de un velo de lágrimas, el mago logró entrever a Alamuerte y el Alma Demoníaca.

Justo cuando arrancaba el disco de las garras de ese sortilegio, el dragón Negro lanzó un rugido a pleno pulmón. Unas llamas envolvieron a Alamuerte, y a Krasus le sorprendió que el Aspecto fuera capaz de soportar tal daño, por mucho poder que poseyera. El leviatán sostuvo su creación muy en alto y se rio triunfalmente, a pesar de estar sufriendo una clara agonía.

Entonces, desde las profundidades del Pozo, una fuerza negra brotó velozmente y golpeó de lleno a Alamuerte.

El dragón salió despedido hacia atrás, pues el impacto fue tan brutal que lo lanzó mucho, mucho más allá del vasto Pozo. Mucho más allá de la orilla incluso. Un Alamuerte que no paraba de dar vueltas en el aire se perdió de vista entre las nubes...

En consecuencia, como había soltado el Alma Demoníaca, esta se precipitó hacia el remolino.

— ¡Debemos recuperarla antes de que Sargerias o los dioses antiguos vuelvan a colocarla dentro de la matriz del portal! Creo que, a pesar del hechizo de protección de Alamuerte que pesa sobre ella, podré sujetarla, ¡al menos el tiempo necesario para que podamos cumplir nuestras metas! ¡Pero primero debemos alcanzarla!

—Intentaré hacer todo lo posible... —replicó Alexstrasza con voz entrecortada.

Solo entonces Krasus reparó en las grandes quemaduras que había sufrido su reina por culpa de las fuerzas que habían desatado los disparatados actos de Alamuerte. El Aspecto de la Vida apenas podía mantenerse en el aire.

No obstante, otra dragona colosal pasó volando súbitamente junto a ellos, una gigante verde muy familiar, cuyo jinete era un elfo de la noche realmente único.

—Malfurion... —murmuró Krasus, contemplando al druida, quien ahora poseía un pequeño par de cuernos similares a los de su maestro—. Sí, tiene que ser él quien lo intente...

Aun así, eso no quería decir que los demás se fueran a quedar de brazos cruzados. Alexstrasza no aminoró su avance a pesar de las heridas y, a la derecha de Krasus, aparecieron volando Rhonin y Brox montados en el dragón rojo. Una hembra bronce también los seguía, pero como carecía de jinete, lo único que podía hacer era observar a los demás.

El Cataclismo

La dragona de Malfurion se acercó al disco que caía a plomo; en su descenso, el Alma Demoníaca iba dejando un rastro brillante de color dorado. Krasus observó cómo el druida abría la mano... y, entonces, cogió ese artefacto infecto de un modo certero. El elfo de la noche se lo apretó contra el pecho.

Súbitamente, del interior del portal surgió un monstruoso rugido que estremeció la misma alma del mago dragón. Miró hacia abajo y contempló consternado cómo una espantosa tormenta verde se estaba generando en su parte central.

Sargerass estaba intentando atravesar el portal que, prácticamente, estaba finalizado.

Como guerrero que era, Brox conocía bien sus límites. Había llegado el momento de que intervinieran los magos y los hechiceros. Ahí arriba ya no había enemigos que blandieran espadas y hachas.

Con los ojos como platos y sin parpadear, Malfurion contempló el espantoso artilugio. Como Brox sabía que el poder del disco era muy tentador, gritó rápidamente por encima de Rhonin:

— ¡Druida! ¡No debes confiar en ella! ¡Es malévola!

El elfo de la noche alzó la vista y, acto seguido, asintió con determinación en dirección hacia su camarada. Brox suspiró aliviado; sin embargo, esa exhalación se convirtió en un grito ahogado en cuanto el orco, al igual que el resto, oyó el bramido del colérico dios.

El grito de Sargerass, el Señor de la Legión Ardiente.

— ¡El señor demoníaco pretende entrar en Kalimdor! —exclamó el dragón carmesí—. ¡El portal está acabado! Tal vez pueda cruzarlo con éxito... y, si lo hace, ¡estaremos perdidos!

Brox clavó la mirada en la tempestad verde de allá abajo. Se estaba contrayendo, compactándose para conformar un agujero más pequeño de forma casi perfectamente octogonal.

— ¿Qué ocurre? ¡El portal se está encogiendo, en vez de crecer!
— ¡Supongo que Sargerás quiere tener más posibilidades de triunfar, por eso está compactando el encantamiento! En cuanto lo atraviese, expandirlo de nuevo no será un problema para él. ¡Con esta estrategia, en todo caso, va a tener más posibilidades de alcanzar su objetivo!

Horrorizado, el orco apartó la mirada de la monstruosa tormenta... y vio que se hallaban en una situación aún más desesperada, ya que en Zin-Azshari se elevaron centenares, tal vez incluso millares, de siluetas aladas.

— ¡Miren ahí!

El demonio Mannoroth había permitido que el capitán Varo'then y sus soldados atacaran al grupo cuando había dado la sensación de que lo único que tenían que hacer era ejecutar una táctica dilatoria. Ahora, sin embargo, después de lo que había hecho el dragón Negro, el plan había cambiado, sin lugar a dudas. Mannoroth seguramente se había dado cuenta de que la Legión corría verdadero peligro. Por tanto, había llamado a todos los guardias apocalípticos y demás demonios alados disponibles para combatir a los defensores de ese mundo.

A pesar de que Brox ansiaba enterrar su hacha en la avalancha que se les venía encima, sabía que sus esfuerzos serían risibles comparados con lo que Rhonin y Krasus podían hacer. Aunque podía acompañar al mago y su montura roja mientras luchaban contra ellos, ¿acaso contar con su presencia serviría para algo?

Alexstrasza y Krasus, que se encontraban mucho más atrás, ya se habían vuelto para enfrentarse a esa horda de demonios aéreos. El dragón rojo trazó un arco que lo fue alejando del centro del Pozo. De este modo, las tareas de manipular el poder del Alma Demoníaca y sellar el portal quedaban en manos de Malfurion... siempre que tuviera el tiempo necesario para llevarlas a cabo. Incluso Brox podía notar cómo esas energías siniestras iban creciendo dentro de ese portal condensado. Sargeraz estaba a punto de triunfar...

El orco creía que solo podía hacer una cosa. Si bien una parte de él le decía que era una locura, otra insistía en que tenía que hacerlo.

— ¡Adiós, mago! —rugió—. ¡Ha sido un honor haber luchado contigo y los demás!

Rhonin miró para atrás, en dirección hacia él.

— ¿Qué planeas ha...?

Brox saltó.

El dragón rojo intentó coger a Brox, pero como el gigante se hallaba tan estupefacto, reaccionó demasiado tarde. El orco pasó entre sus garras, cayendo a plomo hacia el centro del Pozo de la Eternidad..., donde la implacable tormenta estaba alcanzando su punto álgido.

Lanzando un alarido de emoción, Brox notó el azote del viento en la cara mientras descendía. Sonrió de oreja a oreja, como había hecho el día en que sus camaradas y él habían estado dispuestos a proteger aquel paso de montaña con sus vidas.

Mientras Brox se acercaba al portal, pudo ver cosas que hasta entonces no había visto. Atisbó que algo se movía ahí dentro. Se trataba de tropas y más tropas de demonios, todas las cuales se preparaban para seguir a su señor al plano mortal. Esos demonios se extendían hasta el infinito. Sin embargo, no vio ni rastro del propio Sargerax, aunque sabía que el temible amo de los demonios tenía que estar muy, muy cerca.

Entonces..., el orco atravesó el portal.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Malfurion no vio saltar a Brox, pues el elfo de la noche ya estaba totalmente obsesionado con lo que tenía ante él. Ahora que tenía el disco, el druida pensó en lo abrumadora que era la tarea que debía llevar a cabo. Malfurion había albergado la esperanza de que alguno de los demás, sobre todo Krasus, fuera quien se hiciera con el Alma Demoníaca; sin embargo, los acontecimientos habían sufrido un giro dramático, ya que habían subestimado el hechizo que la protegía y la irrupción del dragón Negro los había pillado por sorpresa. Ahora, todo dependía de él y no tenía ni idea de qué hacer exactamente.

En ese momento, percibió de nuevo a Tyrande en su mente. Instintivamente, Malfurion expandió su conciencia y, horrorizado, se percató de que la sacerdotisa se hallaba en peligro.

¡Tyrande! ¿Qué...?

¡Malfurion! ¡Hay demonios por todas partes! ¡Illidan y yo creemos que Mannoroth está intentando llegar hasta ti a través de nosotros!

Rápidamente, retomó el enlace mental que todavía compartía con su gemelo. El contacto inicial con Illidan dejó conmocionado a Malfurion, pues sintió una tremenda oleada de sed de sangre. A través de su hermano, el druida percibió cómo Illidan atacaba a la Legión Ardiente, cuyos guerreros llameantes se agolpaban en gran número ante el hechicero ataviado de negro.

De repente, Illidan reparó en su presencia.

¿Hermano?

¡Illidan! ¿No puedes huir de ahí?

¡Estamos rodeados y no cabe duda de que Mannoroth aguarda con ansia a que emplee un hechizo para poder escapar hasta un sitio seguro! Seguramente, lo manipularía al instante, para que cayéramos en sus cariñosas garras...

Malfurion se estremeció.

¡Ya voy! ¡Los ayudaré!

Pero al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, el druida se dio cuenta de que no podía abandonar el Pozo. El portal tenía que ser destruido, aunque eso supusiera dejar morir a su gemelo y a Tyrande.

Oh, cómo rezaba Malfurion para que todo pudiera volver a ser como antaño, como antes de la Legión. Como en esa época en que su hermano y él habrían luchado codo con codo. En su juventud, Illidan y él habían sido capaces de superar cualquier obstáculo porque actuaban como si fueran un solo ser.

Ojalá las cosas pudieran ser así una vez más, pensó el desesperado druida. Si pudiera luchar codo con codo con Illidan para enfrentarnos a este mal...

Súbitamente, el Alma Demoníaca centelleó y Malfurion reparó en ello demasiado tarde.

Se sintió dominado por una peculiar sensación de desplazamiento. Se le desenfocó la vista por un momento. Gruñendo, Malfurion sacudió la cabeza... y descubrió que se hallaba junto a Illidan en las ruinas de Zin-Azshari.

¿Malfurion? —dijo Tyrande con voz entrecortada. La elfa estiró un brazo con intención de tocarlo, pero su mano atravesó al druida. No obstante, cuando Malfurion intentó tocar a su gemelo, palpó un cuerpo sólido. Un sobresaltado Illidan se estremeció.

Malfurion parpadeó... y, una vez más, se encontró a lomos montura sobre el Pozo de la Eternidad.

Pero en esta ocasión..., Illidan se hallaba sentado junto a él.

Con sus cuencas vacías tapadas con una venda, el hechicero contemplo a Malfurion con una mirada suspicaz teñida de un sobrecogimiento apenas disimulado.

— ¿Que has *hecho*, hermano?

El druida contempló el Alma Demoníaca y recordó lo que había deseado. El nauseabundo disco le había concedido su deseo.

Tanto Illidan como él estaban en dos lugares al mismo tiempo. Pues que así fuera. Por muy malévolas que fueran, lo cierto era que el Alma Démoniaca le había brindado la oportunidad que tanto necesitaba.

— ¡Apóyame, Illidan! —le espetó un desafiante Malfurion—. Apóyame aquí... —Volvieron a hallarse en Zin-Azshari—. ¡Y aquí!

Hay que reconocer que (con su amplia sonrisa habitual) el gemelo de Malfurion asintió al instante.

En esa ciudad envuelta en niebla, los hermanos combatían codo con codo mientras los demonios atravesaban en tropel los escombros e intentaban alcanzarlos. Decenas y decenas de ellos perecieron víctimas de las espadas de energía negra de un metro de largo que creaba Illidan y de las fuerzas de la naturaleza que Malfurion canalizó en forma de tormenta, cuyas gotas de lluvia derretían las armaduras y la carne de los demonios. Tyrande los apoyaba; la sacerdotisa de Elune invocó la luz pura de su señora para cegar, incluso quemar, a los monstruos que se aproximaban.

Mientras todo esto acaecía, Malfurion e Illidan también se encontraban montados a horcajadas sobre Ysera, luchando contra el hechizo que mantenía en pie el portal. El hecho de que Sargeraz aún no lo hubiera cruzado tenía a ambos desconcertados, pero eso les concedía momentáneamente una cierta tregua que no iban a desperdiciar.

Aun así, a pesar de contar con la ayuda del Alma Démoniaca, no consiguieron nada. El cielo estaba repleto de guardias apocalípticos, cuyo objetivo eran aquellos que impedían que su amo entrara en Kalimdor. Aunque Krasus, Rhonin y los dragones los destruyeron por

decenas, no parecían menguar en número. No había ni rastro de Brox, Pero el druida no podía preocuparse del orco en esos momentos.

Aunque Ysera se defendía de un ataque tras otro, Malfurion era consciente de que no podría protegerlos eternamente. De todos modos, a pesar de que tanto Illidan como él intentaban valerse del Alma Demoníaca para cerrar el portal, seguían fracasando una y otra vez.

Entonces, la respuesta le vino a la mente. Malfurion clavó sus ojos en las cuencas cubiertas por una venda de su hermano.

— ¡Estamos haciéndolo todo mal! ¡Estamos usando el disco para potenciar nuestros hechizos!

— ¡Por supuesto! —le espetó Illidan, en tomo al cual el mundo volvió a cambiar; se hallaba de vuelta en Zin-Azshari, donde el hechicero estaba destripando a un guardia vil—. ¿Cómo, si no, podemos usarlo?

Su entorno pasó a ser de nuevo el Pozo y ese cielo invadido por los demonios. El druida contempló la impía creación de Alamuerte. Aunque le repugnaba lo que iba a sugerir, no le quedaba más remedio que hacerlo.

— ¡El Alma Demoníaca sigue formando parte del entramado de hechizos! ¡En vez de extraer energías del disco, nosotros deberíamos proporcionárselas a él! ¡Deberíamos cooperar con el disco, no tratarlo como si fuera una espada o un hacha!

Illidan abrió la boca, dispuesto a discutir, pero entonces, la cerró inmediatamente, pues comprendió que lo que decía su gemelo tenía sentido.

Una vez más, Malfurion se encontró en Zin-Azshari. Al instante, percibió que había una nueva fuerza entre los demonios de la ciudad; una que se movía con una espantosa determinación y una horrible meta en mente hacia las ruinas donde los hermanos y Tyrande habían buscado refugio. Poseía una maldad... y un hedor que le resultaban muy familiares.

— ¡Sátiros!

Esas criaturas con forma de cabra en parte, que antes habían sido unos elfos de la noche, saltaron por encima de los demás demonios, a la vez que preparaban unos hechizos. Se rieron de un modo demencial e incluso algunos balaron.

Sin embargo, mientras esas abominaciones convergían sobre los tres, Malfurion se halló una vez más montado sobre Ysera. Estos constantes cambios de escenario lo distraían y sospechaba que, de un modo u otro, tanto él como su hermano acabarían perdiendo en breve la capacidad que poseían actualmente de estar en dos lugares simultáneamente.

— ¡Únete a mí, Illidan! ¡Hazlo!

A pesar de la animosidad que reinaba entre ellos, el hechicero no titubeó. Sus mentes se unieron, fusionándose de un modo casi completo. Malfurion conoció entonces los planes abocados al fracaso que había urdido su hermano, con los que pretendía convertirse en el héroe de Kalimdor, y se percató de inmediato de cómo las siniestras fuerzas que lo habían tentado a él mismo con la idea de que debía quedarse el disco, se habían valido de la arrogancia de Illidan para conseguir que este sumara sus propios hechizos al conjunto.

Hasta entonces, el druida se había olvidado por entero de esos entes a los que Krasus había llamado los dioses antiguos, los cuales habían seguido intentando alcanzar su objetivo: valerse del portal de Sargerass para recuperar la libertad. Ahora más que nunca, el druida era consciente de que *tenía* que utilizar el Alma Démoniaca si querían destruir el portal.

¡Prepárate!, le ordenó a Illidan.

Malfurion invocó las energías intrínsecas de Kalimdor; las mismas fuerzas que le habían ayudado a deshacerse del malvado capitán Varo'then. Ahora, tendría que pedirles un sacrificio aún mayor. Esto iba a requerir mucho más poder del que había necesitado para salvar a un dragón de la muerte, lo cual había hecho de forma ingenua e inocente con Krasus y Korialstrasz. Al pedir tal cantidad de poder a su querido mundo, cabía la posibilidad de que el druida provocara que su hogar sufriera el mismo destino fatal que la Legión Ardiente le tenía reservado.

Mientras invocaba a Kalimdor y le pedía que lo apoyara con sus fuerzas una vez más, notó que Illidan extraía energía del mismo Pozo. En cuanto ambos lograron sus objetivos, los hermanos unieron ambas fuerzas (transformándolas en una sola) y la energía resultante la introdujeron en el Alma Démoniaca.

Tanto Malfurion como Illidan sufrieron una sacudida cuando sus fuerzas mágicas se fusionaron con las que se hallaban dentro del disco. El druida regresó momentáneamente a Zin-Azshari...t justo cuando un sátiro saltaba sobre Tyrande. Sin pensar en su propia integridad, el druida atacó a la criatura cornuda con una espada que creó a partir de una hoja aserrada. La cabeza del sátiro rodó por el suelo...

Y, una vez más, la atención de Malfurion se centró de nuevo en el Pozo. Apretando los dientes, concentró todos sus sentidos en el Alma Demoníaca.

Tanto él como Illidan pasaron a formar parte de disco. Ahora eran el Alma Démoniaca...

Avanzaban hacia él como un aluvión, como un río infinito de maldad absoluta que pretendía matarlo.

— ¡Vamos! —rugió Brox, a la vez que apartaba de una patada el miembro cercenado de otro demonio que había sido lo bastante necio como para ponerse al alcance de su hacha. Se hallaba sobre un montículo hecho con los cadáveres de sus múltiples víctimas. A pesar de que el canoso orco estaba cubierto de su propia sangre, se sentía imbuido de unas fuerzas que no había sentido desde hacía años.

Una furia caótica rodeaba al solitario guardián; la locura del reino de la Legión Ardiente. Ahí no parecía haber ni suelo ni cielo, solo una voráGINE demencial de colores intensos y energías descontroladas. Si no hubiera estado tan completamente centrado en sus advérsanos, el orco sospechaba que ya se habría vuelto loco a esas alturas.

Detrás de él, el portal ardía con un propósito malévolO. Las llamas verdes danzaban como si fueran ellas mismas demonios y parecían atraer a la Legión Ardiente como la luz atrae a las polillas. Aunque Brox se había imaginado que lo derrotarían enseguida, no solo había logrado sobrevivir hasta ahora, sino que había evitado que un solo demonio alcanzara el portal.

No obstante, el vetusto guerrero no sabía cuánto tiempo más podría resistir. Aunque esperaba poder hacerlo hasta que el portal se sellara. El hacha encantada le daba cierta ventaja, una que Brox había aprovechado muy bien, pero el arma solo serviría para algo mientras le duraran las fuerzas.

Algo negro se movió a su derecha, algo que llamó la atención del orco. De manera instintiva, se giró para encararse con ello...

Y se vio golpeado de un modo terrible por una fuerza que hacía que el poder de los demonios que tenía delante fuera una insignificancia en comparación. Le fracturó el hombro a Brox, quien notó que varias costillas se le hundían y le perforaban varios órganos. Varias oleadas de un dolor muy agudo y agónico lo recorrieron por entero.

Aunque intentó ponerse en pie, el veterano guerrero fue golpeado sin misericordia de nuevo. Tenía las piernas aplastadas y la mandíbula derecha rota. Brox saboreó su propia sangre, a lo cual estaba acostumbrado. El orco tenía un ojo morado, que no podía abrir, y a duras penas lograba seguir respirando.

Pero con la mano que aún le respondía seguía aferrando el hacha. A pesar de todo el dolor que sentía, Brox atacó con ella a su atacante, con la esperanza de alcanzarlo.

La hoja se topó con algo que obstruía su avance y, en un principio, las esperanzas de Brox crecieron. Sin embargo, el chillido que, sin más dilación, oyó el malherido orco le indicó que solo había alcanzado a una ansiosa bestia vil que intentaba abalanzarse sobre una presa fácil.

Qué pena...

A pesar de esas palabras, ciertamente, no había ningún matiz de pena en la terrible y atronadora voz que oyó en su mente. Una vasta sombra cubrió al orco por entero.

Qué pena que esta exquisita capacidad para masacrar se desperdicie...

Con un rugido cansado, Brox logró enderezarse y lanzó el hacha, que giró en el aire.

Esta vez, sabía que no iba a impactar contra un mero sabueso demoníaco.

Un rotundo bramido de cólera ensordeció al guerrero herido. Con el ojo medio sano con el que aún podía ver, Brox pudo contemplar a esa titánica figura cornuda que vestía una armadura negra de lava fundida, cuya espesa cabellera y barba parecían estar hechas de unas llamas que danzaban salvajemente. A pesar de que el orco no podía distinguir bien las facciones del gigante, supo, de algún modo, que eran maravillosamente perfectas y terriblemente horribles al mismo tiempo.

Entonces, el titán alzó una mano, en la cual, tal y como Brox pudo ver, sostenía una espada malévolas, cuya hoja se encontraba partida. Aunque lo que quedaba de ella estaba mellado, aún era más que capaz de matar con esa arma.

A través de unos dientes rotos, el orco entonó un cántico funerario. La punta mellada lo empaló y le atravesó la columna vertebral. Brox tembló incontrolablemente y la luz de su mirada se apagó. El hacha cayó de su mano inerte.

Tras lanzar su último suspiro, el orco se unió al fin a sus camaradas de antaño.

— ¡Son demasiados! —gritó Rhonin.

— ¡Tenemos que hacer lo que podamos! ¡Debemos ganar tiempo para que Malfurion pueda actuar! —replicó Krasus, quien se hallaba montado en la espalda de Alexstrasza.

— ¿Acaso él puede hacer algo?

— ¡Forma parte de la propia Kalimdor! ¡Debe ser capaz de hacer algo! ¡Es el que más posibilidades tiene! ¡Créeme!

Rhonin no dijo nada más; se limitó a asentir y a enviar a un par de decenas más de esos demonios al infierno que existiera para ellos en el más allá, fuera cual fuese este.

El ruido que reinaba fuera e incluso dentro se había vuelto tan incesante que había colmado la paciencia de la reina Azshara. Vestida del modo más elegante posible para presentarse ante el gran Sargerass de una manera realmente esplendorosa, la Luz de Luces se adentró en el pasillo, seguida de sus guardias demoníacos. Los centinelas elfos se cuadraron nerviosos a su paso.

— ¡Vashj! ¡Lady Vashj!

La doncella principal de Azshara se acercó corriendo en dirección contraria y, rápidamente, se postró ante la soberana.

— ¡Sí, mi señora! ¡A tus órdenes!

— ¡Pues mis órdenes son que respondas a mis preguntas, Vashj! Se me aseguró que todo estaba en orden, pero resulta ser más bien

contrario, ¡pues un caos estruendoso reina dentro y alrededor del palacio! ¡Me siento sumamente ofendida! Quiero que se restaure el orden, ¿queda entendido? ¿Qué va a pensar si no, nuestro señor Sargeraz?

Vashj no apartó la mirada del exquisito suelo de mármol, en donde cada cuadrado mostraba un estilizado perfil de Azshara.

— ¡Solo soy tu humilde sierva, Luz de Luces! ¡He intentado que lord Mannoroth me informara de qué está ocurriendo, pero me ordenó que me fuera bajo la amenaza de que, si no lo hacía, me desollaría viva!
— ¡Qué impertinente! —Azshara miró en dirección hacia la torre donde los Altonato y los demonios estaban trabajando—. ¡Eso ya lo veremos! ¡Ven, Vashj!

Acompañada por su nerviosa sirvienta, la reina ascendió hacia allá. El hecho de que no hubiera llamado al resto de sus doncellas para hacer una entrada aún más gloriosa era una clara muestra de lo descontenta que estaba. En esta ocasión, Vashj y sus escoltas tendrían que bastar.

En la puerta, una par de guardias viles y dos bestias viles intentaron impedirle la entrada a la reina.

— ¡Apártense! ¡Se lo ordeno!

Los sabuesos gimotearon, pues obviamente deseaban obedecerla, pero los dos monstruosos guerreros hicieron un desafiante gesto de negación con la cabeza.

Azshara miró hacia atrás, a su séquito. Sonrió a los demonios que k habían acompañado y les dio esta orden:

—Por favor, eliminen a estos de mi vista.

Sus guardias reaccionaron sin vacilar, dispuestos a actuar en contra de sus camaradas. Llevaban tanto tiempo con la reina que habían caído presas de sus encantos. Como los superaban ampliamente en número, los demonios que bloqueaban la entrada cayeron con rapidez, al igual que los sabuesos. Uno de sus escoltas también pereció, pero ¿qué era la vida de un guardia comparada con los deseos de Azshara?

En cuanto apartaron los cadáveres del camino, la reina hizo ademán de avanzar. Vashj entró primero y, luego, se colocó detrás de Azshara.

La cámara era un hervidero de actividad. Unos hechiceros demacrados y sudorosos trabajaban frenéticamente bajo la mirada iracunda de Mannoroth. Sátiros, eredar y Señores del Terror también se afanaban con ciertos hechizos, cuyos resultados, obviamente, se plasmaban fuera de los muros de palacio.

Azshara se mostró impertérrita ante la monumental tensión que, claramente, soportaban los taumaturgos y se aproximó al gigantesco demonio. Mannoroth, quien también sudaba a mares, no reparó en su presencia en un primer momento, un desaire que la reina decidió pasar por alto por esta vez.

—Mi señor Mannoroth —le dijo con suma frialdad—, me siento decepcionada ante la alta de orden que impera antes de la llegada de Sarger...

El demonio se giró hacia ella, con su semblante similar al de un sapo dominado por el asombro ante su audacia.

— ¡Criaturita, será mejor que te marches de aquí ahora mismo! ¡Se me agota la paciencia! ¡Por interrumpirme en este momento tan crítico, debería arrancarte la cabeza y devorarte las entrañas!

Azshara no dijo nada, sino que se limitó a contemplar de manera arrogante y apremiante al demonio.

Mannoroth resopló y extendió un brazo colosal hacia ella. Su intención era clara; esa elfa de la noche ya no le era útil.

A pesar de que estuvo a punto de agarrarla, flaqueó al final y no solo porque se le ocurriera, de repente, que Sargerass todavía podría desear que esa criatura de pelo plateado siguiera viva. Más bien, Mannoroth descubrió que se acababa de topar con un poder que solo su señor y Archimonde podrían vencer. Por mucho que lo intentara, al demonio le habría resultado más fácil ahogarse a sí mismo que estrangular a la reina.

Se acabó apartando de ella, debatiéndose entre la repentina intranquilidad que se había adueñado de él al descubrir que la había subestimado totalmente y el peligro que corría en ese momento el portal.

—Por el bien de nuestro señor Sargerass —aseveró Azshara de un modo regio—, te perdonaré que hayas perdido los estribos..., pero solo por esta vez.

Disimulando su desasosiego, Mannoroth apartó la vista rápidamente de ella.

— ¡No tengo tiempo para esto! El portal debe ser protegido...

El demonio no vio cómo la soberana arqueaba una ceja.

— ¿El portal corre peligro? ¿Cómo es posible?

Apretando sus colmillos amarillentos, el demonio contestó con una voz atronadora:

— ¡Son meros ataques desesperados de la última chusma que queda en pie! Todo irá bien..., ¡pero solo si no hay más interrupciones!

A pesar de que Azshara frunció los labios ante el tono ofensivo que el demonio había empleado, se dio cuenta de que lo que decía tenía sentido.

— ¡Muy bien, lord Mannoroth! Regresaré a mis aposentos..., pero espero que este problema se arregle de inmediato para que Sargerass por fin pueda presentarse ante mí. Vámonos, Vashj, aquí ya no hay nada más que hacer.

La reina de los elfos de la noche se marchó haciendo gala de una actitud regia. Un todavía incrédulo Mannoroth miró para atrás justo cuando ella desaparecía de su vista. Entonces, tras recobrar la compostura, se concentró de nuevo en la tarea que tenía entre manos. Los rebeldes serían aplastados y el camino quedaría abierto para el Señor de la Legión. Ya podía percibir a Sargerass acercándose al portal, que aguantaba en pie a pesar de que el druida y sus amigos les habían robado el disco del dragón.

Pronto... Muy pronto...

Malfurion e Illidan continuaban batallando contra los demonios en las ruinas. Al mismo tiempo, seguían dejando que su propia esencia fluyera hacia el interior del disco. Aunque Illidan pretendía utilizar ya todo su poder para resolver la situación; por suerte, Malfurion mantuvo a su gemelo bajo control. Esto había que hacerlo de una manera racional y en el momento oportuno, puesto que incluso un mero segundo podía llegar a ser tan valioso como el último aliento de cualquier ser.

Entonces..., por fin estuvieron listos para atacar.

Pero mientras iniciaba el hechizo final, Malfurion notó que una tremenda maldad irrumpía en su mente, una maldad que no era la de Sargeraz. Unas voces susurraban en su mente, prometiéndole de todo. Podría gobernar Kalimdor, Tyrande podría ser su reina y la Legión Ardiente, su ejército. Todos se postrarían ante su grandeza. Solo tema que hacer una leve alteración al sortilegio.

El druida rechazó esos susurros, pues era consciente de que deseaban realmente esos entes. Sin embargo, si bien el druida no se había dejado cautivar por esas palabras, el hechicero sí había caído en la tentación.

¡Illidan!

Malfurion lanzó sus pensamientos a su gemelo como si lo estuviera atacando físicamente. Entonces, notó cómo se quebraban esas tinieblas que se habían adueñado de Illidan. Su gemelo lanzó un grito ahogado...

Vuelvo a ser yo, le aseguró Illidan un instante después.

Aunque no se fiaba del todo, Malfurion prosiguió con su labor, ya que no les quedaba mucho tiempo. Era un milagro que el señor demoníaco aún no hubiera entrado en este mundo. Y aunque habían logrado rechazar a esas entidades, si el portal seguía abierto, Malfurion no albergaba ninguna duda de que darían con alguna manera de seguir a Sargeraz hasta el plano mortal.

Como era consciente del destino que sufriría Kalimdor si eso llegara a suceder, Malfurion lanzó el hechizo. Fuera cual fuese el daño que causara, sería como una leve brisa en comparación.

Reinó un silencio sepulcral. Era como si no hubiera ningún sonido en todo el mundo. El viento se detuvo y ni siquiera el Pozo agitado por la tormenta emitió el más mínimo estruendo atronador.

Entonces... se oyó un gran alarido que hizo temblar el Pozo, Zin-Azshari y, posiblemente, el resto de Kalimdor. Un terrible vendaval se levantó detrás de Malfurion, pero Ysera rápidamente se acomodó a él. El nuevo viento se alzó con una furia que superaba a todo lo que el druida se había encontrado con anterioridad. Como les pilló desprevenidos, los demás dragones volaron sin control alguno en un principio, pero luego, sorprendentemente, se enderezaron como si el vendaval se hubiera esfumado.

Sin embargo, en el caso de la guardia apocalíptica y similares, eso no fue así. Los demonios alados aletearon completamente fuera de control, pues eran totalmente incapaces de enfrentarse a este nuevo y temible viento. Varios colisionaron, destrozándose el cráneo y haciéndose trizas las extremidades, pero aunque muchos demonios perecieron, el viento era tan fuerte que sus cadáveres inertes no cayeron al suelo, sino que giraron alrededor del Pozo, como si estuvieran representando algún tipo de danza macabra.

Si bien la potencia del vendaval se multiplicó por diez, por cien, para los dragones y sus jinetes, era poco más que una mera brisa. Aunque no era así para sus desesperados adversarios. Por centenares, los guardias apocalípticos giraban y giraban y giraban...

Entonces, fueron absorbidos de un modo inexorable hacia el interior del portal.

A aquellos que aún les quedaba aire en los pulmones, lanzaron alaridos y chillidos y les rechinaron los dientes, pero eran como mero polvo arrastrado por esa potente ráfaga de aire. Desde todas direcciones, los monstruosos guerreros se precipitaban inexorablemente hacia el portal, el mismo por el cual sus hermanos esperaban emerger.

— ¡Está funcionando! —exclamó Illidan con unas carcajadas triunfales—. ¡Está funcionando!

No obstante, Malfurion no aflojó, ya que notaba cómo ciertas fuerzas se resistían y ejercían una presión en contra del hechizo. En estos momentos, no podía afirmar quién era el responsable de esto: si el Señor de la Legión o los dioses antiguos. Lo único que sabía el druida era que, si flaqueaba, todo lo que había logrado habría sido en vano y el mundo estaría perdido.

Ese viento antinatural siguió cobrando fuerza, absorbiendo demonios, a los que arrancaba del cielo y arrastraba hasta el vórtice situado en el centro del Pozo. En cuestión de segundos, no quedó ni rastro en el cielo de la maldad de la Legión; aun así, el vendaval no menguó.

Malfurion, que seguía estando en dos sitios al mismo tiempo, contempló sobrecogido cómo la horda, que estaba convergiendo sobre el punto donde su gemelo, Tyrande y él mismo todavía se hallaban, se frenaba de improviso y era dominada por el pánico. Los colosales guardias viles y los monstruosos sabuesos se aferraron a ese suelo destrozado. Un feroz infernal logró dar dos pasos en dirección a ellos tres, pero entonces, ni siquiera ese descomunal demonio pudo avanzar más.

Agitando descontroladamente las extremidades y la cola, la primera bestia vil se elevó en el aire y lanzó un gemido lastimero mientras se desvanecía en dirección hacia el Pozo.

Otra bestia vil la siguió rápidamente y, después, varios de esos guerreros colosales. Entonces, como si una presa se hubiera abierto de par en par, los demonios se elevaron, súbitamente, a decenas y decenas, como si se tratara de una extraña lluvia que cayera al revés. Fluyeron de forma incesante por encima de esas aguas negras y, mientras hacían esto, Malfurion se percató de que sus cuerpos se volvían más fluidos, de que prácticamente perdían toda solidez.

De repente, una sensación de vértigo se apoderó del elfo de la noche, quien estuvo a punto de perder el control del hechizo. Al instante, dejó de estar viendo Zin-Azshari. Con suma celeridad, Malfurion se volvió hacia un lado y vio que Illidan ya no estaba sentado junto a él, no obstante, todavía percibía el vínculo que había entre su gemelo y él, pero era mucho más tenue.

El druida mantuvo la concentración. Notó que las fuerzas naturales del mundo le proporcionaban energía. Los árboles, la hierba, las piedras, la fauna..., todo sacrificó una parte de sí mismo para darle las fuerzas que necesitaba. Malfurion entendía vagamente que lo que

estaba haciendo ahora superaba con mucho lo que Cenarius le había enseñado, así como cualquier otra cosa que el elfo de la noche hubiera hecho antes. Asimismo, la magia de Illidan seguía unida a la suya, dotándole así de aún más poder.

Gritó súbitamente al sentirse como si le estuvieran clavando un millar de agujas en la mente. No cabía duda de que este ataque era cosa de Sargerass. La presencia del señor demoníaco lo invadió por entero, pues intentaba consumir al druida desde dentro.

Malfurion se resistió e intentó paliar esa agonía en parte. Kalimdor continuaba proporcionándole fuerzas, dándole todo lo que podía. Había dejado en manos de Malfurion su futuro, su destino. Ahora, él era su guardián, y con mucha más razón que Cenarius, Malome o incluso los dragones. Todo dependía única y exclusivamente de él.

Estaba solo... frente a la Legión Ardiente y los dioses antiguos.

— ¡Trabajen, perros! —bramó Mannoroth a los hechiceros y demonios—. ¡Con más ahínco!

Uno de los Altonato se cayó de bruces. Al igual que el resto, estaba en los huesos. Esos ropajes antaño llamativos y extravagantes ahora lo envolvían como una mortaja funeraria de colores vivos. Tosió y reparó demasiado tarde en la gigantesca sombra que lo cubría.

— ¡Mi señor Mannoroth! Por favor, solo necesito...

Con una sola mano, el demonio lo agarró de la cabeza y le aplastó el cráneo, reduciéndolo a pulpa. Mannoroth zarandó el cadáver inerte

ante los ojos de esos brujos y elfos de la noche acobardados para que pudieran contemplarlo bien.

— ¡Trabajen!

A pesar de hallarse en un estado lamentable, los taumaturgos redoblaron sus esfuerzos al instante. Pero ni siquiera entonces Mannoroth se sintió satisfecho. Tiró esos espantosos restos al suelo y se acercó al entramado de hechizos. Tendría que sumarse de nuevo a la matriz si quería que esta cumpliera su objetivo.

Sin embargo, mientras apartaba a empujones a aquellos que hallaba en su camino, notó una sensación muy extraña. Los movimientos de Mannoroth se volvieron torpes y lentos y, cuando miró a uno de los eredar, comprobó que al brujo le ocurría lo mismo. A pesar de que los elfos de la noche parecían hallarse menos afectados por este fenómeno, incluso ellos se movían cada vez más y más lentos.

— ¿Qué... está... sucediendo? —preguntó a nadie en particular.

Mannoroth golpeó el suelo con su pesada cola e intentó centrarse en el entramado de hechizos, pero al alzar esa mano todavía empapada de sangre, abrió los ojos como platos. Su piel escamosa había adquirido un aspecto translúcido. El demonio podía verse sus propios tendones y huesos, e incluso estos parecían carecer de sustancia.

— ¡Esto es imposible! —rugió el coloso alado—. ¡Imposible!

La pared de la torre que daba al Pozo de la Eternidad se desplomó hacia fuera.

Una gran fuerza tiró de los demonios. Los que se hallaban más cerca de ese agujero de forma irregular siguieron casi inmediatamente el mismo camino que habían recorrido los descomunales fragmentos de piedra por encima de esa masa negra de agua y se esfumaron rápidamente en la lontananza. Unos guerreros provistos de unas pesadas armaduras fueron alzados del suelo como si fueran tan ligeros como una pluma.

La matriz de hechizos se quebró. A pesar del temor que les inspiraba Mannoroth, los elfos de la noche huyeron de lo que claramente era una catástrofe. Tras haber llegado al límite de su resistencia y aguante, los eredar intentaron seguir a los hechiceros, pero se vieron barridos por el mismo viento horrendo que se había llevado a los guardias viles. Lanzando unos alaridos tremendos, los brujos se desvanecieron tras atravesar el agujero.

Al final, ahí solo quedó Mannoroth. Gracias a su increíble fuerza y gigantesco tamaño, el demonio alado resistía el empuje del insaciable vendaval. Mannoroth clavó los brutales orbes que tenía por ojos en la matriz en descomposición. Hizo ademán de dirigirse hacia su centro, puesto que aún quedaba ahí magia suficiente como para que, si le sumaba su propio poder, pudiera crear un escudo protector bajo el cual aguardar a que concluyera ese ataque.

A pesar de que cada paso que daba le resultaba agotador, Mannoroth se obligó a seguir avanzando. Primero logró meter una de sus extremidades tan grandes como un tronco en el entramado de hechizos y luego otra. Batió las alas violentamente, para que le procuraran el pequeño impulso que necesitaba. El demonio consiguió meter una tercera pata... y, con una amplia sonrisa triunfal dibujada en su espantoso semblante, Mannoroth introdujo también la cuarta.

El Cataclismo

Alzó sus garras en alto e invocó la magia de la matriz, que lo rodeó. Incluso el mero hecho de mover los brazos le resultó casi insoportablemente imposible, pero el gigantesco demonio lo logró. Una bóveda de llamas verdes se formó a su alrededor y dejó de sentirse arrastrado por ese terrible vendaval. Mannoroth se volvió para contemplar el muro hecho trizas y estalló en carcajadas. Tal vez ese viento hubiera demostrado ser superior a unos demonios inferiores, ¡pero él era Mannoroth! ¡Mannoroth el Desollador! ¡Mannoroth el Destructor! Uno de los elegidos de Sarger...

Las llamas del escudo se inclinaron hacia el muro destrozado... y, para su consternación, el demonio contempló cómo el vendaval apagaba ese fuego protector.

Mientras intentaba alejarse del muro, el viento lo atrapó. Mannoroth se quedó boquiabierto al salir volando hacia atrás tras ser levantado del suelo con suma facilidad. Presa de la frustración, el demonio rugió al chocarse con las piedras rotas, lo que provocó que cayeran más cascotes enormes del muro al exterior.

Logró aferrarse a él y, por un breve instante, las llamas de la esperanza se avivaron en él. Pero la tensión que tenían que soportar sus gruesos dedos y fuertes garras resultó ser demasiado. Arañó la piedra en vano cuando, por fin, el viento lo arrancó de la torre.

Sin dejar de rugir, Mannoroth surcó el cielo por encima del Pozo de la Eternidad.



CAPÍTULO VEINTE

Unos regueros de sangre le recorrían la cara a Jarod Cantosombrío, quien estaba seguro de que tenía el brazo izquierdo roto. De lo que no estaba tan seguro es de si alguno de sus órganos vitales había resultado dañado por los tremendos golpes que le habían abollado la coraza en diversos sitios. Podía respirar con un poco de dificultad y, por el momento, podía permanecer en pie, al menos..., en cierto modo.

Tras hacer un enorme esfuerzo para alzar la espada, Jarod se encaró de nuevo con su adversario.

Archimonde parecía hallarse totalmente ileso. Jarod no le había hecho la más mínima herida, ni una marca, al siniestro demonio, ni siquiera había logrado rozar a Archimonde ni una sola vez, salvo cuando este le propinaba un cruel golpe tras otro.

Pero lo que hacía que todo fuera aún peor era que Jarod era perfectamente consciente de que el colosal demonio simplemente estaba jugando con él. Si bien Archimonde podría haber asesinado a su diminuto adversario una decena de veces antes, la criatura estaba gozando de un modo sádico al machacar lentamente al elfo de la noche hasta la muerte. Aun así, Jarod sabía que, a no mucho tardar, Archimonde le propinaría el golpe de gracia. Poco más podía hacerle ya al magullado soldado.

No obstante, alguna fuerza que brotaba de su fuero interno hacía que Jarod todavía se preparara para recibir un mayor castigo.

Se hallaban solos en esa parte del campo de batalla, aunque había algunos miembros de ambos bandos en la lejanía observando cómo transcurría el combate. Los demonios, como cabía esperar, contemplaban con un espantoso júbilo cómo su comandante daba una paliza de muerte al elfo de la noche y, constantemente, alentaban a gritos a Archimonde. Los seguidores de Jarod eran testigos, sin duda, de lo realmente patético que era el ex capitán del Cuerpo de Centinelas. Probablemente, se preguntaban cómo habían podido llegar a considerarlo su última esperanza.

De repente, se levantó un fuerte viento, que levantó mucho polvo. Jarod entrecerró los ojos, en un intento de no quedar totalmente cegado. Un impertérrito Archimonde siguió avanzando aunque a menor ritmo. Jarod se imaginó que el tenebroso gigante estaba pensando en cuál era la mejor forma de destrozar a su víctima.

Pero el elfo de la noche decidió que, si iba a morir, lo haría al menos dando la sensación de que intentaba plantar cara hasta el final. Jarod aferró la espada con ambas manos, lanzó un grito y arremetió contra Archimonde.

A través del polvo levantado, pudo atisbar que el demonio sonreía ligeramente ante su audacia. Sin embargo, a medida que Jarod se acercaba, esa sonrisa se fue esfumando y, para sorpresa del desesperado oficial, Archimonde se quedó *paralizado*.

El potente viento estuvo a punto de empujar hacia delante a Cantosombrío. Mostrando amenazadoramente los dientes, el elfo de la noche se abalanzó sobre el estómago de su adversario. Era la única zona a la que podía llegar y que tal vez (solo tal vez) su débil hoja podría penetrar. Si al menos pudiera dejar marcado a Archimonde antes de que el gigante lo aplastara...

Las lágrimas y el polvo volvieron borrosa la vista de Jarod, dotando a su vez de un aspecto espectral al demonio. Archimonde extendió un brazo hacia él y el elfo de la noche se preparó para ser víctima de algún hechizo espeluznante que le derritiera la carne o le transformara los huesos en aceite.

Pero no le lanzó ningún hechizo. En vez de eso, Archimonde se agachó levemente y dio un paso atrás, dejando, además, su torso totalmente desprotegido.

Jarod lanzó una estocada y se preparó para fracasar en su empeño. Sin lugar a dudas, creía que su espada se partiría al chocar contra la piel de Archimonde o que no daría para nada en el blanco.

Sin embargo, no falló y, de un modo aún más sorprendente, la hoja se hundió muy profundamente en el estómago del gigantesco demonio. Aun así, curiosamente, este no halló ninguna resistencia en absoluto; era como si Archimonde fuera, en realidad, un fantasma. Jarod siguió apretando, mientras en todo momento aguardaba su propia muerte.

Pero en vez de eso... Archimonde salió volando despedido hacia atrás, como si algo lo hubiera golpeado con fuerza. No obstante, no aterrizó en el suelo, como cabría esperar, sino que *siguió* volando. Agitando frenéticamente piernas y brazos, el comandante demoníaco se elevó en el aire; fue entonces cuando Jarod se dio cuenta de que era el viento lo que arrastraba a Archimonde.

Al fin, Archimonde perdió la compostura mientras subía hacia el cielo a toda velocidad cada vez más y más alto. Mostraba un rostro desfigurado en una grotesca mueca, lo cual era más acorde con una criatura de tal maldad. El demonio lanzó un grito de furia... y, acto seguido, se desvaneció de la vista por encima del horizonte.

Incluso antes de que pudiera asimilar que había sobrevivido a ese increíble duelo, el agotado oficial se percató de que el viento estaba atacando a *toda* la Legión. Los demonios forcejearon para seguir donde estaban, pero al igual que el polvo fueron arrastrados hacia arriba de un modo violento. Unos sabuesos monstruosos que saltaban hacia delante acabaron rodando hacia atrás, rebotando primero por el paisaje antes de surcar el cielo tras Archimonde. Los guardias viles fueron arrancados uno a uno de las líneas que conformaban y, aunque muchos de ellos se encontraban enfrentándose cara a cara con los defensores, ni un solo elfo de la noche, tauren u otra criatura de Kalimdor compartió su funesto sino.

Los infernales que estaban cayendo del firmamento viraron de forma abrupta, de tal manera que volaron imitando la trayectoria que había seguido su desaparecido comandante. Uno de ellos se encontraba incluso a escasos centímetros del suelo cuando dejó de caer y empezó a ascender.

Extrañamente, los dragones tampoco recibían el castigo de los furibundos elementos. Tras hacer algunos leves ajustes, recuperaron el equilibrio y, a continuación, tomaron la sabia decisión de retirarse y aterrizar. Ellos también observaron cómo caía la Legión.

El cielo se llenó de demonios que se retorcían, gruñían y forcejeaban en vano para poder regresar al suelo. Debajo de ellos, los boquiabiertos combatientes los miraban fijamente con las armas bajadas, ya que esa amenaza que había puesto en peligro sus tierras, su mundo, acababa de ser neutralizada al salir volando delante de sus propios ojos. Incluso los cadáveres de los demonios que habían muerto hacía tiempo se sumaron a los que se hallaban ahí arriba, sumándose al espectáculo.

— ¡Esto es un milagro! —gritó alguien situado detrás de Jarod.

El comandante miró para atrás y descubrió que varios de los que Archimonde había lanzado antes por los aires estaban regresando. Si bien muchos continuaron contemplando el cielo, unos cuantos miraron a Jarod como si él solo fuera el responsable de ese asombroso giro de los acontecimientos.

Las tropas de los demonios fueron arrancadas de Kalimdor una línea tras otra, hasta que enseguida solo quedó un páramo desolado ante los defensores. Ahí no quedaba ni un solo demonio. De hecho, no quedaba ni el más mínimo *pedazo* de cualquier demonio.

Un buen número de elfos de la noche se dejaron caer de rodillas, aliviados. Sin embargo, a pesar de lo que había sucedido, Jarod tenía la inquietante sensación de que la batalla aún no había concluido. No podía ser tan fácil...

— ¡Todos ustedes, en pie! —vociferó. Con la mano sana, agarro a un estupefacto heraldo al que ordenó—: ¡Que suenen los cuernos! ¡Quiero que el orden impere de nuevo en la hueste! ¡Tenemos que prepararnos para entrar en acción!

Una sacerdotisa de Elune se acercó a él y le examinó el brazo. Mientras la elfa hacía esto, Jarod continuó poniendo en orden sus pensamientos.

— ¿Vamos a ir tras ellos? —preguntó a voz en grito un noble, quien, desde el punto de vista de Jarod, parecía demasiado ansioso por hacer precisamente eso.

— ¡No! —le espetó el comandante, olvidándose de que pertenecían a castas distintas—. ¡Esperaremos a tener noticias del mago Krasus o de alguien que esté con él! Solo entonces entraremos en acción...» ya sea para avanzar sobre Zin-Azshari o para huir para salvar el pellejo. ¡Y tendremos que estar preparados para hacer una cosa u otra con la misma velocidad que este viento!

Mientras le obedecían, Jarod, quien se dio a sí mismo un momento de respiro aprovechando que la sacerdotisa lo estaba curando, clavó la mirada una vez más en la dirección por la que se habían ido volando los demonios, en la dirección en que se hallaban la capital y el Pozo. Todo no podía acabar de una manera tan sencilla, no...

Por todo Kalimdor, la Legión Ardiente fue arrancada del suelo y arrojada, sin que pudiera hacer nada para impedirlo, hacia el Pozo de la Eternidad. Aunque forcejeaban, no podían hacer nada contra el viento y, mientras Krasus y los demás observaban, se agolparon sobre las aguas como un gigantesco enjambre de abejas antes de caer en la vorágine.

— ¿Eso es todo? ¿Se acabó? —gritó Rhonin.

—Quizá sí... ¡o quizá no! —Entonces, Krasus le dijo a voz en grito a Alexstrasza—. ¡Vayamos con Malfurion!

La dragona asintió y se ladeó en dirección hacia el druida e Ysera. Rhonin y el dragón rojo los siguieron de cerca.

Un Malfurion bañado por el fulgor dorado del Alma Demoníaca y su montura sobrevolaban el remolino. Su piel, que normalmente tenía una tonalidad oscura, ahora parecía ser tan pálida como la de Krasus. El elfo de la noche contempló al mago encapuchado con cierta ansiedad.

— ¡Aún está intentando entrar! —La cara del druida mostraba signos de envejecimiento. Unas arrugas la surcaban y se le habían hundido los ojos un poco—. ¡No sé si mi hechizo podrá contenerlo!

Krasus miró hacia abajo y, gracias a sus sentidos especialmente agudos, fue capaz de ver lo que había en lo más profundo del Pozo. En lo más profundo del Pozo...

Y, de esta forma, contempló a Sargerass, el Señor de la Legión.

El titán iba ataviado con una armadura de lava de los pies hasta el cuello y su tenebrosa furia era tan grande que al mago le ardieron los ojos con solo mirarlo. Ignorando el dolor, Krasus se atrevió a mirar fijamente el rostro del mal, esa versión monstruosa y distorsionada de la perfección. Antaño, había sido un ser apuesto, incluso hermoso; un ser que pertenecía a la raza que Krasus sabía que había creado su mundo. Ahora, sin embargo, esa belleza se había corrompido. Su carne era como la de los muertos y sus ojos, unos vacíos ardientes de caos total. Sargerass tenía colmillos en vez de dientes. A su espalda, se agitaba una cola larga y gruesa con unas escamas irregulares que

sobresalían en la punta. Tenía las manos rematadas por unas garras curvas y crueles y, en una de ellas, empuñaba una espada monstruosa partida en dos, pero con un filo mellado aún capaz de causar mucho caos.

A Krasus lo ahogó el espanto que sintió ante lo que descubrió a continuación. En la punta de esa arma grotesca yacía empalado un diminuto cuerpo.

Era Brox.

En medio de ese carrusel de emociones, el mago se había olvidado por entero del orco. Ahora Krasus al fin comprendía por qué habían disfrutado de esos valiosos (muy valiosos) segundos extra. El orco se había sacrificado para poder demorar a la Legión.

Sargerass se encontraba junto al portal. A pesar de las increíbles fuerzas que empujaban a su horda a regresar a su reino, el Señor de la Legión seguía avanzando empujando. Lento pero seguro, alcanzó el portal...

Pero mientras Sargerass se acercaba, Krasus se percató de algo asombroso. El señor demoníaco estaba *herido*, aunque fuera muy levemente. Podía verse la marca de un pequeño tajo en su pierna derecha; el arma encantada había hecho un rasguño a Sargerass. Si bien no era suficiente como para haberle causado ningún daño de verdad, el hecho de que hubiera sido herido abría una puerta a la esperanza.

— ¡Rhonin! ¡Alexstrasza! ¡Debemos actuar al unísono! ¡Malfurion, prepárate! ¡Vas a tener una pequeña oportunidad de destruir el portal!

Los demás siguieron sus órdenes. Krasus notó que tanto su reina como su antiguo protegido le permitían guiar sus respectivos poderes. El dragón rojo sumó también sus energías, al igual que Ysera. Aunque esta táctica dejaba a Malfurion desprotegido, si este último esfuerzo fallaba, ninguno de ellos podría tener la esperanza de sobrevivir.

Con los encendidos deseos por el poder que lo recorrían por dentro. Krasus concentró la magia combinada del grupo en el portal. El mago confiaba en que el demonio estuviera tan concentrado en su empeño que no se percatase de lo que estaban haciendo los taumaturgos, de tal modo que su desesperado plan pudiera tener éxito.

Comparados con Sargerás, tanto Archimonde como Mannoroth eran unas meras pulgas. Ni siquiera el poder de un centenar de dragones habría sido rival para él. Si Krasus hubiera pretendido atacar a Sargerás directamente, ya fuera en el pecho o la cabeza, los resultados habrían sido risibles, al menos para el señor demoníaco. El hecho de que Brox hubiera logrado lastimarlo levemente con su milagroso ataque decía mucho acerca del poder que el druida y su shan'do habían dotado a esa arma.

No, en vez de eso, el mago vertió todo el poder que le estaban proporcionando los demás en la diminuta e insignificante herida que había abierto el hacha de Brox (que contenía un fragmento de la magia de la propia Kalimdor).

Entonces, ocurrió. Krasus notó que Sargerás perdía la concentración aunque solo fuera por un momento. No por el dolor (eso habría sido esperar demasiado), sino, simplemente, por la *estupefacción*.

Justo lo que quería Krasus.

— ¡Ahora, Malfurion!

Aferrando muy fuerte el Alma Demoníaca, Malfurion lanzó un ataque contra el portal.

Krasus había apostado a que la herida infligida por esa arma mágica sería suficiente como para atraer la atención del señor demoníaco momentáneamente si alguien hurgaba en ella. El poder combinado de todos ellos solo había servido para generar una leve molestia, una en la que Sargerass, de manera instintiva, se había centrado, olvidándose del portal.

Las fauces de la vorágine flaquearon y, acto seguido, perdieron cohesión. Una explosión de energía se produjo en las profundidades del remolino.

El portal se estaba derrumbando.

De un lado a otro, las llamas que lo bordeaban se fueron colapsando sobre sí mismas. Aunque Sargerass intentó reconstruirlo, para entonces, eso ni siquiera estaba ya al alcance de su poder. Por culpa de un solo segundo muy valioso, le habían arrebatado la victoria al señor demoníaco.

Entonces, ocurrió algo que Krasus nunca hubiera soñado que fuera posible. Como Sargerass se negaba a aceptar que hubiera sido derrotado, se adentró en el portal que seguía desmoronándose e intentó reconstruirlo y atravesarlo a la vez. Y eso fue su condenación. El señor demoníaco acabó atrapado en el portal mientras este implosionaba. No podía huir, no podía retirarse. El titán incluso soltó la espada y golpeó el portal con los puños, pero fue en vano. El pasillo

abierto entre esos reinos se encogió con rapidez y, por último, lo aplastó. Sargerás rugió y su voz retumbó en las mentes de todos.

¡No impedirán mi llegada! ¡No!

Sin embargo, el portal seguía condensándose y Sargerás parecía condensarse con él. Luchó por mantener el camino abierto, de tal forma que las llamas de sus esfuerzos titánicos envolvieron el interior del portal.

Entonces, mientras el señor demoníaco todavía gritaba de rabia y golpeaba las paredes..., el portal dejó de existir.

Sargerás dejó de existir.

— ¡Se acabó! —exclamó Malfurion con voz entrecortada—. Se...

Pero esa última palabra la pronunció con un hilo de voz, ya que, a pesar de que el portal se había desvanecido, la vorágine del centro del Pozo continuaba girando de un modo demencial. Y lo que era aún peor: parecía estar creciendo e hinchándose. Mientras el druida contemplaba ese dantesco espectáculo, los bordes del remolino devoraron la costa de Zin-Azshari.

El elfo de la noche miró a Krasus.

— ¿Qué está ocurriendo?

Krasus hizo un gesto despectivo con la mano, para indicarle que no era momento de explicaciones.

— ¡Debemos alejarnos de aquí! ¡Debemos lograr que *todo el mundo* se aleje del Pozo lo máximo posible!

Alexstrasza y los demás viraron rápidamente y se alejaron hacia tierra firme. Una energía pura crepitaba dentro y alrededor de las aguas negras. Toda Zin-Azshari tembló y, cuando los dragones la sobrevolaron, el mago divisó unas colosales fallas más allá de los límites de la ciudad.

—Ha comenzado... —susurró Krasus para sí—. Que los creadores nos protejan... Ha comenzado y no podemos hacer nada para impedirlo...

Una nueva tempestad barrió al grupo, dispersando a los dragones a pesar de todo su poder. Tras acomodarse al azote de esta última tormenta, todos los leviatanes alados se reagruparon..., salvo una dragona.

Ysera y, por tanto, también Malfurion y el disco habían desaparecido.

Krasus escrutó con celeridad el cielo, pero no vio ni rastro del Aspecto. Hasta que no dirigió la mirada hacia el suelo, la figura encapuchada no pudo ver hacia dónde había volado.

Regresaba al Pozo de la Eternidad.

— ¡No! —Ni siquiera Ysera sabía cuál era el destino que iba a sufrir esa región. Y lo que era aún peor: no había manera de saber que le sucedería a la línea temporal si, en vez de llevársela de ahí, el Alma Démoniaca se perdía en los estertores del Pozo—. ¡Debemos volver! ¡Debemos darles alcance!

Hay que reconocer que Alexstrasza viró de inmediato. El dragón rojo de Rhonin y la dragona bronce sin jinete la siguieron, pero Krasus les indicó con la mano que siguieran su camino. Concentrándose, el mago consiguió entrar en los pensamientos de Rhonin, a pesar de que una miríada de fuerzas mágicas generaba multitud de interferencias.

¡Deben ir adonde se halla la hueste! ¡Deben advertir a Jarod de que todo el mundo debe huir lo más lejos posible del Pozo! ¡Huyan al monte Hyjal!

No tuvo que dar más explicaciones, ya que, de todos ellos, el humano era el que mejor comprendía la situación. Como Rhonin procedía del futuro, sabía lo que iba a suceder al igual que su antiguo mentor. El mago se inclinó hacia delante y le habló a su montura. Segundos después, el dragón rojo se giró y se alejó. Si bien la dragona bronce titubeó, al final los siguió.

Krasus contempló el paisaje mientras Alexstrasza seguía el camino que había recorrido Ysera. Cerca de lo que habían sido antaño las puertas de la ciudad, se extendía ahora una profunda grieta tan ancha como un ala de su reina. Algunas de las estructuras que habían logrado sobrevivir al violento asalto inicial de los demonios temblaban ahora violentamente y varias de ellas se derrumbaron mientras ambos las sobrevolaban.

Es inminente... El mago dragón miró fijamente hacia delante, intentando divisar a Ysera y el druida. *El Cataclismo va a arrasar Kalimdor...*

Una lámpara de araña se estrelló contra el suelo de mármol, de tal manera que el millar de cristales que formaban parte de ella acabaron desperdigados. Varios de ellos volaron con la terrible velocidad propia de un misil. Una de las doncellas de Azshara cayó, con una hermosa y reluciente esquirra clavada en la frente.

La rema, que se encontraba aferrada a una columna para no perder el equilibrio, contempló frustrada el cadáver ensangrentado.

Bastantes cosas tenía ahora en mente como para que una de sus sirvientas protagonizara un acto tan deleznable en su presencia. Aun así, nadie tuvo la decencia de llevarse el cuerpo de ahí. El resto de ellas, incluida Vashj, corrían de aquí para allá presas del pánico mientras las paredes temblaban y el suelo se agrietaba.

Olvidándose de una manera flagrante de las leyes que prohibían tocar a la reina sin permiso, Vashj agarró a Azshara del brazo.

— ¡Luz de Luces! ¡Debemos huir del palacio! ¡Algo ha ido terriblemente mal! ¡Aquí ya no queda ninguno de los guerreros del Magno y los hechiceros han huido de la torre! ¡He parado a uno de ellos y este ha afirmado que un viento tremendo se ha llevado incluso a Mannoroth hasta el Pozo!

Azshara ya se había percatado de que ahí ya no había ningún guerrero de la Legión Ardiente, puesto que su escolta personal había desaparecido ante sus ojos, absorbida por el viento a través de un agujero en una pared de sus aposentos. A pesar del dantesco espectáculo del que había sido testigo, la reina se negaba a creer que Sargerias no fuera aún a aparecer y pretendía estar lista para cuando ese glorioso evento tuviera lugar.

Vashj seguía tirándola del brazo, lo cual colmó la infinita paciencia de Azshara. De improviso, abofeteó a su dama de compañía.

Las demás se quedaron quietas ahí donde estaban, olvidándose por entero del hecho de que todo cuanto las rodeaba podía venirse debajo de un momento a otro. Lo cierto era que esperaban que su señora ejecutara a Vashj ahí mismo.

Sin embargo, en vez de eso, Azshara, con su tono de voz más regio, ordenó:

— ¡Todas van a recordar cuál es su sitio! ¡Espero que obedezcan las instrucciones que les he dado! Continuaremos con los Preparativos de la llegada de nuestro señor Sargerass...

Para enfatizar aún más lo que estaba diciendo, se acercó a una de sus sillas, que el primer temblor había volcado. Vashj la colocó bien rápidamente y le quitó el polvo al asiento con el dobladillo de su propio vestido.

Azshara asintió para mostrar su aprobación y se sentó. Al instante, sus doncellas se colocaron en su sitio y Vashj sirvió a la reina una copa de vino; de alguna manera, logró no derramarlo, a pesar de que el palacio continuaba temblando.

—Gracias, lady Vashj —dijo cortésmente la reina de los elfos de la noche. Le dio un sorbito y, acto seguido, adoptó una pose expectante. Daba igual cuánto tardara Sargerass en llegar, ella estaría lista para él. Se presentaría ante ella y se quedaría deslumbrado ante su perfección, como todos.

Después de todo, ella *era* Azshara.

Mientras Ysera alcanzaba la orilla, Malfurion, con el Alma Demoníaca aferrada contra el pecho, contempló horrorizado la grandiosa capital de los elfos de la noche. Como se hallaba en armonía con las fuerzas naturales de Kalimdor, supo de inmediato que se iba a producir un desastre. Sabía qué iba a pasar y se dio cuenta de que tenía que reaccionar con celeridad.

— ¡Mi hermano y Tyrande siguen en Zin-Azshari! ¡Por favor, no puedo abandonarlos a su suerte!

— ¿Sabes dónde están?

— ¡Sí!

La descomunal dragona verde asintió.

— ¡Guíame, pero date prisa!

Giraron y se alejaron sin avisar a los demás. Malfurion escrutó la orilla. Como Ysera había volado tan rápido, se habían visto obligados a retroceder una cierta distancia, pero entonces, el druida percibió que se hallaban al fin cerca de los otros elfos de la noche.

¡Ahí! Tyrande le hacía señas con una mano. Al verla, se emocionó tanto que Malfurion se olvidó por un instante de que también había venido a rescatar a su gemelo. Únicamente cuando se acordó de ello, el druida reparó, de repente, en que ahí no había ni rastro de Illidan.

Ysera aterrizó. Como siempre, el Aspecto escrutó todo cuanto lo rodeaba con los ojos cerrados, pero Malfurion ya sabía a esas alturas que, a pesar de las apariencias, la Señora del Sueño era capaz de ver mucho mejor que la mayoría de las criaturas.

Desmontó de un salto. Tyrande lo recibió con los brazos abiertos, abrazándose a Malfurion con tal fuerza que, por un momento, este no pudo pensar en otra cosa que hacer lo mismo. Solo cuando la dragona carraspeó levemente, ambos se separaron de forma reticente.

—Malfurion... —acertó a decir la sacerdotisa.

Él le puso un dedo en los labios.

—Calla, Tyrande. ¿Dónde está Illidan?

Ala elfa se le desorbitaron los ojos brevemente. A continuación, miró para atrás.

—En el mismo borde.

Lanzando una maldición, el druida se alejó corriendo de ella. Illidan seguramente sabía que la tierra se estaba desmoronando a su alrededor. ¿Cómo podía estar tan loco?

Mientras rodeaba raudo y veloz una torre en ruinas, Malfurion estuvo a punto de chocarse con su gemelo. De algún modo, Illidan logró mirarlo fijamente con esas cuencas vacías tapadas con una venda.

—Hermano..., has regresado en un momento muy oportuno...

— ¡Illidan! ¡El Pozo está fuera de control!

El hechicero asintió.

— ¡Sí! ¡Se ha visto afectado y alterado por demasiados hechizos! El desorden que hemos... ¡que sobre todo tú has desatado con el Alma

Demoníaca ha sido demasiado para él! ¡El mismo sortilegio que ha enviado a la Legión Ardiente de vuelta a su nauseabundo reino ahora está consumiendo el pozo! ¡Este se está devorando a sí mismo, llevándose consigo todo cuanto lo rodea! —Entonces, se volvió hacia esa masa negra de agua—. Fascinante, ¿verdad?

— ¡No lo será tanto si acabamos atrapados en ese caos! ¿Por qué no estaban huyendo de aquí como alma que lleva el diablo?

Illidan se secó la mano. Solo entonces se dio cuenta Malfurion de que su hermano tenía esa extremidad envuelta en un leve fulgor de energía. También se fijó en que la tenía mojada.

— ¿Qué has estado haciendo con esa mano metida en el pozo Illidan?

En ese momento, un tremendo temblor empujó a ambos elfos de la noche, que cayeron al suelo de rodillas. Illidan gritó:

— ¡Si sabes cómo salir de aquí, será mejor que nos larguemos cuanto antes! ¡He intentado lanzar un hechizo que nos teletransportara a Tyrande y a mí fuera de aquí, pero ha sido imposible! ¡El Pozo se ha vuelto muy inestable!

— ¡Por aquí!

Malfurion agarró a su hermano del brazo y lo arrastró hasta donde se encontraban los demás. Tyrande ya estaba montada en Ysera. La sacerdotisa ayudó primero a Illidan a subirse a la dragona y luego a Malfurion.

En ese preciso instante, un ser colosal los sobrevoló. De manera puramente instintiva, el druida esperaba que se tratara de un horror demoníaco, pero entonces vio que se trataba ni más ni menos que de Krasus y Alexstrasza.

— ¡El Alma Demoníaca! —exclamó el mago—. ¿Aún la tienes?

Malfurion dio un golpecito a una de las faltriqueras que llevaba encima. Había guardado el disco ahí dentro justo antes de que Ysera aterrizara.

Krasus asintió, aliviado.

— ¡Dense prisa, entonces! ¡Debemos volar rápido y muy lejos! ¡Y ni siquiera en el aire estaremos a salvo!

Como era perfectamente consciente de que el mago sabía mucho más de lo que había querido admitir, Malfurion se aferró con fuerza. Ysera se elevó y dejó atrás esos escombros justo cuando otra grieta se abría bajo sus patas.

—Zin-Azshari está desapareciendo... —gritó el taumaturgo encapuchado— ¡y esto es solo el principio!

Si bien las dos dragonas batieron las alas tan fuerte como pudieron, apenas avanzaron, pues era como si volaran a través de alquitrán. Malfurion miró hacia atrás y vio que el cielo situado encima del Pozo ya ni siquiera existía. Una gigantesca nube en forma de embudo lo cubría todo. Al parecer, Illidan había dicho la verdad. Entre el entramado de hechizos de los demonios, los hechizos de los dioses antiguos y los propios esfuerzos mágicos de los defensores, el Pozo de la Eternidad se había visto sometido demasiadas veces a una tensión desgarradora.

¿Acaso sus amigos y él habían salvado el mundo o lo habían destruido?

El druida se estremeció ante lo que, en un primer momento, creyó que era un trueno ensordecedor. Se tapó los oídos con las manos, a la espera de que pasase.

— ¡Miren! —exclamó Tyrande, con sus labios lo bastante cerca de él como para que pudiera oírla—. ¡La ciudad!

Y contemplaron... Contemplaron cómo el suelo situado más allá de Zin-Azshari se desmoronaba. Se abrió un gran cañón de kilómetros de profundidad, y toda la capital se fue deslizando, literalmente, hacia el Pozo.

— ¡La... atracción... se vuelve... más intensa! —rugió Ysera.

El Pozo estaba atrayendo las regiones circundantes hacia sus fauces, devorando así Kalimdor de una forma literal. Ahora, Zin-Azshari flotaba sobre esas aguas negras; una isla que se bamboleaba como los restos de un naufragio. Irónicamente, el palacio seguía prácticamente intacto, aunque la torre a la que los Altonato se habían trasladado tras la destrucción de su anterior santuario se encontraba inclinada de un modo precario.

Unos ominosos rayos de energía danzaban alrededor de la ciudad Centras esta se aproximaba a las fauces de la vorágine. Al contrario que gran parte de los fragmentos que el Pozo arrancaba de Kalimdor, Zin-Azshari se dirigía directamente hacia el centro del remolino, Malfurion notó que Tyrande lo agarraba con más fuerza si cabe, hasta el punto de hacerle daño.

— Se va... —susurró la sacerdotisa—. Se va...

Las doncellas que rodeaban a Azshara chillaron. Vashj se aferró a la pierna de su reina, quien sostenía una copa vacía y se negaba a aceptar lo que le estaba ocurriendo a su palacio. ¡Ella era *Azshara* la Luz de Luces, la soberana suprema de su pueblo! ¡Y no había dado permiso para que sucediera esto!

Sargeraz no iba a venir. Azshara al fin lo había aceptado, aunque no se lo había dicho a sus seguidores. No iba a permitir que se dieran cuenta de que ella se había percatado de que había errado. De alguna manera, la chusma había impedido su llegada a Kalimdor... había impedido que se presentara ante ella.

El estruendo se volvió más intenso. Una oscuridad en la que ni siquiera los elfos de la noche podían ver envolvió el palacio. La única iluminación era la procedente de las fuerzas desatadas del Pozo. Las aguas negras fueron anegando el palacio y se llevaron por delante a dos de sus sirvientas, cuyos chillidos pronto se vieron ahogados.

¡Soy Azshara!, insistió en silencio, con una expresión inmutable. Con un mero pensamiento, la reina creó un escudo que rodeó tanto a ella como a aquellos que aún seguían vivos. *¡Mis deseos se imponen a la realidad!*

Con su poder, mantuvo a raya esas aguas, pero la presión de tener que mantener alzado el escudo enseguida se acabó convirtiendo en un gran quebradero de cabeza. Azshara arrugó el ceño y unas gotas de sudor (las primeras de toda su vida) le perlaron la frente.

Entonces..., unas voces susurraron desde la penumbra, unas voces que la llamaban y le prometían que podría escapar.

Hay un modo de escapar... Sí, lo hay... Serás más de lo que jamás has sido..., más de lo que nunca fuiste... Podemos ayudarte... Podemos ayudarte...

La reina no era una necia. Sabía que su escudo no resistiría mucho más y que, entonces, el Pozo los reclamaría tanto a ella como a sus seguidores, de tal modo que la gloriosa Azshara desaparecería de la faz del mundo.

La elfa de la noche de melena plateada asintió.

— ¡Angh!

La copa se le cayó de la mano. Un tremendo dolor se apoderó de ella por entero. Notó que se le retorcían y enroscaban las extremidades. Notó que su columna vertebral adquiriría cierta fluidez, como si gran parte de ella se hubiera derretido al instante...

Serás mucho más de lo que jamás has sido..., le prometieron las voces. Y cuando llegue el momento, a cambio de lo que te concedemos... serás una buena sierva...

Los últimos vestigios de su escudo se vinieron abajo. Azshara chilló cuando las aguas la cubrieron del todo. De fondo, pudo oír también otros gritos...; eran los de sus doncellas, los de sus guardias y los del resto de los Altonato que todavía la servían.

El Pozo le invadió los pulmones...

Pero... no se ahogó.

Krasus también observó cómo la vasta ciudad, el culmen de la civilización de los elfos de la noche, era devorada por entero por las fauces de la vorágine. Se estremeció, no solo por la devastación de la que estaba siendo testigo, sino porque sabía lo que sucedería en el futuro. El mago dragón había albergado la esperanza de que Zin-Azshari se destruyera antes de hundirse; sin embargo, esa parte de la historia había permanecido inalterada. La ciudad se hundiría hasta las profundidades de esas aguas..., donde, con el paso de los siglos, engendraría un nuevo horror.

Pero ahora no podía hacer nada al respecto. Krasus apartó la vista del Pozo, apartó la vista de la devastación que se extendía con rapidez en todas direcciones. Enormes fragmentos de Kalimdor continuaban siendo arrastrados hacia el Pozo tras ser arrancados sin que hubiera nada que indicara que ese espanto fuera a menguar. Varios kilómetros de tierras que se habían hallado más allá de Zin-Azshari ya se habían desvanecido. Lo único bueno en todo ese desastre era que el avance de la Legión Ardiente había provocado que todo ser vivo abandonara esas zonas hacia tiempo. Por ahora, las únicas víctimas del remolino habían sido la tierra calcinada y los huesos de los muertos..., pero si la catástrofe no se detenía pronto, Krasus se preguntaba si quedaría algo en pie.

¡Hay que parar esto!, insistió. *¡La historia dice que esto se detuvo!*

Pero sabía perfectamente que el tiempo había sufrido demasiadas alteraciones... y que él era, en gran parte, responsable de ello.

Lo único que podía hacer Krasus era rezar...



CAPÍTULO VEINTIUNO

Rhonin dio gracias a las estrellas por haber visto muy pocos seres vivos antes de alcanzar la hueste, ya que habría sido imposible para dos dragones y un mago agotado salvar a nadie tan cerca de la región del Pozo. La única gente que había divisado era un gran grupo de elfos Altonato que cabalgaban para salvar el pellejo hacia la hueste. Por fortuna, casi la habían alcanzado para cuando los dragones y él los sobrevolaron.

Tras un precipitado descenso y una conversación aún más precipitada, conocieron la sorprendente verdad. Su líder, un tal Dath'Remar Caminante del Sol, les contó que habían intentado huir con Tyrande. Como era obvio que Dath'Remar lamentaba no haberlo logrado, Rhonin, que había percibido que Malfurion había entrado en contacto con ella, le informó al hechicero de que la sacerdotisa había sobrevivido a la huida; no obstante, no pudo prometerle que Tyrande siguiera viva, aunque el mago dudaba de que Malfurion hubiera

Permitido que algo le ocurriera a la elfa de la noche tras haberse reencontrado con ella.

Rhonin y los dragones guiaron a los Altonato hasta la hueste, impidiendo así, de paso, que estallara cualquier conflicto entre ambas facciones. Después de dejar a la dragona bronce velando por los Altonato (por la propia seguridad de estos), el humano y su montura partieron en busca de Jarod.

Hallaron al comandante montado a lomos de su sable de la noche mientras, ansioso, esperaba a tener noticias. Rhonin sonrió aliviado al darse cuenta de que tanto los elfos de la noche como sus aliados ya estaban preparados para marcharse de ahí.

Montado aún sobre el dragón rojo, saludó rápidamente a Jarod y le dijo:

— ¡La hueste debe abandonar este lugar! ¡Debe avanzar hasta el monte Hyjal! ¡El portal ha sido destruido, pero todo el entramado de hechizos que rodea al Pozo ha desatado el caos! ¡Este se está devorando a sí mismo y a todo lo que hay a su alrededor!

—Por los Dioses... —replicó Jarod, quien superó con rapidez la conmoción al ser superada por su inherente sentido de la responsabilidad. Llamó a un heraldo, al cual, por lo que pudo intuir Rhonin, el ex capitán del Cuerpo de Centinelas debía de haber ordenado permanecer cerca por si recibía tales noticias—. ¡Que den la señal de que debemos cambiar de dirección! —Tras llamar a dos jinetes más, Jarod añadió—: ¡Informen a los oficiales y los nobles! ¡Debemos dirigirnos con la mayor celeridad posible al monte Hyjal! ¡No podremos detenemos en ningún momento! ¡Aquellos que necesiten ayuda la recibirán, pero nadie titubeará ni nadie se quedará atrás! ¡Marchen!

—Velaremos por ustedes desde el cielo —afirmó el mago.

— ¿Y qué hay...? ¿Qué hay de esos otros que podrían estar en otras partes?

El semblante de Rhonin se tomó sombrío.

—La Legión Ardiente dejó el camino hasta aquí despejado. Yo diría que los supervivientes deben de estar ya tan lejos del Pozo como nosotros pretendemos estarlo. Al fin y al cabo, nosotros fuimos la única fuerza que plantó cara de verdad a los demonios.

—Entonces, solo no resta esperar lo mejor.

—Y rezar por nosotros mismos, a la vez.

En ese instante, se oyó un estruendo distante que llamó la atención de ambos y que pareció enfatizar esa última frase. Tanto el mago como el soldado dirigieron la mirada en dirección hacia ese estrépito... y vieron una oscuridad total justo en el horizonte.

— ¡Ordénales que partan, Jarod! ¡Y que lo hagan rápido!

Aunque la hueste inició la marcha hacia el monte Hyjal solo unos minutos después, Rhonin pensaba que no estaban reaccionando con la suficiente premura. Cada vez que echaba un vistazo para atrás, la oscuridad parecía haberse extendido. El humano tragó saliva con dificultad, pues era consciente de que estaba ocurriendo y se preguntó si la catástrofe ya se había llevado por delante a Krasus y los demás.

Cuando solo habían recorrido una corta distancia en su desesperada huida, los elfos de la noche y el resto se empezaron a dar cuenta del peligro que corrían; además, mantenerlos en la ignorancia habría sido imposible y ni Rhonin ni Jarod tenían ningún deseo de que eso fuera así. Lo único que importaba era mantener un cierto orden en la hueste,

y Jarod Cantosombrío demostró estar más que capacitado para tal labor. Los dragones también ayudaron, al descender para guiar de vuelta al grupo principal a aquellos que se habían separado de él por mor del pánico.

Rhonin no dejaba de mirar para atrás, en busca de alguna señal de Krasus y los demás, pero no vio nada. La oscuridad continuaba progresando a un ritmo increíble y el ominoso estruendo se fue volviendo cada vez más y más estridente.

¡Nos va a dar alcance! El mago miró hacia delante. El monte Hyjal se alzaba en la distancia, tentadoramente cerca y preocupantemente lejos al mismo tiempo.

Además, ¿seguro que estarían a salvo si lo alcanzaban? Krasus pensaba que sí y lo que Rhonin recordaba de sus conocimientos de historia parecía darle la razón..., pero habían alterado tanto la corriente temporal.

Vereesa..., he hecho lo que he podido...

La oscuridad se aproximó aún más. El estruendo de la tierra que era arrancada kilómetros más atrás y arrastrada hasta el interior del Pozo reverberó en su mente. Allá abajo, muchos echaron a correr y gritar...

Y seguía sin saber nada de Krasus ni los demás.

Las laderas eran arrancadas de las colinas. Tierras enteras, simplemente, se desmoronaban y precipitaban hacia el interior del turbulento y hambriento remolino, desvaneciéndose rápidamente en su centro. Allá en lo alto, Krasus vio cómo asentamientos enteros (que por suerte, estaban vacíos por culpa de la guerra) se esfumaban en un

abrir y cerrar de ojos. Nada podía evitar la masacre que estaban desencadenando los estertores del Pozo. La carnicería provocada por la Legión Ardiente palidecía en... No..., ni siquiera se podía *comparar* con lo que estaba teniendo lugar ahora.

Al fin, atisbo el monte Hyjal en el horizonte. Desde ahí arriba, el mago podía distinguir a esa masa que se desplazaba desesperadamente hacia ahí. A menos que se hubiera equivocado, la historia decía que llegarían ahí justo a tiempo.

Si había otros supervivientes de la guerra en otras partes, Krasus ya no podía hacer nada por ellos. Solo podía dar gracias de nuevo a las estrellas porque quedara tan poca vida en las zonas por las que los demonios habían avanzado.

Aún tenía la esperanza de que la destrucción parara pronto, de que en este sentido, al menos, la historia sucediera tal y como recordaba. Tenían el Alma Demoníaca, la cual era un factor muy importante en ese sentido y...

De repente, presintió un peligro. Con premura, Krasus miró hacia atrás.

Un monstruoso tentáculo negro surgió del interior del colosal Pozo..., un tentáculo que se elevaba a gran velocidad hacia una desprevenida Ysera y el trío que iba montado en ella.

¡Los dioses antiguos! ¡Debería habérmelo imaginado!

— ¡Giren! ¡Los dioses antiguos aún pretenden hacerse con el Alma Demoníaca con el fin de usarla para sus propios fines! ¡Esta es su última oportunidad antes de volver a ser encerrados!

Alexstrasza dio la vuelta. Ysera se percató de esa repentina reacción, pero justo en ese momento, el tentáculo la alcanzó... y arrancó al druida de la espalda de la dragona.

— ¡Malfurion! —gritó Tyrande. La sacerdotisa intentó agarrarlo, pero él ya estaba fuera de su alcance.

Illidan frunció el ceño y también estiró el brazo hacia Malfurion. En las yemas de sus dedos se formó una garra de energía carmesí que, al instante, intentó coger al druida del brazo. Por desgracia, la garra solo había recorrido la mitad del camino que la separaba de su gemelo cuando se desvaneció súbitamente, por culpa de las violentas energías del Pozo que trastocaron el hechizo del hechicero.

Un horrorizado y boquiabierto Malfurion fue arrastrado velozmente por el tentáculo. Alexstrasza aleteó con fuerza. Krasus se concentró en Malfurion y el disco. El mago dragón sabía que, cuando menos, tenía que intentar recuperar el Alma Demoníaca. Aunque la muerte del druida sería una gran pérdida, no se trataba de tomar una decisión calculada y fría..., sino de evitar que el Alma Demoníaca acabara cayendo en manos de esos espantosos dioses antiguos, lo cual sería una calamidad si sucediera.

Unas fuerzas mágicas salvajes y devastadoras golpearon a Krasus y su reina. Los hechizos que pretendían lanzar no funcionaron como era debido. El nauseabundo tentáculo arrastró a Malfurion hasta las fauces del Pozo.

Entonces..., aquello por lo que había rezado Krasus pero que a estas alturas temía que no ocurriera, sucedió, y fue la salvación del elfo de la noche. El Pozo de la Eternidad *por fin* había dejado de agitarse. Ya no devoraba Kalimdor, sino que solo se engullía a sí mismo. Con una

El Cataclismo

rapidez que ni siquiera esas tenebrosas entidades pudieron contrarrestar, Krasus contempló cómo esa masa de agua era absorbida por ella misma. Incluso la tormenta que los rodeaba se precipitó en ella. Alexstrasza batió las alas furiosamente, pues a duras penas era capaz de evitar que ellos siguieran el mismo camino.

Las aguas negras retrocedieron y se adentraron dentro de las propias fauces del Pozo. El tentáculo intentó recogerse con más velocidad, pero antes de que pudiera hacerlo..., el Pozo de la Eternidad acabó de engullirse a sí mismo.

El tentáculo se desvaneció como si fuera humo. Krasus percibió que la malévola presencia de los dioses antiguos se esfumaba con él.

El druida, que no paraba de agitar brazos y piernas, se precipitaba hacia una nueva amenaza. Allá abajo, llenando el abrupto vacío que había dejado el hambre apocalíptica del Pozo, irrumpieron los mares de Kalimdor. Unas grandes olas de unos trescientos metros chocaron unas con otras, centenares de toneladas de agua se adentraron en lo que había sido el corazón del continente.

Krasus contempló, sobrecogido, cómo el Cataclismo llegaba a su fin y el *Mare Magnum* se formaba.

Aunque ese grandioso espectáculo le deslumbró, no se olvidó de Malfurion y el Alma Demoníaca. La desaparición del Pozo también había acarreado la desaparición de sus turbulentas y caóticas energías. Ahora, Krasus se hallaba en total control de sus poderes...

Pero antes de que pudiera emplearlos, un magnífico gigante de color bronce apareció de la nada, un colosal dragón que brillaba a pesar de que el cielo se hallaba todavía tapado por restos de penumbra.

— ¡Nozdormu! —exclamó el mago.

El Aspecto del Tiempo descendió en picado y agarró tanto al elfo de la noche como al disco. Acto seguido, ascendió velozmente hacia Alexstrasza e Ysera, pero su mirada dorada estaba clavada únicamente en Krasus.

—Justo a Tiempo...

Eso fue lo único que dijo con una voz atronadora el dragón. A continuación, pasó volando junto a ellos, dirigiéndose hacia el monte Hyjal y aferrando aún a Malfurion y el disco con una de sus enormes patas.

Los demás Aspectos viraron de inmediato y lo siguieron. Krasus observó a Nozdormu volar como si no hubiera sucedido nada en el mundo.

El mago por fin sacudió la cabeza y, por primera vez desde que había sido enviado al pasado por medio de un hechizo, respiró como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Los supervivientes de la hueste no respiraron tan aliviados, aun no, puesto que, aunque ya se iban dando cuenta de que el peligro había pasado, también eran conscientes de que su mundo había sido alterado para siempre. Muchos se limitaban a contemplar fijamente y con la mirada perdida ese nuevo mar. Las aguas todavía se estaban calmando y ahora las olas rompían con *delicadeza* en la orilla devastada.

El Cataclismo

Mucha gente había perdido a sus seres queridos, y las repercusiones del cataclismo se irían notando a lo largo de las semanas y los meses (incluso años) venideros. Uno de los que mejor comprendía todo esto era Jarod Cantosombrío. A pesar de que por dentro tenía el alma rota, por fuera mantuvo en todo momento un gesto de determinación por el bien de su pueblo. Incluso la mayoría de los nobles recurrían a él en busca de consuelo. Entre los que parecían hallarse más enteros, como Bosque Negro, nombró a unos comandantes que se encargarían de conocer cuáles eran las necesidades de la hueste e intentarían satisfacerlas.

El monte Hyjal se había convertido en un punto de reunión, ya que ni la guerra ni el desastre subsiguiente habían llegado ahí. Jarod ordenó que confeccionaran unos estandartes en cuyo centro apareciera ese pico; una nueva bandera para un nuevo comienzo.

Los elfos de la noche recibieron ayuda de los tauren y otras razas que se habían visto menos afectadas por la calamidad que había asolado Kalimdor. Si bien todas habían sufrido, ningún hogar había quedado tan totalmente destruido como el de los congéneres de Jarod. Aceptó con sumo gusto la ayuda del pueblo de Huln y le alegró comprobar que se produjeron muy pocos incidentes motivados por los prejuicios que imperaban entre los elfos de la noche con respecto a esas otras razas que ahora se solidarizaban con ellos. El futuro de los refugiados dependía de cuánto tiempo se pudiera mantener esta paz entre las diversas razas. Ya no poseían esas ciudades suntuosas y extraordinarias (esas ciudades con enormes casas arbóreas y paisajes esculpidos mágicamente de las que solo habían podido gozar ellos) desde las que habían contemplado con desdén al resto del mundo. De hecho, la mayoría ya no tenía siquiera un techo bajo el cual cobijarse, puesto que contaban con muy pocas tiendas.

Jarod había donado su propia tienda a los refugiados más jóvenes que habían quedado huérfanos por culpa del desastre.

Desgraciadamente, la primera amenaza para la estabilidad de la hueste no tardó en mostrar su feo rostro. Como el Pozo ya no existía, el resto de los elfos de la noche ya no temían a los Altonato como antaño. Comenzaron a circular rumores entre los refugiados, unos rumores que se intensificaron cuanto más se dejaban ver los Altonato.

— Vas a acabar enfrentándote a una nueva guerra —le advirtió Krasus—. Tienes que apaciguar los ánimos ahora mismo.

—Algunos de los nuestros nunca olvidarán los horrores que hemos sufrido por culpa de las tropelías que ellos cometieron. —Jarod posó entonces la mirada sobre esas nuevas aguas, bajo las cuales yacían las ruinas de su propia ciudad, Suramar—. Nunca.

La pálida figura se encaró con él.

— ¡Deben olvidarse de sus diferencias, Jarod Cantosombrío, si quieren que su pueblo sobreviva!

Tras armarse de valor, Jarod convocó a los nobles y demás miembros notables de la hueste. También llamó a Dath'Remar Caminante del Sol y a los Altonato de más edad y alto rango. Las dos facciones se reunieron bajo el antiguo estandarte de lord Cresta Cuervo, el cual seguiría utilizando Jarod hasta que las nuevas banderas estuvieran acabadas. Krasus había sugerido esto último, ya que ambos eran conscientes de que el difunto noble poseía una gran reputación que era respetada tanto por la aristocracia como los moradores del palacio.

—Estamos aquí en contra de nuestra voluntad —gruñó Bosque Negro, a la vez que contemplaba a las figuras ataviadas con túnicas,

sin apartar su mano enguantada de la empuñadura de su espada—. Y no toleraremos durante mucho tiempo a esta compañía infecta...

Dath'Remar hizo un gesto de desdén, pero no dijo nada. Aun así, había dejado bastante claro qué opinaba sobre los nobles.

— ¿Acaso no han aprendido nada de todo esto? —les espetó Jarod, quien señaló hacia el mar—. ¿Acaso no ha bastado con eso para poner fin a toda animosidad? ¿Acaso pretenden ambos acabar lo que los demonios empezaron?

— ¡Ellos ayudaron a los demonios voluntariamente! —señaló otro noble.

—No podemos poner excusas a lo que hicimos —replicó Dath'Remar de forma desafiante—. Pero hemos intentado redimirnos. ¿Nunca les han preguntado por qué se tardó tanto tiempo en consolidar el portal por entero? ¡Arriesgamos nuestras propias vidas para demorar todo el proceso ante la atenta mirada del mismísimo señor demoníaco! ¡Intentamos rescatar a la Suma Sacerdotisa de Elune y muchos de los nuestros perecieron combatiendo contra la Legión Ardiente!

— ¡Con eso, no basta!

— ¿Puedo hablar?

Un grupo de seguidoras de Elune se sumó a la discusión, con Tyrande Susurravientos y la hermana de Jarod al frente. Maiev parecía mostrarse extrañamente sumisa en presencia de la Suma Sacerdotisa y Jarod podía entender por qué. Había algo en esa joven que le serenaba de inmediato el alma.

Todo el mundo hincó una rodilla en el suelo, pero una avergonzada y ceñuda Tyrande les indicó con un gesto que se levantaran. Jarod hizo una leve reverencia y, sin más dilación, respondió:

—Por supuesto, la voz de la Madre Luna pude hablar siempre que lo desee.

Tyrande asintió agradecida y, acto seguido, se dirigió a las facciones ahí reunidas:

—Nuestro mundo nunca volverá a ser el mismo. Ya no somos quienes éramos. —Entonces, adoptó un gesto solemne—. Nos hallados en un periodo de cambio. No sé qué será de nuestro pueblo, pero es probable que acabemos siendo algo que no tenga nada que ver con lo que fuimos antaño. —Tanto los nobles como los Altonato estallaron en unos estruendosos murmullos. Las palabras de la Suma Sacerdotisa habían causado un hondo impacto en todos ellos—. Hemos sobrevivido a este calvario, pero si no permanecemos unidos, tal vez no sobrevivamos a nuestra propia evolución. Mediten sobre esto antes de reavivar las llamas de antiguas animosidades...

Una vez dicho esto, Tyrande se volvió. Maiev contempló a su hermano con lo que Jarod supo que tenía fe y confianza en él.

Mientras su hermana seguía a Tyrande, se percató de que Shandris Plumaluna había estado detrás de ella en todo momento. Al retirarse, la novicia le brindó una descarada sonrisa que hizo que se sintiera aún más incómodo de lo que ya se sentía hallándose en presencia de todos esos nobles y hechiceros, pero al mismo tiempo inundó de gozo su alma.

Bosque Negro se aclaró la garganta. Jarod enseguida volvió al tema que estaban tratando.

—Ya han oído a la voz de la Madre Luna y no podría estar más de acuerdo con lo que ha dicho. ¿Qué opinan ustedes?

Aunque Bosque Negro abrió la boca para responder, Dath'Remar logró contestar antes de que el aristócrata vestido con armadura pudiera decir esta boca es mía.

—Respetamos totalmente las palabras de la Suma Sacerdotisa y haremos todo cuanto podamos para expiar nuestras culpas por nuestras transgresiones del pasado... siempre que se nos brinde esa oportunidad por parte de nuestros augustos camaradas.

El líder de los nobles lanzó un gruñido.

—Nosotros no vamos a ser menos. Si los Altonato se han dado cuenta de que han seguido un camino erróneo, aceptaremos que vuelvan al rebaño y recibiremos con los brazos abiertos sus esfuerzos en ese sentido mientras todos intentamos reconstruir nuestro hogar.

Si bien ambas respuestas fueron dadas con un leve tono de animosidad, era lo máximo a lo que podía aspirar Jarod en esos momentos. Sabía que se producirían enfrentamientos más adelante, pero tal vez ninguno de ellos acabara arrastrando a su pueblo al abismo del olvido.

—les doy las gracias a todos por venir y atenerse a razones. Y ahora cavilemos sobre cómo podemos aprovechar mejor el milagro de que hayamos sobrevivido.

Varios miembros de ambas facciones hablaron a la vez, cada uno de los cuales intentaba sugerir una idea mejor que las de los demás. Jarod esbozó un gesto de contrariedad y, a continuación, intentó seleccionar las mejores.

Una captó su atención de inmediato.

— ¡Agua! —exclamó.

De repente, le vino a la mente algo sobre lo que le había informado un explorador. Algo sobre un lago situado en la misma cima del Hyjal. Merecía la pena investigarlo. Decidió que él mismo iría a echar un vistazo, aunque solo fuera para poder liberarse del resto de sus obligaciones momentáneamente.

— ¡Lord Bosque Negro! ¡Selecciona a tres voluntarios entre tus hombres! Pretendo llevar a cabo una corta excursión... —Entonces, dirigiéndose a Dath'Remar, añadió—: Escoge a otros tres de entre los tuyos...

Mientras realizaban la selección, Jarod se congratuló. La excursión sería una buena oportunidad para obligar a ambas facciones a colaborar. Se trataba de una misión segura y sencilla, pero que, debido a la importancia del agua, tendría eco entre su pueblo. Si los nobles y los hechiceros informaban juntos del descubrimiento, el resto vería que cooperar era posible.

Jarod contuvo una sonrisa como pudo. Tal vez estuviera aprendiendo al fin a ser un líder...

—Malfurion...

El druida apartó bruscamente la mirada del nuevo mar.

—Maestro Krasus.

El mago dragón mostró un gesto de disgusto.

No hace falta referirse a nadie por su título cuando se habla con un igual. Por favor, por última vez te lo pido, llámame simplemente *Krasus*.

—Lo intentaré. —De manera inconsciente, Malfurion dio un paso atrás ante su amigo—. ¿Quieres algo? *pero ellos sí*.

El estruendoso aleteo de unas alas asaltó los tímpanos del elfo de la noche. El polvo se alzó a su alrededor y, de repente, tres formas gigantescas se posaron detrás de la figura encapuchada.

Era Alexstrasza, Ysera y Nozdormu.

—Ya sabes por qué hemos venido —dijo con un tono muy suave la dragona roja.

Malfurion deslizó una mano hacia la faltriquera.

—Porque la quieren. Quieren el Alma.

—El Alma *Demoníaca* —le corrigió Krasus—. Se te olvidó dársela a los Aspectos después de que aterrizáramos. Supongo que fue cosa de la emoción del momento, sin duda.

—Sí... Sí...

El druida metió la mano en la faltriquera. Cogió el disco y, de paso, lo acarició. ¿Por qué tenía que entregárselo? ¿Acaso no había demostrado que tenía derecho a quedárselo? ¿Acaso no lo había utilizado él solo, sin ayuda de nadie, para librar a Kalimdor no solo de una amenaza sino de dos?

—Malfurion...

Si creían que se lo merecían más que él, ¿por qué no intentaban arrebatárselo? Seguramente, si combinaba su poder con las energías del Alma, podría matarlos a todos...

Una oleada de repugnancia recorrió al druida. Rápidamente, sacó el maldito disco del lugar donde lo tenía escondido y, acto seguido, se lo ofreció al mago para que lo cogiera.

Krasus asintió.

—Sabía que tomarías la decisión correcta. —No obstante, no cogió el Alma Demoníaca directamente, sino que señaló al suelo—. Por favor, colócala ahí.

Presa de la curiosidad, Malfurion arqueó una ceja y obedeció. En cuanto dejó de sostener el disco, se sintió como si se hubiera quitado un tremendo peso de encima.

—Aparta, por favor.

En cuanto el elfo de la noche obedeció, Krasus miró a los tres Aspectos.

—¿Bastará con su poder?

—Tendrá que bastar —respondió Nozdormu.

Los tres arquearon el cuello y acercaron sus colosales cabezas al Alma Demoníaca, hasta quedarse a pocos centímetros de ella.

—No podemos anularla del todo —afirmó Alexstrasza—. Eso está más allá de nuestras capacidades por mucho que aunemos esfuerzos. Aun así, sí podemos cerciorarnos de que Neltharion (*Alamuerte*) no pueda manejar su poder al igual que no podemos hacerlo nosotros.

—Me parece una solución muy sabia, como ya les he comentado —replicó Krasus.

Aun así, volvió a tener la sensación de que la figura encapuchada, ese dragón con forma mortal, le ocultaba cierta información importante incluso a esa reina a la que tanto adoraba de un modo muy obvio. Aunque el elfo de la noche ni siquiera era capaz de imaginarse de qué se podía tratar, sí era capaz de percibir una cierta tristeza en la vetusta mirada del mago que este rápidamente ocultaba siempre que los leviatanes miraban hacia él.

Los tres gigantes observaron detenidamente el diminuto objeto, ese disco dorado tan sencillo que había causado tantas calamidades. Lo miraron fijamente... y, súbitamente, el Alma Demoníaca se vio engullida por un arco iris de energías, en el que predominaban el rojo, el verde y el bronce brillante del arenoso Nozdormu. El Alma Demoníaca se elevó varios centímetros del suelo y flotó justo delante de los Aspectos. Las fuerzas mágicas que los dragones habían desatado la circundaron, provocando así que el disco girara una y otra vez.

Entonces..., una a una, esas energías se hundieron en la abominación creada por el dragón Negro. Primero la roja, luego la verde, después la bronce, seguidas por la miríada de colores que acompañan a cada una de ellas.

El hechizo concluyó de repente. El Alma Demoníaca cayó y rebotó estrepitosamente sobre el duro suelo. No parecía haber cambiado nada, ni tampoco que hubiera perdido su poder.

— ¿Ha funcionado? —preguntó.

—Sí, así es. —Krasus miró al druida a los ojos—. Malfurion, te pido que la recojas del suelo.

Por mucho que le repugnara tocar ese objeto, el elfo de la noche hizo lo que le pedía. Malfurion se dio cuenta de que ya no deseaba quedarse el Alma Demoníaca, lo cual le resultó extraño. O bien eso era obra de los dragones, o bien su fuerza de voluntad había crecido.

El mago miró a los Aspectos, quienes asintieron al unísono. Entonces, se dirigió a Malfurion, a quien dijo con sumo respeto:

—Conocemos un lugar que el dragón Negro no conoce. Con tu permiso, te enseñaremos dónde está, te lo mostraremos en tu mente... y, después, te pediré que envíes ahí este objeto nauseabundo haciendo uso de tus propios poderes.

Aunque se sentía capaz de hacer lo que Krasus le pedía, Malfurion amigó el ceño.

— ¿Esto no pueden hacerlo ustedes?

—Antaño, yo solo podría haber sido capaz de llevar el disco, aunque con cierta dificultad, y los demás no podrían por culpa de cómo lo diseñó Alamuerte. Ahora, gracias a este nuevo sortilegio, será imposible que ni el dragón Negro ni ningún otro dragón puedan tocar el Alma Demoníaca, y mucho menos usarla. Por eso te necesitamos para esto.

El druida asintió y sostuvo el disco hacia ellos.

—Muéstrenmelo.

Krasus y los Aspectos lo miraron intensamente. Cuando entraron en sus pensamientos, Malfurion se estremeció durante un instante.

Le mostraron una imagen tan nítida que el druida casi se sintió como si hubiera visitado ese sitio él mismo. Como ansiaba librarse del Alma Demoníaca, dijo rápidamente:

—Ya lo veo.

Con un gran alivio, Malfurion envió el disco dorado hacia ahí. Krasus respiró hondo.

—Gracias.

Los Aspectos asintieron en señal de gratitud. Entonces, Alexstrasza miró hacia el cielo.

Las nubes... se están disipando...

Así era, por primera vez desde la llegada de la Legión Ardiente a Kalimdor, el cielo por fin se estaba despejando. Al principio, solo fueron unos pequeños claros aquí y allá, luego las espesas y enormes nubes se dividieron en otras mucho más pequeñas y finas. Estas, a su vez, se transformaron en unas volutas sedosas que el suave viento dispersó fácilmente.

Malfurion sintió que sus esperanzas renacían, que empezaba una nueva vida... y se dio cuenta de que no era solo su vida la que

cambiaba y renacía, sino también la de todas esas tierras. Kalimdor *sobreviviría*, de eso estaba seguro.

Notó una cierta calidez en la frente, una calidez muy agradable. Llevó la mano hasta ahí y se percató de que le habían crecido más los cuernos. Otros más pequeños habían brotado de las ramas principales.

Ysera, cuyos ojos se movían rápidamente por debajo de sus párpados cerrados, se enderezó cuan larga era y, a continuación, se giró hacia los otros dos Aspectos.

—El mundo se curará, pero aún hay mucho que hacer. Deberíamos regresar con los demás.

Nozdormu asintió.

—De acuerdo.

Malfurion abrió la boca para darles las gracias a los dragones por todo lo que habían hecho..., pero entonces vaciló, ya que se sintió invadido por una sensación de desasosiego. De improviso, miró a su alrededor, como si buscara a alguien. Solo después de hacer eso, el druida se dio cuenta, al fin, de a quién estaba buscando tan desesperadamente, aunque no lograba entender la razón.

¿Dónde estaba Illidan?

Rhonin contemplaba el mar, mientras pensaba en todas las fuertes que había presenciado (tanto en su propia época como en este periodo histórico) por culpa de la Legión Ardiente. Muchas de ellas le habían

afectado profundamente; y aunque no todos esos fallecidos eran amigos suyos, sí habían sido una parte importante de su vida.

Sabía que Krasus se sentía igual, tal vez incluso aún peor, ya que el mago dragón había vivido lo suficiente como para haber perdido a generaciones de seres queridos y compañeros. El mago comprendía a su antiguo mentor lo bastante bien como para saber que el paso de los siglos no había vuelto a Krasus inmune a la tristeza. El taumaturgo encapuchado sufría mucho con cada muerte, por mucho que intentara esconder esas emociones a veces.

Y ahora, había otro difunto más que añadir a esa lista de muertos. Rhonin nunca había pensado que llegaría a llorar la muerte de un orco, pero así era. Brox se había convertido en una cama-rada leal, en un noble compañero. El humano había comprendido demasiado tarde el sacrificio que había hecho ese guerrero. El orco se había arrojado al portal sabiendo que lo aguardaba ahí un destino horrendo; aun así, no había titubeado. Como sabía que Malfurion necesitaba más tiempo, el orco había hecho todo lo posible para concedérselo.

Rhonin se arrodilló en la orilla del mar, cuya creación consideraba, en cierto modo, un tributo al propio Brox, pues no habría existido sin la heroicidad del orco. Si no hubiera demorado a Sargerass, este probablemente habría atravesado el portal y luego habría masacrado a todo el mundo.

¿Acaso Brox ha corregido la historia y la ha devuelto a su curso normal o tal vez siempre formó parte de ella?, se preguntó el mago. Quizá Nozdormu supiera la respuesta, pero el Aspecto del Tiempo no se la iba a revelar a nadie; además, el dragón bronce no le había hablado a nadie sobre el calvario que había sufrido; lo único que había dicho al respecto es que había sido culpa de los dioses antiguos. Ahora

que el portal había desaparecido, incluso esa amenaza había sido eliminada.

El mago se puso en pie y observó los restos que todavía flotaban hacia la orilla. La marea había traído consigo diversas cosas; trozos de plantas, sobre todo, pero también despojos del reino de los elfos de la noche: jirones de ropa, fragmentos de muebles, comida podrida y, sí, cadáveres también. No muchos, afortunadamente; además, ninguno había llegado hasta ese lugar en concreto. Jarod había enviado a unas avanzadillas a peinar la orilla, en busca de muertos a los que enterrarían con rapidez y honrarían con unos funerales adecuados. No solo era una cuestión de decoro, sino también de seguridad. Los muertos podían portar enfermedades, lo cual era un peligro muy real para los temerosos refugiados.

Algo flotaba cerca del mago, algo que se bamboleó dos veces antes de quedarse justo debajo de la superficie. Rhonin lo habría ignorado de no haber sido porque percibió algo inusual. Esa cosa estaba imbuida de un poco de magia.

Se metió en el agua y se agachó.

Era el hacha de Brox.

Era inconfundible. Rhonin había visto esa asombrosa arma en acción muchas veces. A pesar de su tremendo tamaño, esa hacha de doble fijo se adaptaba a su mano como un guante y parecía ligera como una pluma. Ni siquiera parecía estar mojada.

—Esto es imposible —murmuró, a la vez que escrutaba el mar con suspicacia.

Sin embargo, ningún espíritu se alzó de las profundidades para dar un sentido a ese sorprendente descubrimiento. El mago contempló el hacha y luego el mar y después el hacha otra vez más.

Por fin, Rhonin dirigió su vista hacia donde se había hallado el portal. El humano se imaginó a Brox sobre una montaña de demonios masacrados, desafiando a más a atacarlo.

De repente, el mago alzó el hacha en alto, pues recordó que en su propia época era así como despedían los orcos a los héroes caídos. Rhonin la agitó tres veces en el aire y, acto seguido, la bajó con la cabeza por delante.

—Cantarán sobre ti —susurró, recordando lo que Brox les había dicho tanto a él como a Krasus—. Las canciones sobre ti pasarán de una generación a otra. Nos encargaremos de que así sea.

Entonces, se llevó el hacha al hombro y partió en busca de Krasus.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Illidan desmontó y, con sus cuencas vacías cubiertas por una venda, escrutó el denso bosque en busca de alguna amenaza. Aunque si hubiera habido alguna, no albergaba ninguna duda de que habría sido capaz de lidiar con ella, por supuesto. El Pozo tal vez hubiera desaparecido, pero había aprendido bastante de Rhonin y la Legión Ardiente como para poder compensar esa pérdida. Además, en unos pocos minutos, incluso esa consideración sería inconsecuente.

El hechicero amarró su montura a un árbol. Jarod Cantosombrío y los demás que estaban al mando de la hueste se hallaban muy ocupados discutiendo sobre asuntos tan mundanos como cómo iban a resolver el problema de la comida y el refugio, Illidan se alegraba de poder dejar esas patéticas cuestiones en manos de otros. Había venido a este lugar por una razón mucho más importante; una que creía que eclipsaba a las demás.

Pretendía salvar el alma de los elfos de la noche.

El gemelo de Malfurion había decidido que eran unos ingenuos si creían que de los demonios no regresarían algún día. Tras haber paladeado el dulce sabor de Kalimdor una vez, la Legión Ardiente estaría ansiosa por darle otro bocado. Y la próxima vez lo harían de un modo mucho más aterrador, de eso estaba seguro.

Por eso, Illidan iba a estar preparado para esa invasión inminente.

El lago prístino entenado en las profundidades de la cima del pico alto de Hyjal había sobrevivido al violento conflicto sin ser descubierto ni por los defensores ni los demonios. Una idílica isla verde yacía en el mismo centro de este. Illidan consideraba que el destino lo había escogido para ser el primero que cruzara esa masa de agua, lo cual encajaba perfectamente con lo que deseaba.

Palpó la gruesa faltriquera que llevaba. Los valiosos objetos que llevaba ahí dentro llamaban tentadoramente a Illidan. Sus cantos de sirena hacían que el hechicero tuviera claro que había tomado la decisión adecuada. Su pueblo se mostraría extremadamente agradecido con él, quien pasaría a ser uno de sus más grandes héroes; incluso más que Malfurion, tal vez.

Malfurion..., su gemelo era honrado por todos como si él solo hubiera salvado el mundo. Aunque, en general, la gente reconocía que Illidan había participado en la victoria, creían que su papel en ella había sido más bien escaso; además, muchos no entendían lo que el hechicero había intentado hacer. Corría el rumor de que había acudido a los demonios para unirse realmente a ellos y que había sido su hermano quien había salvado su alma de la condenación eterna. Nadie apreciaba los sacrificios que había hecho Illidan. Los demás

consideraban que sus ojos (sus *gloriosos* ojos) eran el estigma con el que había sellado su supuesto pacto con el Señor de la Legión.

Si bien su perfecto hermano lo había elogiado en público, lo único que Malfurion había logrado con eso era parecer más magnánimo. Ni siquiera los cuernos que le habían brotado a su gemelo en la frente repugnaban a los melindrosos elfos de la noche. Lo habían aceptado como una señal de divinidad, como si Malfurion fuera ahora uno de esos semidioses..., los mismos semidioses que habían perecido tan fácilmente en batalla mientras que Illidan había sobrevivido y crecido en poder.

Pero todo va a cambiar, se dijo a sí mismo, y no por primera vez. Verán lo que he hecho... y me darán las gracias mil veces.

Con un gesto de impaciencia en la cara, el hechicero abrió la faltriquera y sacó un frasco idéntico al que Tyrande le había visto utilizar con anterioridad. De hecho, no solo el frasco era el mismo, sino que también lo era su contenido.

El Pozo de la Eternidad tal vez hubiera desaparecido, pero Illidan Tempestira aún poseía un pequeño fragmento de él.

¡Funcionará! ¡Sé que funcionará!

Él mismo había percibido el asombroso poder del Pozo; además, incluso una cantidad tan pequeña sería muy potente.

El tapón que tenía la forma de la reina Azshara danzó una vez más ante él antes de saltar. Tras dejar que el tapón cayera sobre la hierba, el elfo de la noche sostuvo el frasco abierto sobre el lago.

A continuación, vertió su contenido en el agua.

El lago brilló allá donde las gotas del Pozo lo acariciaron. Esas aguas, que eran de un azul plácido, refulgieron súbitamente de forma muy intensa allá donde las gotas habían caído. El cambio se extendió rápidamente; primero atravesando la isla y después rodeándola. En cuestión de segundos, el lago entero había adquirido una viva tonalidad azul celeste que solo podía ser de índole mágica.

Para Illidan, gracias a sus sentidos aumentados, el espectáculo era aún más impresionante. Aunque había esperado que acabara siendo una réplica del pozo, este fenómeno era fascinante por sí mismo. Aun así..., podía ser todavía mucho más.

Metió la mano en la faltriquera y sacó un segundo frasquito.

Esta vez, el hechicero se limitó a arrancar el tapón y arrojar el contenido al lago. Mientras hacía esto, el azul se volvió aún más intenso. Unos tentáculos de energía pura danzaron en su superficie e Illidan percibió un maravilloso fulgor que no había experimentado desde que el Pozo había sido destruido.

Presa del deseo, separó los labios ligeramente. Quería lanzarse al agua, pero logró contenerse. Metió la mano de nuevo en la faltriquera. ¿Qué reacción provocaría ese *tercer* frasco?

Quitó el tapón y derramó su contenido.

—Por la Madre Luna, ¿qué estás haciendo aquí?

Illidan había estado tan absorto en lo que hacía que no se había dado cuenta de que alguien se aproximaba. Se giró, con el último frasquito

aún en la mano, y se topó con un grupo de jinetes a lomos de sus monturas, encabezado por Jarod Cantosombrío.

—Capitán... —dijo el hechicero.

Uno de los Altonato clavó su mirada en lo que había más allá de Illidan.

— ¡Le ha hecho algo al lago! Ahora se... —El sobrecogimiento se apoderó del rostro del hechicero—. Ahora se parece al Pozo...

— ¡Que Elune nos proteja! —exclamó un noble situado junto a Jarod—. ¡Lo ha resucitado!

El comandante desmontó.

— ¡Illidan Tempestira! ¡Detén esto inmediatamente! Si no fuera por tu hermano, te...

—Mi *hermano*... —Una furia nacida de la arrogancia lo dominó, potenciada por su cercanía al lago encantado. Una vez más, un gran poder lo recorría por entero. Era capaz de cualquier cosa...—. Siempre a vueltas con mi querido hermano...

Los demás desmontaron y siguieron a Jarod Cantosombrío. Illidan se tensó al ver el recelo dibujado en sus semblantes. ¡Querían mantenerlo alejado del poder del lago! Contempló a los Altonato, quienes seguramente intentarían arrebatárselo para quedárselo ellos...

—No...

Uno de los nobles vaciló.

— ¡Por Elune! Pero ¿qué clase de ojos tiene para que brillen de esa manera bajo esa venda?

Illidan fulminó con la mirada a los Altonato.

Su líder alzó una mano para defenderse.

—Cuidado...

Unas llamas estallaron alrededor de los demás hechiceros, los cuales chillaron.

Jarod y los nobles cargaron contra él. Illidan contempló con desdén esa insignificante amenaza e hizo un gesto.

El suelo situado bajo sus pies explotó. Jarod salió despedido hacia atrás. El noble que encabezaba la carga, Bosque Negro, voló por los aires y se estrelló contra un árbol con un estruendoso crujido.

— ¡Estúpidos necios! Los...

De repente, se le hundieron los pies en el suelo. Al mirar hacia abajo, vio que unas ramas de árbol se le estaban enroscando alrededor del cuerpo, obligándole a juntar ambas piernas y pegándole los brazos al torso. A pesar de que Illidan intentó hablar, no pudo hacerlo, ya que tenía la boca llena de unas hojas que se le adhirieron a la lengua. El hechicero ni siquiera podía concentrarse, debido a que un zumbido se le había instalado en los tímpanos; era como si un millar de insectos diminutos anidaran en ellos.

Illidan profirió un grito ahogado y cayó de rodillas al suelo. A través del zumbido, pudo percibir vagamente que alguien se aproximaba. El hechicero sabía sin duda quién tenía que ser...

—Oh, Illidan. —La voz de Malfurion atravesó perfectamente el zumbido—. Illidan..., ¿por qué?

El druida contempló el lago con detenimiento, cuyo intenso color azul era una clara señal de que había sido contaminado. Ya nadie podría beber de él. Al igual que el Pozo de la Eternidad antes que él, ahora era una fuente de poder, no de vida.

—Oh, Illidan... —repitió, mirando a su gemelo ahora atado.
—Dath'Remar sigue vivo —le informó Tyrande, quien se arrodilló junto al líder Altonato—. Otro más también ha sobrevivido, pero los demás están muertos. —Se estremeció—. Se han quemado dentro de su propia piel...

Aunque Malfurion había tenido la intención de venir solo a este sitio, acompañado únicamente por los dragones y Krasus, Tyrande, al igual que el druida, había intuido de alguna manera que Illidan temaba algo. Escoltada por varias de sus sacerdotisas, había seguido a los dragones a lomos de su montura, pero habían llegado demasiado tarde.

Al igual que Malfurion.

—Lord Bosque Negro ha muerto. A los demás, creo que se les Podrá salvar —aseveró otra sacerdotisa.

—Mi hermano... sigue *vivo* —logró decir Maiev. Tanto ella como Shandris estaban atendiendo al inconsciente Jarod, el cual tenía

hematomas por toda la cara y la armadura aún más abollada. La sangre seca cubría varias heridas que ya se estaban curando gracias a las oraciones de las sacerdotisas.

La hermana de Jarod se puso en pie, con un semblante terrible de contemplar. Hizo ademán de dirigirse hacia Illidan, al mismo tiempo que desenvainaba su arma.

— ¡No, Maiev! —le ordenó Tyrande.

— ¡Ha estado a punto de asesinar a mi hermano!

La Suma Sacerdotisa se acercó a ella.

—Pero ha fallado y tú no puedes decidir su destino. Jarod lo hará. —
Entonces, miró a Malfurion—. ¿Verdad?

El gemelo de Illidan asintió con pesar.

—Está en su derecho y yo no me opondré a que lo ejerza. —El druida negó con la cabeza—. Así que, por esta razón, se quedó tan cerca de la orilla del Pozo.

—No sabía que había recogido más agua de ahí —apostilló Tyrande como si quisiera disculparse.

De repente, Malfurion tuvo una corazonada y se arrodilló cerca de su hermano. Illidan respiraba de forma regular, pero en cuanto percibió la proximidad de Malfurion, se tensó. El druida le registró la faltriquera.

—Llevaba encima cuatro frascos más, al menos... Con ellos, habría transformado el lago por entero en otro Pozo.

— ¿No se puede hacer nada para devolverlo a su estado original?

En ese instante, el mago encapuchado Krasus, que hasta entonces había permanecido al margen, limitándose a observar cómo se desarrollaban los acontecimientos, murmuró:

—No... Nada. Lo que se ha hecho no puede deshacerse.

Sin embargo, Alexstrasza apostilló:

—Pero sí podemos hacer algo para transformarla en una fuerza distinta. Una que no posea una naturaleza tan traicionera como la que acabó teniendo el Pozo.

Por un momento, al mago se le desorbitaron los ojos.

— ¡Ah! ¡Por supuesto!

Malfurion se apartó de su hermano.

— ¿Y eso cómo podemos hacerlo?

Los tres dragones se miraron el uno al otro y todos asintieron, mostrándose así de acuerdo. Alexstrasza se volvió de nuevo hacia los elfos de la noche.

Vamos a plantar un árbol.

— ¿Un árbol? —replicó el druida, quien miró a Krasus en busca de alguna explicación.

No obstante, el mago, con un semblante circunspecto, se limitó a contestar:

—No un árbol cualquiera, sino *el* árbol.

Con premura, prepararon una ceremonia con la que amortiguar el impacto del daño que había causado Illidan con su fechoría. Se llevaron al hechicero de ahí para evitar más problemas y la hermana de Jarod se presentó voluntaria para vigilarlo hasta que se tomara una decisión final sobre su destino. Jarod, al que habían sanado Shandris y Maiev, insistió en que, cuando llegara el momento, no tomaría solo esa decisión, sino que Malfurion también tendría mucho que decir al respecto.

Aparte de Krasus, Rhonin y los dragones, ahí solo se habían reunido elfos de la noche, puesto que lo que los Aspectos pretendían llevar a cabo ahí era un regalo para su raza, que había sufrido tanto y que temía por su futuro. Nobles, elfos Altonato y representantes de lo que antaño habían sido las castas inferiores se hallaban congregados en ese lugar. El resto de los supervivientes se apiñaban como podían allá abajo, sin poder ver el espectáculo, pero siendo conscientes de que lo que iba a ocurrir iba a marcar el curso de sus vidas.

Malfurion y el resto de los que habían sido invitados se trasladaron a la isla situada en el centro del lago. A pesar de que el Hyjal tenía una tremenda altura, en la cima del pico reinaba una temperatura bastante cálida, aunque ahora que el lago había sido contaminado por Ja magia quizá lo fuera incluso más.

—Es muy hermoso —susurró Tyrande.

—Ojalá solo fuera eso —replicó un malhumorado Malfurion, quien seguía pensando en Illidan. Al druida se le habían ocurrido unas cuantas ideas que pensaba sugerir sobre qué hacer con su gemelo, aunque sufría al imaginárselas implementadas. No obstante, no cabía

duda de que no se podía confiar ya más en Illidan. Había matado a otros elfos de la noche en un arrebatado de locura; además, esa idea de que su pueblo necesitaba un nuevo Pozo para poder protegerse de algún posible ataque futuro de la Legión Ardiente no era una excusa suficiente para justificar sus atroces crímenes.

Aunque seguían siendo criaturas nocturnas, a pesar de haberse visto obligados a adaptarse a las batallas diurnas, Jarod había acordado con los dragones que se reunirían al mediodía. Alexstrasza le había explicado que era esencial para sus planes que el sol se encontrara en su cénit y el elfo de la noche no tenía ninguna intención de discutir con los gigantes al respecto.

Pese a que la isla tenía un tamaño razonable, solo estaba cubierta por una hierba muy alta. El grupo se colocó en su parte central, tal y como había pedido Alexstrasza. Los dragones ocuparon un lugar prominente cerca de lo que afirmaban que era el centro exacto de la isla, dejando un pequeño hueco abierto entre ellos.

El Aspecto de la Vida inició la ceremonia.

—Kalimdor ha sufrido mucho —aseveró con una voz potente. Mientras los que formaban parte del grupo asentían, Alexstrasza prosiguió—: Y los elfos de la noche más que nadie. Aunque tu raza no puede considerarse completamente inocente de lo que ha ocurrido, las penalidades y tribulaciones que ha tenido que soportar la han redimido.

En ese instante, unas cuantas miradas incómodas se posaron en los Altonato, pero nadie rebatió nada.

La dragona roja bajó la mano. En la palma de esta, acurrucada como un infante, se encontraba una sola semilla que recordaba a una bellota. A Malfurion le recorrió un cosquilleo al verla.

—Procede de G'Hanir, el Árbol Madre —explicó el Aspecto de la Vida.

El druida sabía que ese era el hogar de Aviana, la semidiosa muerta.

—Ga'Hanir ya no existe, pues pereció junto a su señora, pero esta semilla ha sobrevivido. A partir de ella, crecerá un nuevo árbol.

Nozdormu pisó el suelo con una pata y, con un solo movimiento, abrió un agujero perfecto para plantar la semilla, la cual Alexstrasza colocó dentro con suma delicadeza. Después, Ysera echó tierra al agujero.

El Aspecto de la Vida alzó la vista hacia el sol. Entonces, los otros dos dragones y ella agacharon la cabeza sobre la semilla enterrada.

—Mientras este árbol siga en pie, yo daré Fuerza y una Vida Sana a los elfos de la noche —proclamó Alexstrasza.

De ella surgió un suave fulgor rojo que fluyó hasta el montoncito de tierra. Al mismo tiempo, la luz solar que lo iluminaba se tomó más intensa, extendiéndose por el lago en todas direcciones. Si bien algunos de los elfos de la noche se estremecieron, la mayoría permaneció en silencio.

Una calidez maravillosa recorrió a Malfurion, quien, instintivamente, cogió a Tyrande de la mano. Ella no la apartó, sino que lo agarró de la suya con fuerza.

Entonces, se produjo un movimiento en el montoncito. Como si una diminuta criatura estuviera escarbando para salir a la superficie, la tierra se elevó y cayó.

De la semilla, había brotado un pequeño retoño.

Se elevó hasta alcanzar un metro de altura, a la vez que brotaban P él unas pequeñas ramas. Acto seguido, unas frondosas hojas verdes surgieron de las ramas, conformando un delicado follaje.

Mientras Alexstrasza retrocedía levemente, Nozdormu habló, siseando ligeramente:

—Mientrasss este árbol siga en pie, yo le concederé la Vida Eterna a los elfos de la noche, el tiempo volverá a correr a sssu favor y tendrán toda una eternidad para aprender...

De él surgió un aura de color bronce que se sumó a la luz del sol, tal y como había hecho el fulgor rojo. Tras fluir por el retoño, se hundió en el montoncito.

Et árbol creció de nuevo. Mientras los testigos lo contemplaban boquiabiertos, se elevó hasta tener el doble de altura que un elfo de la noche. Su verde follaje se volvió muy denso y prometedor. Las ramas se tomaron más gruesas, mostrando así la salud y fuerza del árbol. Las raíces brotaron de la tierra como si fueran un conjunto de piernas. Bajo la planta, se generó un espacio lo bastante grande como para albergar a varios elfos de la noche sentados.

Nozdormu asintió y, a continuación, al igual que su homóloga, se retiró. Ya solo quedaba Ysera.

Con los ojos cenados, la gigante verde observó el árbol detenidamente. A pesar de lo rápido que había crecido, aún era enano si se le comparaba con los dragones.

—A los elfos de la noche, quienes han perdido la esperanza, les otorgo la capacidad de Soñar de nuevo. De Soñar, de Imaginar, porque ahí residen sus mejores esperanzas de renacer, de recuperarse, de crecer...

—En ese instante, parecía dispuesta a hacer lo mismo que habían hecho los otros Aspectos, pero se detuvo. Giró la cabeza hacia Malfurion y dijo—: Y a aquel que sigue el sendero de alguien muy especial para mí (y los míos) le concedo, al igual que concederé a los demás druidas que recorran el sendero que lleva al Sueño Esmeralda, aunque sea en sus sueños más profundos, el don de cruzar el mundo, aprender de él y valerse de sus energías... para poder guiar mejor a una Kalimdor más sana y segura en el futuro.

A Malfurion se le hizo un nudo en la garganta, por lo que fue incapaz de responder. Notó que todos los miraban, pero sobre todo notó el orgullo con que Tyrande lo agarraba de la mano.

Ysera miró de nuevo hacia el árbol... y de ella surgió una niebla verde. Como había sucedido en las dos ocasiones anteriores, su regalo se unió a la luz del sol y luego envolvió al árbol.

Mientras el último vestigio de la neblina se desvanecía en el suelo, los testigos ahí reunidos notaron que la tierra temblaba. Malfurion retrocedió unos cuantos pasos hacia atrás con Tyrande y, como si les acabaran de dar pie para hacerlo, el resto hizo lo mismo. Incluso los dragones retrocedieron, aunque no tanto como las criaturas diminutas.

Y el árbol creció. Creció hasta duplicar su tamaño previo y luego el doble de eso. Se elevó más y más alto, hasta alcanzar el cielo, hasta

que el druida estuvo seguro de que incluso esos que se hallaban debajo del pico pudieron ver al fin ese follaje colosal y en expansión. Era tan descomunal ese follaje que debería haber tapado con su sombra toda la región, pero de algún modo la luz del sol seguía iluminando la zona, incluido el lago.

Las raíces también se expandieron, creciendo hacia arriba y doblándose para poder sujetar mejor el gigantesco árbol. Se extendieron tan alto que daba la impresión de que el Bastión del Cuervo Negro de lord Cresta Cuervo habría podido caber debajo de ellas... Aun así, las raíces, así como el árbol entero, siguieron creciendo.

Cuando por fin dejó de hacerlo, hasta los dragones parecían no ser más que unos pájaros que podían posarse en una de las ramas y esconderse entre el follaje.

—Ante ustedes se alza *Nodrassil*. ¡El *Árbol del Mundo* ha cobrado existencia! —exclamó el Aspecto de la Vida—. ¡Mientras este árbol siga en pie, mientras sea honrado, los elfos de la noche prosperarán! Podrán cambiar, podrán seguir caminos distintos, pero siempre serán una parte integral de Kalimdor...

De repente, Malfurion se dio cuenta de que Krasus se hallaba detrás de él, cuando este le susurró a modo de apostilla:

—Y él árbol, cuyas raíces son muy profundas, mantendrá el lago tal cual. El sol siempre formará parte de esta fuente. Las aguas negras no fluirán por él.

Malfurion recibió esas palabras con sumo alivio. Miró a Tyran-quien le devolvió la mirada con una expresión que hizo que se le ruborizaran

las mejillas. Antes de que Malfurion pudiera darse cuenta de qué estaba pasando, ella lo besó.

—No sé lo que deparará este largo futuro que le han prometido a nuestro pueblo —murmuró su amiga de la infancia—, pero sí sé que quiero verlo contigo.

El druida notó que más sangre acudía a sus mejillas.

—Deseo lo mismo, Tyrande.

Malfurion le devolvió el beso, pero al hacerlo, otro rostro irrumpió en sus pensamientos. Si bien era cierto que disfrutarían de un periodo de júbilo, en el que se correría la voz sobre los dones que los Aspectos habían concedido a su pueblo, también era cierto que a Malfurion eso le importaba súbitamente muy poco, pues aún tenía que resolver el problema de Illidan.

Tyrande se apartó de él, con los labios fruncidos.

—Sé qué ha provocado esta repentina oleada de tristeza que te asola. Hay que hacer lo que hay que hacer, Malfurion, pero no permitas que sus fechorías te destruyan el corazón.

Esas palabras le dieron fuerzas.

—No lo permitiré. Te lo prometo.

Entonces, Malfurion se percató que, detrás de ella, Krasus y Rhonin estaban abandonando sigilosamente la ceremonia. Dirigió la mirada hacia los dragones y vio que también faltaba Nozdormu. De alguna

manera, así como así, el Aspecto se había desvanecido sin más, sin que nadie se diera cuenta.

Ambos hechos tenían que estar relacionados.

—Malfurion, ¿y ahora qué ocurre?

—Acompáñame, Tyrande, ahora que nadie mira.

La sacerdotisa no se opuso. De este modo, los dos elfos de la noche siguieron a Krasus y al mago.

Una voz retumbaba en la mente de Krasus.

Essto se ha demorado demasssiado tiempo. Hay que hacerlo ya.

Era Nozdormu.

—Rhonin...

El humano asintió.

—Le he oído.

Se fueron de manera furtiva, mientras los elfos de la noche seguían balbuceando ante el árbol. Aunque a Krasus le hubiera gustado hablar un poco más con Malfurion, el mago también *estaba* ansioso por regresar a su hogar.

Antes de la ceremonia, el Aspecto del Tiempo se había acercado a Krasus cuando este se hallaba solo.

—Estamosss en deuda contigo, Korialstrasz.

Con ese «estamos», Nozdormu no se había referido únicamente a los demás Aspectos y él, sino también a sus diversos yo que se encontraban esparcidos por el mismo Tiempo, pues así era él por mor de su peculiar naturaleza.

—He hecho lo que había que hacer. Al igual que Rhonin... y Brox. — También esstoy hablando con el mago en este misssmo momento — le había comentado el Aspecto con cierta displicencia, pues para él hallarse en dos lugares al mismo tiempo, si así lo deseaba, no era una gran proeza—. Le estoy diciendo lo misssmo que a ti: que me ocuparé de devolveross a sus hogaresss.

Krasus se había sentido muy agradecido por ello, ya que seguía sufriendo por estar cerca de una Alexstrasza que ignoraba el destino que les aguardaba tanto a ella como a los demás dragones.

—Me... Gracias.

El gigante de bronce lo había mirado de un modo solemne.

—Sssé qué es lo que le ocultasss, lo que nos ocultasss. Es mi maldición y mi ssino saber tales cosasss y ser incapaz de evitarlasss. Debesss saber que ahora te pido perdón por el mal que te causaré en el futuro, pero debo ssser lo que estoy destinado a ser... al igual que Malygosss.

— ¡Malygos! —había exclamado Krasus, al pensar en los huevos que había escondido en la dimensión de bolsillo—. Nozdormu...

—SSSé lo que hiciste. Entrégamelosss y se los daré a Alexstrasza. Cuando Malygosss se recupere, le entregaremos a las críasss.

Comparado con todo lo demásss que ha ocurrido, será un pequeño cambio en la corriente temporal, el cual ademásss apruebo. Los dragones azulesss volverán a surcar el cielo, aunque no lo harán en un número tan grande ni siquiera diez mil años despuésss. Pero mejor que sean pocoss y no ninguno.

Aunque Krasus también deseaba ver a su amada reina una vez más, había aceptado que sería mejor que no lo hiciera, pues se le podía escapar algo que ella no debería saber. Sin embargo, ahora, cuando tanto él como Rhonin esperaban al dragón bronce, el mago lamentó no haber ido a hablar con ella a pesar de todo.

Rhonin lo observó detenidamente.

—Aún podrías ir corriendo a hablar con ella. Yo lo entendería.

La delgada figura negó con la cabeza.

—Ya hemos alterado demasiado el futuro. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá.

—Humf. Eres más fuerte que yo.

—No, Rhonin —murmuró Krasus, a la vez que sacudía la cabeza—. Ni por asomo.

— ¿Están preparadoss? —preguntó Nozdormu de repente.

Se volvieron y se toparon con el Aspecto, que esperaba pacientemente.

— ¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le espetó el taumaturgo encapuchado.

—El que he decidido esstar. —Nozdormu eludió dar cualquier otra respuesta y extendió las alas—. Suban. Los llevaré a la época adecuada, al futuro.

Rhonin parecía dubitativo.

— ¿Así como así?

—Cuando el Pozo acabó de devorarse a sssí mismo, los dioses antiguos volvieron a ser encarceladosss. Su influencia en el río del tiempo se ha esssfumado. Los desgarrosss en el tejido de la realidad se han desvanecido. Ahora el camino hacia el futuro esss fácil de transitar... para mí.

Rhonin recogió el hacha de Brox del suelo.

— ¿Y essso qué hace aquí? —inquirió el Aspecto.

Ambos taumaturgos le lanzaron una mirada desafiante.

—Esto nos lo llevamos —contestó Krasus—. Si no, nos quedaremos aquí y enredaremos aún más las cosas.

—Entoncesss, llévenselo, por supuesssto.

Montaron con premura, pero al hacerlo, Krasus entrevió a un par de siluetas escondidas en el bosque. Enseguida intuyó quiénes eran.

—Nozdormu...

—Sssí, sssí, son el druida y la sacerdotisa. Lo he sabido en todo momento. ¡Salgan de ahí y despídanssse! ¡Debemos irnosss ya!

Aunque el Aspecto se tomó con calma su aparición, Krasus no se sintió tan cómodo.

— ¿Ustedes dos no habrán oído...?

—Lo hemos oído todo —le interrumpió Malfurion—. Aunque no lo hemos entendido *todo*.

El mago asintió.

—Poco podíamos contar y seguimos sin poder decir nada más. Solo deben saber una cosa, los dos. *Volveremos* a encontrarnos.

— ¿Nuestro pueblo sobrevivirá? —preguntó Tyrande.

El mago midió sus palabras antes de contestar:

—Sí, y el mundo será mejor gracias a ello. Y una vez dicho esto, me despido.

Rhonin alzó el hacha de Brox, para despedirse como lo había hecho Krasus.

Nozdormu desplegó las alas de nuevo. Los elfos de la noche se apartaron de inmediato y alzaron las manos para despedirse de ambos.

Pero antes de que pudieran hacerlo..., tanto el dragón como los jinetes desaparecieron sin más.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Rhonin se despertó y se encontró tumbado en un campo de hierba. En un principio, temió que algo hubiera ido mal, pero entonces, mientras se incorporaba, vio algo muy familiar que le alegró el corazón.

Una casa. *Su* casa.

Había vuelto a su hogar.

Y lo más importante de todo, divisó a Jalia, la vecina que había estado cuidando de Vereesa durante su embarazo. Parecía hallarse en buen estado, ansiosa pero alegre. Rhonin intentó sin éxito calcular cuánto tiempo había pasado desde que se había desvanecido. Se preguntó qué edad tendrían los bebés ahora.

Entonces, para su horror, oyó a Vereesa gritar:

— ¡Jalia! ¡Ven!

Sin vacilar, se puso en pie de un salto y siguió a la mujer. Para ser mujer robusta, Jalia era muy rápida. Atravesó corriendo la puerta, justo cuando Vereesa la llamaba otra vez a voz en grito.

El mago cruzó el umbral raudo y veloz unos instantes después, con la mano alzada, por si tenía que defender a su mujer e hijos. Echó un vistazo a su alrededor, esperando que la casa estuviera siendo desvalijada o quemada, pero pudo comprobar que todo estaba en su sitio.

— ¿Vereesa? ¿Vereesa?

— ¡Rhonin! ¡Loada sea la Fuente del Sol! ¡Rhonin, estoy aquí!

Corrió hacia el dormitorio, temeroso de lo que pudiera encontrar ahí. Oyó un gemido que le puso los pelos de punta.

— ¡Vereesa! —Rhonin irrumpió en la habitación—. ¡Los gemelos! ¿Están...?

— ¡Ya vienen!

La miró fijamente, con los ojos desorbitados. Su esposa yacía en la cama y *seguida* estando embarazada..., aunque no por mucho tiempo.

— ¿Cómo...? —acertó a decir, pero Jalia lo apartó de un empujón.

— ¡Si no sabes cómo hacerlo, será mejor que te apartes y dejes que ella y yo nos ocupemos de esto, maestro Rhonin!

El mago sabía que más le valía no discutir. Se apoyó en la pared, dispuesto a brindar su ayuda si surgía la necesidad, pero enseguida comprobó que Vereesa y Jalia lo tenían todo bajo control.

—Ya viene el primero —anunció Vereesa.

Mientras esperaba y observaba, Rhonin pensó en todos los acontecimientos asombrosos en los que había participado recientemente. Había viajado en el tiempo, había sobrevivido a la primera llegada de la Legión Ardiente y había aportado su granito de arena en la batalla para salvar el mundo y el futuro.

Sin embargo, se dio cuenta de que nada de eso era tan milagroso como el acontecimiento en el que estaba participando ahora mismo..., y por eso agradeció que tanto los demás como él hubieran triunfado.

En ese pasado remoto, Jarod Cantosombrío presidía una reunión mucho más complicada que la que se había celebrado en la isla. Aquellos que representaban ahora a los líderes de la hueste (y también a sus aliados) permanecían atentos para oír la sentencia.

Los soldados empujaban a aquel que estaba siendo juzgado, quien llevaba la boca amordazada con un trozo de tela y las manos atadas a la espalda con unos grilletes de metal, con el fin de evitar que pudiera gesticular con ellas. Unos hechizos invisibles elaborados por Malfurion y otros garantizaban que no se repetiría algo similar al terrible incidente del lago.

Cuando se halló en el centro del círculo que habían formado sus acusadores, Illidan miró detenida y arrogantemente, con sus monstruosos ojos tapados por una venda, a la figura que tenía ante sí. Uno de los soldados le quitó la mordaza con suma cautela.

—Illidan Tempestira —dijo Jarod, con un tono que no recordaba en nada al mero capitán del Cuerpo de Centinelas que había sido antaño—. En muchas ocasiones has luchado valientemente junto a otros para combatir el mal que se cernía sobre nuestro mundo, pero tristemente, en muchas otras ocasiones, has demostrado ser un peligro para tu propio pueblo.

— ¿Un peligro? ¡Pero si yo soy el único que ve la verdad! ¡Obré así para garantizamos un futuro! ¡Estaba salvando a nuestra raza!

Estaba...

—Atacaste a aquellos que se mostraron en desacuerdo contigo, asesinaste a muchos de ellos... ¡y recreaste algo que debería haber quedado olvidado!

Illidan les espetó:

— ¡Cuando regresen los demonios, todos acudirán a mí con sus plegarias como si fuera un dios! ¡Sé cómo piensan! ¡Sé cómo actúan! ¡La próxima vez, no serán expulsados de este plano! ¡Tendrán que luchar contra ellos como ellos luchan! Y solo yo poseo ese conocimiento...

—Estamos mejor sin tal conocimiento. —Jarod miró a su alrededor, como si buscara a alguien. Como, al parecer, no dio con esa persona, el líder de los elfos de la noche suspiró y continuó—: ¡Illidan Tempestira, como esta responsabilidad recae sobre mí por entero, solo se me ocurre una cosa que hacer contigo! Aunque esto me duele, por la presente, sentencio que debes ser ejecutado...

—Qué *original* —comentó socarronamente el hechicero.

—Debes de ser ejecutado de una manera...

—Jarod..., perdóname por llegar tarde —le interrumpió una figura situada detrás de Illidan—. ¿Aún puedo hablar?

El elfo de la noche ataviado con una armadura asintió; prácticamente, daba la impresión de que se sentía agradecido por esa interrupción.

—En este asunto, tienes tanto que decir como yo.

Malfurion rodeó a su hermano. El hechicero lo siguió con la mirada mientras el druida se colocaba entre el comandante y él.

—Lo siento, Illidan.

— ¡Ja!

— ¿Qué es lo que quieres decir, maestro Malfurion? —inquirió Jarod con un tono apremiante.

—Que hay cierta verdad en lo que mi hermano dice sobre la Legión Ardiente, Jarod. Quizá vuelva.

— ¿Y crees que eso es razón suficiente para que olvidemos sus crímenes y el peligro que representa?

El druida sacudió la cabeza, que ahora tenía coronada por una cornamenta.

—No.

Miró a su gemelo, a esa otra mitad de él mismo, y, acto seguido, lanzó una mirada fugaz a Tyrande, quien se hallaba en el borde del círculo con Maiev y Shandris. Ella lo había apoyado en todo momento durante ese calvario que suponía para él tener que hacer lo que había que hacer. Aunque la Suma Sacerdotisa apoyaba su decisión, eso no menguaba su dolor.

—No, Jarod —repitió Malfurion, armándose de valor—. No. Quiero que lo encarceles..., aunque eso suponga que permanezca encarcelado diez mil años... si es necesario...

Mientras el resto de los ahí reunidos irrumpía súbitamente en unos murmullos plagados de estupefacción, Malfurion cerró los ojos e intentó serenarse. Gracias a lo que sabía sobre Krasus y Rhonin, albergaba ciertas sospechas sobre qué podía deparar el futuro. El druida esperaba haber tomado la decisión adecuada.

Pero eso solo el futuro lo diría...

Y, por último...

Thrall no había sabido nada de los dos orcos que había enviado a las montañas a investigar la visión del chamán. Tal vez siguieran llevando a cabo su misión, pero el líder orco sospechaba que la verdad era mucho peor. A ningún buen gobernante, ni siquiera a uno de su raza, le gustaba enviar a unos guerreros leales a una muerte segura para nada.

La noche había caído hacía mucho y la mayoría de sus súbditos estaban profundamente dormidos. Solo él y los guardias apostados fuera seguían despiertos. Aunque Thrall *debería* haber estado durmiendo, desde la marcha de Brox y Gaskal, la preocupación que despertaba en él esa misión tan inquietante había ido en aumento día tras día.

Las antorchas titilaron, proyectando unas sombras que se movían como si estuvieran vivas. Thrall no les hizo caso hasta que, de improviso, se percató de que una que se hallaba junto a la puerta poseía una cierta solidez.

Al instante, el orco se levantó de un salto de su trono de piedra.

— ¿Quién se atreve?

Pero en vez de toparse con un asesino (siempre había muchos dispuestos a matarlo), se topó con un orco cubierto de arrugas que vestía unas pieles de lobo y portaba un tótem con una cabeza de dragón tallada en él. El anciano se acercó lentamente, arrastrando los pies.

— ¡Saludos, Thrall! —exclamó el viejo con una voz extrañamente fuerte—. ¡Saludos, salvador de los orcos!

— ¿Quién eres? ¡Tú no eres Kalthar! —replicó Thrall, refiriéndose a su chamán.

—Soy quien trae una noticia..., una noticia sobre un guerrero valiente llamado Broxigar.

— ¿Brox? ¿Qué ha sido de él? ¡Habla!

—El guerrero ha muerto..., ¡pero envió al reino de la muerte a muchos enemigos antes de partir para allá! ¡Ha luchado de nuevo contra la Legión y ha acabado con tantos demonios que se tardaría un día entero solo en contarlos de uno en uno!

— ¿La Legión? —Los peores temores del orco se confirmaban—. ¿Dónde? ¡Dímelo para que pueda reunir a nuestros guerreros para combatirla!

El vetusto orco al que apenas le quedaba pelo negro con la cabeza y, acto seguido, le mostró a Thrall una amplia sonrisa en la que no había ningún diente.

— ¡Ya no hay más demonios! ¡Broxigar y aquellos que lucharon junto a él han derrotado a la Legión! ¡Fue tu guerrero el que defendió el paso de nuevo, a pesar de que tuvo que enfrentarse al amo de los

demonios! —El anciano agachó la cabeza de un modo respetuoso—. Canten canciones sobre él, gran Thrall, ya que ha sido uno de los que han salvado el mundo para ustedes...

Durante un rato, el orco más joven permaneció callado. Entonces, dijo:

—¿Es eso cierto? ¿Todo?

—Sí..., y traigo esto, lo único que hace falta para honrar a este héroe.

A pesar de su aparente fragilidad, el chamán le mostró una enorme hacha de doble filo que sostenía en las manos. Thrall parpadeó, pues de algún modo no había reparado en ella antes.

—Nunca había visto nada igual.

—Es un arma que fue forjada por el primer druida, fraguada a partir de la magia de un espíritu del bosque. Confeccionada para ser empuñada por Brox.

—La colocaré en un lugar destacado —susurró Thrall, quien la cogió con delicadeza de manos de la figura encorvada. La contempló con admiración. Era ligera como una pluma y, por su aspecto, parecía estar hecha de madera de arriba abajo (incluso las hojas), pero era un hacha muy eficaz, sin duda—. ¿Cómo es posible que tú tengas esta...?

El chamán no respondió... porque ya no se hallaba ahí.

Thrall lanzó un gruñido y corrió hacia la entrada. De forma puramente instintiva, aferró el hacha con fuerza, pues de repente pensó que todo podría formar parte de un intrincado plan para asesinarlo.

Entonces, se dirigió a los dos guardias apostados fuera de la estancia que hacía las veces de sala del trono.

El Cataclismo

— ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido ese viejo?

— ¡Por aquí no ha pasado nadie! —contestó rápidamente el guardia de mayor rango.

Tras lanzar un gruñido de frustración, Thrall les dio un empujón para que se apartaran. Salió raudo y veloz a la calle. A pesar de que la luna llena iluminaba perfectamente el entorno, el gobernante de los orcos siguió sin verlo.

Hasta que se le ocurrió alzar la vista hacia la luna.

En ella, surcando la noche, vio una colosal silueta alada.

Un dragón rojo.

Krasus/Korialstrasz viró en dirección hacia la guarida de su vuelo. Rhonin había vuelto con Vereesa y, gracias al dragón, el legado del valiente Brox había acabado en manos de los orcos.

Ahora le tocaba a él regresar al fin a casa... y ser testigo de lo que el futuro le depararía.

-FIN-